

FALSAS PROFECÍAS MEXICANAS



FALSAS PROFECÍAS MEXICANAS

HÉCTOR PIÑERA GUEVARA

INSTITUTO POLITÉCNICO NACIONAL
– MÉXICO –

PRIMERA EDICIÓN: 2001

D.R. © INSTITUTO POLITÉCNICO NACIONAL

Dirección de Publicaciones
Tresguerras 27, 06040, México D.F.
ISBN:

Impreso en México / *Printed in Mexico*

*A mi México
con profunda convicción*

*a Susana
por compartir mis sueños
por hacerme parte de los suyos*

*a mis otros Dos Grandes Amores:
Lilián
y
Alejandra*

RECONOCIMIENTOS

Esta obra es producto de muchos años de trabajo, de aprendizaje, de investigación y lecturas de las fuentes, antiguas y modernas de la mexicanidad. Intenta constituir el más sentido homenaje de fe y esperanza en un país maravilloso como lo es México, en su cruenta cuan gloriosa historia, en su pueblo invencible y en su gran destino futuro. Escribir sobre México implica una alta responsabilidad y seriedad, aun cuando se borde en los espacios de la ficción o la interpretación histórica. Por ello, para el autor ha sido un reto apasionante y una experiencia enriquecedora y auto gestora de bríos renovados con cada dato, texto u opinión que iba surgiendo, para proseguir hasta su culminación.

Y, sin embargo, es bastante probable que aún contenga por ahí algún error o desliz de los que suelen pasar por alto después de incontables revisiones. Por ello, el primer reconocimiento por esta novela, está dedicado al amable lector, por impulsar con su mirada, el aliento de vida que solo la lectura puede dar a la letra impresa. Y por la comprensión y bohonomía que pueda dispensar para con la obra que tiene en sus manos y para quien estas líneas escribe. De cualquier forma, si al compenetrarse en la trama de *Falsas Profecías Mexicanas*, alguna emoción logra vibrar en el recóndito de la mexicanidad del lector, el propósito nuestro ha sido ampliamente cumplido.

Además, es de toda justicia mencionar que la participación de muchas personas, hizo posible que esta novela alcanzase la condición de obra completa.

En un indiscutible primer lugar, reconozco el apoyo moral que recibí de mi familia y en particular, de mi esposa, la Dra. María Susana Leonor Cruz Muciño, quien más allá de su amor, su tolerancia y paciencia enormes que me brindó siempre, se constituyó en el primer lector entusiasta e inflexible crítico de los escritos como iban sucediendo.

Cuando la primera versión apenas podía considerarse como un boceto o un borrador, pude contar con un valiosísimo ejercicio de lectura comentada con el inapreciable amigo y artista Raúl Tito Oliva Luna, que aportó infinidad de sugerencias, ajustes y correcciones. Él siempre creyó en esta empresa, y ello me animó para seguir adelante.

Luego tuvimos la fortuna de comentar la idea básica, la estructura general y la caracterología de los principales personajes de la novela, con un excelente conversa-

dor, traductor, hombre de letras y por demás médico y fisiólogo nacido en Uruguay y naturalizado como ciudadano mexicano, el Dr. Carlos Casacuberta Zafaroni, quien me ayudó a salir del bosque, para lograr una mejor visión panorámica del contexto histórico-social en los planteamientos propuestos.

Otras invaluable aportaciones han sido realizadas por grandes amigos y colaboradores. Destaca el Lic. Heriberto Manzanares Gallegos en los asuntos de registros y trámites, así como sus opiniones como diletante de la palabra, con su gran calidad de declamador y amante de todo lo mexicano. Cuando fue el momento de la estructura más o menos final, los problemas de estilo y la revisión general de la trama, pudimos contar con la gran aportación de mi amigo, el Dr. Javier Alejandro Camarena Olmedo.

En forma muy especial, me es obligado mencionar la gran ayuda recibida por parte del matrimonio que forman Julio Aponte y Teresa Buentello, familiares y grandes amigos nuestros, que fueron los anfitriones y guías por la zona mágica de Ixcateopan y sus alrededores, hasta donde nos llevaron para estudiar de cerca los escenarios de esta novela y poder percibir en los sentidos, la profunda sacralidad que se genera en la capilla donde se resguardan los Restos de Ixcateopan. Aunque los sucesos, personajes y lugares específicos donde se desarrolla la novela, son ficticios, nuestros recorridos por esos caminos de la sierra guerrerense, su paisaje agreste y de un verdor apabullante, así como el carácter recio a la vez de hospitalario de su gente, nos hizo confirmar que, al menos, la ubicación de la narración no pudo ser mejor.

EL AUTOR



LIBRO PRIMERO

IC CÉNTETL ÁMATL

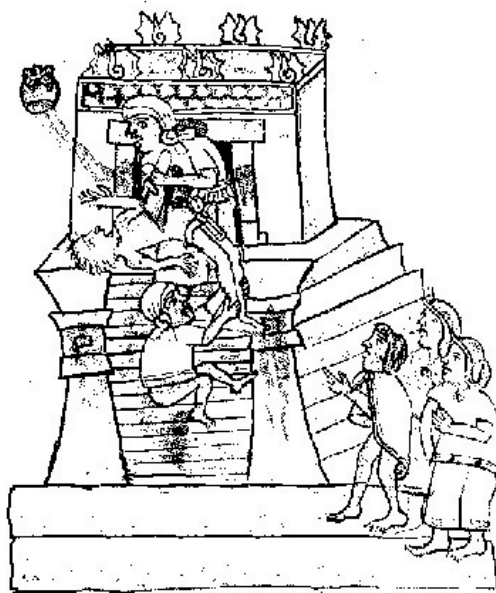
RUMBO A IXCATEOPAN

Nunca se perderá, nunca se olvidará
Lo que vinieron a hacer
Lo que vinieron a asentar en las pinturas
Su renombre, su historia, su recuerdo.

Así en el porvenir,
Jamás perecerá, jamás se olvidará,
Siempre lo guardaremos,
Nosotros hijos de ellos, los nietos,
Hermanos, bisnietos, tataranietos, descendientes.

Quiénes tenemos su sangre y su color,
Lo vamos a decir, lo vamos a comunicar
A quiénes todavía vivirán, habrán de nacer,
Los hijos de los Mexicas,
Los hijos de los Tenochcas.

Fragmento del canto dedicado a la grandeza de México-Tenochtitlan; Fernando Alvarado Tezozómoc; Crónica Mexicáyotl.



I – El Semáforo de Parque Vía

Avenida Aquiles Serdán, esquina con Tezozómoc, ciudad de México, por el rumbo conocido como El Rosario.

En ese punto confluye el moderno circuito interior “Parque Vía”, y la gran calzada que conduce a Tacuba. Esta arteria capitalina lleva el nombre del poderoso y temible Señor tepaneca que, hace más de seiscientos años, ejerciera el dominio absoluto de una extensa comarca alrededor del inmenso lago que señoreaba el Valle del Anáhuac. Al final de su vida, una pequeña y depauperada tribu que pocos años antes se había establecido en dos insignificantes islotes ubicados a poca distancia de la ribera de Tlapcopan, creció y se desarrolló bajo los auspicios de un extraño dios con un extraño nombre: Huitzilopochtli; y se convirtieron en el imperio mesoamericano más grande de la época. No había quien diera un grano de xocóatl por esos desarrapados que se hacían llamar Mexicas; ni quien pensara que ellos, habrían de enfrentar el nacimiento del nuevo mundo.

Siete de la tarde en un día de noviembre, hace algunos años.

El semáforo del crucero continuó obedeciendo imperturbable la orden de sus engranes. El intenso tráfico de vehículos intercambia por millonésima vez el turno para transitar. Todavía caen en la ciudad algunas lluvias tardías, rebeldes a quedarse cautivas en los cielos nublados, bañando la piel morena de la ciudad y disminuyendo el intenso olor a gasolina, aceite y compuestos químicos industriales que saturan sus aires.

A la señal de la luz roja, un hombre de indefinida edad avanzada y un niño de indefinida corta edad, surgen entre los arbustos del camellón para allegarse algunas monedas que permitan solventar, aunque en forma precaria, sus necesidades más elementales.

El niño de marcada tez morena, descalzo, de raídos pantalones cortos y una camiseta desteñida en cuyo frente se alcanzaba a leer la leyenda: “*Benneton Boss*”, engarzó el pulgar izquierdo en la correa de un tamborcillo con cueros de piel de becerro. En el mismo dedo pulgar sostenía una pequeña flauta de carrizo con la pinza del dedo índice, para ejecutar una sencilla tonada de tres o cuatro notas, mientras que con la otra mano, golpeaba rítmicamente el tambor con un palillo redondeado en la punta, creando un redoble mate, semilento e invariable:

«*Tam... tam... tam, tam, tam*»

El hombre vestía disfraz de príncipe azteca, o al menos eso intentaba: Un amplio paño alrededor de la cadera simulando el antiguo *Maxtle*, bordado con vivos rojos en ambos remates, delantero y trasero, así como una amplia capa verde con ribetes dorados y plateados y el venerable emblema del águila devorando a la serpiente

al centro del mantón, lograda en lentejuelas de colores. El atuendo se complementaba con un pectoral confeccionado con plumas de panza de gallina pintadas de colores que, a todas luces, tuvieron mejores tiempos. En los tobillos, dos collaretes de caracoles y semillas tropicales; calzaba huaraches de correa y suela de llanta. En las manos llevaba maracas de artesanía y en la cabeza, un gran penacho de plumas verdes y azules, señoreado al centro por tres largas plumas de cola de pavo real, sujetas a una diadema de latón dorado. Era sin duda una imagen caricaturesca del copilli, símbolo del poder y grandiosidad de los antiguos monarcas Mexicanos.

Semiencorvado y con la vista fija en el suelo, como mirando un imaginario fuego sagrado, inició su danza al ritmo monótono de tamborcillo y flauta, consistente en una simple repetición de pasos: Adelante, atrás, tres patadas al suelo, retroceso volando la pierna en círculo: «*Tam... tam... tam, tam, tam*», luego el turno del otro pie: «*Tam... tam... tam, tam, tam*», haciendo sonar a la vez, maracas y cascabeles, que junto a flauta y tambor, creaban un conjunto tonal y visual que indudablemente llamaba la atención, ya sea por patético o tal vez por curiosamente simpático.

El niño macehual, el niño músico, el niño sacerdote, acudía por entre los carros; el viejo por el espacio entre los autos y el camellón, hasta las ventanillas en busca del óbolo compensatorio de su actuación no solicitada, buscando con la mirada dignamente ansiosa, carros chicos de preferencia, con las ventanillas abiertas, manejados por mujeres o por hombres con rostros menos neuróticos. Si había niños cuánto mejor; miraban entusiasmados al danzante o con reverencial temor. Los conductores observaban indiferentes el cuadro, deseando el cambio de luz antes de que alguno de los oficiantes llegase hasta ellos para evadir el compromiso o la presión de sus miradas hambrientas y sus manos mendicantes, pisando el acelerador bajo la íntima mentira: «A la otra vuelta le doy».

Al final de la jornada, ambos representantes de nuestra gloriosa herencia cultural, marcharían por las calles de Ahuehuetes para perderse entre la inmensidad de luces multicolores, duplicadas por el reflejo del agua de lluvia, en busca del cobijo de algún humilde techo donde redimir sus dolores, su hambre, sus fatigas y su desesperanza.

Un auto compacto se detuvo casi frente al danzante que ejecutaba su último acto del día; llevaba a un grupo de muchachos, tal vez estudiantes de preparatoria. El joven situado en el asiento posterior al conductor, asomó por la ventanilla, extrañamente fascinado por el breve ritual callejero. Sus ojos inexpertos, se extasiaban ante las evoluciones del danzante y la riqueza del sonido que hacía el niño; mientras que en su interior experimentaba una espontánea y sutil emoción. No se dio cuenta de que la danza terminó momentos antes del cambio del semáforo ni de que el viejo danzante se acercaba hacia él. El hombre le miró con una fuerza inusitada y su rostro de infinitas arrugas, formuló una imperceptible expresión de asentimiento, tal como si le hubiese reconocido, o como si esperase ser recordado. El muchacho

sostuvo la mirada en el anciano mientras este se replegaba hacia el camellón al reanudar su marcha los vehículos. Había en su porte una cierta dignidad, totalmente incongruente con su estrafalaria vestimenta. Nadie pudo ver que tras la partida del automóvil, hincó la rodilla hasta tocar con el dedo índice la tierra del camellón, para luego llevárselo a la boca y frotarlo contra la lengua, trémulo de emoción.

Y en tal forma, unos dando y otros no, danzantes y autos partieron hacia sus respectivos destinos. El semáforo al fin cumplía la orden insensible de su engranaje, cambiando el rojo de la sangre de los héroes que nos dieron Patria, por el verde de los campos que son la esperanza de la Nación.

Algunos años habrían de pasar desde entonces.

II – Cita en Chapultepec

El motor de la camioneta emitió un bufido al esforzarse por alcanzar la cima del monte bajo el sol abrasador de la mañana en las estribaciones de la sierra guerrerense. Sus ocupantes, desde hacía rato silenciosos, mostraban en el rostro las huellas de la terrible jornada que acababan de vivir. Desandaban ahora el camino de terracería bajo un clima infernal, atentos a la confiabilidad del vehículo perteneciente al Instituto Mexicano de Investigaciones Antropológicas, organismo semiprivado, subsidiado por el gobierno y apoyado por importantes grupos y asociaciones culturales del País; las iniciales “I.M.I.A.” lucían en ambos costados de la camioneta, sobre un fondo de pintura blanco marfil, perforado en varias partes por lo que indudablemente eran impactos de bala.

La misión de esta peculiar expedición tuvo al principio un engañoso atractivo: Reconstruir las rutas de comercio entre Tenochtitlan y las playas de arribo del legendario Mar del Sur que se extienden desde Zihuatanejo hasta Puerto Escondido; con el propósito secundario de buscar las posibles explicaciones del porqué tales caminos fueron usados, y sustentarlo con evidencias de restos arqueológicos o testimonios documentales u orales de los habitantes de la comarca.

La realidad se presentó muy diferente. El doctor en antropología Jesús José Galicia, jefe de la expedición, parecía haber envejecido varios años en las últimas cuarenta y ocho horas. Su rostro se notaba presa de un profundo abatimiento; tenía demasiadas cosas que explicar, demasiadas culpas; no sólo en cuanto al aspecto oficial relativo a su cargo en el Instituto, sino también en lo personal, en lo humano, en lo que atañe a las personas como tales: La vida, los sentimientos, la muerte, el dolor. Por su mente desfilaron los recuerdos vívidos de los sucesos acaecidos particularmente la noche que acababa de terminar y que indiscutiblemente marcarían una huella imborrable

en su memoria, como la experiencia más difícil que le haya tocado protagonizar.

Su mente retrocedió varios días atrás, cuando las cosas dieron principio en los traspacios del enorme edificio del Paseo de la Reforma. La jornada inició mal, pues hubo que invertir más de una hora en arreglos y discusiones, porque el encargado de vigilancia no había recibido la notificación de salida del equipo guardado en los almacenes y el responsable de estos no se podía localizar a esa hora; aunque entraba a las 7.00 A.M. en punto.

Tuvo que recurrir a todo tipo de artimañas para desatascar los engranes burocráticos: Exhibió papeles, amenazó fincar responsabilidades, dijo que él respondería y consiguió, al cuarto para las ocho, que el vigilante accediera a abrir el almacén, no sin antes firmar el consabido documento, hecho rápidamente a mano, en donde ordenaba sacar el equipo y supervisaba su salida.

Cargar la camioneta e iniciar la marcha fue sencillo, enfilando por fin hacia el poniente con rumbo a la carretera a Toluca, en lugar de seguir por el Circuito Interior con destino a la autopista México – Cuernavaca – Acapulco. Obviamente, los pochtecas mexicas no tenían el mismo criterio que los ingenieros de Caminos y Puentes, al establecer rutas que obedecían más a sus intereses comerciales y políticos, que a encantar al turismo norteamericano con la embrujadora belleza de la Ciudad de la Eterna Primavera: Cuauhnáhuac.

Galicia evocó los rostros animosos de los que iniciaron el viaje: Fernando Ortega, pasante de Biología y tesista sobre herbolaria precolombina. Era el más joven e inexperto miembro de la expedición y sufría la agravante de que su inclusión en el equipo de investigadores, se dio gracias a la clásica recomendación de un alto funcionario amigo de su familia. En la primera escala para desayunar en el tianguis de La Marquesa, Ortega declinó la comida regional, sacando ceremoniosamente un recipiente de plástico, y de ahí un aséptico emparedado de jamón y queso tipo manchego. Destapó un termo con café instantáneo ya preparado, ante la maliciosa sonrisa de los demás: «A ver cuánto le duran los remilgos pequeño-burgueses a este idiota».

Viajaba con el equipo Paulina del Río, de 27 años, socióloga egresada de la Universidad Autónoma Metropolitana y especializada en grupos étnicos. Jaime Zavala, el chofer del transporte, era muy diestro en crear y resolver problema, localizar alojamiento y sitios más o menos decentes para comer, arreglar una caja de velocidades en plena terracería y toda suerte de composturas. Si había que convencer a la señora de alguna cabaña perdida en la sierra, de que transformase su hogar en hotel o restaurante temporal, Zavala era el indicado para las negociaciones.

También se incorporó Martín Reyes Tecpa, de 31 años, de piel morena, alto, musculoso y de finas facciones, aunque con ciertos rasgos procedentes de su herencia indígena. Si algún productor gringo, romántico y medio ebrio, quisiera filmar una versión galante de Cuauhtémoc, Martín tal vez diese la medida, dejándole crecer

un poco el cabello negro azabache y unos mechones ralos de bigote sobre las comisuras de los labios. Provenía de la Escuela Superior de Economía, carrera que cursó después de haber desertado del sexto semestre de medicina en la Universidad LeFranc del Sur, víctima de la insufrible discriminación de que lo hacían objeto sus condiscípulos por la incapacidad económica de sus padres para sostenerle el tren de vida en el elitista y costoso centro de estudios edificado para educar a los jóvenes más pudientes de México.

Además de Economía, contaba una maestría en culturas prehispánicas cursada en el Claustro de Sor Juana, con énfasis en la Tolteca y la Náhuatl, en una constante preocupación por la búsqueda de sus raíces ancestrales. Sin llegar a ser un erudito formalmente reconocido, sabía bastante más que muchos antropólogos acerca del tema.

Paulina del Río podía considerarse bonita, aunque daba la impresión de que eso le importaba un rábano. Poseedora de un cuerpo esbelto y muy atractivo, le gustaba el estilo de la mezclilla vieja y las blusas de manta desplanchada de artesanía, aunque sus prendas íntimas siempre fueron de la más exquisita femineidad y coquetería: «Es un pequeño lujo...», pensaba ocasionalmente.

La preocupación personal de Paulina, eran sus dificultades con la maldición de la Madre Eva. Desde que inició a los trece años su primera menstruación, esta nunca fue fácil ni regular; por el contrario, sufría trastornos físicos y emocionales que con frecuencia no podía ocultar. Y ahora, metida en éste carromato, por andurriales que no cuentan con discretos baños ni acogedoras tinas de agua caliente, y entre puros hombres... ¡Quién sabe como le iría!

A Martín no le gustaba que Paulina se recogiera el cabello hacia atrás en una cola de caballo; ni el maquillaje verde con que a veces sombreaba sus ojos café avellana; ni los anteojos que usaba para leer y que le daban un cierto aire de religiosa metida a laboratorista.

III – Escala Técnica en Taxco

Malinalco y Chalma pronto quedaron atrás. Después del cuarto día de viaje, esos lugares fueron verdaderamente sencillos para la investigación. En Taxco no hubo tiempo para comprar recuerdos de plata ni para subir al funicular, porque el poco tiempo de escala fue usado en comer, tumbarse a dormir y tratar de reparar los huesos de la espalda molidos a tumbos de la camioneta. Era la primera vez que los investigadores conocían una cama más o menos convencional desde que salieron de México. Alguno pensó desertar en un momento de debilidad, aunque ello significara la excomunió eterna de Galicia en el mundo de la antro-

pología; pero no, nadie desertó. A las siete de la tarde, Paulina salió refrescada de su habitación con rumbo a la terraza en donde, además de recibir la fresca brisa vespertina, se podía admirar gran parte de la ciudad, incluida la vieja iglesia de Santa Prisca. Ahí encontró a Martín, sentado y absorto en la lectura de un texto en náhuatl, quien fingió no darse cuenta de la llegada de la compañera.

– Buenas tardes, licenciado Reyes – saludó con alguna leve ironía en sus palabras. Martín le miró con una expresión de extrañeza, que substituyó en un instante por otra de mundana indiferencia.

– Buenas. – contestó volviendo la vista al texto. Paulina sintió algo de desconcierto por la actitud fría y hosca de Martín, que parecía no darle importancia a su existencia ni a su papel en la expedición. Buscó algún pretexto para iniciar una conversación.

– ¿Estás traduciendo?.. Pensé que también aprovecharías para descansar el traqueteo del viaje.

– Estoy tratando de verificar las traducciones de Garibay al manuscrito anónimo de la conquista y la muerte de Cuauhtémoc. ¿Te molesta?

– Por supuesto que no me molesta. – respingó Paulina – Pero en todo caso, si no te simpatizo, cuando menos podrías ser un poco más cortés con tus semejantes, ¿no?.

– Mira compañera – Martín se empeñaba en tratarla de compañera, tal vez para guardar distancias y soslayar su condición de mujer – En primer lugar, no somos semejantes; yo soy economista y tú socióloga; yo soy hombre y tú eres mujer; a mí me gusta trabajar y a ti te gusta dormir, así que por favor, cada quien su rollo y en santa paz.

–¡Bueno! Pensé que ya que vamos a compartir varios días de viaje, lo mejor sería contemporizar un poco y...

Martín interrumpió:

– En éste viaje, cada quien tiene su misión específica, o sea, sus propios asuntos a los que hay que preocuparse por atender, compañera.

Paulina entendió con claridad el mensaje: «No te metas en lo que no te importa». Disimuló su turbación en la acción de buscar de su bolso un cigarrillo y encenderlo nerviosamente. La brisa barría su rostro claro, despeinando su cabello todavía húmedo por la ducha de hacía rato. Decidió que la situación no podría seguir en la misma forma, no por ningún tipo de interés personal, sino porque barruntaba que Martín se podría convertir en un escollo para mantener intacta su imagen profesional. Era claro que había que atacar directo, máxime que las ocasiones de poder hablar sin testigos, eran bastante escasas. Dando la espalda al sillón de bejuco de Martín, pero con un volumen de voz suficiente para que él no pudiera fingir no haber oído, disparó:

– Martín: – era la primera vez que le tuteaba – ¿Por qué no me dices qué tienes contra mí y aclaramos las cosas?

El blanco fue perfecto y el efecto producido no pudo ser mejor. Martín fue sorprendido con la guardia baja y su entereza resintió algunas fisuras. Dejó la lectura, se levantó pausadamente y se dirigió al lado de Paulina, dando tiempo con cierta afectación para retomar posiciones. También fijó la vista en lontananza sin ver nada realmente. Después de un silencio meditativo contestó:

– Nada... es decir... ¿Qué habría yo de tener en tu contra? Se supone que sabes hacer tu trabajo y lo sabes hacer bien, ¿no?

– Pues sí, pero yo me refiero a la impresión que das de que te estorbo. De que le estorbo al grupo – corrigió rápidamente – ... como si debiera haberme quedado en casa cuidando los niños.

– ¡Por favor!, no te vas a poner ahora feminista... es decir, yo sólo trato de darle a cada quien su lugar y tú, tienes el tuyo muy propio de tu condición...

– De mujer, seguramente – contraatacó Paulina.

– ¡Cuál mujer, por Dios!... Ya sé que eres mujer, o de plano me juzgas imbécil... Aquí tu condición de mujer es lo que menos importa, al menos para mí. – Paulina percibió que algunas defensas de Martín estaban flaqueando: «Parece que ya se ha ocupado de analizar mi posición y situarme a su modo de pensar». Creyó oportuno adoptar una actitud un poco más conciliadora.

– Entonces, ¿por qué las agresiones de tu parte?. Yo sólo he tratado de integrarme profesionalmente y servir a los intereses de la expedición.

– ¡Pues sirve a los intereses de la expedición! ¿Cuál es el problema?

Providencialmente apareció Fernando Ortega con la cara demacrada. No pudo dormir, presa de episodios repetidos de diarrea que Martín había tratado de controlar desde que llegaron, proporcionándole tabletas antiamibianas y antiespasmódicos.

– Buenas tardes – terció – ¿Ya saben las instrucciones de Galicia?

– Del doctor Galicia, querrás decir. – interpeló Martín – ¿Qué quiere el viejo?

Era claro que, si bien no permitía libertades a Ortega en cuanto al respeto de las jerarquías, el mismo se autorizaba a tratar de *viejo* al jefe de los investigadores.

– Que nos vemos para cenar a las 8.00 en punto en el restaurante del hotel, y que después habrá una junta de trabajo para evaluar los resultados de la investigación hasta hoy.

«*Chinnn*. » Pensó Martín, incómodo por la discusión desafortunada con Paulina y la expectativa de aguantar otra vez, una sesión de hipócritas actitudes doctorales, analizando la montaña de información obtenida en el trayecto.

IV – Por los Caminos del Sur

La cena fue bastante aceptable. Al centro de la mesa hubo velas iluminando tenuemente dos vistosos arreglos florales que intentaban alegrar el sitio. Al fondo del salón, decorado con el mejor estilo guerrerense, un trío de trovadores entonaba dulces remembranzas de la tierra caliente y la costa:

- « Por los caminos del sur»
- « Hay rosas, voces y estrellas»
- « Son canciones y doncellas»
- « Bajo un alto cielo azul»
- « Por los caminos del sur»

Al retirar el mesero los últimos cubiertos de la cena regional y ofrecer a los comensales alguna bebida cordial o café puro, endulzado con piloncillo en atados de palma, el doctor Galicia inició el ritual de preparar y encender su pipa con aromático tabaco de Tabasco, ante la mirada apenas inquisitiva de los demás. El mesero trajo cognac para el doctor y un licor de *amaretto* para Paulina, Martín y Fernando pidieron el café. Al cabo de un momento, Galicia dio muestras de iniciar el diálogo, apuntando con la embocadura de la pipa humeante a Fernando Ortega:

– Mañana temprano, salimos para el pueblo de Chichila, joven. Me han informado que ahí producen una planta que, procesada en infusión, servía para remojar el tabaco con que confeccionaban los “acáyetl” que fumaban nobles y principales de México–Tenochtitlan; y que Moctezuma ordenaba importar a sus emisarios y comerciantes. Se dice que esa planta, tiene la virtud de producir una sensación de bienestar y somnolencia...

Ortega, con aires de erudito, trató de pontificar.

– Parece, doctor, que se trata de... – Galicia lo calló con un ademán enérgico.

– Es exactamente eso lo que usted tiene que hacer, Ortega, verificar la variedad, género o especie botánica de que se trate. – aspiró varias veces su pipa para evitar que se apagase, antes de continuar – Pero ándese con cuidado. No quiero que nos vaya usted a meter en un problema con los campesinos de la comarca. – una mal disimulada risita burlona de Paulina distrajo la atención de ambos – No se meta en interrogatorios acerca de quien cultiva, cuanto cultiva, como cultiva. No quiero que vaya usted a aparecer tirado en una zanja por la mañana.

Ortega sonrojado y molesto trató de replicar, pero las ideas no le fluyeron oportunamente y optó por quedarse callado con un breve «sí doctor».

- «Vámonos para Guerrero»
- «Porque ahí falta un lucero»
- «Y ese lucero eres tú»
- «Por los caminos del sur»

Martín, inquieto desde hacía rato, preguntó mientras jugaba haciendo dobleces caprichosos a una servilleta.

– Doctor Galicia... ¿Qué estamos buscando en realidad? – Galicia lo miró con cierto aire paternal.

– Me extraña Reyes que usted pregunte eso. ¿Qué supone que andamos buscando?, ¿la ruta de los pochtecas acaso? – el reto de la pregunta respondida con otra pregunta, fue claro.

– No lo sé realmente. Se supone doctor, que con su vasta experiencia, si nos concretásemos solamente a seguir la ruta comercial de los antiguos mexicanos al pacífico, ya habríamos llegado a Acapulco, con tiempo suficiente para visitar Zihuatanejo y estaríamos quizá planeando pasar unos días de descanso en Ixtapa... digo, para conocer...

Galicia viró por la tangente.

– Usted, Reyes: ¿Por qué estudió Economía?

– Porque la economía es el origen de nuestros problemas y a la vez, la alternativa de solución ¿no cree? ... En los estudios sobre la posmodernidad de... – Galicia le arrebató la palabra, cortándole la frase.

– Pero usted casi terminó la carrera de medicina, ¿no es así?

– No veo qué tenga eso que ver. – Martín empezó a sentir que la dirección de la discusión se tornaba incómoda. Galicia siguió atacando.

– ¿Por qué no terminó medicina? – pregunta dejada con suavidad. Galicia sabía que las preguntas suaves, son en realidad las más duras.

– Es una historia larga que usted conoce perfectamente, doctor Galicia... Usted sabe que mis razones son lo bastante válidas para justificar cualquier.. – Galicia seguía cortando:

– Es decir, usted tiene razones de tipo personal o generadas por su medio ambiente que determinaron un giro casi diametral a su vida. – Martín trató de objetar – No me interrumpa mi amigo; no estoy tratando de juzgarlo, porque como usted bien dice, esas razones son a su juicio lo suficientemente válidas para que todos nosotros les brindemos el respeto que se merecen... Sin embargo, quiero establecer una analogía: Si el señor licenciado en economía Martín Reyes no es médico, él tiene su propia explicación y justificación del porqué. Sea o no válido para el resto del mundo, es válido para él... Pero si Reyes fuese un personaje histórico del pasado y nosotros investigásemos su vida, mal haríamos en conformarnos con saber que de repente cambió de carrera, sin adentrarnos a los factores externos y motivaciones internas que lo obligaron o simplemente lo decidieron a cambiar de ruta.

Galicia esperó a que la concurrencia tuviera tiempo de digerir sus conceptos, antes de dirigirse al punto.

– Por eso, escuchen con atención: No se trata de trazar solamente una ruta seguida por los indígenas; para eso están los historiadores. Nosotros somos antropólogos o suponemos serlo. Queremos saber a qué razones obedecieron las rutas: ¿economía simple?, ¿política civil?, ¿política militar?, ¿comodidad de las rutas?, ¿caprichos del

tlatoani en turno?

Tomó un respiro de tabaco tabasqueño y coñac antes de seguir su perorata.

– ¿Por qué algunos caminos que ya hemos identificado parecen a primera vista ilógicos?: ¿Por seguridad? ¿Acaso por el tipo de mercancías traídas y llevadas?. Recuerden ustedes que a los españoles les interesó un pito toda la cultura de los pueblos mesoamericanos, con sus honrosas excepciones como el Padre Sahagún o el Padre Olmos. Pero fuera de esos hombres preclaros, la inmensa mayoría se comportó como una turba de patanes despóticos y petulantes estúpidos, convencidos de que su cultura y su religión eran las únicas buenas.... – Martín mostraba ahora un creciente interés, enviando esporádicas miradas de inquisidor a Paulina – El resultado fue la destrucción irresponsable de todo vestigio que quedó a su alcance, sin preguntar, sin pedir opinión, sin medir el alcance histórico de sus actos vandálicos.

Paulina creyó oportuno proponer alguna variante a la discusión:

– Parece usted un consumado hispanofobo, maestro. – Galicia sopesó el reto.

– No es así, compañera. La hispanofilia o la hispanofobia son prerrogativas del vulgo. Nosotros no podemos darnos ese lujo, dado que tenemos la obligación de ser racionales en todos nuestros juicios. Lo hecho por los españoles del siglo dieciséis y en adelante durante la Colonia, es su propia responsabilidad histórica, que ni usted ni yo podemos cambiar: ¿Que si destruyeron?, ¡vaya que destruyeron!... ¿Que mataron y violaron? ¿usted lo duda?. Lo cierto es que eso sucedió hace quinientos años, por lo que los españoles actuales bastante poco tienen que ver, ¿no le parece?.

– Nunca falta quien defienda a los gachupines. – disparó de repente Martín Reyes, captando de súbito la atención de Paulina, quien en ese momento de sorpresa no entendió la intención del comentario, a todas luces cargado de sarcasmo. El inexperto y demacrado por la diarrea, Fernando Ortega, supuso su deber caballeresco acudir en apoyo de la dama, o cuando menos, desviar la atención de la artillería hacia otros terrenos.

– Pero doctor, se supone que los Aztecas eran un pueblo bárbaro y sanguinario, que se solazaba arrancándoles el corazón vivo a sus jóvenes y niños. ¿No cree usted que en esos tiempos, los horrores de la piedra de los sacrificios fueron la motivación básica que tuvieron los españoles para condenar a la extinción tales monstruosidades?

Galicia sonrió divertido. La conversación lo estaba poniendo de buen humor. Martín Reyes y Paulina, convertidos en ese momento en el jurado, esperaban la apasionada intervención del abogado defensor... ¿o fiscal?, Jesús José Galicia.

– Ortega... – empezó a decir calmamente – No sé si le falta a usted capacidad de análisis, o si le falta documentarse más.. o si no está usted entendiendo el asunto. En primer lugar, grábese que no estamos realmente hablando de los Aztecas. Azteca es un nombre dado por los conquistadores al pueblo Mexica, porque decían proceder ancestralmente del mítico Aztlán, o Aztatlán, como quiera usted. En segundo lugar, cualquier idiota, por más idiota que fuese, con perdón de los que se sientan

aludidos, – risitas de Paulina – ...se daría cuenta tan sólo una ojeada, que la tan manida barbarie Azteca, era sólo un pretexto para justificar la propia. ¿Usted cree que un pueblo bárbaro es capaz de realizar las obras de ingeniería hidráulica que dominaron al enorme Lago de Texcoco? ¿Calcular el trazo exacto en los movimientos de planetas y estrellas para fundamentar su calendario, por cierto casi tan exacto como el Gregoriano que hasta la fecha nos rige? ¿O el sistema tan productivo de organización social como lo fue el Calpulli? ¿Quizá los sistemas de educación tan perfeccionados como los famosos Calmécac y Telpochcalli?. No mis amigos, eso de ninguna manera puede hacerlo un pueblo verdaderamente bárbaro, como los nómadas chichimecas de allende Tula...

– No fueron propiamente los Mexicas quiénes desarrollaron esos avances. – replicó Martín – Todo el mundo sabe que las ciencias y humanidades procedieron de los Toltecas asentados en ese tiempo principalmente en la ciudad de Texcoco y tal vez en Cholula. Los Mexicas o Aztecas se sirvieron de la sabiduría Tolteca, sin preocuparse principalmente por un desarrollo cultural propio; ellos eran básicamente militaristas y sojuzgadores de pueblos... Exactores de tributos, vaya.

– ¿Y los sacrificios? – insistió Paulina.

– ¡Dale con los sacrificios! – rezongó Galicia – El sacrificio ritual siempre ha existido no sólo en el antiguo Anáhuac: La Biblia narra la total disposición de Abraham para el holocausto de su primogénito Isaac, acto que fue suspendido, ¡ffjense bien!, porque a Dios no le agradaban los sacrificios humanos... Y los propios españoles, ¿no quemaron infinidad de gente en las hogueras de la inquisición *En El Nombre De Dios?*; ¿no es eso monstruoso? ¿Usar como pretexto la misericordia divina para torturar hasta la muerte por calcinación a culpables e inocentes? Pero ¡claro!, los bárbaros fueron siempre los vencidos... Alguno de ustedes, prestigiados colegas, puede decirme qué es más bárbaro: ¿Sacrificar un guerrero a Huitzilopochtli, disecándole en vivo el corazón, con la promesa de resucitar en Tlalocan, paraíso de los que mueren en la guerra o en la piedra; o marcar con hierros candentes la piel de hombres, mujeres y niños, para evitar que se confundan con el rebaño de otro encomendero, y hacer constancia pública e indeleble de la propiedad del marcado en cuestión, tan sólo por ser “indio infiel e hijo de Caín”?

Ortega, que entre sus cualidades destacaba la de no inhibirse, pese a las burlas de todos, intervino más que otra cosa, para mantenerse presente en la plática.

– Sin embargo, doctor; ¿cómo podemos explicar o justificar el sacrificio de más de veinte mil personas, ordenado por el rey Ahuítzotl sólo con motivo de la inauguración del Templo Mayor de Tenochtitlan?

Martín levantó la mano izquierda, solicitando apropiarse de la respuesta, cosa que agradeció en silencio Galicia. La reunión estaba volviéndose bastante productiva.

– No debemos caer en la tentación fácil de tratar de justificar todos los actos del hombre, sólo porque estamos de su parte. También hay defectos y hay excesos; y los

Mexicas, distaban mucho de ser perfectos. El mundo ha sido testigo del circo romano, las purgas stalinistas; del holocausto de los judíos a manos de Hitler. ¿Cuántos gobernantes megalómanos hemos tenido que soportar en México?... Te sugiero, Fernando, que te leas la octava disertación de Francisco Javier Clavijero en su libro "Historia Antigua de México", donde analiza desde su enfoque jesuita, la religión Mexica. Por su parte, Ahuízotl al parecer cayó en la estulticia de los cesares romanos y quizá perdió toda proporción de las cosas, toda vez que hay que recordar que en su tiempo, imperaba la costumbre de divinizar a los tlatoanis.

El mesero se acercó solícito a cambiar los ceniceros y preguntar si se les ofrecía alguna otra cosa, puesto que el bar cierra a las once. Galicia consultó su Rólex, haciendo una mueca de sorpresa – disgusto, y de inmediato propuso:

– No gracias; mejor tráiganos la cuenta por favor. – y se dirigió a los demás – Señores, vámonos a descansar que mañana hay que madrugar. Nos vemos aquí a las siete en punto para tomar un café; el que no llegue se irá en ayunas, porque tenemos que estar a las ocho máximo, en el aeródromo de Taxco.

– ¿Y eso? – dijo Ortega sorprendido.

– Había olvidado comentarles que mañana se agrega al grupo un enviado de la UNESCO, que viene a valorar la expedición para ver si las Naciones Unidas apoyan o no nuestro programa de investigación.

Con una mueca franca de desagrado, Martín interpelló a Galicia.

– ¿Un gringo?

Galicia, entre autoritario y conciliador, comentó mientras firmaba la nota de consumo:

– Brenton Sidney Potter: Es un texano con antiguas ascendencias mexicanas, graduado en Arqueología con honores en John Hopkins; es asesor desde hace dos años de la UNESCO para culturas autóctonas mesoamericanas. Ya lo conocerán.

Sólo se escuchó una especie de gruñido entre dientes procedente de Martín Reyes Tecpa:

– ¡'Utta madre!...

V – Premoniciones

El lúgubre sonido del caracol ritual, rompió la quietud de sus tímpanos en la penumbra de la fría madrugada, haciendo regresar su mente divagante a una especie de semiconciencia. Era un prolongado lamento que llenaba por completo la atmósfera, metiéndose al cuerpo tanto por el oído, como por las vibra-

ciones acústicas en los huesos y la piel.

Sus ojos empezaron a distinguir las rudas aristas de las paredes del recinto; entornó la mirada hacia su cuerpo y pudo distinguir una mancha blanca alrededor de su cintura y entre las piernas: «¿Un maxtle?». Ese repentino destello de claridad mental le hizo comprender que estaba completamente desnudo, a excepción de la blanquísima tela de algodón que se enrollaba a su cadera, cuyas puntas ocultaban, que no cubrían, sus partes genitales. Sus manos fueron hacia el extremo delantero de la prenda, donde había una clase de bordado en la tela que seguía el trazo uniforme de una greca. Era un maxtle decorado a la usanza de los nobles guerreros, que sólo se usaba en las ocasiones de gran solemnidad.

¿Cuántas horas llevaría en la misma posición? Sentía el frío de las piedras del piso contra sus rodillas separadas, mientras su cuerpo descansaba en el escueto soporte de sus talones. De pronto enfocó su atención a las sensaciones que estaba recibiendo en las fosas nasales que percibían el conocido aroma de la resina quemada de copal y un cierto e indefinible olor acre que no lograba reconocer. Tenía los labios terriblemente resecos y un gusto salobre en la boca; intento remojárselos, pero sintió un agudísimo dolor al mover hacia fuera la lengua y tocar con ella su labio superior. Instintivamente llevó su mano a la boca, palpando con creciente angustia una gruesa horadación a mitad de la lengua; su dedo índice casi atravesó de lado a lado el palpitante órgano, cubriéndose de una viscosa sustancia que por fin reconoció: ¡Sangre!. Rápidamente levantó la punta del maxtle para usarlo como paño limpiador, pero el brusco movimiento produjo esta vez, un intenso dolor en el miembro viril. Temblorosamente se revisó: tenía dos objetos como espinas clavados en el pene, de los cuales partían hilillos de sangre reseca que se desintegraban al frotarlos. Hizo acopio de valor y con la mayor delicadeza que sus embotados nervios le permitieron, los desprendió de su sitio, provocando un latigazo de dolor que casi llega al paroxismo. La lengua inflamada y la resequedad de la boca, contribuyeron a que el grito angustioso tan sólo quedase en un rasposo y hueco gruñido.

Con la pinza del índice y el pulgar, trató de identificar los objetos desprendidos de su miembro, repasando mentalmente las formas y textura que sus dedos encontraban: «Un palmo de largo, delgados y ásperos... Un extremo ancho... el otro, duro y puntiagudo... forma cónica, superficie como... como... fibrosa; ¿acaso será?... ¡No puede ser!... ¿Puntas de maguay?»

Un lejano y pausado ritmo de tambor iba haciéndose más audible, al tiempo que una tenue claridad empezó a dibujar el trayecto de un pasillo por el que aparecieron dos jóvenes ataviados con túnicas blancas carentes de adornos. Uno de ellos portaba un objeto redondo del que procedía la luz de una mecha vegetal impregnada de aceites aromáticos, que depositó cuidadosamente en medio del recinto; el otro llevaba suspendido con una correa de piel, un cilindro de madera que batía con la mano derecha, produciendo el sonido rítmico del teponaxtle. Ambos con la mirada

fija en el suelo, se situaron de rodillas a los lados de la estancia, para dar paso a la silueta de un alto y delgado personaje, cubierto casi totalmente con un manto negro, precedido de un nauseabundo olor a putrefacción. Probablemente llevaba collares de caracoles en los tobillos, porque a cada paso producía el ruido de una gran sonaja al agitarse. Al llegar éste, el joven portador de la luz levantó su huacal ardiente, ofreciéndolo al personaje de negro, quien por un fugaz momento tuvo parte del rostro iluminado. El joven del teponaxtle súbitamente cesó su redoble, pronunciando con voz suave pero firme y la mirada al frente, viendo hacia la nada:

– Huitzilopochtli Huei Tótec Tlamacazque.

Repentinamente, su pensamiento se aclaró casi por completo: «¿Huishilupush Huetotlameshqui?». El sonido de la voz humana y la luz que rompió las tinieblas, tuvieron la virtud de reordenar su control mental. Por un momento agradeció la aparición, porque supuso que podría significar ayuda; realizó un gran esfuerzo de concentración para hacer funcionar garganta y cuerdas vocales, lo suficiente para hacerse entender:

– ¡Por favor!.. ¡Necesito ayuda!..

Ninguno pareció escuchar. Él quiso levantarse, pero extrañamente no pudo realizar movimiento alguno. El teponaxtle reanudó su monótono batir y el hombre de la túnica negra empezó a salmodiar un cántico de marcado acento nasal, al tiempo que caminaba hacia la parte posterior del cubículo para depositar la flama a los pies de un enorme pebetero que contenía rescoldos de carbón y copalli. El viejo alimentó la brasa con extraños polvos que llenaron el lugar de un espeso, picante y aromático humo. Los rayos de la pequeña luz, al incidir en la parte frontal del pebetero, iluminaron el rostro impresionante de Huehuetéotl, el dios viejo, con su desdentada y milenaria sonrisa bajo sus malévolos ojillos tallados en la piedra.

Como de la nada, surgieron otros dos asistentes que, sin gran esfuerzo aparente y con movimientos felinos, le tomaron por ambas muñecas, levantando sus brazos hasta quedar como en cruz. Luego aparecieron dos mujeres con paso lento y sutil; portando entre ambas una esterilla de ixtle trenzado con varios pocillos de barro. Al llegar frente a él se arrodillaron sin mirarlo. La mayor tomó una varita que remataba en su extremo con una pequeña borla, mojándola en el contenido negro de uno de los pocillos, para pintarle una ancha franja negra en la frente de una sóla y hábil pincelada; otra varita al segundo pocillo y la zona de los pómulos y la nariz quedaron teñidas de un fuerte color rojo, sin salpicar la menor gota de tinte. La segunda doncella se levantó tomando un tercer pocillo y algunas tiras de algo como papel rugoso de diversos colores; por su espalda empezó a pegarle las tiras de arriba hacia abajo en ordenada secuencia de matices, imitando el pectoral y los ropajes de los númenes que adoraban.

Al quedar totalmente pintado de negro y rojo, y su espalda cubierta casi por completo de aquellas hojas de fibra vegetal, el cántico del sacerdote cesó para acercarse

parsimoniosamente a él. Por un momento pudo apreciar a la luz parpadeante de la mecha, las incontables costras negras en el rostro del oficiante, y la metálica dureza de su expresión que parecía taladrar, burlarse, despreciar, todo a la vez. Tenía en el labio inferior un agujero del que colgaba un adorno de piedra verde, cuyo peso le jalaba hacia abajo la carne, deformando su boca en una horrible mueca. Un frío sudor producto del miedo le brotó de la frente; quiso decir algo, preguntar algo, pero fue sorprendido por la fulminante acción del viejo que, con un enorme cuchillo de obsidiana le arrancó, sin dar tiempo a nada, un mechón de cabello del vértice de la cabeza. Una parte del cabello cortado, fue a dar al brasero del sonriente ídolo; y el resto entregado a la doncella mayor, quien lo envolvió delicadamente en un albo lienzo.

Un sordo estremecimiento recorrió su espalda al empezar a comprender poco a poco lo que sucedía: «¡Esto es la preparación de algún ceremonial!; ¡el viejo debe ser el sacerdote de algún templo de Huitzilopochtli!». Su mente se aclaraba por momentos y la fuerza de sus músculos volvía lentamente; un recuerdo se fue perfilando en su pensamiento:

«Lo estuve estudiando en los códices antiguos: Es el ritual de la ceremonia de... ¡No puede ser!».

El dolor de la lengua dejó de importar; el pulso se aceleraba marcadamente, podía sentirlo en las venas del cuello y en las sienes que latían a tumbos. Sintió por la garganta la opresiva tenaza del terror: ¡Él amaba la vida!, ¡amaba a su pueblo y éste quería quitarle la vida para arrojarla a la pudrición de un ídolo ennegrecido en costras viscosas de sangre!, para que después su cuerpo fuese devorado por el pueblo que toda su vida defendió con pasión y vehemencia: ¡Sí!, comido por una turba de antropófagos que veneraban al grotesco dios de la grotesca cara de colibrí. La voz le brotó atropellada:

– ¡Oiga!.. Yo... ¡Están ustedes equivocados!... yo no soy el que... ¡Oigaaaaa!

Se dio cuenta de que ni le escuchaban, ni le entendían. La desesperación fue invadiendo su mente por la impotencia para hacer algo. Trató de forcejear, pero los telpochques que sostenían impertérritos sus brazos, como a una señal dada imprimieron una brutal fuerza inmovilizadora. La doncella menor levantó el último pocillo que todavía no era usado; se acercó y lo izó hasta su cara ofreciéndoselo. La intensa sed le obligó a acercar la boca, y la joven le dio a beber una rara mezcla de extraño sabor dulzón que tuvo la virtud de relajar su espíritu.

El viejo inició una lenta procesión hacia el exterior; lo siguió el joven del teponaxtle que, conforme sucedían las cosas iba aumentando el frenesí del tamborileo. Enseguida fue levantado de las axilas por los dos jóvenes de inopinada fuerza, obligándolo a caminar tras las doncellas. El desfile fue cerrado por el asistente que inicialmente traía la esfera de luz, quien sacó de su túnica una flauta de carrizo, para sumarse al tambor con un acompañamiento de cuatro o cinco notas, en secuencias tonales

muy repetitivas. El pasillo terminó en la orilla de una explanada que remataba, en el lado opuesto, con el principio de una larga escalera.

La prolongada oscuridad del recinto no permitió que sus ojos se acomodasen con prontitud a la brillante luz del exterior; en cambio llegaron a sus pulmones unas gratificantes oleadas de aire fresco que lo libraron del pegajoso olor de copal y sangre seca. Su corazón sintió la volátil esperanza que siempre nace con la luz del día, aunque en su pecho persistió la aguda opresión de la duda ante lo que le estaba sucediendo.

Al ser obligado a iniciar el ascenso por las escalinatas, la luz del sol en lo alto del cielo le obligó a cerrar apretadamente los párpados. Fue hasta que sus pupilas regularon el paso adecuado de luz, cuando pudo descubrir atónito, que subía a la cima de una monumental pirámide ubicada en una extensa plaza, totalmente abarrotada de gente que parecían hormigas antes de subir al montículo del hormiguero. Alguien subía tras él, ayudado por varios guerreros que daban la impresión de traerlo en vilo; era otro sacerdote, al parecer de mayor jerarquía que el anterior, según las reverencias y las miradas atemorizadas de la gente. También vestía todo de negro, cubriendo su cabeza con una capucha que bajaba por la espalda, hasta los tobillos. Al alcanzar finalmente la plataforma, se volteó hacia la multitud de abajo, al tiempo de levantar admonitoriamente los brazos al cielo. Al instante, el caracol lanzó un prolongado lamento; tambor y flauta callaron, y el silencio se adueñó de la plaza; el gran sacerdote, sin variar la posición, gritó con voz estentórea:

– ¡Aiiyeeee. Eeeee... Huei Titlacáhuán Tezcatlipoca!

A la tronante invocación, se desencadenó el frenético baile de multitud de danzantes, ricamente ataviados con penachos de plumas multicolores, acompañados con la música de gran cantidad de instrumentos: Flautas, huéhuatl, teponaxtles, chirimías, cascabeles. Un repentino presentimiento le hizo voltear hacia atrás, mirando estupefacto los dos grandes recintos bellamente coloreados por fuera y tétricamente negros por dentro. Gruesas columnas de humo salían por ambos quicios, desde los cuales se podían distinguir las representaciones de la principal dualidad religiosa de los mexicas: En el de la derecha, Tláloc, dios del agua y la lluvia; a la izquierda, el siniestro Huitzilopochtli, dios de la guerra y proveedor de la sangre que requiere el sol para continuar su camino celeste día con día. Frente a cada abertura de entrada, firmemente enclavada, estaba la temida téchcatl, la piedra del sacrificio.

Sintió de repente ganas de orinar; y en el pecho el retumbar de sus propios latidos. Su mente rebuscaba alguna alternativa de escapatoria, pero la férrea sujeción de los telpochques y su propia debilidad lo descorazonaban. En ese momento estaba cierto de quién era y en dónde estaba; pero sabía también que era ilógico estar en ese lugar. Intentó recordar vertiginosamente las palabras en lengua náhuatl adecuadas para hacer entender sus argumentos, aunque presintió que, aun lográndolo, tendría poco valor. En medio de su creciente pánico supo que por esta vez, sólo un verdadero

milagro podría librarlo del suplicio que ciertamente veía venir.

El sacerdote que oficiaba aquella alucinante ceremonia, lo señaló con un brazo, mientras miraba hipnótico al cielo, como ofrendando el holocausto a algún escéptico espectador imaginario de las alturas. Su voz retumbó nuevamente:

– ¡Tecayehuatzin Uexutzinco Tlaltecuhli aaaaeeee... aaaiiee Tecayehuatzin óllotl eeeaaa!...

A una imperceptible señal, los telpochques lo hicieron retroceder unos tres pasos, al tiempo que otros dos lo sujetaron con igual fuerza por cada uno de los tobillos, levantándolo horizontalmente hasta la altura de los hombros. La angustia hizo crisis y su cerebro perdió el control, dejando de percibir las cosas con claridad, como cuando el terror se adueña de los sentidos; se daba cuenta que era conducido a la téchcatl: Una enorme laja de piedra volcánica redondeada en su borde superior, cuya única función era dar soporte a la espalda de la víctima. Al sentir el contacto de su piel con el filo desbastado de la piedra, sus músculos se arquearon espasmódicamente, pero fueron dominados por la fuerza de los celadores que, tirando de las cuatro extremidades en sentidos contrapuestos, lo obligaron a ofrecer el pecho sin defensa alguna, con la espalda curvada, firme y dolorosamente recargada contra la piedra.

No pudo más. De lo más profundo de sus entrañas brotó incontenible un grito enloquecido, cuando el Gran Sacerdote empuñó en lo alto el brutal cuchillo de pedernal:

– ¡Aahaaaaargg!

Fue necesario que un quinto ayudante le sujetase fuertemente la cabeza. Su pecho se contraía convulso en cada respiración, jalado inmisericorde por los músculos costales; las aletas de la nariz se expandían al paso jadeante del aire; los ojos desorbitados y la mirada vidriosa por el terror, buscaban un asidero que no existía. El Gran Sacerdote de la cabeza encapuchada se situó en su costado mostrando la mano armada con el instrumento letal. En ese instante conoció la sensación de cuando llega el momento de morir; y con una insospechada fuerza física extraída de lo profundo del instinto de supervivencia, logró alzar la vista en el momento en que su verdugo apuntaba al sitio exacto del pecho donde debería caer el golpe mortal, pero no pudo descubrir quién era el sacerdote. La mano armada inició su viaje con aceleración creciente, no obstante que él la veía venir con una lentitud interminable, durante ese instante de eternidad que separa la vida de la muerte.

El pedernal llegó finalmente a su destino; a la altura del nacimiento de las grandes arterias cardiacas, de donde saltaría el primer borbotón de sangre caliente. El golpe cortante produjo en su cerebro el estallido de una intensa luz blanca que le nubló el sentido; y una violenta contracción muscular que lo llevó hasta la posición de sentado, con la espalda, la nuca, el cuello y la frente, totalmente empapados por el sudor.

– Despierte Martín. ¿Se siente bien? – Fernando Ortega, en calzoncillos, sacudía

al economista no sin cierta preocupación. Martín abrió los ojos, tardando un buen rato en recobrar la ubicación en tiempo y espacio. Al ver la cara de Ortega, su compañero de cuarto, se dio cuenta que solamente se trataba de un sueño: Un horrible sueño repetitivo que no alcanzaba a descifrar. Sobre la mesa de noche, aún estaba abierto el libro de Sahagún, donde podía leerse en letra menuda:

CAPITULO XXI
DE LAS CEREMONIAS Y SACRIFICIOS
QUE SE HACIAN EN EL SEGUNDO
MES QUE SE LLAMABA
TLACAXIPEHUALIZTLI

Preguntó un poco amoscado:

– ¿Qué pasó? – Ortega se alejó hasta su propia cama.

– ¿Que qué pasó?.. Que se soltó usted gritando y maldiciendo en español y en náhuatl... ¡Y mire como está usted alterado!... ¿Pues qué estaba soñando?

Martín Reyes lo pensó, sonrió sarcástico y al cabo de un rato dijo:

– Nada, Fernando; una pesadilla sin importancia. ¡Hasta mañana!

Fernando Ortega volvió a su cama de espaldas a la luz del buró. Martín, con ambas manos entrelazadas en la nuca y descubierto hasta la cintura, se preguntaba con desazón por qué últimamente su “pesadilla sin importancia” lo acosaba cada vez con más frecuencia y realismo, al grado de hacerle pensar en que se trataba de una funesta premonición.

VI – La Maldición de Eva

Paulina tampoco tuvo una buena noche. Como a las 4.30 de la madrugada despertó a causa de ligeras molestias en el vientre: «Algo me habrá caído mal en la cena», meditaba tratando de recordar los alimentos y bebidas del menú, para llegar a la conclusión de que no era probable que se tratara de una simple indigestión; «¿Será acaso...?», murmuró al pensar automáticamente en su viejo problema.

Encendió la luz de la lámpara para buscar en su bolso de mano una pequeña libreta de las que obsequian los laboratorios farmacéuticos a los médicos; ahí anotaba



cuidadosamente su calendario femenino. Los datos no fueron nada alentadores: Se acercaba peligrosamente a la parte del mes de mayores problemas, aunque también era cierto que su periodo nunca fue regular y tanto podía presentarse repentinamente a las pocas horas de sentir las primeras señales, como retrasarse hasta dos semanas. «¡Ojalá!», fue la dedicatoria mental a esta última perspectiva.

Apartó a un lado las sábanas que aún la cubrían, se levantó hasta quedar sentada en el costado de la cama, estiró hacia abajo el corto camisón de seda que usaba para dormir y se friccionó con ambas manos la fina y blanca piel de sus bien dotados muslos, en un acto de activar la circulación de la sangre y reanimarse por completo. Sentía la necesidad de revisar su arsenal de combate para enfrentar el episodio que esperaba. Luego se levantó para dirigirse al tocador donde reposaba el pequeño maletín cuadrado que guarda sus objetos personales e íntimos; al abrirlo pudo comprobar la existencia de todos los accesorios necesarios para la higiene íntima, así como los medicamentos que contrarrestaban cólicos, mareos y dolor de cabeza. Recordó con una sonrisa de ironía, la expresión de seguridad de las modelos de televisión que con aplomo recomendaban:

«¡No dejes que el hecho de ser mujer, empañe tu vida!»

Después de cerrar la maletilla, fue hacia el lavabo del cuarto de baño para enjugar su boca y luego regresó a la cama disponiéndose nuevamente a dormir, cuando sus ojos toparon con la bata de noche, dejada a los pies del cobertor. Por un instante dudó, pero por fin se la puso para salir un momento al pasillo y recibir un poco el fresco en los arcos que adornan el costado del hotel que mira hacia la ciudad de Taxco.

A esas horas, tal vez debido a la altura del cerro donde estaba enclavado el hotel, o tal vez a lo agreste de la geografía de Taxco, el “fresco” más bien tendía a frío. Al recibir de lleno la brisa nocturna, sintió súbito el contacto de la seda del camisón contra la firmeza de ambos senos. No pudo evitar que el roce de la tela provocara una leve excitación de los pezones morenos que protestaron irguiéndose hacia el frente. Cruzó los brazos para protegerlos, aspirando profundamente el aire frío de la montaña durante uno o dos minutos, hasta sentirse vivificada y con excelente estado de ánimo. Luego resolvió regresar a la tibieza de su habitación.

Al girar sobre sí misma para desandar el camino, descubrió en la puerta contigua a la suya una línea de luz en el resquicio inferior: «Es el cuarto de Martín y Fernando. ¿Qué harán despiertos a estas horas?».

El sol de levante poco a poco dejaba atrás el montañoso horizonte de la ciudad, luchando por derrotar a la fría bruma matinal que humedecía de rocío las plantas y flores de las macetas que abundan en las ventanas de los hogares provincianos. La camioneta todavía tenía los cristales empañados, a excepción de las áreas curvas barridas por los limpiadores que Zavala tuvo que accionar durante el trayecto del hotel al campo de aterrizaje.

Casi a la hora exacta de llegada, se empezó a escuchar en forma creciente, el acompasado ronroneo de un aparato acercándose a la pista. Con la mano extendida sobre los ojos a modo de visera contra el sol, los miembros del grupo pudieron enfocar la nave cuando estaba a punto de tocar tierra. Se trataba de una avioneta monomotor para cuatro pasajeros, de las que son capaces de aterrizar en un palmo de terreno; el fuselaje blanco con vivos rojos se acercó rápidamente al final de la pista, deteniéndose a escasos metros de los asistentes a la recepción.

Cuando al fin se detuvo, pudieron ver que descendía de la avioneta un hombre alto, de cabello castaño claro y ojos gris acerado. Vestía a la usanza de las películas de exploradores africanos, que aprecian más a los animales que a la dama joven del cuento: Chaqueta cazadora y pantalón de caqui, botas de montaña y un sombrero de ala redonda curvada un poco hacia el frente. De los asientos traseros, sacó dos grandes mochilas de lona verde al estilo militar americano, que arrojó al suelo sin miramiento alguno. Del bolsillo de la cazadora extrajo unos lentes oscuros, ajustándolos en los ojos con ambas manos, al tiempo de dirigirse con paso lento y displicente hacia la comitiva que lo esperaba.

– Good morning gentleman, ¡lady! – tocó con los dedos el ala de su sombrero – I'm Potter; Brenton Potter.

– Welcome mister Potter, I am Profesor Galicia, chief of the team. We are so glad to meet you... He is... – Galicia tomó a Martín por el brazo para presentarlo, cuando Potter lo interrumpió:

– Please sir. Yo entiendo un poco el espaniol; yo gustaría que ostedes hablarme en su idioma ¿okey?.

– ¡Mejor para todos! – dijo Galicia, que, si bien dominaba lo suficiente el Inglés, tenía problemas de comprensión si le hablaban muy rápido – Entonces déjeme presentarle: Martín Reyes, licenciado en economía.

– ¿What?

– Economist degree, mister Potter.

– ¡Hello, amigo Reies! – un sólido apretón de manos.

– Ella es Paulina del Río, graduada en sociología. – Potter le estrechó más suavemente la mano, reteniéndola un poco más de lo usual.

– ¿Cómo está usted, señorrita? – el americano dedicó una penetrante mirada a los ojos de Paulina. Martín sintió con desagrado que los músculos de su mandíbula se contraían imperceptiblemente. Seguido de un brevísimo silencio, Potter concluyó

su saludo en forma por demás galante:

– ¡Es *osted* mucho bella, *Poulina*!

Ella no se inmutó ante el mundano desparramo del americano, pero sintió en la nuca la presión de la mirada de Martín.

– Mucho gusto mister Potter. – contestó retirando la mano. Galicia despistado, miraba ahora a Ortega:

– Él es Fernando Ortega, mister Potter; ungraduated of Biology, estudia también antiques medicinal vegetables.

– ¡Ah *Ferrnandou*! ¿Eh?; like a best Dodger's pitcher *Valenzoela* ¿Heee? – Ortega se limitó a una especie de sonrisa cohibida, dejándose zarandear la mano.

– Y éste es Jaime Zavala, nuestro chofer; the driver, ¿you know?.

– ¿Qué tal, amigo Jimmy? ¿No quiere *osted* traer the bags y llevarlas al *Jeep*?... Thank you.

A Zavala no le gustaron tres cosas: Que lo presentaran al último y como por no dejar; que el gringo igualado le llamara “Jimmy”; y que tan rápido lo tratara como si fuera su *gato*; el no tenía la obligación de cargarle las maletas a nadie, mucho menos al *ji'jue'su*... «¡Bueno! .. A Paulinita le cargo lo que quiera, pero a éste: ¡*Ni'mm*...!»

Al abordar la camioneta Galicia preguntó a Potter si antes de salir de la ciudad rumbo a Chichila, deseaba desayunar algo: «A breakfast, ¿you know?». Potter rehusó alegando su interés por conocer cuanto antes el legendario pueblo de Ixcateopan, punto que seguía en el itinerario después de Chichila; y donde, según cuentan, reposan los restos del último emperador de la gran Tenochtitlan, el gran Cuauhtémoc.

Al frente iban, Zavala manejando y Galicia; en los asientos intermedios, Potter a la izquierda y Paulina a la derecha; en la parte trasera Martín y Ortega. Paulina inició la conversación, como suele suceder, por el recurso de hablar vanalidades:

– ¿Y cómo le fue de viaje, mister Potter?

– ¡Por favor, *señorrita*!, mis amigos llamar Brent; *osted* y yo pronto ser buenos amigos ¿O'right?

– De acuerdo, Brent; pero usted también tendrá que dejar de decirme “señorrita”. My name is Paulina.

– Okey Paulina... Y *osted*, amigo Jimmy, si más adelante cansar, I can ayudar a guiar el jeep – a Zavala le halagaba que el gringo lo incluyera en la plática, pero se cuidó de conservar muy clara su posición:

– Gracias mister, pero pa' qué quiere. Si saben en México que le solté el *buque* a otro, capaz que me ejecutan... Pero de todos modos, *tenquius*.

Una carcajada general inundó el ambiente, ante la cara que puso Potter al no comprender absolutamente nada de lo dicho por Zavala. Fernando aclaró:

– Él dice que no se preocupe Potter, que más adelante se ponen de acuerdo.

El vehículo rodaba tranquilo por el angosto y descuidado camino vecinal, mientras se entablaba una conversación más general, rompiendo poco a poco la desconfianza natural hacia el recién llegado. Zavala accionó los botones del radio, manejando a

una sola mano. Hizo girar con la derecha el sintonizador hasta que encontró una estación radiodifusora que se captaba más o menos bien. De las bocinas empezó a escucharse una melodía popular muy en boga:

«Dime Capullo... ¿e' hijo mío el neerito?»

«Y ella le contestó... y ella le contestó»

«Mira Sorullo, el negrito es el unicotuyo»

En Chichila trabajaron casi hasta las cinco de la tarde. Ortega y Zavala se fueron caminando rumbo al pequeño mercado del pueblo en busca de los tradicionales puestos de plantas y hierbas medicinales. Pronto encontraron uno que cubría todas las expectativas, atendido por una anciana y una muchacha a todas luces discípula de la primera.

Galicia y Paulina se dirigieron a buscar a las autoridades del lugar, con el fin de obtener información oral o datos relativos para identificar la existencia de documentos antiguos en alguna biblioteca, si es que esta existía; o en alguna oficina del cabildo; o en manos de alguna familia de las que suelen atesorar desde muchas generaciones, reliquias, leyendas y objetos que con frecuencia ocultan datos valiosísimos para un antropólogo avezado.

Martín recibió la comisión de revisar con Potter la información obtenida hasta el momento y ponerlo al tanto de todos los detalles que requiriese, a partir de la lectura de los manuscritos, informes preliminares y notas recabados por Galicia y los demás. No fue muy de su gusto, pero íntimamente se alegró de que Paulina se alejase del americano aunque fuese por un rato; mientras, él tendría la oportunidad de indagar quién era, que tanto sabía y que quería en realidad Brenton Potter.

Decidieron ubicarse cerca de la camioneta a fin de no perderla de vista por si acaso, en una casona que ofrecía al frente un portal techado con tejas de barro colorado; en la parte superior de la puerta que llevaba al interior del inmueble, un letrero pintado a mano con grandes letras de color azul, rezaba:

“ LA SERRANITA “

La fonda – cantina daba a un costado de la plazoleta con viejas bancas de hierro forjado, vencidas por los años y el abandono. Bajo la sombra de un fresno estaba plantado un jovenzuelo de no más de catorce años, al cuidado de un escarapelado carrito de paletas heladas, con su infaltable hilera de campanillas en el manubrio; el paletero miraba con curiosidad a los fuereños, sin importarle en lo más mínimo la venta de sus helados de limón, tamarindo, uva y grosella.

El gringo y el mexicano se instalaron en una destartada mesa de lámina que fue donada en el principio de los tiempos, por la “Corona Extra”. Al cabo de dos horas de intenso trabajo, estando el sol en la plenitud del mediodía, decidieron tomar un descanso; Potter llevaba consumidas varias cervezas, por dos refrescos “Yoli” de limón que bebió Martín. Recogieron los papeles y el americano encendió un aromático cigarro habano con cerillos de madera.

– ¡Maldito calor! – gruñó Martín, al tiempo que se estiraba sobre la silla. Potter le miró, observando las reacciones que definirían los rasgos del carácter del mexicano.

– Dígame Martín, ¿you cree que es importante el trabajo que están realizando?

– ¡Claro mister!; de otra forma ¿cómo supone usted que la Organización de las Naciones Unidas nos iba a enviar a uno de sus asesores, a supervisar éste tipo de investigaciones?

Potter se puso en guardia.

– Yo creo que you estar equivocado, amigo. Yo sólo ser un observador científico del trabajo de *ostedes*. De hecho, así ser siempre mi trabajo: Viajar todo el tiempo, vivir en hoteles y posadas; en fin, you know.

– Pero tendrá usted un objetivo bastante preciso al venir desde tan lejos; tendrá usted sus propias opiniones acerca de nuestro pueblo y nuestras costumbres. Supongo que deberá informar a sus superiores los hallazgos y descubrimientos que hagamos durante... – Potter, con un ademán conciliador, trató de refrenar los ímpetus de Martín, diciendo a la vez:

– ¡Oh no, my friend! Mi trabajo no es... ¿Cómo dicen *ostedes* the *mecsicanos*?..

– Dar machetazo al caballo de espadas – sugirió Martín escéptico.

– Tal vez sea. – continuó Potter – Un observador debe revisar el methodology, la forma de desarrollar el trabajos, estimar... ¿estimar?...Oh yeah; calcular la importancia of de project, para la cultura de la especie humana. ¡Eso ser lo que yo haré aquí en *Mécsico*! y eso es lo único que debo reportar to New York.

– Pero no me podrá negar, mister, que sus informes tendrán a fuerza que estar influidos por su modo americano de ver las cosas ¿no?; su *American Way of Life*... Bastante experiencia tenemos con sus paisanos, que vienen a juzgar con aire de superioridad el atraso y los problemas sociales de nuestra gente. ¿O usted piensa diferente de nosotros los mexicanos?

– Lo que yo pensar es lo que menos importa. Yo conoce casi todos pueblos del mundo; y éste no ser ni mejor ni peor que otros muchos. ¡Lo que really importa es lo que ustedes piensan de ustedes mismos! *Mécsico* is *Mécsico*, and the United States are the United States ¿okey?. Cada país is different a los demás, pero *mecsicanos* siempre buscar comparaciones; y luego gritar furiosos cuando alguien expresa una opinión de *ostedes*: ¡Oh my God! ¡Intervention! ¡Yankees, go home!

A Martín le simpatizó la acalorada forma de manotear de Potter y como mezclaba los idiomas, pero se cuidaba de manifestarlo para no mostrar debilidad. Sólo se mostró conciliador.

– ¿Quiere otra cerveza, mister?

Mientras tanto, el doctor Galicia aceleraba la marcha hacia la vieja casona de don Quintil Prieto, donde según le habían dicho, podían encontrar una biblioteca familiar de mucha antigüedad. La familia Prieto tenía fuertes lazos de consanguinidad

con gente que habitó en la primigenia ciudad de Iztapalapa, a la orilla noreste del lago de Texcoco; habiendo salido de ahí poco después de la conquista, para evitar las persecuciones de que fueron víctimas a manos de los españoles o de caer en la esclavitud disfrazada de las encomiendas. Llegaron a principios del siglo pasado a los alrededores de Taxco, de donde derivó una importante rama de la familia al pueblo de Chichila.

Paulina lo seguía con evidentes síntomas de fatiga; el sol bravo estaba agotando sus reservas. De repente sintió un fuerte espasmo abdominal que la obligó a detenerse, llevándose las manos al vientre.

– Doctor Galicia... ¡Por favor!, deténgase un momento – le dijo en tono suplicante. Galicia se detuvo y regresó dos pasos hasta ella, tomándola por el brazo derecho.

– ¿Qué le pasa Paulina? ¿Se siente mal?

– No es nada doctor... una molestia pasajera. ¿Me obsequia un poco de agua?

Galicia destapó la cantimplora que cargaba al hombro ofreciéndosela, al tiempo que Paulina sacaba un frasco de píldoras de su bolso; se llevó una de ellas a la boca, tragándola con la ayuda de un largo sorbo de agua, tomado directamente de la embocadura de la cantimplora.

– ¡Ahh!.. Gracias doctor; ya pasó.

– No me trate de engañar, Paulina. Desde ayer la he estado observando y la he notado inquieta o preocupada por algo. Le voy a pedir a Martín su opinión; y si es algo serio, regresamos a Taxco para que la vea un médico.

– ¡No, no, no, doctor! En verdad no es nada; no hay porqué retrasar el viaje ni molestar a Martín. – «Mucho menos a Martín», se dijo para sus adentros.

– ¿Segura Paulina?

– ¡Segura doctor!

En el mercado del pueblo, Ortega tomaba notas vertiginosamente de lo que la anciana iba describiendo acerca de cada manojo de plantas y frascos de semillas. De las que no conocía, apartaba una muestra poniéndola a un lado del humilde tendido de plástico de las vendedoras, para después hacer la cuenta y pagar por ellas. La anciana hablaba con dificultad el castellano, salpicando su discurso con innumerables regionalismos y frases entonadas con ese estilo cantarino y dulce de los indígenas mexicanos.

Zavala aprovechó el entusiasmo de la anciana por describirle a Ortega sus productos, para acercarse a la muchacha con el pretexto de ayudarle a embolsar las muestras de Fernando; y tratando de no ser escuchado, inquirió a la joven, que dominaba mejor el español:

– Y tú, prietita ¿Cómo te llamas? – las tersas mejillas de la joven se tiñeron de un leve e inocente rubor.

– Si me dice pa' qué *quiere* saberlo el *siñor*.

– ¡Oh, pos'... pa' saber!... ¿O qué no tienes nombre?

– Me llaman Flor de María, pa' servir a Dios y *asté'*.

– Oye Florecita: – la india niña sonrió con una fresca sonrisa, mostrando apenas una hilera de blanquísimos dientes; Zavala calculó muy bien sus palabras siguientes – ¿Sabes?: Allá en México... ¿Tú conoces México?

– No señor, yo nomás vido Tlaxco.

– Pues allá en México, que es una ciudad grandota, grandota; yo conozco a una señora que también vende plantas...

La muchacha entornó sus grandes ojos escuchando con atención a Zavala, quien se aprovechaba del efecto mágico que se logra al referirse a la desconocida y mítica Ciudad de México. Al proseguir, imprimió a sus palabras un tono como de confianza, para granjearse la confianza de Flor de María.

– ¿Y sabes? Yo soy su principal marchante.. – acercándose un poco más, pero no demasiado para no inquietar a la vieja, susurró – Todos los domingos pone su puesto a un lado de la Basílica de Guadalupe... allá donde vive la virgencita, tú sabes. Siempre voy, porque ella me vende una plantita para té con que se mojan los cigarros de hoja... ¿Conoces ese té?

– No *señor*, pero mi madrinita *Usebia* se sabe de memoria todas las hierbas de Dios; y.. ¿va'ste' a *crer*?, hasta de las otras *tene* conciencia – se santiguó rápidamente al mencionar las “otras”. Zavala tuvo la sensación de ir por buen camino.

– Pero tú, que eres su ahijada, habrás oído dónde se pueden conseguir... Es que yo estoy malo de los nervios ¿sabes?

– ¡'Orita le doy *asté'* un manojito milagroso que...

– No, muchacha; ya he tomado de todos esos menjunjes y ninguno me hace bien.. ¡Yo necesito el tecito ese!

– 'Tonces pregunte el *señor* a mi madrinita; si alguien sabe, *mesmamente* es ella...

Flor de María sintió que la plática ya era demasiado pesada para echársela a cuestras ella sola; de modo que, sin dejar oportunidad para evitarlo, volteó hacia la anciana hablándole rápidamente en un dialecto desconocido para ambos marchantes. La vieja escuchó y contestó en el mismo dialecto, denotando una entonación como de reprimenda que la muchacha recibió sumisa.

– ¿Qué dijo? – preguntó ansioso Zavala, captando, además, la atención de Fernando.

– Dice que son cosas del Diablo... que nosotras no mercamos ninguna hierba mala, porque es grave ofensa de Dios y la Virgen... Dice mi madrinita que no *quiere* tratos de los *quihace* el Nagual de Noria del Fraile.

Fernando, completamente interesado, insistió con vehemencia:

– ¿El nagual de qué?

La vieja reinició su reprimenda ininteligible, ahora con mayor brusquedad. Tomó el hato de bolsitas ya listas, espetándoselas a Ortega en señal de despedida; Fernando le intercambió un billete en pago de la mercancía, tratando de disculparse

por la impertinencia de Zavala; Flor de María dio la espalda a la vieja, para decir con voz apenas audible:

Pregunte el señor a Tarsicio el paletero. Él sabe.

VIII – A las Puertas de Ixcateopan

Desde antes de entrar a Ixcateopan, cuando ya la tarde va muriendo, los sentidos captan sensaciones extrañas. Se percibe en la atmósfera un diáfano ambiente de mexicanidad, pero no de esa mexicanidad acartonada de los restaurantes de comida típica acompañada de tequila y mariachi que tanto abundan en la avenida de los Insurgentes y la Zona Rosa de la capital; ni de la mexicanidad oficialista de los libros de texto gratuito; ni la romántica mexicanidad charra de las películas campiranas, que se iniciaron con Tito Guízar y continuaron con Vicente Fernández y Lucha Villa. Se respira en el aire un regusto provinciano de mexicanidad auténtica, sin condiciones ni reclamos patrioterros, sin chantajes sentimentales. Es como un deseo espontáneo e innato de ser mexicano, de amar lo mexicano, de creer en la grandeza de México.

Y es que Ixcateopan guarda celosamente en el arca de sus preciados tesoros, la leyenda, mítica o cierta, de que su tierra generosa acoge los restos mortales del último emperador mexica: Cuauhtemotzin, El Aguila Que Cae, El Joven Abuelo; el gran héroe de la batalla por Tenochtitlan; el joven rey guerrero que dio al mundo un enorme ejemplo de honor, dignidad y firmeza en la defensa de su causa. Cuauhtémoc por su parte corresponde a su pueblo; dándoles el gran motivo para *ser*; haciéndoles sentir el orgullo de haber sido erigidos en guardianes de los huesos y la memoria del último tlatoani que enfrentó valiente y que soportó en sus espaldas y en sus pies quemados, el derrumbamiento final y definitivo del imperio del Pueblo del Sol.

Tarsicio Sánchez, paletero de oficio, oriundo de Puerto Marqués y accidentalmente avecindado en Chichila, venía sentado entre Galicia y Zavala, desempeñando el papel de guía, para lo cual fue contratado e incluido en la camioneta del Instituto. Sus narraciones, totalmente ajenas al método y léxico común entre este conjunto binacional de especialistas, guardaban la virtud de transmitir el modo popular de ver las cosas, sus sentimientos comunitarios, sus creencias más profundas.

Tarsicio aceptó acompañar el viaje motivado por su juvenil espíritu de aventura, sin darle demasiada importancia al dinero que Galicia le ofreció. Abandonó irresponsablemente su encargo de vender paletas, guardando el carrito en un galerón contiguo a la casa donde vivía, sin descargarlo siquiera de los helados sobrantes. Todo fue subir a la camioneta e iniciar su interminable parloteo:

– Pue' como te digo, paisano; allá arriba cuidan mucho de su iglesia y de la tum-

ba del *Tata Temo* que doña *Ulalia* desenterró. Vinieron hartas gentes como ustedes, toditos preguntando, sacando fotos, echando pedacitos de barro en bolsitas. La gente ya sabía de los entierros desde tiempos de mi abuelo... y *avía* hast'ora siguen llegando y llegando; ¡vas a *crer*, que hasta el pueblo ha crecido de como estaba antes de doña *Ulalia*!

Desde el asiento trasero, Fernando Ortega batió en el aire las manos para ahuyentar en penetrante humo producido por el habano de Potter que le irritaba los ojos. Preguntó:

– Oye Tarsicio... ¿Y cómo está ese asunto del Nagual de la Noria del Padre? – Tarsicio dio vuelta sobre sí mismo para ubicar con la mirada a su nuevo interlocutor.

– Del Fraile, joven: Noria del Fraile. – Ortega replicó:

– Bueno, hombre: del Fraile. ¿Pero quién es, qué hace, a qué se dedica? – Tarsicio, haciéndose el interesante para capturar la atención de todos, ahora dio a sus palabras un tono de suspenso:

– No crea joven, es un negocio bastante peliagudo. Pocas gentes se atreven `onde el Nagual. Dicen que varios que han ido, nunca fueron vueltos a ver. A los chamacos no los dejan tan siquiera acercarse al camino... ¡No, *si'sta'ca*...

Martín terció la conversación:

– Pero se supone que un Nagual es el ánima de un difunto que pena por las noches y espanta a la gente que anda solitaria.

– O algo así como un brujo, yerbero ¡Qué sé yo! – propuso a su vez Zavala, quien se atrevía a meter su cuchara, cuando la plática no era demasiado seria.

– Pué'hi, licenciado; fíjate tú que así es la cosa; pero por eso le nombran nagual a Febronio; porque nunca baja, ni se le ve fuera de su jacal; y muchas *gentes* dicen que se dedica a las cosas del *demoño*.

Tarsicio disfrutaba grandemente el interés que su plática producía; tal vez por eso se esmeraba en abundar los detalles, entre más estrujantes, mejor.

– Además, dicen... que Febronio Miranda murió hace muchos años, quemado por un rayo que le mandó el Arcángel Miguel, el mismito que se *escabecha* al diablo todos los años en la pastorela de la iglesita de Chichila; pero que en el jacal quedó su alma como Nagual... Y que ya después d'eso ya no puede morir, porque *dizque* tiene *paito* con el malo... – finalizó con gesto de arrogante virilidad – ¡Yo no creo na'd'eso!

– Pero ¿tú lo conoces? ¿Alguien lo conoce o lo ha visto? – presionó Paulina, muy interesada.

– ¡Yo lo vi!; así de *cerquitas* como la veo a usté', niña... Una vez mi abuelo, que en paz descanse, me llevó por los cerros *quesque* a cazar; *traiba* un *riflón* de esos que usaron cuando andaba con el jefe Zapata. Pero el cuento es que la noche nos ganó y perdimos el rumbo; y dale a caminar y caminar tratando de dar con gente; o más que fuera con camino real, pero ¡nada! Hasta que dimos con el jacal de Febronio en una hondonada que le nombran la Noria del Fraile. Mi abuelo ya sabía del Nagual, pero como *andábanos* perdidos en lo'scuro, yo *crioque* no supo a donde recalaba; el

caso es que, contra toditas las habladas, Febronio nos dio su auxilio y nos ofreció de comer. ¡Yo nomás quise tomar tantita agua de un cántaro grandote que tenía!... y nos mandó derecho al camino de Ocuilila, dándonos buenos rumbos.

– ¿Es muy viejo? – deslizó Zavala sin quitar la vista del camino.

– ¡‘Uta, paisano... pos vete tú a saber!... Quien sabe la edad que tendrá.

El doctor Galicia trató de concluir acerca de Febronio Miranda, el Nagual de Noria del Fraile:

– Probablemente se trata de uno de esos ermitaños que se aíslan completamente del mundo sin meterse ni hacer mal a nadie. Es muy común que a ese tipo de personas, la gente ignorante y supersticiosa les achaque mitos y leyendas de brujería o malas artes, generalmente sin fundamento alguno.

– ¡No te creas, *dotorcito!* – interrumpió vívidamente Tarsicio – ...su jacal está llenito de cosas raras, figuras de barro y cazuelas de todos tamaños, con pócimas que sólo él conoce; yerbas de toditas las que se dan en los montes... – el interés de los oyentes aumentó ostensiblemente ante el rumbo dado por la descripción del muchacho.

– Fíjate paisano, – prosiguió – que yo le vi unos amates llenos de dibujos y adornos raros, no como los que venden en la plaza de Ixcateopan, que son hechos para los turistas tarugos; más bien que unos bien viejos, *quesque* dicen que son sus libros de las recetas para el mal d’iojo y pa’ los ensalmos... Pero yo no creo, porque ni siquiera tienen letras, sino puros dibujos de ídolos y cuadritos con bolitas y dibujos de animales, *pué’*.

La expectación creció al máximo. Un buen antropólogo inmediatamente debe suponer que tal vez se trate de algún códice o documento similar; en cuyo caso el nagual revestía una extraordinaria importancia para la investigación, que bien podría llegar a convertirse en un hallazgo de enormes alcances históricos y antropológicos. El más interesado, a juzgar por la expresión de su rostro, era Potter, que a pesar de sus dificultades para entender la curiosa jerga regional de Tarsicio, tenía el suficiente grado de entrenamiento y sensibilidad para detectar lo verdaderamente importante.

Galicia se imaginó presentando el *viejo-nuevo* testimonio de las culturas prehispánicas, que por supuesto sería llamado “El Códice Galiciano”, ante el gran auditorio donde comunicaría al mundo científico su trascendental descubrimiento: «Señoras y señores, distinguidos colegas: Es para mí un alto honor...»

Martín y Paulina intercambiaron miradas de inteligencia; ambos coincidían en que ese tipo de información, no debería ser lanzada tan a descubierto, pensando por supuesto en el americano. Martín hizo un intento por desviar a Tarsicio por otros rumbos, mientras Ortega se relamía de contento por haber sido el factor principal para el giro que tomaron las cosas, a partir de su propuesta de traer a Tarsicio como guía.

– ¿Y por dónde queda Noria del Fraile, muchacho? ¿Es un rancho o qué? – fue la pregunta inmediata de Martín.

– *Pos algo lejecitos* de Ixcateopan... No mucho. – contestó Tarsicio con aires de experto, señalando con su mano hacia el paisaje serrano – Adelante hay un caminito que sale por la derecha y se mete entre los cerros... muy *piedregoso*. Por ahí se llega a un pueblito que le dicen Ocuilita. A veces, cuando es tiempo de aguas ni las mulas pasan; además, no encuentras un alma por esos lugares; como que todo el mundo le saca la vuelta.

Paulina insistió sobre la pregunta de Martín:

– ¿Ahí es Noria del Fraile, Tarsicio?

– Onde vive Febronio es uno como vallecito entre dos cerros muy empinados. No hay allí nada, más que'l jacal de Febronio. *Dende* Ocuilita falta caminar harto camino entre el monte pa' llegar a la Noria... Cuenta la gente que antes hubo un pozo de agua en el camino real, que no fue hecho por mano del hombre sino que solito salió. Dicen que uno d'esos monjes, de los primeritos que llegaron a México, andaba buscando a un *dizque* "Padre Teto", *quesque* averiguando 'onde había quedado difunto, pero que unos indios a los que les preguntó, creyeron que andaba detrás del *Tata Temo*, que trajeron a enterrar desde tierras de Tabasco hasta Ixcateopan. `Tonces cuentan que lo mandaron matar a puro flechazo y que lo echaron con una piedrota amarrada al cogote dentro de esa poza, pa' que no lo encontraran los soldados. Dicen que *aluego* el pozo se empezó a secar y que fue abandonado; y que cuando pasaban gentes por ahí, echaban su puñito de tierra y una santiguada, *quesque* para el eterno descanso del curita, hasta que el *abujero* ya no se vio, ni se supo en que mero lugar quedó. Por eso le llaman a ese lugar "Noria del Fraile". Cuentan que en las noches oscuras de repente camina un aparecido con su piedra colgando del cuello.

Tarsicio se santiguó supersticioso. La historia fue condimentada con toda clase de ademanes y gesticulaciones enfocadas a imprimir mayor énfasis y suspenso a la narración. En la mente de todos viajaban las imágenes de aquellos legendarios acontecimientos. Potter se dirigió a Galicia:

– ¿Qué opinar *osted* de todo esto? – Galicia, ensimismado, no escuchó a Potter

– ¡Eh, doctor! – tuvo que insistir el americano.

– ¿Qué?... perdón, no le escuche, Brent... ¿decía?

– ¿Que cuál ser su opinión de esto? ¿Supone que la historia de this boy poder tener bases reales?

Galicia reasumió su autocontrol y el acento doctoral que usaba al disertar sobre algún tema.

– Todas las leyendas y consejas populares por lo general se basan en hechos o sucesos del pasado que muy probablemente existieron, aunque es por todos sabido que al ser estas transmitidas por el sistema oral, es decir, de boca en boca, al correr el tiempo sufren deformaciones que acaban por anular su calidad testimonial en términos históricos, pero suelen conservar una cierta utilidad como pista... En el

caso de Noria del Fraile, la historia data desde tiempos de la Conquista o principios de la Colonia, según lo dicho por el joven Tarsicio; y sobre la base de nuestra propia información histórica, sabemos que en esas épocas poco tiempo había para ponerse a escribir crónicas de lugares aislados, mucho menos si estos no constituyeron núcleos de población. Los vencedores estaban ocupados en consolidar su posición y los vencidos en sobrevivir, como en el caso de la familia Prieto de Chichila.

Nadie notó que la sola mención de la familia Prieto produjo en el semblante de Galicia una nueva expresión de intriga, como si de pronto hubiese recordado algún detalle importante.

– Es decir, – intervino Ortega – que habremos de conformarnos con los datos de Tarsicio ante la imposibilidad de verificar la auténtica identidad del religioso que murió buscando al famoso *Padre Teto*, quien por lo demás, posiblemente fue uno de los muchos religiosos que perdieron la vida de parte de los españoles. Los religiosos misioneros, y principalmente los franciscanos, tenían la costumbre de viajar solos por los caminos, exponiéndose a todo tipo de peligros.

Paulina, moviendo en el aire una mano, en actitud de hilar las ideas, dijo reflexiva:

– Sin embargo... a mí se me antoja que algo importante puede subyacer oculto en la leyenda. Observen ustedes que el incógnito difunto: en primer lugar, fue muerto a manos de naturales; en segundo lugar, sólo andaba buscando a un tal *Padre Teto* o sus restos mortales; y en tercer lugar, el probable móvil para su ejecución, fue que la gente le relacionó con Cuauhtémoc, muerto en el viaje de Cortés a las Hibueras y traído hasta estos lugares desde una distancia increíble, según las condiciones topográficas, climáticas y sociales de la época. Me pregunto: Si Cuauhtémoc murió en las selvas tabasqueñas ¿Cómo lo transportaron hasta acá?... ¿Por qué a este y no a otro sitio?; en todo caso, la celosa protección del secreto de la ubicación de los restos explicaría que la gente haya procurado la muerte del religioso, creyendo que éste buscaba a Cuauhtémoc.

– Concuerda también el curioso sobrenombre de *Padre Teto*. – aportó Martín – Es posible que pudiera tratarse del fraile franciscano Juan de Tecto, que murió de hambre o de alguna enfermedad tropical, casi al mismo tiempo que el ahorcamiento de Cuauhtémoc, sin que se haya logrado precisar el sitio exacto de su muerte ni el lugar en que fue enterrado, si es que lo fue. Fray Toribio de Benavente “Motolinia” mandó a buscarlo, según sus propias crónicas. De hecho no falta quien relacione de alguna forma ambas muertes y el viaje postrero del cuerpo de Cuauhtémoc a Ixcateopan...

– ¡Exactamente! – exclamó Galicia – Recuerdo ahora que en casa de don Quintil Prieto hay una imagen franciscana que se cae de vieja, dedicada precisamente a Juan de Tecto, mostrando el crucifijo a unos indios que le apuntan con arcos y flechas. Ahora comprendo por qué, cuando le pregunté al señor Prieto sobre ese cuadro,

noté un cierto velo de misterio en su mirada al insistir en que era una imagen como cualquier otra, cuando que realmente se trata de una pieza antiquísima que debería estar en el Museo Nacional de Antropología e Historia o bajo algún otro resguardo institucional. Yo no quise hurgar más en ello, porque nuestro interés se basa en la época prehispánica.

La emoción embargaba la mente de los investigadores ante tales perspectivas. La ruta comercial de los Pochtecas Tenochcas, estaba en riesgo de pasar a segundo término, pero todas las divagaciones se interrumpieron cuando la camioneta frenó de improviso, maniobrando Zavala para acercarla a la orilla de la calle que cruza el centro de Ixcateopan. De frente a ellos, una gran multitud avanzaba ordenadamente rumbo a la salida de la ciudad.

Al frente del contingente, un grupo de jóvenes, cigarrillo en mano, encendía las mechas de continuos cohetes que salían disparados hacia la altura con alegres silbidos y estallidos en el claro atardecer del cielo guerrerense, dejando en la atmósfera el acre olor de la pólvora quemada. Tras ellos, dos lindas muchachas morenas, ataviadas con trajes multicolores de la región, portaban una manta de tres metros de ancho, sostenida por dos postes en los extremos. La manta rezaba:

«Pueblo de Ixcateopan»

El río humano continuaba con los vecinos de mayor edad que llevaban estandartes de primorosos bordados con imágenes de la Virgen de Guadalupe y el Cristo crucificado; después, una abigarrada multitud compuesta por gente de todo tipo, aunque con un claro predominio de rasgos indígenas, que cantaba fervorosa:

«¡Oh María!, madre mía»

«¡Oh consuelo!, del mortal»

«Amparadme y llevadme»

«A la patria celestial»

Obligados a detenerse, el primero en bajar del vehículo fue Potter, quien se sentó con desenfado en el guardapolvos izquierdo de la camioneta para observar más a gusto la marcha. Ortega quiso saber, sin dirigirse a nadie en particular:

– ¿Qué es esto? ¿Una procesión? – Tarsicio respondió de inmediato:

– Es la procesión de todos los años a Chalma, joven. De aquí no paran hasta llegar a rezarle al santito Señor de Chalma, pa' que interceda por ellos con la virgencita.

– Pero Chalma está bastante lejos de aquí – objetó Zavala.

– ¿Y eso qué tiene, pué?... Si *aluego* no paran hasta llegar a la Villa en México... Pa' ver a la Virgen.

– Salgamos entonces a estirar las piernas – autorizó Galicia. Martín y Paulina salieron para observar desde la parte posterior de la camioneta; Fernando permaneció en el interior y Zavala se dedicó a revisar las llantas dándoles golpecitos con el mango de un desarmador. La procesión tardaba buen rato en pasar entonando cánticos y rezos;

el tronar de los cohetes se fue haciendo lejano, pero la gente seguía pasando. Paulina arrobada, se apoyó inconscientemente en el brazo de Martín, quien no pudo dejar de percibir un tenue calorcillo al contacto de la piel femenina.

La tarde rompía el cielo azul intenso con el blanco en las nubes del oriente y el rojo solar hacia las del poniente. El clima ya no era agobiante. Paulina, mirando la procesión, dijo de pronto:

– Te fijas Martín, que toda la gente es muy parecida... Deben ser vecinos del rumbo... – Martín no creyó necesario contestar con más que un leve asentimiento. Ella prosiguió con sus reflexiones, mirando el desfile que avanzaba lento:

– ...Pueden ser rostros distintos, de acuerdo... pero ¿te has dado cuenta de que hay unas cuantas expresiones básicas en las caras de la población indígena de México?: Las mujeres adultas muestran una profunda resignación; parecen dispuestas a refugiarse, a la menor oportunidad, en sus ancestrales obligaciones: La cocina, el lavadero, la cama... Las jóvenes van siempre con la vista al suelo, disimulando sonrisitas o con expresiones asustadizas. En cambio los niños y las niñas siempre tienen miradas como de desconcierto, de duda, tal vez de retraso mental... ¡Y fíjate en esos hombres! Los jóvenes y los adultos se muestran ladinos, macilentos, cenizos. También abundan los de rostro gatuno, como abotagados, con la cara lustrosa de grasa y una expresión de infinito odio... como si fueran capaces de matar por cualquier motivo, tan sólo porque te les quedes viendo. Y los ancianos: En ellos siempre encuentras una infinita tristeza y desesperanza; su mirada siempre se dirige hacia lo lejos... como mirando al tiempo, no sé si para atrás o para adelante.

Martín respiró profundamente antes de comentar con un sutil dejo de ironía:

– ¿Qué cara te parece que tenga yo, compañera?

– Tú no eres indígena, Martín. – replicó Paulina volteando a verlo directamente a la cara. El aludido, sin contestarle la mirada sólo dijo:

¿No lo soy?

IX – Problemas con México

La partida de Ixcateopan a la mañana siguiente, fue precedida de un inusitado alboroto ocasionado por la conferencia telefónica que Galicia sostuvo con el Instituto, a fin de ser autorizado para modificar el itinerario del viaje e incluir una estancia en la zona denominada “Noria del Fraile”. De México le negaron el visto bueno a la consiguiente comprobación de gastos adicionales, sin que Galicia pudiese convencer a los burócratas con sus argumentos: Maldijo, amenazó, invocó las políticas de la Fundación en materia de la «búsqueda de nuestras más profundas raíces históricas...» y nada. La conferencia a larga distancia, realizada

desde el teléfono de la comisaría de policía, terminó por parte de Galicia con un tronante y furioso:

«¡Váyase usted y toda su corte de inútiles, ya sabe a dónde!»

Era bastante difícil hacer enojar a Galicia, pero cuando alguien lo conseguía, ya podía cuidarse de tenerlo cerca; y ahora salió pateando piedras de la calle donde lo esperaba el resto del grupo. Todos pudieron ver que llevaba el rostro encarnado y las mandíbulas apretadas, menos Zavala quien ingenuamente lo recibió de la forma más inapropiada para ese momento:

– Doctor, ayer revisé los frenos de la camioneta; cuando fui a cargar gasolina, sentí que el volante se desvía al frenar... Yo creo que sería mejor...

Galicia lo interrumpió increpándolo:

– ¡También usted me va a salir con sus mojigangas! ¡Nada más eso es lo que falta! ¡Que ahora me venga conque la maldita carcacha no sirve!. A ver cómo le hace, pero yo lo hago personalmente responsable...

Paulina intercedió para librar a Zavala del tupido tiroteo que estaba recibiendo:

– ¡Cálmese, doctor Galicia! ¿Por qué está tan alterado?

Galicia la miró como quien mira a una molesta entrometida, pero la firme mirada que ella le sostuvo, matizada con esos ojos de extraño color café avellana, lo hicieron enmudecer por un momento. Al fin extendió al aire los brazos en un ademán de “está bien, viva la paz”. Tomándose otro instante para rehacerse, respondió con voz más calmada:

– Los estúpidos de la Subdirección Administrativa; ¡creen que el dinero es suyo!.. Son como el perro del hortelano. ¡Carajo... siempre la misma historia!: «No hay presupuesto» – su voz imitaba ahora un tonillo burlesco ridiculizando al funcionario con el que acababa de hablar – «Usted sabe que necesito autorización... debe atenerse a la ruta del proyecto... no podemos extender sus partidas». ¡Paparruchas!

– Pero en sí, ¿de qué se trata, maestro? – intervino Martín – ¿Se suspende el viaje?

– ¡Fuera bueno!, para ver qué responde el idiota ese cuando reporte el ridículo que hagamos con Potter y con la UNESCO para acabar rápido. – se detuvo justo lo suficiente para tomar aliento – ... Lo que pasa es que no hay autorización para lo de Noria del Fraile, porque según ellos no se justifica para la investigación. ¿Será posible? ¿Desde cuándo un contadorcillo decide que es pertinente y que no en una investigación?

Ahora fue Fernando Ortega quien se metió al torbellino:

– ¿Quiere decir que no habrá entrevista con el Nagual? ¿Y lo de la infusión? ¿Y lo de la medicina tradicional? ¡Eso sí estaba previsto en el protocolo!.. Doctor, yo...

– Usted jovencito, tendrá que concretarse a los puntos que toquemos en la ruta y punto... ¡Ni siquiera tomaron en cuenta el posible descubrimiento de algún nuevo documento prehispánico!: códice, estela, ¡nada!

Luego se escuchó una temblorosa voz casi infantil que dijo en tono suplicante:

– ¿Y yo, *dotorcito*? ¿Qué pitos vo’a tocar `ora?

– Tú te regresas de aquí para tu pueblo. Ya no tienen caso tus servicios si no vamos a ir a Noria del Fraile.

Tarsicio se echó para atrás de un salto, agarrándose del brazo de Paulina, al tiempo que soltó un torrente de súplicas y ruegos, casi sin darse tiempo para respirar:

– ¡No, *dotorcito*!; déjeme seguir con ustedes. Yo quiero mucho a la *dotorcita* y le ayudo al *Jimmy*... A usted le cargo sus cosas y le traigo su cervecita y le limpio las botas... Y voy por las tortas y le consigo su tabaquito y le espanto las moscas... Y cuido a Martincito pa’ que no se le peguen las *juilonas* y al doc’ Ortega pa’ que no se pierda; y a....

– ¡Ya, ya, ya párale Tarsicio! – Martín, agachándose, lo sujetó por los hombros; el discurso del chiquillo tuvo la virtud de arrancar una sonrisa de Galicia y una divertida expresión de asombro de los demás; Martín prosiguió diciéndole:

– Date cuenta que ya no te podemos llevar, porque cualquier contingencia que te suceda, puede acarrear nos dificultades por transportar invitados no autorizados, fuera de las coberturas del seguro; y porque, además, no vamos a tener para lo de tu comida y dónde duermas. – Zavala se entremetió en defensa de Tarsicio:

– Puede seguir durmiendo en mi cuarto – Tarsicio aprovechó el asidero que le tendía el chofer:

– ¡Ahi’tá, *dotor*!; y ya no voy a comer mucho, ni me paga más que hasta lo dí’ hoy y me duermo en la camioneta pa’ cuidarla. ¡Ándele, *dotor*, no sea tan ca...!

– ¿Tan qué? – le cortó la frase Galicia, que ahora hacía esfuerzos por no reír ante la vehemencia del chiquillo.

– Tan canijo, patroncito.

Martín dejó a Tarsicio y fue con Galicia, tomándole por el hombro para hacer más amigable su propuesta:

– Maestro... creo que podríamos llevarlo como ayudante del grupo; yo puedo ayudar con sus gastos, es decir, entre todos podríamos cooperar, no creo que haya problema.

Paulina se acercó en apoyo de Martín, con una sonrisa amigable de aprobación a lo que él decía; Galicia se rascó el cuello sopesando el asunto, dudando su decisión, ya que también él disfrutaba la compañía de Tarsicio. El chiquillo de cabello ensortijado color café polvo, sólo agregó:

– ¿`Tons qué, *dotor*?.. ¡Ándele!

– ¡Está bien, está bien!; pero partamos ya, que nunca vamos a terminar con este maldito viaje. – Zavala volvió a insistir en su asunto:

– Doctor Galicia, la camioneta se anda jalando y a mí me apura que vaya a cho-rearse algún cilindro, porque entonces sí...

– Mire Jaime: Yo necesito que usted me diga si podemos confiar en que, manejando despacio y con cuidado, la camioneta aguante; de usted depende.

– No creo que pase nada doctor, pero yo debo tenerlo a usted al corriente de la unidad por si acaso ¿no?

Galicia dio fin la discusión con su acento autoritario:

– En ese caso no se preocupe; yo me hago responsable por lo que pudiera suceder, pero ¡mucho cuidado!... Y por cierto, hablando de responsabilidades, ¿dónde diablos anda metido Potter?

Cruzando el portal de la posada donde pernoctaron, apareció el americano destilando frescura y aroma de lavanda; traía en la mano una bella flor de pétalos morados con pequeños puntitos blancos, recién cortada.

– ¡Good morning everybody! – saludó en general; y dirigiéndose a Paulina le ofreció la flor.

– Para *osted Poulina*, la flor más bonita de este País.

Paulina agradeció halagada el detalle, poniéndose la flor en el cabello sobre la sien derecha. Martín fingió no darse cuenta, mientras resentía la mordida que le dio en la boca del estómago, la meliflua serpiente de los celos.

X – El Viejo de Ocuilita

La expedición decidió echar un vistazo de todos modos a Ocuilita. Era en verdad un misérrimo pueblecillo perdido entre la montaña, al que llegaron no exentos de dificultades por lo abrupto del terreno por donde obligadamente tuvo que transitar la camioneta. Ahí prácticamente no había nada, ni sucedió nada, es decir, no hubo demasiado que ver, a excepción de la charla sostenida con Edelio Sifuentes, vecino del lugar que la gente respetaba en forma especial por considerarlo algo así como el patriarca del pueblo. Ni el cabildo ni el señor cura ni nadie, tenía tanta autoridad como Edelio en materia de conocimientos del ayer y del hoy de los alrededores.

Era un hombre aparentemente cercano al ocaso de su vida; o tal vez una de esos seres intemporales cuya edad nadie conoce. Su autoridad natural estaba respaldada por un rostro de expresión hierática, como quien ya ha visto todo de la vida y no se sorprende ante nada. Se dice por ahí que a lo mejor era morelense, porque cuentan que de niño jugaba en los vivaques de las tropas de Emiliano Zapata.

Aunque su rostro podía enmarcarse en alguna de las definiciones que hizo Paulina de los prototipos indígenas mexicanos, sus ojillos opacos por los sedimentos del tiempo, no dejaban de transmitir una gran energía, máxime cuando la conversación se encaminó hacia la personalidad del ilustre y eterno huésped de ese jirón de tierra guerrerense.

Las preguntas que se le hacían eran respondidas con profundas reflexiones, más que con meras respuestas. Sólo se tomaba tiempo para fumar unos cigarritos “Faros” que eran encendidos, el nuevo, con el rescoldo moribundo del anterior.

– Así es como merito le digo... esos muchachitos `stán pendejos; *cren* que nomás por venir de la ciudá’ con sus máquinas y cachivaches que echan chispas y luce-citas, ya todo lo saben... ¡Qué van a saber más que una pura fregada! ¡Hay que ser indio, pa’ tener la *conocencia* de lo que ha batallado el indio!... Luego nos llegan por montones, *quesque* `ora sí nos van a `cer justicia: que van a `rreglar la tenencia de la tierra, que nos van a *redemir*... ¡Si los que necesitan que los *remidan* son a ellos *mesmos* que no saben ni *quénes* son ni lo que *queren*... El indio lo que ne’sita es que lo dejen en paz, que lo dejen sembrar y criar sus animalitos, que le quiten d’encima a tanto cabrón vivales que se aprovecha de la *inorancia* del campesino pa’ robarle su cosecha dándole una miseria por ella. ¡No, si nomás están pa’ joder al prójimo...!

El anciano se llevó por enésima vez el cigarro a la boca. Mientras hablaba, la pequeña brasa prendida de sus huesudos dedos giraba por el aire, describiendo círculos y piruetas de los ademanes con que enfatizaba sus palabras.

– ... ¡Los indios eran nación!... *dendenantes* que llegaran los gachupines ya eran pueblos, si se *quere* chicos, pero de gente buena, trabajadora, valiente ¡Ni qué dudar!... Se sentía la tierra y la tierra daba el *maíz* y el fruto que comía el indio... Y había guerra y había paz; en veces se ganaba y en veces se perdía, pero bien que sabían quénes eran ellos y quénes fueron sus mayores. `Ora, ¿pa’ qué se *estruja* uno?: si venen unos, te chingan; si venen los otros te joden.

El humo del cigarro dibujó caprichos en el aire. Sifuentes los siguió con la mirada, y luego continuó:

– ...Pero eso sí, ¡sépanlo bien!: El indio sabe to’vía *quén* es, y tiene *muncho* orgullo d’ello... El indio tiene parientes que vivieron aquí desde el merito *prencipio* de los soles: Arando, cultivando la tierra, saliendo d’ella... regresando, pa’ más delante salir de nuevo de la panza de las viejas que nomás pura tierra tragan... ¿o *di’onde cren* que sale el *maíz*? ¡Es puritita tierra como esa que `tan ustedes pisando!... Y *aluego* ¡*quesque* nos van a *redemir*!. Yo por mí, ya `stoy *redemido* *dendenantes* de nacer... pobre, jodido y explotado, pero con el grande orgullo de La Raza... Sangre de indio que corre por las venas de ya sólo unos cuantos... ¡A *muncha* honra, pues!

El anciano se tomó otro respiro de bocanadas de “Faritos”, al tiempo que un silencio dominaba el ambiente, a no ser por el chirriar de los grillos que se esconden en los resquicios de los muros de adobe y los cantos de los pájaros que pululan en los árboles de enfrente a la casa de Edelio.

Galicia lo miraba con profunda meditación; en Paulina y Martín había expresiones admirativas e inseguridad sobre lo conveniente o no de intervenir; Zavala escuchaba con embeleso, como un niño a quien su abuelo le narra cuentos para dormir; en cambio, Tarsicio no podía disimular el enorme orgullo que le producía darse cuenta

que el viejo «traía *dí'un* ala a los *dotores*».

– En cambio el blanco – prosiguió Edelio – ¿*quén* sabe *quén* es? ¡Si ni él *mesmo* sabe!.. Un indio que se diga Caltempa por buen apellido, puede seguir el rastro de sus pasados *dijuntos* por hartas generaciones. Sabe que hay una línea de sangre que no se *pué'* perder... puede gritar: “¡Yo soy de aquí! ¡Soy de `sta tierra y sé *dí'ónde* vengo!”.. aunque nunca lo haga, ni tan *siquiera* lo diga. En cambio el blanco: *mitas* indio y *mitas* blanco. ¡Puras *mitas*!... y no *quere* reconocer su sangre india, *quesque* porque ser indio es como si *juera* uno animal... ¡Y ahí anda!, queriendo presumir de blanco, cuantimás que el blanco deveras blanco, ni un lazo le tira, *quesque* porque es indio, ¡pa' cabarla de joder! Ni es hijo de indio, ni es hijo de blanco... ¡puro *hi'jue* la chingada!, dicho sea con perdón de *astedes*... ¿Y sabe porqué, muchachita?

Edelio se dirigió a Paulina con la brasa del cigarro.

– ...Porque el conquistador no respetó nada ni *naiden*: Pudrieron la tierra, mataron al hombre, se llevaron a las mujeres: viejas, niñas, grandes, feas... y nomás las dejaron por ahí todas panzonas cuando se cansaron d'ellas... Y fueron por más, y vuelta la burra al *maiz*... De allí salió el *dizque* blanco de México, el mestizo *pué'*: ¡mulas ladinas, *jijas* de burro y yegua que ni agarran cincho, ni sirven pa' postarles!

Esto no era nada cercano al rigor del método de una investigación antropológica, pero sin lugar a dudas, el sabio indígena estaba transmitiendo una visión cosmogónica totalmente diferente a la de las ordenadas mentes de los especialistas miembros de la expedición. En una forma o en otra, ello haría cambiar fuertemente su modo de enfocar las realidades que vivían y que ningún idealista libro de texto podía reflejar. Brenton Potter, con su mentalidad sajona, se mostraba más inclinado a retar al viejo:

– Pero indios llamarse Pérez, Lóupez, Gounzález; *osted* mismo llamarse *Sifontes* y ese ser nombre *espaniol*. Yo entiende que *osted* dice: «Indio guarda línea de sangre», pero yo no entiende que *mecsicanos* como *ostedes*, callan y aguantan atropellos y vejaciones, envolviéndose en sarape... On mi país, negros luchar, redskins luchar... ¡*carruamba*!, hasta chicanos luchar por sus derechos... y *mecsicanos* callar hasta que alguien dice: ¡Eh, *mecsicanos* greasers! y todos levantar furiosos bandera tricolor mortalmente ofendidos, para después seguir exactly igual.

El viejo Edelio meneó la cabeza, con una mueca que podría parecer sonrisa de infinita ironía.

– ¡Ah qué gringo éste tan tarugo! ¿Pos no le digo?.. ¡González hay rete hartos!, porque un tal por cual González, de los que *traiba* el bandido ese de Cortés, nomás desparramó la *gonzalera* entre nuestras hembras: Ni reconoció ni dio nombre ni se portó machito. Así como así, tumbó a las viejas que quiso, con la espada por delante, ¡*asina quén* no!.... Pero no vio por los críos que *dendenantes* de nacer ya eran huerfanitos de padre y sin perro que les ladre... ¡Ta' *güeno*!: *semos* Sifuentes ¡también a *muncha* honra!; pero no *semos* Sifuentes, más que porque uno de aquellos curas ensotados hasta las patas, cargó con la indiada en filita, y les echó agua en la

cabeza diciendo: «Tú, indio Tlapecoatzin, `ora vas a ser “Jacinto Paredes”, en el nombre del Padre, del Hijo y del *Espiricusanto*»... ¿Irás *asté* a *crer* que le preguntaron quién era Tlapecoatzin, ni *quénes* sus padres, ni sus abuelos, ni sus tatarabuelos?, Jacinto Paredes *jue* pa’ siempre en los papeles del libro de la iglesia `onde apuntan a los *dizque* cristianos... Pero Tlapecoatzin siguió vivito, muy adentro del alma del indio; y *mesmo* así, hizo compadres y echó hijos y sembró la tierra, cuando no lo mataron pa’ quitársela... Porque jeso sí!, pa’l indio no hubo leyes ni letras ni pleitos ganados; ja puro cabronazo lo fueron sobajando y jodiendo!... ¿Y to’ vía *quere asté* que luche? ¡No, mi amigo! El indio no lucha... el indio espera... espera que se levante el *tata* Cuauhtémoc de la capilla on’tá, pa’ que se aviente a la hoguera y *asina*, nazca un nuevo Sol... Y cuando eso pase, jentonces sí que se va a poner *giüeno* el asunto con los indios de todo México!

Un estremecimiento recorrió la espina dorsal de Martín. «Paulina tenía razón», pensó. «Este viejo tiene la esperanza montada en la más grande desesperanza de que los pueblos indígenas habrán de resurgir. Pero cuanta verdad hay en sus palabras acerca de nuestra identidad mestiza. Creo que el viejo, está dándole en la mera punta del clavo».

Después de la consabida reunión de trabajo para registrar las observaciones del día, Galicia concedió el resto de la tarde libre. Jaime Zavala decidió utilizar el tiempo para desmontar la llanta delantera izquierda de la camioneta y revisar el sistema de frenos que le venía causando jalones y sacudidas. Tarsicio y Fernando Ortega se fueron a recorrer la plaza del mercadito en el centro del poblado. El doctor Galicia y Brenton Potter, armado éste con una impresionante cámara fotográfica, fueron a visitar una vetusta ermita cuya construcción supuestamente databa de 1578. Paulina se dedicó a llenar tarjetas postales para enviarlas a México; después se recostó lo mejor que pudo en el asiento delantero de la camioneta; un insidioso malestar en el abdomen le producía inquietud y preocupación: «Ojalá sea leve», rogó para sus adentros. Martín, libreta en ristre, tomaba notas, acerca de lo hablado poco antes con Edelio Sifuentes. Un suspiro apenas audible, venido de donde descansaba Paulina, lo hizo voltear hacia ella; la encontró de espaldas con el cabello suelto sobre el respaldo del asiento.

Recargándose en el quicio de las portezuelas traseras, Martín se vio en libertad de observarla a sus anchas. «Licenciada en Sociología Paulina del Río» – fue su pensamiento – «Realmente eres una mujer hermosa; lástima que...» – se negó a sí mismo la tentación de reconocer el influjo de Paulina en su ánimo, tratando de ocuparse de sus propios asuntos, como acostumbraba decir.

Con los últimos destellos del sol regresaron Ortega y Tarsicio. Fernando traía consigo una grabadora que usaba para conservar sus observaciones; y varios cassetes recién adquiridos en alguno de los infaltables puestos placeros de chatarra importada.

– ¿Y Galicia? – preguntó Martín a ambos.

– ¡Uta, paisano! – se apresuró Tarsicio – El gringo y el *dotor* irán pa’ estas horas como en la cuarta ronda de cervecitas.

Por la esquina lejana, un muchacho de entre doce y catorce años apareció caminando. Traía colgada a la espalda una vieja guitarra que Martín observó con curiosidad; cuando el chiquillo cruzaba frente a la camioneta, Tarsicio, agudo y observador le dijo:

– ¡Hey tú, zanca... *empréstame* la lira esa que *trais*!

– ¿Qué cosa? – dijo el chamaco deteniéndose.

– La lira pué’, pa’ echar gorgorito.

– Te la *empresto* por diez pesos pa’ que la toquen, antes de llevársela a mi primo Cenobio, pué.

– ¡A ver presta acá! – remató Tarsicio intercambiando un par de monedas de cinco pesos. Luego dijo: – ¡Ándele, Martín, échese una cantadita!

El economista recibió el instrumento revisándolo con aires de conocedor. Paulina revisaba la grabadora que le mostraba jactancioso Fernando Ortega.

– ¡Hágase pa’ca, *dotorcita*, que va’ber cantada! – requería alegre Tarsicio. Martín comenzó a pulsar el instrumento, mostrando que sabía hacerlo bastante bien. Paulina sin ser notada, hizo presión sobre el botón de grabación y la cinta empezó a correr. Con la vista fija en el horizonte crepuscular, Martín entonó con voz suave y bien timbrada, los versos de una hermosa y antigua canción mexicana de amor:

«*Rayando el sol, me despedí*»

«*Bajo la brisa*»

«*Ahí, me acordé de ti*»

«*Llegando al puente*»

Paulina percibió un indefinible mensaje oculto en la emotividad que Martín imprimía a su voz: La canción llegaba a sus oídos como enviada directamente a ella y un leve rubor apareció en sus mejillas, haciéndole desviar la mirada a un lado cuando, al voltear, por un fugaz momento los ojos de ambos se encontraron. Ese instante fue suficiente para que Martín supiese que ella aceptaba la canción.

«*Qué chulos ojos*»

«*Los que tiene esa mujer*»

«*Bonitos modos*»

«*Los que tiene pa’ querer*»

XI – Un Puente en el Destino

Galicia consultaba el mapa de la región, mientras Zavala conducía por la angosta y sinuosa carretera que lleva de Ocuiltila a Coatepec; Ortega viaja ba ensimismado rumiando su frustración por la cancelación de la visita a Noria. El doctor se quitó los anteojos frotándose el puente de la nariz para descansar la vista del esfuerzo por leer el mapa con el vehículo en movimiento.

– Mire Jaime: Como a doce o catorce kilómetros de aquí, debe haber una desviación de terracería a la derecha; váyase despacio para que no se nos vaya a pasar. Se supone que por esa brecha se llega a unas ruinas pequeñas y abandonadas, que posiblemente fueron estación de abasto o de relevo de las rutas indígenas, según los datos de Prieto.

– Por estos rumbos `ta muy canijo el bosque – apuntó Tarsicio con aires de conocedor – ...con tantito y nos quedamos tirados.

– ¡Qué vas a saber tú, mocosito del demonio! – se defendió Zavala – ¿No ves quién va manejando?

– Por eso pué’.

Brenton Potter abrió un poco la ventila lateral junto a su asiento para sacudir la ceniza de su eterno cigarro habano. En las cálidas tardes de la región, al aire libre, el aroma del tabaco puro podría llegar a ser incluso agradable, pero encerrados en la cabina ambulante y bajo el fuerte calor tropical, el humo se tornaba irritante hasta para el más avezado gallego.

– ¡Hey mister! ¿No podría apagar una rato su contaminación?

Potter miró a Martín retador durante algunos segundos, después sacó la mano por la ventila arrojando el habano a medio consumir.

– Okey, amigo *Reies*. Yo entender que cuando *mecsicano* dice, cree tener todo el derechos y la razón; ¡Oh my God, those latin people!

– ¿Así que eso piensa usted de los mexicanos, Brent? – terció Paulina algo a la defensiva.

– Mí cree que gente de *Mécsico* ser very special people: Tener talento, imagination, alta capacity, pero *mecsicanos* no lo saber; *mecsicanous* siempre buscan enemigo que los estar *chaingandou*... y a quien poder *chaingar*. A *ostedes* preocupa so much lo que greengo pensar about *Mécsico*, pero realidad es que your people poco hacer por sí misma; siempre buscar models para imitation; the *mecsican* history es mucho clara on this cuestion: Durante Colonia, *mecsicano* querer ser como *espanioles*; copiar costumbres, vestidos, títulos de nobleza... More over, en siglo pasado *mecsicanos* tratar de parecer french people... ¿o querer decir... franceses?... Luego just now mirar a los United States y su way of life... y mientras estar buscando por el mundo otros models, the *mecsicanous* hacen gran esfuerzo por no parecer a lo que ser auténticamente *mecsicano*: Your indian people, la gente morena que todo el *mundou* despreciar como inferiores.

Martín, con gran vehemencia aunque sin mucha seguridad, salió al frente:

– ¡Pero cómo puede usted hablar así, cuando los colonizadores blancos en su país se dedicaron a exterminar concienzudamente a las naciones piel roja!; y esclavizaron a los negros, negándoles ¡incluso! su calidad de humanos; y explotaron a los inmigrantes irlandeses, alemanes, mexicanos y portorriqueños.

– ¿Ve *osted*, Martín? ¡*osted* tener todo el razón!. Pionners haber hecho todo eso and more over; americans tener gran guerra por la esclavitud of the negroes; but yo preguntar, mister *Reies*: ¿Por qué comparar siempre *mecsicano*? ¿Por querer justificar realidad *mecsicana* con otras?: Si ellos discriminan, yo discrimino; ellos matan, yo mato; ellos robar, yo robar... Por qué no decir: ¿Qué pasa with *mecsicans*? ¿Por qué ser *mecsicano* no ser suficiente?». Cuando *osted* habla de american history, lo que sucede es que *osted* voltear ante *mecsican problem*, tratando de ocultar toda su importancia. ¿You recuerda a *Sifontes*?; el decir: «Indio tener orgullo de raza» y yo decir: ¿*Osted* tener orgullo de raza?

– ¡Claro que sí! – saltó de su asiento Fernando Ortega – Nuestros antepasados indígenas nos legaron toda una herencia cultural pocas veces igualada en el mundo... los héroes nacionales, desde la Independencia hasta la Revolución han hecho de México un país grande y con una riquísima historia...

Paulina alzó las manos en un gesto de: “Nada más eso nos faltaba”, para refutar:

– ¡No nos vengas con discursos oficialoides, Fernando! ¿A cuál riquísima historia te refieres? ¿Cuál herencia indígena?, si llevamos siglos tratando de acabar con ella, encerrándola en las vitrinas de los museos, ofreciéndoles a las indias trabajo de sirvientas o de *Marías* en el Zócalo, y a los indios de Matachines, albañiles o cargadores de la Merced... ¡Permíteme citar algunos ejemplos de la historia!, para que vayas normando tu criterio: Ixtlilxóchitl, hijo del gran Nezahualpilli, traicionó a Cuauhtláuac y a Cuauhtémoc pasándose al bando español cuando su señorío de Texcoco pertenecía a la Confederación Mexica... ¿Hablamos de muertes gloriosas?: Hidalgo fue vendido, Morelos fue vendido, Guerrero fue vendido... ¿Y la patriótica gestión del presidente Santana, que por imbécil y cobarde perdió más de la mitad del territorio nacional, a manos de los paisanos del amigo Potter aquí presente?... ¿Y qué me dices de la Intervención Francesa, solicitada y apoyada por mexicanos como el hijo ilegítimo del generalísimo Morelos, Juan Nepomuceno Almonte?... ¿Y los famosos Tratados MacLane–Ocampo de la época juarista, que incluían la venta de la Baja California a los Estados Unidos?... ¿Y las traiciones a Madero, Francisco Villa, Zapata? ¡Por favor!

La camioneta disminuyó su velocidad casi hasta cero, recuperando la atención de todos los pasajeros; Zavala señaló con el índice hacia un lado de la carretera, que mostraba la entrada de una brecha. Dos montoncitos de piedras, a la manera de portería de fútbol callejero, le servía de marco.

– ¿Aquí será, doctor? – preguntó el chofer, al tiempo que Galicia oteaba los alrededores tratando de encontrar alguna señal; Tarsicio le propinó un codazo diciéndole

confianzudamente:

– ¡Ábrete paisano!, `orita voy a ver.

Zavala aprovechó para frenar la maquina y bajarse a estirar las piernas; para el muchacho todo fue saltar al suelo y salir como alma que lleva el diablo, perdiéndose hacia el interior del caminillo; los ocupantes de la cabina, tuvieron la oportunidad de aceptar un poco de café, servido de la botella térmica de Ortega en unos vasos de plástico. Galicia retomó el hilo de la conversación suspendida por el alto en el camino:

– Lo verdaderamente interesante, es que entre Potter, Paulina, Martín, don Edelio Sifuentes y muchas de las personas que hemos entrevistado, sin saberlo han coincidido en el punto clave: La identidad del Mexicano; o más bien dicho, del grupo racial mestizo, que por supuesto es hasta la fecha el predominante en México, toda vez que se agotó la inmigración masiva de españoles desde la península y la población criolla dejó de ser dominante en razón de las imprescindibles cruzas entre ellos y otros mestizos o naturales. El caso es que, siendo el mestizo mexicano parte indígena y parte española básicamente, fue el grupo que sobrevivió y creció hasta predominar casi totalmente en el País.

Martín, agregando eslabones a la cadena de ideas iniciada por Galicia, continuó:

– Entonces, llegando el mestizo a ser el grupo dominante, supongo que se vio un día en la necesidad de organizar y conducir toda una nueva nación... ¡Digo!, a partir de la culminación de la Guerra de Independencia, sin saber cómo y sin contar con el apoyo de nadie... Puede que ahí se localice la explicación de todos los errores e experiencias que hasta la fecha agobian a la Nación... Pero ¿cómo explicar la supuesta pérdida de la identidad?... Que yo sepa no hay quien haya nacido en éste país, que no sienta muy suyas las tradiciones y el folklore: Los Mariachis, la comida típica, nuestros centros arqueológicos, la artesanía, el Dieciséis de Septiembre, el tequila y la música de José Alfredo. Recuerden ustedes las clásicas bravatas: «¡Cómo México no hay dos!», O los grandes sombreros con la leyenda «¡Viva México *jijos* de la...», o aquél que pregon a voz en cuello «¡Yo soy más mexicano que el pulque!».

Paulina sonreía; podía casi leer la mente de Martín, adivinando la próxima frase antes que la dijera. En tono casual, interpuso su propia opinión:

– Ese es precisamente el síntoma clásico del conflicto de identidad en las personas: Cuando alguien grita a voz en cuello «¡yo soy muy macho!», la realidad es que no está muy seguro de su virilidad; el chaparro usa grandes tacones y el automóvil más ostentoso que pueda; el empleadito siempre andará diciendo que su jefe es un inepto tal por cual; la muchacha exigirá al novio: «Dime que soy bonita y que de verdad me quieres»... y así sucesivamente.

– O sea – replicó Martín – que según esto, si un mexicano blasona a los cuatro vientos su mexicanidad, es que en realidad no está plenamente seguro o convencido

de ella.

– ¡Exacto! – aseveró Paulina – Aunque tal vez, su inseguridad radique no en el hecho de ser mexicano, sino en que la mexicanidad no resulte todo lo bueno y grandioso que él espera.

Ortega intentó inmiscuirse:

– ¡De acuerdo! Pero díganme ustedes entonces: ¿Cuál es nuestra identidad actual? ¿cómo definir las caracterís...

– ¡Este es el camino, paisano!.. digo, *dotorcito*... – regresó Tarsicio agitado y triunfante – Lleva pa' una ranhería que se llama Ocuilita de Abajo y dicen que más delante hay unas piedras de ruinas.

– Entonces vamos bien ¡Súbete! – ordenó el doctor Galicia y Zavala accionó la marcha dirigiendo las ruedas delanteras hacia la terracería. El chasis rechinó y el motor resopló una vez más, dejando atrás una nube de polvo al internarse en el bosquedal por donde seguía la brecha, alejándolos de las rutas transitadas.

Martín, mirando vagamente el paisaje, permaneció profundamente reflexivo sobre la conversación sostenida. Había algo que no podía redondear; el embrión de una idea que iba tomando fuerza en su cerebro: «Identidad mestiza... mexicanidad dudosa... ¡Hay que escarbarle por ahí!»

Transcurrieron unos veinte minutos de traqueteo por el camino a Ocuilita de Abajo; el paisaje pronto cambiaba de tupidas arboledas de follaje siempre verde que rasguñaba los costados del vehículo, a cerros escasamente poblados de árboles enanos de ramaje retorcido y arbustos espinosos; Zavala venía aplicando toda su concentración y veteranía en escoger lo menos escarpado del breñal, evitando las piedras y los hoyancos, que no eran pocos. Sobre todo su atención se enfocaba a la llanta delantera izquierda y al medidor de la temperatura del motor, que oscilaba en el límite superior de la franja "normal". «Buen chofer», pensaba Galicia.

Al llegar a una hondonada, encontraron un arroyo de unos siete u ocho metros de ancho, cruzado por un puente de tablones. Zavala detuvo el vehículo, descendiendo con Tarsicio para inspeccionar el paso; cruzaron a pie hasta la mitad del puente estimando la resistencia de la madera. Sentado en cucullas al borde del puente, permaneció pensativo el chofer por un momento, para después pedir al chiquillo que consiguiera una vara por ahí, con objeto de calcular la profundidad del agua. «Metro y medio, más o menos», murmuró entre dientes al encontrar el fondo con el varejón; se situó frente al vehículo, para calcular con la mirada el paso de llantas izquierdas y derechas, así como el estado e incidencias de las tablas que soportarían la mayor parte del peso; al terminar su examen regresó al volante para exponer sus conclusiones:

– El puente parece estar bien... pero sería mejor que se bajen todos hasta que la camioneta pase.

Todos los pasajeros se apearon, momento que aprovechó Zavala para pedir a

Martín:

– Licenciado Reyes, ¿no quiere dirigirme desde el otro lado? Y tú, Tarsicio, vigíame desde la ventanilla la rueda derecha, que no se haga mucho para la orilla... ¡pero *abusado*, eh!

Al llegar caminando al extremo opuesto, Paulina palideció visiblemente: un agudo dolor cólico se prendió en su abdomen obligándola a doblarse un poco sobre sí misma, pero no fue observada porque todos atendían a la maniobra. La camioneta empezó a rodar muy lentamente sobre el puente; los tablones, ya de por sí viejos, gimieron mientras Jaime Zavala conducía tenso y con la cabeza fuera de la ventanilla, midiendo el terreno. Paulina, con el semblante pálido, se apoyó por detrás en el hombro de Martín quien no prestó en ese momento atención, concentrado en dirigir desde su posición la camioneta haciendo las señales habituales con las manos:

– Viene... viene... un poco a la derecha... ¡espacio..!

Las llantas delanteras ya se acercaban al último tercio del puente, cuando por el lado del conductor, el tablón de la orilla cedió con un crujido lastimero. Zavala frenó de inmediato pero no pudo evitar que la rueda delantera resbalase hacia el agua, arrastrando consigo al resto del vehículo en medio de un gran estrépito. Un tercio de la cabina quedó sumergida casi a cuarenta y cinco grados; el agua empezó a inundar el interior a borbotones, cubriendo al chofer aturdido por un golpe que recibió al rebotar su cabeza contra el poste de la portezuela. Tarsicio salió al exterior por la ventanilla opuesta encaramándose como un mono, desde el que fuera su sitio de observación:

– ¡¡Rápido *dotor*, Jaimito está herido y se v'hogar !!

– ¡Madre Santísima! – exclamó Paulina transida por un fuerte acceso de dolor. Nadie le prestó atención atribuyendo su exclamación al accidente; los hombres se precipitaron al rescate de Zavala que luchaba por mantener la cabeza fuera del agua. Tarsicio, asomando la mitad del cuerpo al interior, lo sujetó por los cabellos hasta que Potter lo hizo a un lado para abrir la portezuela y tratar de sacar al chofer entre Martín, Fernando y él mismo. El agua estaba empapando todo el equipaje.

– ¡Las notas, muchacho! ¡¡Saca los portafolios!! – urgió Galicia a Tarsicio.

– ¡Mi maletín, Dios mío! – gritó a su vez Paulina, corriendo sin medir el peligro, hasta la ventanilla trasera que venía abierta. Trató de meter por ahí la mano en busca de su precioso tesoro; pero en ese instante Potter y Martín desplazaron a Zavala de su sitio para sacarlo, modificando el equilibrio precario en que se encontraba la camioneta, con lo cual se produjo otro brusco deslizamiento hacia el agua que cubrió aún más al vehículo. Potter recibió un fuerte impacto de la puerta abierta por donde maniobraban apresuradamente. Paulina había logrado asir la ansiada maleta personal, pero la sacudida del nuevo hundimiento le hizo trastabillar, golpeando su cabeza contra la carrocería y cayendo al agua sin control. La obscuridad invadió su cerebro al perder la conciencia.

– ¡Martincito, por su madre, la *dotorcita* se fue pa'l'agua! – gritó Tarsicio angustiado mientras rescataba papeles; Martín levantó la mirada descubriendo a Paulina flotando boca abajo a dos metros de la camioneta; la corriente la arrastraba inerte.

– ¡Hágase cargo, Potter!– exclamó frenético, dejando al americano y a Ortega con Zavala; Galicia intentaba ayudar a Paulina metiéndose en el agua hasta que le llegó a la cintura, pero desistió al ver que Martín daba la vuelta con esa asombrosa agilidad que surge ante el peligro inminente, arrojándose al agua tras la muchacha que empezaba a hundirse. Quiso avanzar a grandes zancadas, pero perdió el paso en un hueco enorme del fondo y tuvo que nadar hasta alcanzarla; por fin lo consiguió obligándola a emerger la cara para que pudiese respirar. Galicia se acercó por la orilla tendiendo una gruesa rama de árbol que encontró tirada; Martín la sujetó con la mano derecha, sosteniendo con la otra el cuello de Paulina hasta alcanzar fondo y poderla levantar exánime entre sus brazos.

Potter finalmente pudo sacar al chofer y lo condujo hasta un pequeño prado en el extremo donde estaba Galicia; Martín hizo lo mismo con Paulina, depositándola en el suelo y aplicando instantáneamente el oído al pecho de ella para buscar el latido cardíaco. Zavala se quejaba lastimeramente mientras Potter se comprimía la leve hemorragia que le ocasionó la puerta al golpearlo en la ceja. Paulina reaccionó empezando a toser. Galicia se hizo cargo del chofer aturdido mientras Ortega y Tarsicio intentaban rescatar más objetos del vehículo semihundido:

– ¿Se siente bien, Jaime? – preguntó solícito.

– Me duele mucho el tobillo, doctor; creo que... ¡ayyyy!.

– No se mueva; enseguida lo revisa Reyes – le recomendó el antropólogo, y después se dirigió hacia el aludido:

– ¿Cómo está Paulina?

Martín contestó preocupado:

– Ya reacciona maestro; pero parece que está herida.

Una mancha de sangre diluida en agua, se estaba formando en las perneras de los pantalones de la socióloga; Paulina suplicante jaló el brazo de Martín, al tiempo que le decía a media voz:

– Martín ¡por favor!... no estoy herida... es... es... el período. ¡Cúbreme con algo! te lo ruego.

Después le acometió un sollozo compulsivo, volteando la cara avergonzada. Martín Reyes se despojó apresurado la camisa, cubriéndola.

– ¡Cálmate Paulina, todo está bien! – le dijo acariciando su mojada cabellera; Galicia quería intervenir pero Martín lo detuvo con un ademán, diciéndole imperativo:

– Se encuentra bien doctor; no tiene nada. ¡Por favor!, déjela reponerse a solas mientras revisamos a Jaime.

La realidad era que los espasmos que padecía con su período, se estaban acen-

tuando cada vez con mayor fuerza.

– ¿Mi maletín? ¿Dónde quedó mi maletín? ¡Búsquenlo por lo que más quieran!.

Tarsicio recordó que Paulina lo alcanzó a sacar de la camioneta cuando cayó a la corriente.

– ¡Orita se lo busco *dоторa*; ¡no se me *estruje*! – y se lanzó al agua demostrando ser un excelente nadador. Recorrió casi treinta metros arroyo abajo, hurgando entre los matorrales y troncos atorados en las orillas; buceó repetidas veces tanteando el fondo entre las aguas oscuras sin encontrar nada. Al fin se dio por vencido; Paulina al verlo salir con las manos vacías, no pudo reprimir un profundo lamento:

– ¡Santo cielo! ¡Y ahora qué voy a hacer!

La calma poco a poco se restableció y los que quedaron indemnes, se dedicaron a recapitular los daños sufridos: La camioneta, imposible sacarla sin una grúa pesada; Zavala, de ninguna forma podría seguir conduciendo; Paulina, atacada por intensos dolores abdominales; el equipaje, casi todo completo, salvo el maletín de Paulina y el termo de Ortega; dos legajos de notas técnicas irrecuperables; alimentos, ninguno; botiquín de primeros auxilios, el que por reglamento llevaba la Wagonner: Una pequeña caja de lámina con algunos materiales médicos de escasa utilidad.

– ¿Qué vamos a hacer? – Potter fue quien hizo la pregunta obligada – estar demasiado lejos de algún poblado; tenemos heridos y pronto faltar alimento.

Galicia lo pensó, buscó alternativas en su archivo mental de experiencias y finalmente respondió ante la mirada inquisitiva de todos:

– Por lo pronto vamos a acampar aquí. Que Martín entablille a Zavala; de cualquier forma ni él ni Paulina están en condiciones de caminar. Usted – señaló a Potter – y Fernando pueden ir en busca de ayuda...

Extrajo el remojado mapa y lo extendió cuidadosamente sobre el equipaje apilado, cruzando con un lápiz bicolor, un punto en el laberíntico trazado. Los hombres se acercaron rodeándolo; luego prosiguió:

– Nosotros debemos estar por aquí más o menos. Siguiendo los cerros al suroeste, está Teloloapan; serán algo así como treinta kilómetros si no es que más. También se puede desandar por el camino de Ixcateopan hasta llegar a Ocuilita; o seguir por la carretera que veníamos hasta Coatepec; pero cuando menos en Ocuilita se podría conseguir un vehículo para rescatarnos.

Martín intervino:

– Ocuilita a de estar bastante lejos de aquí, doctor; ir hasta allá caminando significa unas cuatro a seis horas. No sé si Paulina aguante todo ese tiempo.

– Pero poder encontrar algún camión o lo que sea en el camino – replicó Potter muy serio – ...de todas maneras, ¿Qué más poder hacer?

Deslizándose sin ser sentido, Tarsicio se coló hasta el mapa en torno al cual discutían; sus avispados ojos se posaron en la cruz que Galicia había marcado con la puntilla roja, sobre el sitio donde actualmente se encontraban. Sin pensarlo un

segundo más, estampó la yema de su dedo sucio de lodo, cerca de la marca que había dibujado Galicia.

– Por allí es en ca’ Febronio – dijo. Y la mirada de todos convergió en el rostro del pequeño guía guerrerense.

– ¿Qué decir you, kid? – ladró Potter.

– Que yéndose por esos cerros, queda el jacal del Nagual de Noria del Fraile, pué’. ¡`Tá *cerquitas*!



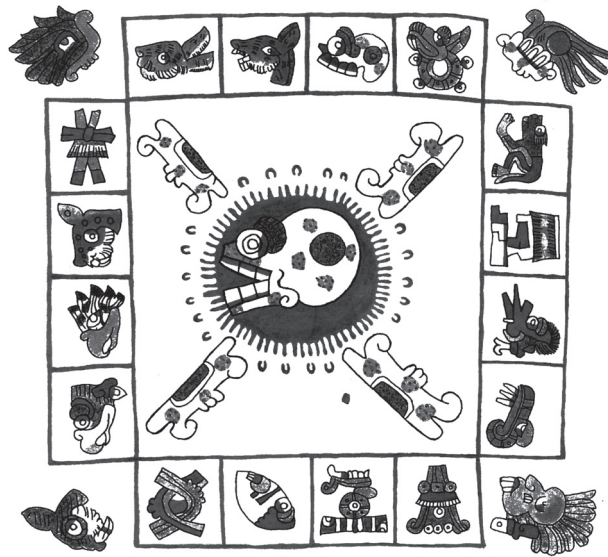
LIBRO SEGUNDO

IC ÓNTETL AMATL

EL NAGUALDE NORIA DEL FRAILE

¡Ah, envíame al Lugar del Misterio
Bajo su mandato!
Y yo le dije al príncipe de funestos presagios:
Yo me iré para siempre:
¡Es tiempo de su lloro!
Ah, a los cuatro años
Entre nosotros es el levantamiento;
Sin que lo sepan ellos,
Gente sin número,
En la Mansión de los Descarnados;
Casa de plumas de quetzal,
Se hace la transformación.
Es cosa propia del Acrecentador de los Hombres.
Ah, ve a todas partes,
Ah, ve extiéndete en el Poyauhtlan.
Con sonajas de niebla
Es llevado al Tlalocan.

Fragmento del “Canto de Tláloc”; Historia General de las Cosas de Nueva España de Fray Bernardino de Sahagún.



XII – El Contadorcito

¿Cómo puede usted ser tan inservible, Santibáñez?...

La voz aceda del subdirector de investigación Horacio de la Vega, doctorado en filosofía por la Universidad Nacional, retumbó en la estancia abarrotada de escritorios y computadoras, produciendo un estupor instantáneo en todo el personal. Poca gente se atrevía a levantarle la voz al contador José María Santibáñez, subdirector administrativo y miembro del Consejo Técnico del Instituto de Investigaciones Antropológicas.

De la Vega también era consejero desde hace varios años, pero no contaba entre sus compadres al Director General, como sucedía con el administrativo, aunque eso le tenía muy sin cuidado. Su influencia derivaba, además de su muy amplio prestigio profesional, del hecho de contar entre su currículum, con un llamado de “Los Pinos” para encabezar, en calidad de asesor personal del Presidente, la coordinación general del proyecto “Anáhuac 2000”. Esta obra magna de investigación internacional buscaba reunir en un sólo documento enciclopédico, toda la información disponible de las culturas mexicanas precolombinas.

Santibáñez realmente no acertaba a comprender el exabrupto de Horacio de la Vega, pero de ningún modo iba a tolerar que se le tratase de “inservible” delante de los empleados a su cargo.

– ¡Oiga, oiga, párele! ¿Qué formas son esas de irrumpir y de expresarse? ¿Qué no tiene educación? ¿O eso no les importa allá en presidencia?

– ¡Váyase al carajo con su educación! ¡Lo que debería hacer es dedicarse a su trabajo de *cuentachiles* y no meterse en lo que no le incumbe ni tomarse atribuciones que no le corresponden!

Santibáñez estaba en una gran desventaja por la falta absoluta de información. No tenía la menor idea del porqué el subdirector de investigación entró como tromba vociferando insultos. La secretaria ejecutiva del contador, mujer madura y ampliamente veterana en su difícil trabajo, intercedió para mediar el temporal en favor de su jefe:

– ¡Cálmese, profesor De la Vega! El contador puede explicarle cualquier malentendido. ¿Por qué no hablan en su oficina? ¡Haré que les sirvan un cafecito!

– ¡Qué cafecito ni qué ocho cuartos! ¡Y usted no se meta, Chelita, o también se va a meter en problemas junto al inepto de su *contadorcito*! – a Santibáñez le fluyó hirviente la sangre al rostro; podía soportar cualquier epíteto, menos el de *contadorcito*, que por su menuda complexión le habían endilgado como sobrenombre desde que llegó a trabajar al Instituto.

– ¡Bueno, ya estuvo bien! ¡O se expresa usted como la gente y dice a qué diablos

viene, o lo mando sacar de aquí!

– ¿Usted?... ¿Y cuántos más?

La secretaria se había ubicado discretamente entre ambos subdirectores, en previsión de que las cosas llegasen a mayores. Posó su mano en el antebrazo del doctor De la Vega en actitud apaciguadora, haciendo uso de todos los recursos de su vasta experiencia en el trato con jefes importantes. Con voz suave y persuasiva, mirando directamente a los ojos para distraer la atención del oponente y ofreciendo la mejor sonrisa de su repertorio, preguntó al subdirector de investigación, mientras lo conducía al interior de la oficina:

– ¿Por qué no le comenta al contador cuál es el problema? Yo estoy segura que...

– De la Vega no le dejó terminar. Del bolsillo lateral de su saco, extrajo un papel arrugado, agitándolo frente al rostro de la mujer.

– ¡Este es el problema! ¡Como si no tuviera ya suficientes!... ¡Ande, muéstreselo a su jefe! ¡A ver qué explicaciones le da a este telegrama!

Graciela Muñoz asió el papel entre los dedos índice y cordial extendidos a manera de pinza, cambiando su expresión por una de displicencia irónica, que en algo contribuyó a bajar un poco la guardia de Horacio de la Vega. Girando lentamente sobre su propio eje rumbo a Santibáñez, no retiró sino hasta el último instante su vista del furioso visitante.

Santibáñez recibió el papel, desdoblándolo trémulo mientras sus ojos echaban chispas. Cuando al fin el pequeño pliego estuvo completamente extendido, pudo dedicar las pocas neuronas que le quedaban serenas, a leer el contenido del telegrama que a la letra decía:

«SOLICITUD AMPLIACION PRESUPUESTO PROYECTO DENEGADA ADMINISTRATIVO. IMPORTANTE RASTREO DOCUMENTAL SUSPENDIDO. RUEGO INSTRUCCIONES PRECISAS. PROXIMO PUNTO ITINERARIO ACAPETLAHUAYA GRO.»

J.J. GALICIA

El rostro de Santibáñez se fue transfigurando al percatarse de la naturaleza del problema. De una gran indignación por el supuesto atropello, pasó a una expresión de incredulidad exasperada, por el craso error evidente de alguno de sus subalternos. Chelita pudo ver que el rostro del jefe se congestionaba casi hasta la apoplejía, pero ya le conocía lo bastante para imaginar el resultado: En breves segundos gritaría llamado acremente a cualquiera de sus funcionarios responsables de área, incluida ella misma si no estuviera ya presente; así que mentalmente se dispuso a contar: «Cuatro... tres... dos... uno... cero».

– ¡Argumedo, maldita sea, venga para acá!

La presión del rostro cedió un poco, mientras Horacio de la Vega disfrutaba íntimamente su pequeño triunfo, notable tan sólo con un apenas visible tirón mus-

cular de la comisura izquierda de los labios. Santibáñez le dirigió la mirada plena de hostilidad, al tiempo que se rehacía, diciendo:

– Ahorita mismo vamos a aclarar este asunto. No se me ha notificado en ningún momento que Galicia se haya comunicado con nosotros... Pero déjeme ver... ¡Argumedo!

De la Vega tenía por norma que, a los administradores hay que tenerlos sujetos a presión constante. Atacó ahora por el flanco débil:

– Pues si no está usted enterado de lo que su gente hace, no me explico a que demonios se dedica, mientras sus segundones interfieren libremente con los programas de investigación de mi área.

Santibáñez recibió el cubetazo con cierta resignación; le habían pillado fuera de la base, cosa que raramente sucedía; de forma que, con un tono entre amenazante y sarcástico, dijo:

– ¡Mire, Horacio!... Le voy a rogar... le voy a suplicar... ¡Con toda la atención y respeto que me merece!, que se abstenga usted de hablarme en ese tono; el hecho de que tenga usted amigos poderosos, por muy presidentes que sean, no le da ningún derecho a... ¡Argumedo! ¿Qué diablos es esto?

El subalterno recién llegado a la oficina traía húmedas las manos; todos afuera se habían percatado de la terrible tempestad que se libraba adentro. Santibáñez le arrojó el telegrama de Galicia. Argumedo esquivó la cara por reflejo y el papel se fue al suelo, teniendo que agacharse para recogerlo. No fue necesario examinar el contenido; un simple vistazo le ofreció el marco completo del problema; sintió un nudo en la garganta y tuvo que hacer un esfuerzo para articular adecuadamente su voz:

– Ayer a las 9.30 se comunicó por la vía telefónica el doctor Galicia desde Ixcateopan. Habló con el licenciado Galeana y él me lo pasó a mí. Hace unos minutos le iba yo a informar a usted, señor...

– ¡Maldición, Argumedo! ¿Por qué no se me informó antes? ¿Acaso cree usted que yo estoy aquí pintado, o qué?

Ya no sólo las manos, sino también las axilas y la frente de Argumedo sudaban. Podía defenderse con razones irrefutables, pero su larga experiencia como servidor público y el claro sentido de la vulnerable posición en que se encontraba, le hizo comprender que debía escoger con mucho cuidado sus palabras. Santibáñez no se había presentado desde ayer en la oficina, por lo tanto, era imposible haberle informado antes, máxime que nadie tenía los números de sus teléfonos privados; pero tampoco podía exhibirlo delante del enemigo, porque se la jugaría peor todavía. Tendría que cargar con la culpa, pero dejando entrever lo más claro posible ante Chelita Muñoz y el profesor De la Vega, que únicamente estaba cumpliendo con la vieja regla de que «El jefe siempre tiene la razón».

– Traté de hacerlo, contador, pero no tuve oportunidad. Los auditores de la Contraloría con quienes tuvo usted acuerdo...

Santibáñez supo intuitivamente que Argumedo le estaba cubriendo las espaldas, pero había que interrumpir a su jefe de la Coordinación Administrativa de Proyectos, para que no fuese a caer en alguna contradicción al improvisar su mentira.

– ¿Cómo que no tuvo usted oportunidad? ¿Para qué cree que sirven los teléfonos? ¿No pudo enviar un propio? ¿No se le ocurrió otra cosa que quedarse callado?

Argumedo sintió que se le nublaban la vista; su jefe se estaba excediendo y todos lo sabían. De la Vega salió un poco al rescate del desdichado licenciado en administración de empresas, Salvador Argumedo.

– ¿Qué fue lo que quería Galicia?

Argumedo luchaba terriblemente por controlar sus glándulas lacrimales, que pugnaban por exteriorizar su infinito resentimiento hacia Santibáñez. La salida que le brindaba De la Vega le permitió controlarse.

– Habló de una modificación al itinerario del viaje, para visitar un lugar llamado “Algo del Fraile”. Solicitó una extensión de viáticos por tres o cuatro días y un revólver especial en efectivo para contratar un guía.

El regreso a una conversación más o menos moderada, tuvo la virtud de templar el turbulento ambiente de momentos antes. Chelita, con el fin de ayudar a romper la tensión, insistió:

– Entonces, profesor... ¿Le pido su cafecito?

– No gracias, Chelita; en otra ocasión... – y regresó nuevamente hacia Argumedo

– Pero, ¿con qué fin se supone que solicitaba todo eso?

El coordinador, ya más tranquilo, explicó:

– Para la detección y clasificación botánica de ciertas hierbas medicinales precolombinas descritas en las notas del Códice Badiano... También dijo algo sobre posibles hallazgos documentales de mucha importancia...

De la Vega reflexionó para sus adentros: «Galicia se trae algo entre manos... No pediría nada que no considerase vital... Además, eso de “posibles hallazgos documentales”...». En el mundo de la arqueología y la antropología, el lenguaje podía ser tan críptico como un jeroglífico egipcio para el ciudadano común; pero si Galicia insinuaba “posibles hallazgos documentales”, o como sugirió en su telegrama: “importante rastreo documental”, eso tenía muchas probabilidades de ser algo en verdad trascendente. Prosiguió su interrogatorio:

– ¿Y usted, qué le contestó? – Argumedo se irguió altivo:

– Pues lo que procedía, profesor: Que nosotros no estábamos facultados para autorizar nada; que los presupuestos estaban cerrados, en fin... Que sólo el contador podía tramitar la asignación extraordinaria de numerario en el financiamiento de proyectos ante el Director General, pero que eso requería su tiempo.

Santibáñez, sintiéndose un tanto desplazado del centro de la discusión, recriminó fuertemente a su colaborador:

– ¡Pero cómo es usted torpe, Argumedo! ¿Quién diablos le dijo que podía tomar ese tipo de decisiones? ¿Para qué supone que sirva entonces el fondo revólver

de la subcuenta *gastos imprevistos*?... ¡Retírese de mi presencia, que ya después hablaremos usted y yo!

Argumedo quiso replicar, pero De la Vega lo detuvo con la mano y una actitud amistosa. Lo despidió diciendo:

– Déjelo de ese tamaño, amigo; no se preocupe más y permítame platicar a solas con el contador Santibáñez.

El coordinador dedicó una glacial mirada a su jefe y aceptó la opción de retirada que se le ofrecía. Chelita lo acompañó, presintiendo que era el momento de hacer mutis y dejar solos a los hombres, toda vez que el ventarrón más fuerte ya había pasado. De la Vega caminó con parsimonia hasta el borde del enorme escritorio de Santibáñez, recargándose en el mueble con los puños cerrados en actitud amenazadora. Con voz pausada, pero muy firme, le aclaró:

– Mire, contador: A mí no me va a sorprender con sus teatrillos, como el que le acaba de armar a ese pobre diablo de Argumedo. ¡Todo mundo sabe que ellos sólo obedecen a sus consignas y órdenes!; así es que, no se haga el muerto; ¡usted será el único responsable si Galicia presenta su queja en la próxima sesión ordinaria del Consejo!... Y ambos sabemos que no tienen ustedes argumentos razonables para haberle negado el apoyo que pidió, porque exactamente para eso existe el fondo revolvente técnico, que usted maneja como si fuera de su propiedad, para financiar sus “reuniones de trabajo” y las borracheras del Día del Empleado Federal.

Santibáñez escuchaba, con los labios lívidos de tensión, a su formidable oponente, quien estaba dominando la situación. De la Vega remató su discurso en tono claramente impositivo:

– Así es que: ¡A ver cómo le hace!, pero espero ver resuelto el asunto de Galicia inmediatamente, o de lo contrario...

– De lo contrario, ¿qué?. – retó Santibáñez.

– De lo contrario tendrá usted que explicar, por qué los acuerdos con sus supuestos contralores, se realizan en ese pequeño bar de la Zona Rosa...

¡Usted ha de saber a qué me refiero!

El subdirector administrativo palideció. Siempre tuvo la certeza de que su aparato de discreción, tan cuidadosamente montado, funcionaba en forma impecable; pero ahora, este señor le dejó entrever que había fugas de información. La referencia al “pequeño bar”, era suficiente para constatarlo.

De la Vega supo que había dado en el blanco. Sonrió sarcástico ante la mirada de furiosa impotencia de Santibáñez y salió airoso de la oficina, como aquel matador que da la espalda al toro derrotado, después del pase del desdén. Todavía antes de trasponer el umbral de la gran área administrativa, alcanzó a escuchar la voz estentórea del funcionario vencido, que gritaba:

– ¡ Argumedo...!

Argumedo volvió, ante la compasiva mirada de todas las secretarías y los ayudantes de contabilidad. Pasó junto al licenciado Galeana, jefe de Control de Presupuestos,

quien también estaba involucrado en la llamada de Galicia. Galeana rogaba en su interior que no se acordase Santibáñez de él, pues bien sabía que era responsable, cuando menos de la mitad de las culpas que cargó el buen amigo Salvador. Al pasar éste último junto a su compañero, le dejó un claro mensaje con la mirada: «¡Qué poca!... me estás dejando morir solo».

Al verlo llegar, Santibáñez dijo secamente, señalando una de las sillas:

– ¡Siéntese! – y después fue a la puerta para requerir a su secretaria – ¡Que también venga el inútil de Galeana! ¡Rápido!

Galeana acudió solícito y sumiso; Santibáñez no le ofreció asiento, ordenando terminantemente:

– Usted Galeana: Genéreme de inmediato una asignación de efectivo por setenta y cinco mil pesos a nombre de Argumedo... ¡Y los quiero para ayer!, ¿me entiende?. Tráigame a firmar ¡pero ya!, la forma de salida de caja fuerte.

Galeana respiró tranquilo; con un breve «sí señor» que apenas se pudo escuchar, abandonó apresurado el recinto. Ahora las baterías del contador apuntaron contra Argumedo:

– Usted, Argumedo: ¡Hoy mismo se me larga para Ixcateopan en el “Safari” de la oficina de compras y me localiza a esa gente!... Va usted a llevar sesenta mil pesos, más los gastos que haga para trasladarse. ¡Tenga mucho cuidado!, porque si pierde un centavo, usted me responde... Hable con Galicia a solas de preferencia y pídale que justifique los gastos de extensión; hágale ver que no tenemos mucho dinero y que se tiene que limitar al máximo; trate de que se ajuste a la menor cantidad posible y se la entrega con el correspondiente recibo. Se regresa de inmediato y me trae el remanente, los papeles y sus comprobantes de gastos... ¡Y no crea que va a pasearse!

Argumedo, más por desquitarse de las injurias recibidas, que por tener una verdadera objeción, respondió altanero:

– Discúlpeme, contador; pero fíjese que no puedo salir de viaje en este momento; hoy es cumpleaños de mi suegra y toda la familia vamos a cenar en casa.

– Pues lo voy a sentir mucho por su suegra, pero usted me metió en esto y ahora usted me saca. Mañana a primera hora quiero saber que arregló. Hábleme desde allá para informar.

– Insisto, contador: Mi contrato de trabajo no me obliga a viajar; mucho menos en las condiciones que usted plantea; yo no tengo por qué hacerme responsable de transporte de dinero en efectivo; y más...

– Argumedo, ¡Argumedo! – le interrumpió Santibáñez con impaciencia – Su contrato no le obliga a nada según usted; pero acuérdesese que su plaza original es de supervisor, y aquí gana lo que gana, por las compensaciones que le hemos otorgado... Así es que, tempranito en Ixcateopan ¿Eh?; o mañana amanece usted asignado a su antigua ruta de monumentos con su sueldito base; ¿le parece?

Argumedo no contestó, pensando cuál sería la mejor forma de proteger el dinero durante el viaje.

XIII – Camino de Noria

Al abrir los ojos, lo primero que vio fue la carrocería de la camioneta a medio hundir en el arroyo. La tarde estaba empezando a declinar, según se notaba por las largas sombras que proyectaban los árboles del lugar. Paulina volvió el rostro y alcanzó a ver que el doctor Galicia atizaba una fogata de regular tamaño. Al instante recordó los desagradables sucesos del accidente, percatándose que ahora se encontraba gratamente cobijada y seca. Por instinto femenino, recorrió con sus manos el estado de su propio cuerpo, cubierto bajo un jorongo perteneciente a Jaime Zavala que le servía de cobertor: Arriba vestía sólo una camiseta de punto, no tenía el sostén; abajo, unos pantalones deportivos de franela de los que se usan para trotar por las mañanas. Entre sus piernas, reconoció el bulto de un improvisada toalla menstrual, confeccionada a base de algodón y gasas desdobladas. Miró perpleja acercarse a Martín y grandes oleadas de rubor le bañaron las mejillas. Él trataba de transmitirle ternura y confianza, sabedor de las tribulaciones de la pobre chica. Le dijo con mucha suavidad:

- ¿Cómo te sientes, compañera?
- ¡Terriblemente mal, Martín! ¿Qué sucedió?
- Tuvimos un accidente, ¿recuerdas?
- ¡Sí, sí!, pero... yo... ¡Dios mío, qué pena!

Paulina desvió la mirada hacia un lado, imaginándose claramente lo que pasó con ella. Recordaba que Martín le había dado una pastilla antiespasmódica de las que Fernando Ortega utilizó para controlar los fuertes cólicos por la diarrea que tuvo en Taxco. Recordó también que después de tomarla, se sintió presa de un profundo letargo y ya no supo más.

– Dormiste profundamente casi cuatro horas, compañera, – empezó a explicarle Martín – te secamos lo mejor que pudimos tal como estabas, pero a eso de las tres de la tarde, tuviste un fuerte acceso febril; temblabas violentamente y empezaste a delirar. Quisimos despertarte pero no fue posible, así es se hizo necesario cambiarte la ropa mojada por algo de lo que quedó seco. ¡Espero que comprendas...!

– Es decir, – preguntó ella a su vez – que entre todos...

– ¡Por supuesto que no, por Dios!; Galicia no lo hubiera permitido. De hecho, les pidió a todos que se retiraran, pero me comisionó a mí, que supuestamente soy el matasanos... ¡Bueno!, tú sabes... No había de otra; te arreglé lo mejor que pude el apósito para lo del sangrado... y te puse la ropa que tienes ahora, llevándome la

mojada al arroyo para enjuagarla... Quedó bien, ¡de veras!; la guardé en tu maleta...
– Martín desvió indeciso la mirada antes de concluir – ¡Paulina!... no vayas a pensar que...

Ella no lo dejó seguir:

– Martín, no digas más... Sólo quiero que sepas... que aprecio mucho lo que hiciste... En verdad, ¡gracias! Sé que fuiste un caballero.

El economista sonrió aliviado, y su pecho se llenó de esa profunda satisfacción que siente uno cuando las cosas le salen bien y le son reconocidas. Habría sido capaz, en este trance, de defender con su vida la integridad inerte de la muchacha; y aunque sus ojos se llenaron con la blanca piel desnuda y la intimidad de ella, en esos momentos sólo sintió el afán de ayudarla, con toda la capacidad que le venía de su truncada carrera de medicina: «Medice, cura te ipsum».

– ¿Te continúan los dolores? ¿Necesitas algo?

– ¡No, estoy bien!; la verdad es que el espasmo cede al rato de que se instala el sangrado; nada más me siento un poco débil, pero siempre pasa así. No te preocupes.

– Entonces, voy a traerte alguna maleta para ponértela de respaldo, porque quiero que te levantes un poco. La situación está aún muy comprometida y necesito que te recuperes lo antes posible, por si tenemos que movernos de aquí... Parece que quiere llover y al menos hay que buscar refugio mientras viene el rescate.

Brenton Potter y Fernando Ortega, a esas horas de la tarde, estaban llegando al entronque de la carretera vecinal revestida que conducía por el oriente a Ocuiltila. Decidieron desandar con ese rumbo ya que el lugar les era más familiar, aunque por el sendero de terracería no encontraron un alma a quien pedir auxilio. Ya en el camino asfaltado, un par de camionetas de las que sirven para las labores propias del campo, los habían rebasado haciendo caso omiso a las señas desesperadas que hicieron ambos para intentar detenerlas: «¡Go to the hell, mexicans greasers!» había gritado Potter con el puño en alto cuando los vehículos se alejaban indiferentes. Ortega recibió la parte del insulto que como mexicano le correspondía, aguantándose las ganas de abofetear al «pinche gringo de mierda».

Recorrieron casi cuatro kilómetros, cuando se toparon con una mujer indígena, que cargaba un atado de leña increíblemente voluminoso sobre la espalda. Potter se interpuso en su camino:

– ¡Hey you, lady!; please one moment. ¿Saber *osted* por un teléfono?

– ¿Que qué?

– ¡Oh my God!; ¡te-le-phon! – insistió, mientras imitaba cómicamente con las manos el acto de llamar y hablar por teléfono – ¿you know?..

Ortega, divertido, intervino:

– Lo que quiere saber el señor, es si hay por aquí un teléfono. Sí los conoces, ¿verdad?... – la muchacha al fin comprendió, y estirando muy circunspecta el cuello

para poder señalar con la mirada a lo lejos, pues no podía darse el lujo de soltar el mecapan sostenido con la frente y solivianado con ambas manos, dijo:

– Aquí merito delante hay *teléjono*, señor.

– ¡Por fin! – exclamó Ortega alzando los brazos como en acción de gracias – ¿dónde?

– Allí pasando aquellos cerros, señor; ¡en el pueblo!

Potter miró extrañado a Ortega y a la joven sucesivamente, a la vez que preguntaba:

– ¿El pueblo? ¿Cuál pueblo? ¡Nosotros no pasar ningún pueblo!

– ¡Cómo no, *señor*!; delantito está el mero pueblo de Ocuilita; mesmo allí *jalla* su mercé' *teléjono*.

– ¡Shit! – dejó Potter en el aire.

En el improvisado campamento junto al arroyo, Galicia hacía cálculos: Cuando ocurrió el percance, por eso del mediodía, el agua transcurría más o menos tranquila, pero desde hacía rato se notaba mayor turbulencia, al grado de escucharse el ruido producido por la masa líquida al recorrer el lecho irregular, lo que significaba que ahora bajaba el agua con más fuerza. No es que eso ofreciese dificultades adicionales, sino que la creciente del cauce, anunciaba abundantes lluvias en algún sitio cercano. Para cualquier explorador, esa observación, más los ominosos relámpagos visibles al norte y el viento que soplaba hacia el sur, hacía lógico suponer fuertes posibilidades de un chubasco durante la noche, sin equipo de acampar y con la mitad de la gente en dificultades.

Subió el doctor a lo alto de una colina camino adentro, a unos ciento cincuenta metros del arroyo, para otear a los cuatro puntos cardinales, en busca de alguna señal de vida humana a quien recurrir en caso dado. No encontró nada, salvo los nubarrones del norte cada vez más oscuros y cercanos. Permaneció abstraído mirando al horizonte, cuando a sus espaldas escuchó a Martín que le decía:

– No tarda en caer la noche, don Jesús... Creo que pronto lloverá. ¡Debemos hacer algo y pronto!

– En eso precisamente estaba pensando, amigo Martín. Tal vez si buscáramos un refugio... No sé, una cueva, ¡jalgo!

– Paulina ya se siente mejor, pero no creo que aguante una caminata por los cerros; Zavala menos, aunque ya le improvisamos una muleta para que se apoye un poco... Además, no es conveniente alejarnos mucho del sitio, por el riesgo de no ser encontrados si llega el auxilio... o lo que sería peor, perdernos en estos lugares olvidados de Dios.

Galicia de repente dejó de mirar a la lejanía y se volvió intrigado hacia Martín:

– ¿Y Tarsicio? ¿Dónde está ese muchacho?

– ¡Tarsicio! – exclamó Martín irónico – Hace rato me comentó Jaime que, al parecer, el pájaro voló dejándonos aquí tirados.

– Es cierto – tuvo que aceptar Galicia – tiene mucho que no lo veo... ¿Realmente se habrá ido?

– No lo quisiera creer, doctor; pero entonces, ¿dónde anda desde la tarde?

Y verdaderamente Martín se negaba a reconocer el abandono del joven guía, que tanto suplicó que se le dejase continuar con el grupo. Todos le habían tomado estimación como mascota del equipo, llenaba el ambiente de una chispeante y campechana alegría; pero a la hora buena ¡Ni sus luces!. «Seguramente – pensó – a estas horas ya está el canijo mocosito muy a gusto en alguna rancharía del rumbo... ¿Dónde está la solidaridad, el sentido de equipo, los valores humanos?; a Tarsicio ¡todo le valió madre!... ¡Yo no sé de qué estamos hechos los pinches mexicanos, que necesitamos un terremoto para reaccionar!»

– Creo que es tiempo de regresar con los demás, Martín.

Dijo Galicia rompiendo su soliloquio. El economista se encogió de hombros descorazonado y dio la vuelta para descender la colina junto a su maestro, pero habían desandado más de veinte metros, cuando a lo lejos se escuchó un grito que ambos reconocieron al instante:

– ¡Martincito... dotooooor!

Voltearon al mismo tiempo hacia donde provenía la voz, para descubrir la conocida figura morena del chamaco, que trataba de llamar la atención con la mano en alto, a bordo de una desvencijada carreta tirada por una mula.

– ¿Ese es el cobarde traidor? – ironizó Galicia contento.

El grupo se reanimó con la llegada de Tarsicio. Trajo consigo una botella familiar de *Coca Cola*, llena de un fuerte café negro que al punto fue calentado en una ollita de peltre. Sirvió como un bálsamo para los nervios de todos. También trajo unos curiosos tamales de manteca y masa de maíz revuelta con frijoles, que en esas circunstancias les supieron a gloria. El resto del menaje eran unos viejos sarapes de algodón grueso estampado a cuadros, de los que se estilan en la campiña para combatir el frío.

– ¿De dónde sacaste todo esto, muchacho?

Preguntó Zavala, mientras entresacaba con los dedos las últimas briznas de tamal que habían quedado adheridas a la hoja de elote, degustándolas con sin igual complacencia.

– ¿De `ónde ha de ser, pué'?... de `n ca' Febronio. ¿No le dije que `taba *cerquitas* de aquí?. Dice el viejo que si quieren, ahí `tá su casa, pué'.

– ¿El nagual? – exclamó Paulina sorprendida – ¡El na...

– ¡Ese merito pué! – remató Tarsicio enigmático – ¡Febronio Miranda le llaman!

No había lugar para pensarlo demasiado. Martín clavó en el tronco del árbol más visible, una carpeta de archivar desdoblada, en la que garrapateó:

FUIMOS A "N. DEL F."

RUMBO SURESTE
ESPERAMOS NOTICIAS
SIGAN SEÑALES

Sin tardanza, cargaron la carreta con equipaje y heridos. Tarsicio saltó al pescante invitando a Galicia:

– ¡Ándele, *dotor*! Súbase que to'vía le cuelga un buen cacho.

Galicia subió junto al muchacho. Martín decidió caminar al lado del carromato. Tarsicio jaló las riendas, sacudiéndolas al tiempo de gritar:

– ¡Arre, mula *jija* de *tuchi*...!... ¡Perdóneme *dotorcita*, ya la regué otra vez!

Paulina sonrió divertida y Martín le lanzó al jovencito una mirada de reproche por la leperada. El hecho de ponerse nuevamente en movimiento, trajo de nuevo la calma al bizarro grupo de investigadores, que dejaron reposar el espíritu al compás de los chirridos y el balanceo de las grandes ruedas de madera, sorbiendo los últimos tragos del reconfortante café que les envió, en son de bienvenida, Febronio Miranda, el Nagual de Noria del Fraile.

Transcurrieron algunos minutos de camino en silencio, cuando éste fue roto por Tarsicio Sánchez, quien después de mirar de reojo a Jesús José Galicia, jefe de la expedición, exclamó:

– ¡A qué *dotor* este, tan desconfiado pué'!

Galicia volvió de su meditación, sorprendido por el comentario del joven carretonero:

– ¿Qué cosa estás diciendo, muchacho?

– ¿A poco no creyó que ya me `bia tirado a perder, dejándolos solitos a ustedes y la *ditora*?

Galicia sintió descubierta la intimidad de su pensamiento: ¿De dónde sacaba Tarsicio esa sensibilidad para comprender tan a fondo la naturaleza humana?. Respondió defensivo:

– Nadie ha dicho que tú nos habías abandonado, que yo sepa.

– Pero lo pensó, aunque sea tantito; ¿o no?

– ¡Bueno!... era lógico... Te largaste sin decir nada.

Tarsicio esbozó una ligera sonrisa, satisfecho de haberle dado las contras al mero jefe; y sólo dijo como conclusión:

– ¡Ya decía yo!... Si a leguas se le nota lo gachupín.

No le contestó nada; no había en las palabras del muchacho el más leve asomo de ofensa o dolo; más bien, se le podría acusar de una total naturalidad ingenua, o de esa excesiva franqueza tan común en el campo y tan escasa en la ciudad. Por lo demás, el término “gachupín”, arrojado a su cara con el mayor desparpajo, le sacudió en la memoria viejos y empolvados recuerdos, no del todo gratos, no del todo ingratos.

XIV – La Travesía del Bogavante

O toño de 1933.
dru

Una tenue alborada orlaba el horizonte del mar en esa fría madrugada. Pronto amanecería a bordo del gastado carguero “Bogavante”, que estaba a punto de culminar la travesía iniciada en el puerto de Cádiz de la costa atlántica española, pasando por Santa Cruz de Tenerife para el embarco de un cargamento de especias. Luego escalas de reabastecimiento en San Juan de Puerto Rico y en la Habana, para descargar parte de la mercancía, restando finalmente navegar el último tramo entre la bella capital de Cuba y el puerto de Veracruz.

A través de los años, de una historia cercana al medio milenio, infinidad de embarcaciones de todos tipos surcaron la misma ruta del “Bogavante” con más o menos variaciones, contribuyendo a cumplir la forzada hermandad que el destino impuso a México y España. El barco venía abarrotado con inmigrantes de la península ibérica que buscaban una mejor suerte en “Las Américas”.

En un principio arribó toda una suerte de aventureros que cargaron en sus espaldas con la colonización del Nuevo Mundo, para la real corona española de Fernando e Isabel, los Reyes Católicos. Durante esa etapa, los inmigrantes pertenecían a todo tipo de raleas: Familias enteras, integrantes o no de la nobleza, enviadas con cargos o comisiones reales desde la Corte; religiosos misioneros y curas advenedizos sin parroquia; *hijosdalgo* venidos a menos, que buscaban rehacer fortuna en “Las Colonias”. En fin, todo tipo de maleantes y gente sin oficio ni beneficio en su patria, que evadían la horca o la miseria, con el simple recurso de alistarse como marineros o soldados en cualquier navío destinado a ultramar.

A partir de la independencia y el nacimiento de México como estado libre, los barcos transportaron principalmente campesinos pobres y gente sin porvenir en aquella depauperada España de los últimos años de una monarquía abúlica, que se durmió en el disfrute de las inmensas riquezas americanas, que, en mucho, se dilapidaron en inútiles y continuas guerras cortesanías.

La abigarrada multitud pasajera del “Bogavante”, se formaba ahora de otro tipo de viajeros: Venían muchos refugiados militantes de la *Segunda República*, caídos en desgracia política y reos de alta traición según los triunfantes izquierdistas del *Frente Popular*; prófugos cuya única salvación fue la deportación voluntaria, sin más bienes y posesiones de las que individualmente podían cargar; hombres y mujeres despatriados por los veleidosos vaivenes del poder y la ambición.

Sin embargo, era un grupo muy especial, como sucede en la mayoría de las movilizaciones humanas producidas por conflictos sociales. Había gente pensante,

intelectuales, catedráticos universitarios; se podían encontrar personas de sólidos principios y gran solvencia moral, aunque también se encontraban españoles comunes, que sin mayores pretensiones participaron en las enconadas luchas intestinas en calidad de militantes de base; afortunados que lograron un lugar en el barco, gracias a la magnanimidad de algún pariente acaudalado, prontamente dispuesto a deshacerse de la preocupación que significaba un primo, sobrino, o lo que fuere, perseguido por la justicia que ahora ostentaba el poder.

Entre estos últimos, se paseaba inquieto por la cubierta de proa Everardo Valdovinos, joven gallego natural de Santa Catalina de Armada, al norte de Santiago de Compostela, quien en compañía de su joven y reciente esposa, atravesó a pie la península para embarcarse apresuradamente, bajo escapar de un juicio militar sumario, que casi seguro significaba la pena capital. La penosa fuga se recrudeció cuando ella dio claras señales de un embarazo, el cual, según sus cálculos, tendría entonces tres o cuatro meses de avanzado. Ahora, en medio de las aguas del Golfo de México, su abultado y tenso vientre descendió, dejándola respirar más libremente, pero anunciando que el parto ya era cuestión de horas, a decir por la creciente presión que sentía en lo más bajo y profundo del abdomen.

– ¡Eh tú, chaval! ¿Qué hacéis a estas horas en cubierta? – le increpó a Everardo, un voluminoso, barbudo y desastrado oficial, que inmediatamente reconoció como el capitán de la nave – ...¡Que podéis caer a la mar para indigestión de los tiburones! – completó con el más puro acento barcelonés.

– Na' capitán; que el crío de mi mujé' ya quiere nacé' y no la deja un segundo. Que me ha *mandao* a ver cuánto falta para arribar a puerto.

– ¡Hombre!: Haber sabido que seríais padre... ¿No pensará la moza soltar al crío en este barco del demonio?... porque, de ser así...

– Ya tendríais otro *ahijao* en bitácora. – prosiguió Everardo para ganarse la voluntad del capitán – Pero parece que la cosa tarda. ¡Rediez!

El capitán le propinó unas palmadas amistosas al nervioso padre en ciernes, diciendo jocoso:

– Entonces: ¡Hala con otro *mejicanito*! ¿Eh?

Everardo respingó ante esa última exclamación:

– ¡Españolito!, dirá su señoría... ¡Muy españolito, como su madre y como su padre, que soy yo, por Dios y toítos los santos!

El capitán, hombre mucho más rudo y experimentado, no pudo dejar de sentir compasión por el joven deportado. Muchos casos similares había visto en su ya larga carrera de marino, para saber el destino que les esperaba a quiénes, como Everardo y su esposa, dejaban la patria, océano de por medio, por una u otra causa. Trató de alertarlo con la mejor voluntad.

– Mira, chaval: Estos ojos que pronto han de ver el fondo de la mar, nunca han visto volver a la *tierruca* a zagales como tú... hasta que están calvos, viejos y barri-

gones... ¡Tú podrás ser todo lo español que queráis, coño!... pero si el crío nace en Méjico... ¡Hombre!, no le hagas la malcriadez de quererlo hacer *gachó*.

Everardo Valdovinos, inexperto, no encontraba razones válidas para los consejos del capitán. Replicó convencido:

– ¡Pero vamos, capitán!, que me han dicho que si le llevo al consulado español, el crío será registrado español como debe ser: ¡Majo gallego!

– ¡Pero sí que estáis *chalo*, por mi madre!... ¿Qué queréis?: ¿Ir al consulado para que la milicia pueda encontrarlos? ¿Por ventura creéis que la guardia del consulado está de vuestro bando? ¡Fuaah!

El capitán hablaba ahora con un claro dejo de impaciencia.

– ¿Y el chaval que ha de parir tu mujer? ¿Será extranjero toda la vida en el país que le vio nacer y que todavía no se olvida de las majaderías de Don Hernando?... ¡Hombreee!

La angustia se prendió al semblante del gallego que no había pensado en todas esas implicaciones. Venir a América en las condiciones suyas, no era como ir a pasear. Presintió un largo y doloroso vía crucis para él, su esposa y el hijo que aún no nacía. El capitán, hombre avezado, adivinó las fuertes marejadas que hacían escorar la frágil seguridad del muchacho, que casi podría ser su hijo.

– ¡Vamos, hombre!, que la cosa no es para tanto... Sólo tenéis que hacerlo *mejicano*... darle un nuevo nombre que no lo ate con vuestras culpas republicanas... ¡Coño! ¡Quitadle las ortigas del camino en su nueva patria!

– ¿Un nuevo nombre?...

– ¡*Malage*! ¿Acaso no entendéis bien el castellano?

La claridad se estaba apoderando del mar; a lo lejos, una línea brumosa empezaba a formar el contorno irregular de la costa: «¡Veracruz a la vista!», gritó el vigía; pero Everardo Valdovinos, natural de Santa Catalina de Armada, en el noroeste de la vieja y amada España, no se dio cuenta.

Primavera de 1945

El aroma inconfundible del pan recién saliendo del horno, señoreaba por las callejuelas tranquilas de la noble y hospitalaria Puebla de los Angeles, como un regalo del hombre a la madre naturaleza, agradecido por los dones vertidos con tanta generosidad en esa fértil tierra, bajo la majestuosidad de los grandes volcanes: Popocatepetl e Iztacihuatl mirando al occidente, y el más pequeño llamado La Malinche, con rumbo al noreste.

Las flores multicolores de innumerables tiestos, primorosamente dispuestos en casi todo alféizar de las ventanas, pugnaban por abrirse al estímulo de las diminutas gotas de rocío, dejadas en las cerradas corolas por la nocturna humedad de la atmósfera. Los tahoneros y reposteros iniciaban su duro jornal por la noche, para tener a punto y muy tempranito las exquisitas variedades de pan dulce y las grandes hogazas de *Pan Francés*, como en algunos sitios tradicionalistas suelen todavía

llamar al pan blanco.

Las calles, antes desiertas, se fueron animando poco a poco. Por las banquetas podían verse esas mujercitas de largas trenzas negras que iban afanosas por el recaudo del día o el pan para el desayuno. Señoras de mandil confeccionado en tela de algodón a cuadros, que barrían los adoquines frente a sus casas salpicando agua con la mano para aplacar el polvo que levanta la escoba. Niños recién lavados de la cara y muy bien peinaditos, despedidos con la bendición de su madre en el quicio de las puertas, antes de emprender, alegres y despreocupados, el camino rumbo a la escuela, apostando canicas de barro cocido en una partida de *balero*, que ganaba el que hacía cien puntos primero: Cinco puntos por el primer engarce del balero y diez por cada *capirucha* lograda.

Al llegar a la plazuela colmada de fresnos y álamos, que daba frente a la escuela primaria oficial “Ignacio Zaragoza”, los ojillos vivaces de Jacinto Antonio Torres, divisaron a su gran amigo y condiscípulo del sexto grado, que se acercaba por el extremo opuesto de la calle. Gritó alborozado, agitando la mano libre de útiles escolares:

– ¡Gachupas!

– ¡Chindio! – le contestó el aludido, también con la ingenua alegría tan propia de la niñez – ¡A ver quién llega primero! – agregó, arrancando al unísono una desahogada carrera rumbo al portal de la escuela. Jacinto Torres ganó; su complexión robusta le daba siempre ventaja contra la más escuálida figura de su compañero de notable tez blanca. Fueron apresurados a formarse, tomando distancias en el patio de recreo para entonar momentos después, a voz en cuello, las conocidas estrofas de todos los lunes:

«Mas si osare un extraño enem... go»

«Profanar con sus plantas tu suee... elo»

«Piensa, oh Patria, querida... que el ciee... elo»

Jacinto tenía la costumbre de picar disimuladamente las costillas de su amigo por detrás, cada vez que éste cantaba con todo su cándido sentimiento patrio la frase: «Más si osare un extraño enemigo», provocando su enojo, al grado que en un par de ocasiones, fueron llevados a la dirección como castigo por mala conducta durante el Saludo a la Bandera.

– ¡Estáte *sosiego*, Chindio!

– ¡No me digas Chindio, Gachupas!

– Entonces, tú no me digas Gachupas; ¡yo no soy gachupín!

– Sí eres: ¡Gachupas... Gachupas!... Tu papá es gachupín, ¡chin, chin!

– Y el tuyo es indio... ¡Indio mecapalero, lero, lero!

Eran las pullas que cada uno había confeccionado para defenderse del otro, en un inocente juego de ingenio verbal que no tenía verdaderas intenciones de ofensa; pero que sin saberlo ellos, estaban enraizadas en los más profundos y ancestrales

resentimientos de un pueblo, que todavía no acaba de conocerse a sí mismo y aceptarse como tal.

– ¡Galicia Rojano! – llamó la señorita Bermúdez, maestra de sexto año, buscando con la vista entre los pupitres.

– ¡Presente, señorita!

– Te llaman urgentemente de la dirección... ¡Qué habrás hecho ahora, condenado!

El pequeño Jesús José y Jacinto Antonio se miraron. Las travesuras eran siempre compartidas, pero ahora no recordaban motivo alguno para un llamado de la Dirección. Guardó preocupado sus útiles en el pupitre de madera gris, rayoneado por infinidad de niños que habían pasado por él, y salió del salón oloroso a mapa de la República, polvo de gis y viruta de lápiz recién cortada; para enfrentarse a la siempre abrumadora soledad de los pasillos de la escuela cuando no es la hora del recreo.

El profesor Otilio Leyva, director del plantel, lo recibió con afabilidad, no sin antes hacerlo esperar temeroso en las bancas de la antesala, hechas de madera de cedro rojo, muy bruñida al barniz natural.

– Pasa, muchacho... siéntate.

– Sí, señor director. – contestó con la cabeza baja, esperando la consabida repri-menda.

– ¿Sabes?: Te he mandado llamar, porque hemos revisado tu expediente escolar... – el profesor Leyva dejaba silencios deliberados, sabiendo que con ello imprimía suspenso y ansiedad en los alumnos, reforzando así su autoridad – Tu aprovechamiento... tu conducta... ¡Ahí hay algunas fallas, jovencito!... – Jesús José apretó los dientes – y creo que será necesario que acuda tu padre a una cita conmigo.

La cosa pintaba peor de lo imaginado: Una llamada a los padres sólo se producía por algún delito mayor, y era el más temido de los castigos. Trató de defenderse:

– Profesor Leyva, yo le juro que...

Leyva, internamente divertido, lo detuvo con un ademán.

– Tsh, tsh, tsh... ¿Qué tanto miedo tienes a que venga tu padre? ¡Algo deberás!...

La frente del niño se humedeció, y sin fijarse, empezó a frotarse nervioso las manos tratando de recordar alguna última diablura.

– Sin embargo... ¡ejem!... Esta vez quiero ver a tu padre... o a tu madre, cualquiera de los dos, porque has sido elegido para representar a la escuela en el concurso de aprovechamiento de nuestro sector... Y si ganas, tendrás la representación de Puebla para visitar al Señor Presidente de la República... ¿Te das cuenta?

El muchacho abrió desmesurado los ojos; no podía creerlo. El año pasado compitió con su amigo por obtener el honor de ser el abanderado de la escolta y perdió; ahora por lo visto, le llevaba ganada la partida al Chindio. ¡Lo que iba a disfrutar cuando se lo contara!. El Director continuó con su monólogo:

– No obstante... debemos enviar a las oficinas del sector tu registro... acompañado ¡por supuesto!... de una copia de tus papeles... y ¡vamos!... No tenemos tu acta de nacimiento.

Su padre pidió permiso en la panadería para salir temprano el martes y acudir a la cita en la escuela. Jesús José esperó sentado en las bancas de cedro bruñido, mientras los dos hombres que regían su vida, hablaban en la oficina. Alcanzó a escuchar fragmentos de una conversación, que paulatinamente acabaron con el orgullo que esa mañana lo embargaba, llenando su alma infantil de un infinito dolor ante la compasiva mirada de la secretaria. Algo sabía él, pero sólo a partir de las narraciones endulzadas de su madre. No se imaginaba hasta que punto esas historias, y lo que en esos amargos momentos decía su padre, podían afectar su vida: «Es que hasta ahora, no lo hemos registrado... ¿sabe? Yo soy un español refugiado»; eran las frases que se filtraron a través de los cristales de la dirección y que le quemaban los oídos de vergüenza; «Galicia es el nombre que dimos en la aduana de Veracruz, ¿sabe? Por la tierra... Yo soy Valdovinos... la madre es Rioja... ¡Haré algo lo antes que pueda!...»

El niño no pudo aguantar más. Con la mirada nublada por el llanto, salió corriendo a refugiarse en el baño, donde podía estar a solas y esconderse del mundo que ahora le era hostil. Su mente joven estaba atormentada por mil ideas confusas y lacerantes: «Ni Galicia ni Rojano... ni siquiera mexicano... El “Chindio” tiene razón: ¡gachupín!... ¡no soy más que un *méndigo* gachupín!». Su alma lastimada, su nacionalidad destruida, le hicieron sentir un creciente odio hacia el mundo, hacia sus padres, hacia su amigo querido, que ahora se transfiguraba en su mente con un tamaño monstruoso, escupiéndole a la cara: «¡Gachupín... gachupín... gachupín!».

Everardo Valdovinos, ahora llamado José Ángel Galicia, llegado a México en el carguero transatlántico “Bogavante”, llevó a toda prisa a su hijo al Registro Civil; y mediante una discreta gratificación al empleado, evadió los documentos probatorios y obtuvo el acta que daba existencia oficial a Jesús José Galicia Rojano como ciudadano mexicano, oriundo de la ciudad de Veracruz, con todos los derechos y obligaciones que marca la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos. Pero el papel no estuvo listo a tiempo, y Jacinto Antonio Torres, “el Chindio”, representó a la escuela en el concurso de aprovechamiento y conoció al Presidente de México. La próxima vez que a su amigo le dijo “Gachupas”, acabaron a golpes, con los ojos amoratados, la nariz sangrando y la amistad rota.

Pronto terminaron la primaria, y el panadero Galicia acarreó bártulos y familia rumbo a la ciudad de México, en busca de mejores oportunidades. Jesús José se juró a sí mismo demostrarle a Chindio, que él era el mejor de los mexicanos.

Nunca se volvieron a ver.

XV – Febronio Miranda

Salvador Argumedo llegó a Ixcateopan cerca de la medianoche. De ahí lo enviaron a Ocuililita en donde encontró un pueblo desierto que parecía escenografía de películas mexicanas de misterio, o de leyendas de espectros y aparecidos, como tantas que circulan en el estado de Guerrero.

No pudo hacer contacto con nadie, a excepción del somnoliento policía de guardia en la comisaría, quien por supuesto sabía muy poco de los extraños visitantes, a no ser por los rumores escuchados acerca de la hermosa *güera* y del gringo que sacó fotografías de todo:

– A lo mejor en la posada le sepan decir que fue de esas *gentes*. Ahí estuvieron hospedados, aunque cierran la puerta temprano... No sé si le abrirán a estas horas.

Argumedo pidió al policía que hablase por teléfono, quien se comunicó, no sin antes tener que esperar un buen rato a que la operadora de guardia en la centralita telefónica, se des Perezase e hiciese la llamada. Tuvo que hacer varios intentos antes de que levantaran el auricular en la posada:

– ¿Bueno?... Disculpe, don Melquíades... hablamos aquí de la comandancia... ¡No, no, cómo cree!... Es que vino una persona... ¿Cómo dijo que...

– Argumedo – le dijo en voz baja el visitante al policía.

– ¡Ah, sí!: Argumedo... como mi general Benjamín Argumedo... Pregunta por las *gentes* esas que estuvieron ayer... dice que es urgente... ¡Sí, sí!... Los chilangos... a ver, déjeme apuntar... `péreme tantito. – garrapateó un papel, sosteniendo el auricular con el hombro.

– ¡Gracias, don Melqui!... Usté' dispensará la desmañanada... Sí... sí... hasta luego, don Melqui... Bueno, yo aquí le doy razón... Adiós... sí, *adss*.

El esmirriado policía colgó con aires de suficiencia, diciéndole a Argumedo:

– Mire amigo: Dice el encargado de la posada, que las *gentes* que usté' busca, salieron a media mañana de aquí. Que un tal doctor Galicia dejó recado por si llamaban; que iban a pasar esta noche en el pueblo de Chapa y que de allí se comunicaría a México; y también que mañana salen de madrugada con rumbo no sé adónde.

– ¡Maldición! – rezongó el enviado de México – Pero... ¿No dejaron algún teléfono a donde pensaban llegar?

– ¡No, mi amigo!, que yo sepa.

Salvador Argumedo apenas dio las gracias y regresó molesto al Safari. Tuvo que dar un par de vueltas, hasta encontrar la salida opuesta del pueblo, señalada por un descolorido letrero plantado en una esquina, que rezaba en letras negras casi ilegibles: "TAXCO". Enfiló el auto a mediana velocidad; y cuando casi traspasó las últimas ventanas iluminadas en las afueras del poblado, los faros delanteros enfocaron a una extraña pareja: Un hombre alto y fornido con sombrero de explorador

y un desaliñado joven de guayabera. Ambos le hacían señas frenéticas de alto, pero Argumedo tuvo temor de ser asaltado con mas de setenta mil pesos en la mochila y pasó de largo, acelerando el vehículo.

Horas antes, pasando las ocho de la noche, Tarsicio Sánchez jaló las riendas de la carreta a la izquierda, sobre un recodo de la vereda que bordeaba una loma. El ambiente atmosférico cargado de electricidad estática, auguraba la inminencia de un fuerte aguacero; los relámpagos ahora restallaban cercanos y el viento, más frío, traía un intenso olor de humedad.

Al completar la vuelta se divisó por fin la lucecilla amarillenta de un quinqué de petróleo, enclavado sobre el portal de un rústico pero amplio jacalón techado de hojas de palma, en el cual colgaban inmóviles tres hamacas.

– ¿Aquí es? – fue la pregunta lacónica de Martín, sintiendo un presagio indefinible. Todos callaban mientras Tarsicio jalaba la palanca del freno, deteniendo la carreta frente al pórtico. El único ruido apreciable era el gemir del viento en lo alto y el frecuente estruendo de los rayos.

De la parte posterior, como surgida de las sombras, una voz ajada por los años se escuchó, haciéndolos voltear súbitamente:

– Bien te *haiga*, Hijo del Sol.

La imagen espectral del hombre caminaba encorvada, pero denotando en su porte un aire de dignidad. Su vestimenta, a la usanza de los campesinos naturales de la región, estaba cubierta por un amplio jorongo con estampado de grecas negras en la espalda y el frente.

Se dirigió directamente a Martín, para quien obviamente fue dedicado el saludo, haciendo caso omiso de los demás. Al mirar el rostro decrepito del anciano, Martín no pudo evitar palidecer intensamente, al tiempo que una sensación de nudo en la garganta le hacía tragar saliva con dificultad: «¿Dónde he visto esa cara...?». Logró sobreponerse gracias a la oportuna intervención de Galicia, quien consideró adecuado saludar y presentarse:

– Buenas noches, señor Miranda. Disculpe las molestias que le vinimos a dar, pero ya Tarsicio le habrá explicado...

El viejo parecía no escuchar. Se acercó un poco más, lo suficiente para extender los brazos y tocar los hombros de Martín, quien impávido, no acertaba a pronunciar palabra. Sólo pudo observar como el anciano retrocedía un paso e hincaba una rodilla hasta el suelo, rozando la tierra con el dedo medio de la mano derecha, para llevárselo inmediatamente a la boca. Galicia reconoció extrañado, el acto tradicional de respeto que las tribus nahuas utilizaban ante un noble o señor.

Cumplido ese protocolo de salutación, el viejo reinició su paso cansino, desapareciendo por la entrada del jacal, no sin antes hacer una seña hacia las hamacas que Tarsicio captó a la perfección. Saltó de la carreta y se puso a descargar los bártulos, para acomodarlos junto a la pared frontal del jacal, bajo el techo de la rústica veranda.

Ese movimiento obligó a todos a reaccionar ayudando al muchacho, con el signo de interrogación y duda prendido en sus rostros.

– ¿Y ahora? – inquirió inquieto el chofer cuando la actividad de descarga fue completada.

– Ahora parece que aquí pasaremos la noche. – respondió Galicia mirando al cielo – Ojalá no gotee el techo... ni nos vaya a caer encima un alacrán.

Martín se sentó en el tosco tablado del piso, con la espalda contra la pared, con obvias intenciones de relajarse. Tuvo deseos de fumar, pero los únicos cigarrillos disponibles de Paulina se perdieron en el arroyo. Tarsicio regresó de atrás de la cabaña, donde había dado de comer a la mula luego de desuncirla. Sin decir palabra se introdujo al interior del jacal para regresar momentos después con un jarro humeante de atole de maíz y unas tazas de barro que repartió entre todos, guardando una para sí. Luego volvió, ahora con una despostillada charola de peltre que contenía varios platos de frijoles enteros fritos en manteca, un pocillo con salsa verde picante y un envoltorio de tortillas hechas a mano; todo muy caliente, como si el anciano lo hubiese tenido listo de antemano.

Comieron con avidez, especulando en voz baja acerca de la suerte de Potter y Fernando Ortega, con la esperanza común de que la ayuda llegase temprano por la mañana. Galicia no descartaba la idea de sostener alguna conversación con el extraño y solitario anfitrión. Adentro del jacal nadie pudo escuchar ruido alguno.

Al terminar la frugal, pero exquisita comida, salió Tarsicio una vez más, llevando en las manos varios objetos: Un jarrito con una aromática infusión que le ofreció a Paulina diciendo:

– Dice Febronio que se la tome despacito, *datora*, pero que se la `cabe todita.

– ¿Ese señor es el Na...

– ¡Ssssh! – la interrumpió el muchacho ante la expectación curiosa del resto del grupo –...Sí es, *datora* – aclaró casi susurrando – pero no le gusta que le digan así.

– Pero... ¿Vive solo? ¿Quién preparó la cena?, ¿él? – insistió la socióloga, bajando también la voz.

– Sí... Lueguito le cuento, nomás `péreme tantito.

Fue con Martín, para llevarle otro de los objetos que sostenía en las manos. Era una bolsita de palma tejida que abrió ante él, extrayendo un cigarro de tabaco oscuro en papel finamente torcido por los extremos, y una cajita de cerillos de madera. Se lo entregó, encendiendo presto un cerillo mientras decía:

– Que aquí le manda Febronio, Martincito. – Martín abrió asombrado los ojos:

– ¿Cómo supo?...

– Febronio sabe hartas cosas. – sin más preámbulos, caminó hacia el chofer, quien con sus manos se ocupaba de frotar el tobillo lesionado.

– Véngase pa' dentro, Jaimito, que `ora le toca a usté' su sobadita.

El chofer miró a Galicia como consultando su parecer. El antropólogo se limitó

únicamente a encoger los hombros en silencio, acompañando el movimiento con un gesto de «usted sabrá».

A los veinte minutos regresó Zavala, apoyándose en el hombro de Tarsicio; traía el tobillo envuelto en una suerte de vendaje hecho a base de grandes hojas verdes, amarradas con mecate de ixtle y despidiendo un penetrante olor a emplasto de árnica mezclada con ajos o algo así, según el sensitivo olfato de Paulina. Relató con incredulidad la desaparición casi completa del dolor, haciendo caer en cuenta a la socióloga que sus propios malestares también se calmaron bastante: «¿Será el té?», pensó por reflejo. Galicia atrajo por el brazo a Tarsicio requiriéndole:

– Tarsicio: Dile al señor Miranda que quisiera hablar con él unos momentos.

– Dice que mañana, *dotor*; que usté' podrá dispensar lo mal tratado, pero que la noche es mala consejera. Que se acomode usté' y si se ofrece algo, me lo dice a mí... Quiere Febronio que se metan la *datora* y Martincito pa' dormir allá dentro, y nosotros tres en las hamacas.

Martín volteó extrañado al igual que Paulina, intentando manifestar alguna protesta de solidaridad y condescendencia a otorgar el sitio preferencial al jefe, pero Galicia, diplomático, no lo dejó decir palabra arguyendo:

– Está bien, Martín, no se preocupe; hay que acatar lo que disponga el dueño de la casa.

El economista apagó el rescoldo del cigarro casero y se dispuso a seguir a Paulina hacia el interior.

El lugar respondía a las expectativas de ambos: Una mesa central de gruesos tablones, en la cual ardía un pabilo como única fuente de luz; en las paredes colgaban innumerables objetos y recipientes. En los extremos laterales del jacal, había dos esterillas de palma dispuestas sobre una gruesa capa de hierba recién cortada, para ser usados como cama, con dos cobertores de algodón trenzado para cada una. Del nagual, ni sus luces; no había otra puerta por la que pudiese haber salido. Martín, en un murmullo preguntó a Tarsicio:

– ¿Dónde está don Febronio?

– No sé, patrón. Acuéstese en esa cama. – dijo, señalando la del extremo derecho – Usté' allá *dotorcita*... ¡Hasta mañana!

Salió a la veranda, dejándolos para que se acomodasen con libertad. Al recostarse, Martín observó con toda discreción a la compañera, y cuando tuvo la seguridad de que todo estaba en orden con ella, se levantó para apagar la vela, oprimiendo la flama entre los dedos índice y pulgar. Paulina estaba percibiendo todos los movimientos cautelosos de él y sonrió pensando: «Es un hombre fuera de serie. Qué afortunada soy de que haya sido él quien se quedase y no el antipático de Potter o el insulso de Fernando... Que duermas bien, Martín... lástima que tengas tantos complejos».

Martín no se durmió de inmediato. Adoptó su postura preferida para el inicio

del sueño: Manos entrecruzadas tras la nuca y las piernas estiradas, el pie derecho sobre el izquierdo. Tenía por costumbre aprovechar los primeros minutos en cama para pensar, para meditar, para repasar los sucesos del día; y a ellos voló su mente: El accidente, la crisis sufrida por Paulina; el impacto emocional que le produjo el rostro de Miranda y su extraño saludo: «¿Hijo del Sol?».

De afuera se empezó a filtrar el sonido acompasado y grave de un ronquido, que inmediatamente identificó procedente del maestro Galicia. Luego, el rítmico golpeteo de gruesas gotas de agua, avisando que la lluvia había llegado. «Ojalá no se mojen», deseó con algo de remordimiento. Después, quizá motivado por el recuerdo del accidente de Paulina, en el que tuvo que actuar como el médico que pudo haber sido, sus pensamientos retrocedieron mucho más hacia atrás en el tiempo.

XVI – Las Ideas del Profe' Reyes

El duro asiento del microbús hacía rebotar la espalda aún entumida del estudiante, despierto hacia poco rato en el departamento que sus padres compraron en la unidad Tlatelolco del contaminado Distrito Federal. Había desayunado a toda prisa momentos antes de la rutinaria jornada matutina hacia la universidad: Viaje en *Metro* hasta la parada “Universidad”, para tomar el microbús “San Pedro Mártir – Parres”, cuya ruta asciende por los cerros del suroeste del valle, hasta encontrar los ultramodernos y cercados edificios del campus universitario: Grandes moles de concreto que contrastan con la deprimida fisonomía en los barrios pobres enclavados entre el viejo camino al Ajusco y los pródigos bosques residenciales de San Jerónimo.

Llegó a la entrada principal casi con veinte minutos de anticipación, alisándose al bajar la blanca filipina que lo etiquetaba como estudiante de medicina. Echó a andar rumbo al adoquinado andador de acceso al complejo educativo, cuando retumbó en sus oídos el estrépito de un claxon, de esos que tienen varias trompetas y entonan el primer acorde de alguna melodía:

– ¡Hey, Smart!: ¿Qué onda?

Gritó raudamente el joven conductor, conocido en la escuela como “El Roge”, sin detener la marcha de su vistoso auto deportivo. Por el contrario, aceleró petulante haciendo rechinar innecesariamente las llantas traseras, que dejaron una nubecilla blanca.

En la universidad abundaban los alumnos procedentes de familias ricas, que guardaban la inveterada costumbre de la ostentación ante el menor pretexto; más aún si tal ostentación podía exhibirse ante quien no tuviese posibilidades de competir. Esa era una de las causas que transformaron la vida estudiantil de Martín, en una tragicomedia de simulación por su parte, como contraposición a la discriminación,

unas veces velada, otras cruelmente franca, por parte de muchos condiscípulos y no pocos maestros.

Le llamaban “Marty”, o simplemente “Mart”; porque “Martín” les parecía un nombre demasiado *naco*, sobre todo si el portador no tenía el suficiente dinero para darle lustre. Alguno llegó incluso a decirle “Smart”, con la letra *a* arrastrada, como si se tuviese en la boca una papa caliente. Martín sabía que “smart” significa *astuto* en Inglés; y estaba casi seguro que le decían así como alusión a haberse logrado incrustar en un medio social que obviamente no le correspondía.

La realidad era que su padre, profesor de tiempo completo e investigador en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas, luchó duramente por abrirse paso en la vida; y cuando lo consiguió a un nivel medianamente aceptable, consideró su deber proporcionarle al hijo lo mejor: «Lo que nunca tuvo»; pensamiento digno de todo elogio, a no ser porque, como infinidad de padres hacen, confundía *lo mejor* con aspectos llanamente materiales y en su mayoría suntuarios. El profesor Reyes, concluyó que *lo mejor*, era esa universidad privada, e hizo trasplantar a Martín en un medio social de alto costo, mediante importantes sacrificios en la economía familiar; mismos que nunca fueron suficientes para que el muchacho pudiese enfrentar airoosamente a sus compañeros y a los múltiples compromisos escolares y sociales, que a cada rato se le presentaban:

Su mejor defensa era el promedio de calificaciones, uno de los más altos de la carrera de medicina. Ello hacía que varios compañeros lo buscaran para estudiar y realizar los trabajos escolares, preparar exámenes, en fin.

Mas ahora, caminaba meditabundo hacia el edificio de aulas. Traía en los bolsillos el cheque de la colegiatura, pero no podía dejar de pensar en el oficio que una semana antes, la administración del plantel envió por correo a todos los padres de familia, informándoles con comedimiento:

«Como usted habrá observado, el costo de la vida se ha incrementado notablemente: La inflación, la paridad de nuestra moneda, la tendencia al alza del mercado de dinero; son factores que han repercutido fuertemente en los costos de nuestro Centro Educativo.

Por tales razones, y en atención a nuestra política de continuar ofreciendo a nuestros alumnos, servicios escolares del más alto nivel, nos vemos en la necesidad de realizar ajustes en las cuotas escolares a partir del próximo semestre lectivo, según los indicadores de la tabla anexa.»

– ¿Otro aumento? ¡No es posible! – fue la exclamación del angustiado padre de Martín. Ya no podía seguir sosteniendo el vertiginoso ascenso de una economía nacional desquiciada y en permanente crisis. Todo subía, pero el valor adquisitivo del dinero cada vez se deterioraba más.

Martín averiguó la existencia de un cierto número de becas que el estado exige a las escuelas particulares, como apoyo a los alumnos de alto promedio y condición socioeconómica justificada. Realizó los trámites necesarios, alentado por sendas

cartas de recomendación de dos connotados maestros de la carrera que le tenían particular estimación. Los papeles fueron recibidos y ahora sólo quedaba esperar la resolución.

A la sazón, en un alto y lujoso edificio de oficinas ubicado en el Paseo de la Reforma, el arquitecto Jorge Saavedra Díaz de León, director ejecutivo de un importante consorcio que agrupaba fuertes empresas constructoras, recibía en su amplio privado con grandes ventanales panorámicos, la visita del ingeniero Leopoldo Brito, director de “Desarrollo Inmobiliario de México”.

– ¿Qué tal, mi querido Polo? ¡Qué gusto de verte por aquí!

– Tuve que venir al banco, mi hermano... ¡No sabes!, cada día están peor esos cuates... pero ¡en fin!, quise pasar a saludarte y ver si no se ofrece nada.

Saavedra oprimió el botón de un intercomunicador inalámbrico, al tiempo que ofrecía:

– ¿Qué te ofrezco?: un café, un jugo... Algo más fuertecito.

– ¡No, hombre, es muy temprano!; sólo jugo de tomate.

– ¡Qué tomate ni que tu abuela!

– Una encantadora secretaria hizo su entrada, robando una mirada furtiva de Brito hacia el borde inferior de la breve minifalda.

– Gina: Mándenos unos “Bloody Mary”, ¿quiere?

– ¡Claro, arquitecto! Enseguida... ¡Perdón, ingeniero Brito!, no lo saludé: ¿Cómo está usted?

– Bien Gina, ¡gracias!... A usted ni le pregunto, porque lo que se ve no se juzga.

– respondió galante el aludido.

– ¡Qué amable, ingeniero!... Con permiso de ustedes. ¿Alguna otra cosa, arquitecto? – apuntó sugerente la guapa secretaria.

– No, Gina. Es todo por ahora.

Con una arrobadora sonrisa, la mujer dio media vuelta para salir, atrapando la mirada de los dos hombres en su trasero invitante.

– ¡Carajo, mi hermano! ¡Tú sí que sabes escoger a tu personal! ¡Qué ejemplar de hembra! – comentó entusiasmado Brito, ante la expresión displicente de Saavedra, quien repuso triunfal:

– ¡Hombre! Si vamos a manejar la industria de la construcción, todo tiene que estar perfectamente bien construido ¿No te parece?

– ¡Ni hablar!, me dejas impresionado.

– Por cierto, – continuó el arquitecto – ya está aprobado tu proyecto. Puedes arrancar la semana que entra, sólo que los seis millones de la primera remesa te los van a dar en tres partes, según como vea el ingeniero del banco que avanza la obra.

Las bebidas llegaron, traídas ahora por un mozo en riguroso traje de mesero y facciones orientales finamente acicaladas. Brito pensó resignado en su sufrida gastritis crónica, pero ni modo de desairar el vasto poder de Saavedra. Levantó con

fingida animación su vaso, diciendo:

– ¡Salud por ello!... No sabes cuánto te agradezco el apoyo que nos diste... Y no te preocupes, yo me pongo de acuerdo con los tarados del banco, que después de la privatización están: ¡Uff!

– Hombre, mi Polo; ni lo digas. Ya será mañana por mí. ¿Qué tal si comemos el viernes en el club de golf? – preguntó afable Saavedra.

– Pues créeme que me gustaría mucho, pero tengo un compromiso en la Universidad. – Leopoldo Brito hizo un mohín de contrariedad para enfatizar su disculpa –... ehh... Sabes que me acaban de designar representante de los padres de familia ante el consejo consultivo, y citaron ese día a junta, para resolver sobre unas becas.

El potentado arquitecto hizo un gesto de incredulidad, sin perder la eterna y estudiada sonrisa de autosuficiencia.

– ¿Becas... en esa escuela? ¿A poco dan becas?... Yo tengo a mi hijo estudiando medicina allá.

– No son becas de dinero propiamente, sino que a dos o tres estudiantes les dejan de cobrar parte de las colegiaturas para ayudarlos, y para que se adorne “papá gobierno”.

– ¡Oye!, pues consíguele una de esas becas a Rogelio, tú que estás metido ahí. El cabrón muchacho me trae jodido con tanta sacadera de centavos.

Brito detectó de inmediato la oportunidad para quedar bien con su protector y principal apoyo en los negocios. Sin pensarlo un segundo más, repuso:

– Si quieres, dalo por hecho. Que Roge´ haga su solicitud hoy mismo y yo me hago cargo de lo demás... ¡Pero no me digas que sufres por las colegiaturas!; eso déjalo para nosotros los pobres.

– No, hombre; no es por el dinero. Más bien es la monserguita de cada mes, cada ocho días: Que si esto, que si lo otro... ¡Tú has de tener la misma bronca!, que también metiste a tus chamacos ahí. Además, ¡qué chingados! ¡Un peso es un peso!... De que se los ahorre otro, a que me los ahorre yo... Así, la próxima vez yo pago los tragos ¿no?

Al llegar el mediodía, la muchachada solía concentrarse en la cafetería de la universidad para charlar, comer, o simplemente pasarla bien. Martín prefería evitar el sitio, optando por sacar un buen texto de la biblioteca e irse a leer bajo la sombra de un enorme álamo plantado en los prados cercanos al gimnasio. Apenas empezó su lectura cuando escuchó la cálida voz de Jéssica Guardiola del Río, estudiante de derecho internacional. Jéssica era una muchacha agradable, pese a la enorme fortuna de sus padres.

– Te invito a comer, Marty.

– No gracias, Jessy; no tengo hambre. – contestó Martín, más que otra cosa, por evitarse la pena de soportar la mirada admonitoria del mesero cuando trajese la cuenta y la chica pagase con su tarjeta Master Card Internacional.

– ¡Vamos, hombre!; ya sé que no te gusta la *cafeta* de aquí, pero podemos ir a cualquier otra parte; tú dices.

– No es eso, Jéssica. La verdad es que no estoy de humor para esas ondas... No te ofendas, pero la cosa me está pintando gruesa. Ya no sé siquiera si vaya a seguir estudiando o que diablos va a pasar conmigo.

La joven se sentó a su lado, sacando del bolso un paquete de caramelos aromatizantes del aliento. Martín tomó uno maquinalmente, despojándolo de su envoltura de celofán con una sola mano.

– ¿Es algo que me puedas contar? – preguntó ella – Tal vez yo pueda ayudar.

– Te lo agradezco de verdad *Jess*, pero si las cosas me van mal, nadie podrá hacer nada... Lo que pasa es que, en casa no creo que podamos aguantar la nueva alza de cuotas; ¡Se fueron al cielo!, y a mi jefe de dio el *ataque chichimeca* cuando leyó el comunicado... ¡Pobre papá!; si vieras cuanto me dolió verlo tan abatido... Creo que los viejos no merecen que truene; pero tampoco es justo seguirlos esquilmando nada más por aferrarse a esta escuelita.

– ¡Pero tienes que hacer algo!: Que te ayude algún familiar, un tío; alguien. ¡Faltándote tan poco para terminar!

– ¿Cuál poco?, si apenas voy a pasar a séptimo semestre... Son más de dos años con todo y el Internado. – Martín agitaba las manos con aflicción – ¿Y quién diablos puede ayudar?. Los tíos quisieran hacerla para ellos mismos. ¡Ya parece!

– Si tú quieres, yo podría decirle a *papi* que te *aliviane*: Le explico como está el rollo y que tú le pagas todo cuando salgas y trabajes. ¡Papi es a todas!... ¡Serio!

Una expresión de ironía y desaliento se plantó en el muchacho. Nunca aprendió a pedir favores; y al viejo ni mencionárselo, capaz que le da el infarto; porque en la familia de Martín, podían ser pobres, pero el señor siempre les había inculcado un fuerte sentido del orgullo y la dignidad.

– Como crees – fue su lacónica y abatida respuesta. La joven y linda Jéssica le posó la mano en el hombro tratando de infundirle ánimo:

– ¿Por qué no, Marty? ¡*Papi* es a todo dar!... A mí nunca me ha negado nada... y, además, le vas a pagar ¿no?... ¡Déjame que se lo diga y vas a ver que todo sale bien!

– ¡Caray, Jessy!; tú eres la que es *padrísima*, pero espérate a que me resuelva el Consejo la solicitud de beca que le hice y luego hablamos, ¿okey?

– ¿Solicitaste beca al Consejo? ¡Olvídalo, quieres?... Esas becas son para los hijos de los consejeros o sus recomendados... Y además, son una o dos becas por carrera, así es que ni lo pienses; está *gruesísimo* que te la den.

– ¡Me das unas animadotas, Jess!... ¡Sale pues, yo invito los cafés! – finalizó Martín la discusión, levantándose de un salto y dando la mano a la joven para ayudarle a incorporarse.

La gran sala de la solariega casona del Pedregal olía a maderas finas y ceras

pulidoras de barniz. Don Armando Guardiola, cincuentón entrecano, delgado y varonil, ocupó su sitio preferido en el sillón de la sala Chippendale, tapizada en brocado oro y carmesí. Vestía bata corta en seda color púrpura, con aplicaciones de paño negro en puños y cuello, pantalón de casimir australiano y pantuflas de piel. «Todo un señor» pensó su mujer Alicia del Río, también procedente de una sólida y acaudalada familia de la antigua colonia Roma.

Acarició la acostumbrada copa de cristal importado, llena hasta un tercio de coñac “Cordon Bleu”, mientras su esposa hojeaba, desinteresada, varias revistas de modas.

Amortiguando sus pasos en la mullida alfombra, apareció Jéssica, acompañada de otra joven más o menos de la misma edad. Sin ser sentida, llegó por detrás hasta su padre, rodeándolo intempestivamente con los brazos:

– ¿Quién es el mejor *papi* del mundo? A ver: ¿Quién, quién?

– ¡Niña, me vas a tirar el coñac! – respondió halagado don Armando, pero imprimiendo a su voz un tono de suave reprimenda.

– ¿Ya vieron a quién traje? – los señores Guardiola voltearon gratamente sorprendidos. Doña Alicia exclamó:

– ¡Paulinita, qué gusto!

– ¡Hola tía!... tío... – La muchacha se acercó a la mujer, para plantarle un beso; de esos *pseudobesos* sociales que no pasan de una aproximación de mejillas y un leve chasquido, torciendo los labios en el aire, para no arruinarse mutuamente el maquillaje. Después fue hacia el viejo Guardiola, que mohíno le advirtió:

– A mí, si me vas a dar un beso, ¡que sea fuerte y tronado!, no como acostumbran ustedes.

– ¡Caray tío!; tú sí que no cambias ¡pero para nada!... ¿Cómo está el más guapo de los galanazos del Pedregal? – respondió Paulina, dándole un sonoro beso.

– Pues aquí, chocheando con tu tía... ¿Y el viejo cascarrabias de tu padre? ¿Todavía te tiene en esa escuelita de revoltosos?

– ¿Qué pasó tío? La *Guam* es la mejor universidad del mundo... y mi papá no me tiene ahí... ¡Yo la escogí por mí misma!... Les manda saludos y que a ver cuándo van.

– Dile a tu padre que iré cuando aprenda a jugar ¡bien! al dominó... – luego se dirigió a Jéssica – ¿Y tú, hija? ¿Qué milagro que te acuerdas que tienes casa?

La joven millonaria se sentó en la alfombra, a los pies de don Armando, recargándose en su rodilla; Paulina en el sofá, al lado de doña Alicia.

– ¡Ay, *papi*! Siempre me dices lo mismo; venimos de la *Uni'*; nomás que fuimos al café saliendo... ¡Ya sabes!

Pronto se dio cuenta del buen humor de su padre, calculando que era el momento propicio para plantearle el asunto de Martín. Inició melosa:

– Oye, *papi*; tú siempre has sido muy lindo...

Armando Guardiola, viejo zorro de los negocios, supo al instante que su única heredera tramaba algo.

– ¿Qué te traes entre manos, Jéssica?

– Es que... Hay un muchacho en la carrera de medicina, ¿sabes?... Parece que no va a poder seguir estudiando por *exceso* de dinero... – acompañó la última frase mostrando el clásico ademán de rodear el canto imaginario de una moneda con los dedos índice y pulgar – y pensé que... ¡Bueno!, chance y tú podrías darle una manita.

– ¡Estás loca, muchacha! ¿Acaso piensas que soy beneficencia? ¿Tienes idea de cuánto está costando la dichosa universidad? ¡Y todavía pretendes que yo...!

– ¡Ay, papi!; deja que primero te diga como está el rollo... Es buena onda el chavo y el mejor de su clase... Sólo le faltan tres o cuatro semestres.

– ¿Es tu novio o qué? – disparó de improviso el papá, mientras Paulina y la señora presenciaban intrigadas el curioso diálogo.

– Cómo crees, papi ¡Cómo eres!; es un *amiguísimo*, pero nada más, ¡serio!... Pero no tiene dinero.

– ¿Y cómo es que está en esa escuela?

– Porque al principio las cuotas estaban leves... pero ahora están en *fa*... Échale la mano, papi. ¡Tú puedes si quisieras! ¿Sí... sí... sí?

El magnate trató de escabullirse con su esposa:

– ¿Tú cómo la ves, mujer?

La señora, que de largo conocía a su marido y el gran amor que le profesaba a Jéssica, contestó lo que todos esperaban:

– Qué quieres que te diga, Armando... Yo le tengo toda la confianza a Jéssica; y sé que no hay nada de malo si ella así lo cree... pero tú sabes. Eres el que manda.

– Está bien. – aceptó – Si quieres ayudar a ese joven, no me opongo... ¡Pero ayúdalo tú!. Te autorizo a que le prestes lo de la colegiatura de tus ahorros; y si el muchacho responde, yo te lo repongo en tu tarjeta.

– ¡Gracias, papito lindo! ¡Sabía que no me ibas a fallar! – explotó la joven, echándosele al cuello a beso y beso.

– ¡Ya, ya, ya! – se defendió Guardiola fingiéndose exasperado, para luego replicar sentencioso:

– Pero hay una condición, niña: Quiero que ese joven venga a la casa para conocerlo... y que lo conozca tu madre; a mí no me gusta hacer tratos con extraños... Si a tu madre no le gusta el muchacho, se acabó el asunto sin discusiones, ¿estamos de acuerdo?

Jéssica no contestó, poniéndose de pie con el vértigo de la juventud en la sangre. Corrió hacia su prima y la tomó de la mano para levantarla diciendo:

– ¡Vente, Pao'!, dejemos al par de viejitos rumiando de cuando don Plutarco quería meter a la cárcel al abuelo.

– ¡Muchacha! – rezongó la madre.

– ¡Hasta luego tíos! ¡Un beso! – se despidió Paulina, y ambas corrieron saltarinas rumbo a las señoriales escaleras de la mansión, ante la sonrisa segura y amorosa de Armando Guardiola.

Ya en la alcoba de la chica, y después de poner a funcionar el modular estereofónico a gran volumen, Paulina preguntó a su prima:

– Oye, Jess; no me habías comentado nada; ¿Andas de filántropa, o qué *hongo*?... ¿Estás ligándote al chavo?

– ¡No, mujer, cómo crees!; es una onda tranquila... El chavo es bien efectivo, pero de eso a llegarle, ¡*nanay*!... ¡Ni siquiera tiene nave!... ya parece que voy a salir en metro para ir a *Chupatelpié*. ¡Olvídate!

– Entonces – insistió Paulina curiosa – ¿Quién es, cómo es? ¡Di algo, por Dios, mujer!

– Estudia medicina; es alto, bien dado, moreno pero *morenazo de fuego*, ¡tú sabes!, todo un *mexican curios*... Nada despreciable para un breve encuentro, pero hasta ahí.

– Entonces preséntalo, primita; a lo mejor y hacemos un cuatro sensacional... ¿Cómo se llama?

El teléfono timbró insistente en ese momento. Jéssica levantó el auricular haciendo una seña con los dedos de «espérame tantito mientras contesto»; y la pregunta quedó en el aire para olvidarse después. Paulina del Río no supo de quién se trataba; y por supuesto, nunca imaginó que casi conoció a Martín Reyes Tecpa, quien tanta y tan gran influencia llegaría a tener en su vida.

Días después, en el sencillo departamento de Tlatelolco, la familia Reyes recibió un telegrama anunciando que el H. Consejo Técnico de la Universidad, lamentaba profundamente denegar la solicitud de beca del alumno Reyes Tecpa Martín, por extemporánea. Dos estudiantes de medicina fueron becados: uno de ellos, Rogelio Saavedra, alias *El Roge*, gracias a los buenos oficios del ingeniero Leopoldo Brito, consejero representante de los padres de familia; la otra, quién sabe a quién fue dada. Martín, sin consultar con el profesor Reyes, decidió abandonar sus estudios de medicina y dejó de ir a clase. Jéssica nunca pudo darle las buenas nuevas, ya que por un correcto sentido de la discreción, en las oficinas administrativas le negaron el domicilio del interesado; y absolutamente nadie de sus compañeros lo sabía.

La camioneta de policía enviada en la noche por el resto de expedicionarios, regresó para informar que el lugar de los hechos estaba abandonado. También trajeron la carpeta de cartón clavada al árbol con el mensaje de Galicia. El comandante de policía Heriberto Ocampo, estimó que ha esas horas era demasiado difícil y peligroso emprender cualquier búsqueda; Potter coincidió en que la decisión de Galicia de retirarse del lugar, significaba que estarían más o menos bien, por lo que se decidió que el rescate se haría al amanecer.

En las primeras horas de la mañana, un grupo de peones pertenecientes a la Dirección de Obras Públicas del Estado, enviada para restañar baches de las calles de Ocuiltila, fue movilizadado al puente roto, guiados por Fernando Ortega y Potter. Una grúa de diez toneladas venía en camino desde la ciudad de Taxco, para remolcar el vehículo semisumergido en las aguas del arroyo.

El más desairado papel lo obtuvo el vigilante de la guardia nocturna, al informar de la visita de Salvador Argumedo, recibiendo una severa reprimenda de su jefe:

– ¡A cómo serás animal, Rosendo! ¿Por qué ‘jijos’ de la chingada no me avisaste?

– ‘Pos’ es que yo creí...

– ¡Yo creí, yo creí! ¡A ver si para otra vez no andas creyendo, cabrón pendejo!. ‘Ora te vas a chingar parado en el entronque por si regresa el señor... ¡Y mucho cuidado que te vuelvas a ‘tarugar’ y se te pase de largo!

Esa providencia fue del todo acertada, ya que Argumedo, después de pasarse la noche y las primeras horas del día investigando el paradero del grupo, decidió regresar a Ocuiltila al no encontrar la menor señal de ellos en los pueblos cercanos, siendo interceptado por el policía Rosendo Almaraz, quien hacía frenéticas señas hacia la brecha. Argumedo logró reconocerlo y detuvo el Safari a cuarenta metros del desvelado guardián, accionando la reversa para retroceder. Rosendo corrió para encontrarlo, preocupado de que se le escapara nuevamente.

– Buenos días, oficial ¿Qué anda haciendo por aquí a estas horas?

– Esperándolo a usted’, mi amigo – dijo el policía – ya ‘parecieron las gentes que anda buscando; parece que hubo un accidente más delante por ese camino. Yo estoy aquí comisionado pa’ que lo lleve a usted’ al sitio de los hechos.

– ¿Un accidente? ¿Cómo, dónde? ¿Qué les pasó? – preguntó atropelladamente Argumedo.

– Algo supe, *quesque* se habían volteado, pero que no les pasó nada. Si quiere, vamos pa’llá ‘orita.

– ¡Súbase! ¿Es por ahí? – Rosendo Almaraz abordó el auto y señaló la ruta a seguir:

– ¡Jálele por esa brecha!

Galicia recibió en el rostro los primeros rayos del sol, que lo hicieron despertar. Reflexionó breves momentos extrañado por la sensación de bienestar que experimentaba su cuerpo, pese a la incomodidad de dormir en hamaca sin estar acostumbrado.

Se frotó la cara con ambas manos y buscó con la mirada el entorno de la curiosa cabaña, descubriendo a Zavala aún dormido y a Martín caminando desde una pequeña hondonada como a ochenta metros; venía mojado y con el torso desnudo, secándose vigorosamente con su camisa. Galicia se levantó, estirando los músculos.

– Buenos días, maestro; – saludó Martín al llegar – allá abajo hay un arroyuelo, por si desea asearse un poco; el agua está muy fresca; casi me dieron ganas de nadar pero es muy baja la corriente. ¿Cómo amaneció?

– Yo muy bien, Martín... ¿Y Paulina?

– Parece que ya está bastante recuperada; Tarsicio salió hace una media hora en la mula... Fue a ver la camioneta y a buscar a Potter o alguien de Ocuiltita.

Paulina apareció por la puerta del jacal, esbozando una amplia sonrisa que tranquilizó al doctor.

– ¡Buenos días a todos! – exclamó.

– ¿Qué tal, muchacha? – contestó Galicia – ¡Buen susto nos diste ayer!... ¿Cómo te sientes?

– ¡Magníficamente, doctor!; todas las molestias desaparecieron como por encanto. Lo que tengo ahora es un hambre feroz... ¿No hay noticias de Ortega y Brent?

Zavala despertó gracias a la conversación.

– No, todavía no. – contestó Martín y luego se dirigió al chofer:

– ¡Vaya, por fin revivió el herido! ¿Qué tal pasó la noche, Jaime?

– No sé – dijo éste –...apenas me recosté en la hamaca y ya no supe de mí hasta ahorita. ¡Ni me acordé del tobillo!

El grupo rió reconfortado. La mañana era hermosa y fresca, adornada con el trino cercano de pajarillos silvestres. Extrañamente todos se notaban bastante recuperados y con excelente estado de ánimo, a no ser por la sombra de inquietud en la expresión de Martín, quien fue el primero en despertar sobresaltado por la frase clavada en su cerebro, que todavía no podía descifrar: «Bienvenido, Hijo del Sol». Su mente, condicionada a los razonamientos lógicos y racionales, abortaba todo intento de explicación que se formulaba y eso lo tenía taciturno e inquieto, aunque nadie lo notó, por ser ese comportamiento bastante habitual en él.

Un grato aroma de maíz tierno empezó a dominar el ambiente, estimulando los sentidos de todos:

– Hmmm... ¡Huele a elotes! – comentó Paulina, buscando con la nariz el origen del invitante efluvio. Entonces apareció el nagual de Noria del Fraile; venía de atrás del jacal; caminaba lento y encorvado, sostenido por un bastón de otate. Todos guardaron silencio impresionados, hasta que el viejo llegó al centro del rústico patio, dominando por completo la escena.

– Buen día tengan sus mercedes: Señor *dotor*; niña bonita; joven señor Martíntzin. – todos pudieron sentir un claro dejo reverencial en esa última frase – Tengan por bien su *probe* casa y perdonarán los malos modos del indio.

La voz ajada y el ofrecimiento sumiso de Febronio Miranda, no fueron suficien-

tes para opacar el tono de gran autoridad y dignidad en sus palabras. Proyectaba un fuerte carisma, haciéndoles comprender que no estaban ante un simple mortal ermitaño; su rostro dimanaba una indefinible fuerza o aura de respetabilidad que subyugaba, como cuando cualquier ciudadano enfrenta a un alto prelado o algún mandatario. Martín sintió una cierta transfiguración en su interior cuando su mirada chocó con la del viejo, penetrando hasta el infinito de sus pupilas agrisadas por el tiempo pero firmes en su expresividad. No supo si era el indicado para responder, pero respondió en un tono grave que dejó boquiabierto a Paulina:

– Somos bienvenidos, abuelo y padre mío. Te doy la mano en señal de aprecio por lo que has hecho. – Martín extendió la mano, posándola solemnemente en el hombro del anciano, cuya mirada firme, por un brevísimo instante se quebrantó en un leve temblor del iris, estableciéndose entre ambos una corriente de entendimientos y mensajes recibidos. Martín prosiguió después de un corto pero tenso silencio:

– Ellos me acompañan. Te doy las gracias en su nombre; requieren de tus servicios y yo del consejo de tus palabras.

El viejo miró alternativamente a cada uno de los espectadores sin el menor asomo de arrogancia, y dijo pausadamente:

– Sé quién eres, *siñor*; y sé quiénes son ellos: *Siñor dotor*, hijo de las grandes aguas de oriente; niña bonita, hija de las sangres juntadas, penitente de la *mesma* sangre; *siñor* chofer, hijo de los hermanos de las naciones de Mictlampa... Sé a qué vinieron... que no es lo de su creencia. Muchos soles esperó el indio macegual, pero todos los soles pasan hasta que el tiempo se acaba.

Los sonidos ambientales dejaron de ser escuchados. No es que desaparecieran, simplemente dejaron de ser escuchados cuando toda la atención estaba centrada en las crípticas palabras que se estaban pronunciando. Galicia estaba extraordinariamente sorprendido por la actitud de Martín, que tuteaba al anciano y parecía conocerle de tiempo atrás. Su vasto conocimiento de las costumbres y las formas culturales de las tribus prehispánicas, le proporcionaban señales concisas para acercarse al significado; su *yo* investigador se congratulaba de la situación, que mejoraba con mucho lo esperado; presentía algo fuera de lo común en la aventura de Noria del Fraile, y por ningún motivo iba a dejar escapar la oportunidad.

– Don Febronio: Aparte de nuestro mayor agradecimiento, quiero que sepa el interés que tenemos por conversar con usted... Nosotros venimos desde México para conocer la historia de los pueblos, pero tuvimos un accidente del que ya le habrá contado Tarsicio, que no ha de tardar en...

– *Vinites* buscando caminos, *siñor dotor* – le interrumpió el nagual – ,y caminos has de encontrar... ¡*Quieres* hablar!... y tendrás palabras. Esperas ayuda y la gente llegará antes de que el sol suba hasta Omeyocan. El indio sabe; y tú habrás de saber lo que esperas... Pero has de saber sólo lo que aprendas a saber... porque saber no es conocer... ¡Saber es entender!... Pero vengan sus mercedes, que han de tener

harta hambre.

El nágual empezó a desandar el camino hacia atrás del jacal, seguido con curiosidad por sus huéspedes. Martín ayudó a Zavala a incorporarse y estabilizar la muleta improvisada, mientras Galicia no dejaba de observarle con el rabillo del ojo, a la vez que Paulina se dejaba embargar por una creciente admiración al modo como Martín trató al anciano.

En la parte trasera, un gran perol hervía bajo el fuego de leña encendida entre tres grandes piedras redondas de río. El aroma partía de tiernos elotes cocidos en agua con sal y ramas de epazote. También había una olla con café, un canasto de tortillas y un molcajete con salsa de chiles verdes. El viejo se dirigió a todos y a nadie en particular, diciendo:

– Han de dispensar la pobreza del indio, pero el maíz es el mejor alimento que da la tierra. – Paulina se adelantó acomodada:

– ¡Caray, señor Miranda!; no se mortifique usted por nosotros; bastante hace con recibirnos en su casa... ¡Déjeme ayudarle!

Uniendo la acción a la palabra, procedió a servir café en unos jarritos. La actuación de Paulina sirvió para deshacer un poco el embarazo del momento y pronto todos se acercaron en actitud de aceptar el desayuno. Martín recibió su café y se sentó en cuclillas dejando el jarrito en el suelo para comer su elote ayudándose de ambas manos; Zavala se acomodó en un grueso tronco mientras Paulina y Galicia permanecieron de pie junto a la mesita. El nágual se alejó imperceptible. Daba la impresión de que podía aparecer o desaparecer a voluntad. Galicia de pronto miró fijamente a la socióloga, quien percibió la fuerza de la mirada del maestro, levantando la vista interrogante. El antropólogo preguntó:

– ¿Cuál es su nombre completo, Paulina?

Paulina, sorprendida por lo inesperado de la pregunta, respondió:

– Paulina María del Río Arteaga... ¿Por qué, maestro?

– ¿Y de dónde provienen sus padres? ¡Claro!, si no le molesta decírmelo.

– ¡No, por qué?... Mis padres son del Distrito Federal. La familia de mamá proviene de Valle de Bravo; pero los abuelos paternos eran vascos. ¡O sea, que soy cien por ciento mexicana!, por si va usted por ahí... ¿Le comentó algo Martín?

– ¡No, no! – contestó evasivo Galicia; y utilizando un sobreactuado tono de informalidad, requirió a Jaime Zavala:

– ¿Y usted de dónde es, Jaime?

Zavala apuró el gran bocado de elote con chile que devoraba, antes de poder contestar:

– De Sombrerete, doctor.

– ¡Ah!... gracias.

Galicia pensó para sus adentros: «Sombrerete, Zacatecas; vecino cercano a Michoacán, tierra de los indios Purépechas, el otro gran imperio indígena al norte de

la zona dominada por los Mexicanos... el rumbo que llamaban Mictlampa... Y Paulina: "Hija de las sangres juntadas"; resulta que tiene abuelos vascos. De plano, Don Febronio la llamó mestiza... pero la mayoría de los mexicanos son mestizos en mayor o menor grado; ¿entonces?, ¿por qué la significación particular para ella?... ¡Vamos!: ¿Cómo se enteró del santo y seña de cada uno?... Tarsicio le habrá dicho acaso que yo era de origen español... ¡Mocoso igualado!... pero eso no da pie para estar seguro de si lo soy o no... ni mucho menos para saber lo que andamos haciendo o buscando... ¿Y por qué le dice *Martintzin* a Martín? ¿Por qué lo distingue como "noble señor Martín"?... ¿De dónde saca la nobleza?, siendo un muchacho sencillo, de extracción social media... porque que yo sepa, jamás se ha atribuido raíces o herencias de aristocracia... Definitivamente no comprendo qué o quién es éste nágual».

Tarsicio Sánchez y Salvador Argumedo llegaron, cada cual por su lado, algo así como veinte minutos antes que la grúa procedente de Taxco. Encontraron a Brenton Potter, Fernando Ortega y el auxilio venido de Ocuilila.

Argumedo, acompañado del policía Rosendo Almaraz, se reportó con el comandante, quien lo miraba entre curioso y suspicaz.

– ¡Jefe! – presentó el guardián – Este señor es el de anoche. ¡Misión cumplida!

– Buenos días, ¿señor?... – saludó Ocampo dudoso.

– Argumedo, Salvador Argumedo; enviado del Instituto Mexicano de Investigaciones Antropológicas, para reunirme con la expedición a cargo del doctor Jesús José Galicia. ¿Tiene usted noticias, comandante?

El comandante se atusó el bigote estudiando las credenciales verbales que presentó Argumedo, para luego interrogar:

– ¿Desde México viene pa' buscar a los fuereños?... ¿Andan chuecos o algo así?

– ¡No señor, de ninguna manera!; sólo soy un enlace técnico de apoyo a la expedición; pero según veo, fueron víctimas de un percance serio, ¿no es así? – dijo esto último señalando el vehículo dentro del agua. El comandante repuso:

– No fue tan serio, *asegún* dice el gringo que está con aquél muchacho de la mula. Parece que nomás se cayeron al agua; *quesque* se venció el puente al tratar de cruzarlo. Sólo el chofer se torció una pata; y la doctora que venía con ellos se les puso muy enferma de la barriga... ¡Algo le habrá caído mal!

Mientras el jefe de la policía local daba su versión de los hechos, Potter y Ortega, que habían ido a encontrarse con Tarsicio, se enteraban de lo sucedido en su ausencia:

– ... y allá se quedaron a dormir, mister. Yo vine a echarle un ojo a la camioneta; y ver si `parecía alguno de ustedes, pa' darles la novedá'.

El muchacho amarró la brida del animal a un arbusto, dejándolo pacer en el corto perímetro que le permitía la longitud de la cuerda. En eso, oyeron un fuerte grito venido desde el arroyo, por parte del comandante:

– ¡Hey, señor Potter... Vénganse pa' cá, pues!

El gringo volteó al escuchar su nombre; Fernando Ortega empezaba a sentirse bas-

tante irritado al no ser tomado en cuenta casi para nada. Tarsicio se reunió de nuevo con ellos y todos iniciaron la marcha para acercarse al grueso del grupo de rescate. Se dirigieron directamente con el comandante, quien hizo las presentaciones:

– Señores: Aquí el amigo Argumedo, dice que anda buscándolos desde México pa' ver al jefe de ustedes.

El aludido se adelantó un paso, extendiendo la mano para saludar:

– ¡Qué tal!... ¿Son ustedes de la expedición del maestro Jesús José Galicia?

– Yo venir con doctor Galicia, but I am from the UNESCO.

– Mi nombre es Fernando Ortega, biólogo del equipo; él es Brenton Potter, agredado de la ONU para la expedición... ¿Y usted?

– Soy el Coordinador de Proyectos del Instituto: Salvador Argumedo, para servirles... Vengo de parte del profesor Horacio de la Vega y de la administración, para lo de los apoyos que solicitó el doctor Galicia. Debo verlo cuanto antes; ¿ya saben dónde está? – Tarsicio metió su cuchara:

– ¡Yo sé pué' `on'tán, paisano!... perdón, señor *Argudo'*.

El comandante de policía se fijó en el morenillo terroso dedicándole una feroz mirada, de esas que sólo se usan para los seres que uno juzga inferiores y que irritan nuestra augusta altura. Además, le complacía mostrar su poder en cuanto se presentaba la ocasión, para así seguir sintiéndose firme en esa augusta altura. Barbotó con el más destemplado tono:

– ¡Argumedo, `chacho pendejo!... ¿Y tú, quién chingados eres?

Ortega salió al rescate:

– Es un muchacho del pueblo de Chichila, que contrató el doctor Galicia como ayudante y como guía. – el comandante sonrió con infinito sarcasmo, contraponiendo:

– ¿Cómo guía? ¡`Uta madre, con razón se fueron al agua!

– ¡Qué pasó, paisano! – protestó Tarsicio, dolido porque uno de su propia gente lo tratase más mal; y como el epíteto de *paisano*, usado por la gente guerrerense, evoca arcanos compromisos morales de obligación y solidaridad entre coterráneos que debe ser respetada como la más sagrada ley, el comandante aflojó la presión, con una levísima mueca de acuerdo y disculpa que Tarsicio aceptó. Salvador Argumedo se encargó de proseguir la conversación:

– Pero entonces, ¿se sabe en dónde andan? ¿Están bien?... ¿Podemos ir ahorita mismo?

Tarsicio se sintió satisfecho que su personal importancia fue debidamente reivindicada; sin embargo, consideró prudente abstenerse de hablar abiertamente del nágual de Noria del Fraile, tan sólo por la presencia de la policía, no fuese a parecerle mal al propio nágual que al comandante le diera por meter las narices.

– Están muy bien... Más delante con unos paisanos que los socorrieron en su jacal. ¡Hasta le curaron su patita a Jaimito el chofer! – Argumedo preguntó:

– ¿Y la licenciada Del Río? – Tarsicio le contestó dirigiéndole una apremiante mirada que suplicaba discreción:

– Tá' bien, señor, ¡nomás fue el puritito susto! – Potter y Ortega comprendieron que el chiquillo no quería hablar demasiado.

– ¿Por qué no buscamos otra parte del arroyo por donde pueda cruzar el Safari del licenciado Argumedo y vamos cuanto antes a encontrarlos? – propuso Fernando Ortega, quien fue reforzado inmediatamente por Potter:

– ¡Good idea! – y se dirigió con gran entereza al comandante:

– Boss... ¿*Puede usted hacer cargo to rescue la pick up y llevarla a Ocuelittle town, o a Ishcuiteopan for revision and service?*

El comandante, que como buen guerrerense algo sabía de inglés turístico, captó la intención de la solicitud hecha por el americano; pero también captó su oportunidad, que como dicen los mexicanos: «La pintan calva». Replicó con expresión de falsa contrariedad:

– Mire, mister; yo puedo ver que levanten el mueble y que lo arrastren hasta'l pueblo, ¡pero de eso a que la compongan! ya es otro cantar... ¿O de veras *cren* que el *munecipio* va a cargar con los gastos?... ¡Al contrario, mis amigos!, yo tengo que dar parte de los hechos y de los daños al puente. Tá' bien que no pasó a mayores ni hubo lesionados, por lo que creo que no habrá delito que perseguir; pero la *infraición* y lo del puente hay que ver como va a quedar... Así es que mientras son peras o son manzanas, el vehículo va a estar en calidad de detenido hasta que se arregle el cuento. ¿Y todavía quieren que se los lleve a arreglar?

Mientras el policía hablaba, Argumedo entendió el rumbo que tomaban las cosas, por lo que con todo disimulo se llevó la mano al bolsillo trasero para sacar, escondido entre los dedos, un billete doblado. Cuando el jefe concluyó su perorata, estaba preparado para actuar como se acostumbra en este tipo de casos. Se dirigió a Fernando Ortega:

– Profesor Ortega: Adelántese con el señor Potter y el muchacho a ver si encuentran por dónde puede cruzar el carro, mientras yo hablo con mi comandante para ponernos de acuerdo, ¿quiere?

Ortega comprendió al instante y jaló del brazo a Potter quien se dejó llevar; luego atrajo a Tarsicio con una mirada significativa.

Argumedo, experimentado en estos menesteres, dio vuelta en sentido opuesto con pasos lentos y los ojos al suelo, ante la mirada escrutadora del comandante, dando principio al refinado juego de las medias palabras y la exquisita diplomacia a la mexicana.

Primer Acto: Obertura:

– Mire usted, mi jefe...

– Usté' dirá, mi amigo.

Segundo Acto: El interesado en arreglar su asunto, manifiesta su alta conciencia ciudadana y la gran solvencia moral que reconoce en la autoridad, pero expresa

preocupación por la situación desesperada y desventajosa, situándose estratégicamente en un plano inferior a la autoridad para estimular su ego y propiciar su magnanimidad en aceptar una vía alternativa de solución que a todos satisfaga. Dice Argumedo:

– No crea que nos vamos a desentender de la responsabilidad por lo del accidente, pero yo quisiera acudir a su comprensión... ¡Estamos muy lejos de México!; y pues, la verdad, tenemos que contar con la ayuda de las personas que, como usted, son leales y desinteresados servidores públicos que salvaguardan el orden... para ver si sería posible arreglar el asunto de alguna forma que... ¡Usted sabe!... facilitara las cosas para poder continuar trabajando.

Tercer Acto: El avezado comandante se acicala el bigotazo antes de ofrecer su parte del inveterado libreto. Se escuda en su gran sentido de responsabilidad como servidor público, y expresa la imposibilidad de pensar siquiera, en faltar a sus irrenunciabiles principios de honestidad y apego a la legalidad; pero dejando entrever su oculta bondad y sentido de solidaridad ante el problema, manifestando su disposición para escuchar propuestas aceptables de solución:

– De acuerdo, señor Argumedo: ¡Yo comprendo todo lo que usted dice!, pero ¿Qué quiere que yo haga?... ¡Ni modo que salga conque «aquí no pasó nada»!... ¡No, señor!... Pero dígame usted como le hacemos, ya ve que por buena voluntad no vamos a parar.

Cuarto Acto: Argumedo se percata de que está tocando fondo firme; agradece de primera mano la bohomía del interlocutor y hace saber que comprende claramente el conflicto entre el deber y el desinteresado afán de ayudar. Argumenta exagerando las graves consecuencias de que el funcionario obre ateniéndose estrictamente a lo reglamentado y declara su total confianza en la autoridad, rogándole sea el conducto para hacer llegar los pagos necesarios a su destino, sin preguntar por tal destino. Refuerza la alternativa presentándola como justa compensación voluntaria por los esfuerzos de los súbditos de la autoridad, que participan en la ayuda:

– ¡Claro, mi comandante!... Créame que aprecio mucho su disposición; y ¡por favor!, no piense que queramos comprometerlo en algún modo... ¡Yo sé mejor que nadie que usted tiene una obligación que cumplir!... Sólo que la expedición tendría que cancelarse si usted detiene la camioneta... Me gustaría saber si habrá alguna forma de que no llegáramos a tanto... ¡Pagando, por supuesto, las infracciones!... Aquí o donde usted me diga... ¡Mire!: No quiero que se vaya a ofender, pero por de pronto, quisiera invitarles a sus muchachos, que tanto nos están ayudando, para que se tomen un refresco...

Quinto Acto: Argumedo desliza hábilmente el billetito doblado en la mano del comandante, quien fingiendo magistralmente no darse cuenta de la intención, desliza a su vez el billete en su bolsillo, con la mirada fija en el horizonte y una expresión irrefutable de acusada preocupación por la suerte de los accidentados. En su reflexión

encuentra atenuantes suficientes para dar flexibilidad comprensiva a los trámites oficiales, amplificando su espíritu de buen samaritano. Contesta solemne:

– Lo bueno es que no hubo hechos que lamentar, el puente se ve que ya estaba bastante vencido... ¡Déjeme ver como le hacemos, no se preocupe!... Vaya usted a buscar a las demás personas y cuando pueda, recoja su vehículo en el taller que está frente al depósito de la “Corona” en Ixcateopan... Yo me encargo de que se los dejen como nuevo.

Ultimo Acto: Final feliz *in crescendo* glorioso:

– ¡Gracias, mi jefe!... Deveras que da gusto tratar con gente como usted. – concluye Argumedo, volteando hacia el arroyo para gritar:

– ¡Ya está todo arreglado! ¿Encontraron por dónde pasar?...

XVIII – El Mensajero de la Sangre

Cuando Martín se decidió a cruzar el umbral, experimentó una vez más esa extraña transformación mental.

Aprovechando que Galicia y Paulina se dedicaban a reconstruir y ordenar varios legajos de notas e informes aún húmedos, él se alejó sin ser notado. Sentía una peculiar urgencia por hablar a solas con Febronio Miranda, sin dejar de estar embargado por una indefinida emoción que fácilmente podría confundirse con temor o recelo, ante las asociaciones que rápidamente percibía sin que su disciplinada mente tuviese una explicación adecuada.

Esa sensación era como si la estrecha cercanía con el nagual, activase algún secreto dispositivo de su organismo para verter en el torrente sanguíneo alguna droga de acción sedante a la vez de estimulante del sistema nervioso. Notaba también una capacidad mucho mayor para ejercitar la función de la memoria; para recordar hechos recientes o remotos de su vida que, en cualquier otra situación, no podría desempolvar sin un gran esfuerzo.

Sin saber porqué, estaba plenamente seguro de que era esperado adentro, como en efecto sucedió. El ermitaño lo recibió sentado en cuclillas, con las rodillas casi pegadas al pecho, sobre un petate de hoja de palma extendido en el piso de tierra fresca y muy limpia. Al centro de la estera, un pequeño anafre de barro emitía efluvios aromáticos, que daban al ambiente una suave atmósfera de santidad, como sucede en las iglesias pueblerinas con el incienso, que después de tantas misas ha impregnado las paredes.

Martín, sin mediar palabra, se desplazó hasta quedar frente al nagual, adoptando la misma posición de él y conformando por ese simple acto, una asamblea completamente formal entre sólo dos personas. La mirada de Miranda no se desvió un

ápice del pequeño anafre, mientras Martín, rodeando con sus manos sus propias rodillas juntas, estabilizó su mirada recta y horizontal hacia el infinito. Transcurrieron largos segundos en silencio: Un silencio sin prisas ni formalidades, que duraría el tiempo necesario para que las mentes de los dos hombres, despojadas del resto de los sentidos, entablasen contacto y sincronía a través del espacio que mediaba entre ambos; no en una forma común de telepatía o transmisión del pensamiento, sino una clase de ejercicio de alta concentración para amplificar las facultades del intelecto a la percepción y entendimiento absoluto de las cosas. Finalmente Martín habló despacio, sin alterar un mínimo las facciones de su rostro:

– Habla para mí, abuelo: ¿Quién eres?

– Soy el guardián y el mensajero, señor.

– Dime, abuelo mío: ¿Quién soy?

– El que lleva la sangre de nuestros antiguos padres... Pocos quedan In Tlaltícpac.

Martín parecía asimilar las palabras del viejo, aunque su mente tenía demasiadas lagunas de conocimiento para comprender totalmente el significado de las respuestas.

– Si soy la sangre... si soy el que dicen tus palabras... ¿Por qué no sé quién soy?

– preguntó Martín, escogiendo cuidadosamente su forma de expresarse. El viejo nagual arrojó entre las brasas un trocito de corteza de copalli antes de responder:

– Porque tu carne ha olvidado... Porque la carne de tus mayores ha sido acallada...

Porque la sangre de tus ancestros ha sido dominada con la mezcla de otras sangres poderosas que claman su fuerza sobre esta tierra.

– Deseo saber tu mensaje para recordar... Eres hombre sabio; eres mensajero y guardián... ¡Habla para mí!

Febronio Miranda calló de nuevo. Del pie del anafre tomó dos cañutos de carrizo hueco, rellenos con hierbas secas. En uno de los extremos tenían una corta acanaladura en la cual depositó minúsculos trozos de carbón encendido, recogidos del brasero con los dedos sin protección alguna. Al punto, las cañas produjeron un fino hilillo de humo gratamente aromático, ofreciendo uno y llevándose el suyo a la boca por el extremo opuesto para aspirarlo. Martín identificó al instante el “Acáyetyl” o cigarro de carrizo que usaban los antiguos mexicanos. Luego vino serena la respuesta del viejo:

– Los recuerdos son conocimientos, señor. El que recuerda, sabe... Pero los recuerdos de tiempos remotos no son recuerdos de palabras... por eso había cantos... por eso hubo pinturas rojas y negras que el ladino llama códices... Por eso los padres contaban las cosas a sus hijos y los viejos a los jóvenes en el Calmécac y el Telpochcalli... Pero ya no hay más... todo fue perdido y ofrendado al fuego del *Otro Señor De Hombres* que fue sacrificado en palos atravesados que le llaman cruz; como también se sacrificó Quetzalcóatl, señor del viento, para revivir a los maceguals después que

Nanahuatzin se convirtió en el sol y Tecuciztécatl en la luna, allá en Teotihuacan.

Martín no pudo ver el temblor de las pupilas de Febronio Miranda, quien guardó un breve silencio respetuoso antes de continuar:

– ¡Nada quedó!... más que los recuerdos que guarda la sangre y el rostro interno del que es... Con grande vergüenza te digo, Martintzin: Sólo tú puedes recordar lo que llevas guardado en tu dentro... Yo no sé las palabras que quieres.

Martín entendió la negación implícita en los jeroglíficos verbales del nagual; también supo que quedaba poco por decir. A un sólo planteamiento final se redujeron todas sus grandes dudas:

– Dime, sabio teocalpique: ¿Vale la pena hurgar cosas pasadas que no podremos jamás cambiar? ¿Es importante remover las heridas cubiertas por el polvo del tiempo? ¿Abrir llagas que, posiblemente sólo producirán un dolor renovado, para el cual no hay bálsamo que lo cure?

El viejo aspiró profundamente. El dolor, al que Martín se refería, estaba presente en cada una de las arrugas de su rostro arcano. Su respuesta alcanzó, en su lenguaje sencillo, grandes alturas conceptuales de las realidades que inexorablemente gravitan en el acontecer mexicano, desde el principio de los tiempos y hasta quien sabe cuándo en el futuro:

– Para el Mexica, Pueblo del Sol que hace muchos fuegos nuevos te parió, todo fue concluido cuando rodaron los dioses por las gradas del teocalli, vencidos por el Dios Guerrero del Oriente... Nada ha de regresar a como fue... Nunca más habrá otro Pueblo del Sol; y el recuerdo se irá haciendo polvo poco a poco, como el polvo que habrá de apoderarse de los huesos del príncipe rey Cuauhtemotzin, hasta desaparecer por completo... Pero es de grande justicia la redención del caído; el reconocimiento de las cosas dejadas y aprendidas; la *conocencia* del destino mexícatl que alimentó la tierra con su sangre, para poder recibir y crecer la semilla de la nueva nación formada sobre los restos de la vieja, heredándole lo que quedaba de su ser y saber...

Una línea de líquida brillantez brotó en el borde del párpado inferior del nagual, al pronunciar el emotivo testamento de una cultura moribunda que fue bella, grande y soberana en las antiguas tierras del Anáhuac. Martín temblaba, tratando de controlarse con la contracción forzada de los músculos que rodean a los ojos. El Teocalpique, mensajero y guardián, prosiguió:

– Sólo vale la pena, si quieres que tus hijos y nietos y bisnietos sepan de su origen grandioso... Que sus antepasados fueron grandes y dignos y de mucha gran honra... Tal vez valga la pena, como la única forma de volver a tener *orgullo de raza* ante el propio y el extraño, ante uno mismo; ni como indio ni como blanco; sin resabios de oprobio por el color de la piel, o por la sangre que los nació; sin amarguras, vergüenzas y miedos, para crecer y llegar a donde *quera*... Sólo sabiendo de dónde vienen y quiénes son, sabrán tus hijos lo que pueden llegar a ser... ¡Hijo de

mis primeros abuelos!: Dile al más pequeño de tus macegales si crees tú, que vale la pena recordar...

No sin cierto trabajo, la grúa logró sacar la camioneta Wagonner del arroyo, mientras Tarsicio Sánchez y Rosendo Almaraz localizaron un remanso de escasa profundidad, por donde un vehículo podía cruzar con relativa facilidad, tan sólo con remover algunas piedras grandes que sobresalían de la superficie líquida.

Salvador Argumedo pagó el importe del alquiler de la grúa y encargó al comandante el traslado de la camioneta al taller mecánico. Luego condujo su auto por el remanso hasta el otro extremo del puente roto, para transbordar los implementos de auxilio traídos en la patrulla de la policía: Alimentos, medicamentos y materiales de primeros auxilios, mantas y cobertores, así como varios recipientes de agua potable de veinte litros.

Cuando Galicia vio llegar la comitiva de rescate, dirigió una mirada al sol, recordando las proféticas palabras del nagual: «Antes del que el sol llegue a Ome-yocan», el punto más alto del cielo nahoa, el treceavo cielo, en donde sólo reside Ometéotl, señor de la dualidad, dueño del cerca y del junto; numen que encarna en su ser ambos sexos a la vez, como las advocaciones llamadas Tonacatecutli, señor de nuestra carne y Tonacacíhuatl, señora de nuestra carne. El significado trivial de la críptica frase del anciano, al modo de ver de la cultura moderna pudo traducirse como “Antes de que el sol llegue al cenit, a las doce del día”.

Después de saludos, bienvenidas y mutuos informes, el doctor Galicia consideró necesario efectuar una reunión general para reorganizar la expedición; reunión que quedó planteada para antes de la hora de la comida a solicitud de Argumedo, quien manifestó traer instrucciones privadas para el doctor, que debían ser cumplidas con toda premura para concluir su encargo y regresar cuanto antes a México.

Galicia y Argumedo dialogaron durante casi una hora en el Safari. El enviado de la capital expuso sin cortapisas todos los incidentes generados a partir del encuentro sostenido entre Santibáñez y De la Vega, así como las condiciones que el contador había impuesto para el manejo de los fondos destinados a la expedición, referentes a escatimar al máximo el dinero.

– Creo que después de la reunión podrá usted regresar, licenciado. – dijo Galicia
– No espero que haya mayor problema para definir el rumbo de la expedición: Completar la búsqueda de las ruinas de Ocuilila, verificar su autenticidad, en fin... Claro que antes me gustaría hablar con Febronio Miranda, aunque parece que sólo Martín tiene ese privilegio.

– Pues a mí considéreme a su completa disposición, doctor – respondió Argumedo
– aunque pienso que sería recomendable que se pusiera usted en contacto por teléfono con el doctor De la Vega, para que sepa de su propia voz como están las cosas; y si se puede, para que le informe usted acerca del cumplimiento de mi comisión.

Galicia sonrió, tomando del asiento del *Safari*, un periódico que Argumedo traía

desde México. Sólo comentó:

– No se preocupe, Argumedo: Yo respondo por usted ante su “contadorcito” y quien se ponga enfrente... ¿Me permite echarle una ojeada a su periódico?

– ¡Claro, doctor! Es de ayer.

El antropólogo extendió las hojas dando por concluida la entrevista con el enviado del Instituto. En un recuadro se veía impreso en letras negras con fondo azul:

MEXICO EN LA CULTURA

Luego, diversos anuncios de obras de Teatro, Danza Moderna y algunos renglones bajo el encabezado: EL BALLET BOLSHOI EN BELLAS ARTES. Galicia dio vuelta a la plana y sus ojos fueron atraídos casi al instante por la fotografía de un médico posando en su escritorio, de avanzada calvicie y tez morena, enmarcada por una clásica barba escrupulosamente recortada al estilo Lenin.

Algo llamó su atención al ver de súbito el rostro desconocido; el pie de la fotografía rezaba: “El Dr. Torres, destacado psiquiatra, dictará interesantes conferencias sobre hongos alucinógenos”. Abajo de la foto, un corto párrafo concluía el reportaje:

“...viene de la pag. 2. – ...el cual tuvo lugar en Viena, Austria, con la participación de las máximas eminencias del mundo en materia de drogadicción y farmacodependencia. El galeno ha realizado profundos estudios sobre las motivaciones de los jóvenes en el uso y abuso de sustancias enervantes, con especial interés en el llamado *viaje psicodélico* y sus efectos en la mente humana. Las conferencias tendrán lugar los días 17 y 18 de noviembre, en la Unidad de Congresos del IMSS.”

Sus ojos dejaron el papel para fijarse en la nada tras el cristal del auto, mientras su cerebro rebullía incredulidades: «¿Será posible?...», pensaba, «¡No puede ser!»; y tornó a examinar con todo cuidado el rostro de la fotografía.

– Oiga, licenciado... falta la página dos.

– ¿Cuál? ¿La de la primera sección?

– No, no... del suplemento cultural. – respondió Galicia buscando la hoja con cierta ansiedad.

– No sé, doctor; quizá lo tiré a la basura en Cuernavaca... ¡Pero si quiere usted, se lo puedo conseguir en Ixcateopan!... Alguien lo debe tener todavía.

– Sí, se lo encargo mucho. ¡Es más!, a media tarde vamos allá usted y yo para hablar por teléfono. Me interesa ver la primera parte de este artículo – dijo, señalando la fotografía del médico.

Los bastimentos llegados en la misión de rescate, prometían hacer de la comida algo parecido a un banquete, además de que, aun sin decir nada, todos celebraban haber superado el mal rato del accidente. El único taciturno era Brenton Potter, quien después de la expectación del reencuentro, permanecía en un prolongado mutismo. También él fue a refrescarse en el arroyo de la hondonada a solas, regresando al punto

para el inicio de la reunión, bajo la sombra de un enorme árbol cercano al jacal.

– ¡Señores!: – inició Galicia – Como todos ustedes saben, una expedición como ésta debe obedecer a un plan rigurosamente trazado y autorizado; sin embargo, es natural que estemos expuestos a cualquier contingencia como la que nos sucedió ayer... Para mí resulta lógico que este tipo de alteraciones modifiquen de alguna manera lo establecido de antemano. Afortunadamente no tuvimos consecuencias que nos obliguen a cancelar el proyecto, como hubiese sucedido en caso de algún herido serio, una muerte, incurrir en responsabilidades judiciales o penales ¡Qué sé yo!... Pero aun cuando salimos bastante bien librados, enfrentamos algunas dificultades para continuar operando: El vehículo puede estar dañado, tendremos incomodidades y privaciones, estamos parcialmente fuera de contacto regular con México, en fin...

– No obstante lo anterior, – prosiguió – es muy interesante para mí el giro que han tomado las cosas: Por un lado, el licenciado Argumedo ha venido en respuesta de la solicitud que hicimos desde Ixcateopan respecto al asunto de Noria del Fraile, y en general, trae tanto la aprobación como los recursos que pedimos... Por el otro, sabemos que llegamos aquí por una mera casualidad, ya que de no haber mediado el accidente, tal vez estuviésemos a muchos kilómetros de aquí... Así es que, ya que la diosa fortuna nos depara esta escala, quisiera reconsiderar con ustedes acerca de la ampliación al proyecto original, consistente en recabar la información que puede proporcionar el señor Miranda respecto a las tradiciones, posibles localizaciones de restos arqueológicos, evidencia documental y si se puede, la recopilación de datos acerca del incógnito “Fraile de la Noria”.

– A todas luces – siguió Galicia disertando – es evidente que Miranda no pertenece a las etnias de la región: Su estilo de hablar y ciertos detalles de su comportamiento hace notable una fuerte influencia nahoa, sin tratar de establecer diagnósticos demasiado a priori, dado que la influencia nahoa existe por toda la región central de la República; pero este hombre, no es como el común del indígena campesino en la actualidad: Hay en él un cierto componente de pureza o de *incontaminación* cultural. Sus maneras sugieren un grado de arcaísmo no sólo en el hablar, sino en todas sus actitudes; como si perseverase en las antiguas costumbres ya totalmente olvidadas. Además, no observa el comportamiento que ostentaba la gente común, sino más bien el que suponemos reservado a los instruidos, o los de posición social relevante.

El doctor se adjudicó un momento para reordenar las ideas y explorar las expresiones de sus interlocutores, pero no percibió señal alguna. Comprendió de facto que ya era hora de apuntar baterías al meollo del asunto.

– En conclusión, ya habrán detectado que estamos ante dos grandes alternativas: La primera y a todas luces lógica, retomar el proyecto y la ruta originales, sólo si la camioneta está en condiciones seguras de reanudar el servicio, incluido el operario responsable.

– Por mí no creo que haya problema, doctor. El pie ya está bien.– apuntó Zavala.

– Eso está por verse todavía... Pero vamos: La segunda alternativa consiste en establecer un campamento aquí, pese a las incomodidades de rigor – dijo Galicia mirando a Paulina – a fin de completar las tareas propuestas que mencioné, además de la búsqueda de las ruinas de Ocuilita. ¡Ustedes tienen la palabra!

Fernando Ortega extrajo de su cartera personal un calendario de plástico para consultarlo, al tiempo que preguntaba:

– ¿Cómo andamos de tiempo, doctor?, considerando casi dos días de pérdida por lo del accidente.

– Tenemos siete días de trabajo contados a partir de la salida. Se supone que el proyecto se contempló para tres semanas, pero sin contar la extensión de Noria. De cualquier forma, hay que esperar forzosamente la reparación del carro si la idea es continuar; o considerar como tercera alternativa, un aplazamiento de la expedición, regresando a México para reanudar la expedición en otra ocasión.

Galicia miró con el rabillo que el americano sacaba otro de sus cigarros habanos, mordiendo la punta con cierta irritación, al tiempo de menear la cabeza levemente como expresando desacuerdo. «Aquí va a haber problema» pensó, mientras Fernando Ortega endureció la mirada fija en el habano que estaba siendo encendido: «De donde sacaré tanto puro... Seguramente trae su maldito equipaje lleno de ellos» fue la dedicatoria mental del joven biólogo. Decidió tomar la palabra, pero como sucede con frecuencia, se tardó el instante suficiente para que Paulina le ganara el turno de hablar.

–Maestro: Si me permite, yo quisiera opinar en favor de la segunda alternativa, aprovechando el compás de espera forzoso por lo de la camioneta. Sin embargo, creo que es necesario enfocar la discusión más de lleno hacia la metodología que vamos a emplear, en la que podemos denominar “Fase Noria” del proyecto. Si pudiésemos contar con el auto del licenciado Argumedo por dos o tres días, bien podríamos establecer una base de enlace en Ocuilita, o si se quiere, hasta en Ixcateopan. Tendría como función principal, el contacto que fuese necesario con México y el apoyo logístico a otra base ubicada aquí; es decir, flujo de información, suministro de alimentos y recursos que se necesiten. Ya se habrán dado cuenta que estoy hablando de una forma de división del trabajo por equipos, para poder cumplimentar las tareas básicas identificadas que son, según pude captar: Los supuestos restos arqueológicos de Ocuilita, la investigación social, la búsqueda de evidencias documentales con el señor Miranda y la recopilación de las muestras herbales de Fernando...

Paulina no alcanzó a percatarse de la expresión de desencanto que se plantó en el rostro de Ortega. Concluyó:

– A mí me interesa sobremanera recabar datos entre la población indígena, acerca de la leyenda del “Padre Teto”; así como la visión de la gente acerca de personajes

como don Febronio.

Ahora toco al rostro de Potter virar de impávido a ligeramente exasperado, aumentando con ello la preocupación de Galicia, quien optó por forzar la libre opinión de todos los integrantes del grupo. Su voz fue terminante y lacónica:

– ¿Ortega?

Fernando tosió, un tanto sorprendido a medio redondear los argumentos que pensaba exponer. Pronto se rehizo al sentir la mirada de todos fija en sí:

– Definitivamente doctor, es necesario recordar que, no obstante la situación actual, tenemos un protocolo sobre el cual basarnos, y me preocupa que le estemos dando un grado de dispersión más allá de lo pertinente. Quiero que sepa que soy el primero en reconocer la liberalidad y creatividad necesaria en todo aquel que se dedica a la investigación, pero hasta cierto límite. Usted bien sabe lo peligroso que es caer en excesos de interpretación: Si todos los investigadores actuasen por la libre, jamás habría forma de conducir y concluir ningún programa serio de investigación. Sabemos que los tiempos de Lister y Fleming han quedado atrás con todo y sus románticos laboratorios; actualmente hay un riguroso método, un diagrama cronológico a seguir; factores de tipo administrativo que no podemos soslayar a la ligera.

Fernando carraspeó una vez más antes de terminar su alocución, sintiendo la oportunidad de aclarar de una vez por todas, su posición al interior del grupo:

– Todo esto lo digo, porque yo mismo me ubico como un miembro de la expedición no totalmente aceptado, aun cuando he ofrecido mi mejor esfuerzo y sentido de colaboración; pese a lo cual, he podido observar que la parte del proyecto original que incluye mi participación directa, viene siendo cada vez más minimizada y sujeta a otras prioridades, dejándome prácticamente solo o, en el mejor de los casos, acompañado de Zavala, que mucho me ha ayudado... Usted doctor; ni siquiera lo mencionó al inicio de la reunión al recapitular la Fase Noria; Paulina lo dejó al último de sus prioridades propuestas, casi como una opción desechable... Y conste que sin tratar de ser presuntuoso, asumo buena parte del crédito por la detección de Noria del Fraile. A todos consta que fui el principal defensor de incluirlo como extensión del proyecto, pero de eso a convertir una investigación seria y racional en una campañita de encuestas y entrevistas, es otra cosa. En conclusión, opino que la Fase Noria debe centrarse en los puntos acordados en la reunión de Chichila, dejando la cuestión social para un proyecto posterior, que no dudo deba ser encabezado por la licenciada Del Río.

El discurso de Ortega produjo estupor y ojos llameantes de Paulina, que nunca supuso una oposición tan contundente. Otro sorprendido fue el propio Martín, y Potter concedió una brevísima mueca de sonrisa, con ceniza sacudida del habano y ajuste de los anteojos. El jefe Galicia identificaba claramente la vieja disputa entre los seguidores tradicionalistas del método científico, que propugnan la investigación basada en fenómenos perfectamente predecibles, controlables y reproducibles; y

los defensores de la investigación social como científicamente válida, a pesar de los imponderables en la conducta del hombre, que implica variables muy difíciles, y a veces imposibles de controlar. Seguía Martín en la lista:

– ¿Martín?

– One moment please. – solicitó Potter levantando la mano, antes de que el economista empezase a verter su opinión. – Mister Ortega and miss *Poulina* parecer olvidar compromiso de intercambio científico con United Nations... Yo sólo ser observador imparcial, but mi deber decir que *ostedes*, the Mexican Team, tienen que proseguir el programa que UNESCO conoce... Yo tengo órdenes de volar de Acapulco to States, en diez days more, but si *ostedes* quedarse con the *Nagoal* tres o cuatro days, el viaje no poder concluir a tiempo. Esta visita de *Norria* ayer tarde hubiera acabado sin accident, para dormir in Chapa Town, pero en lugar de regresar todo el grupo, para forzar la reparation del transporte, estar *projectando* campamento. Isn't good for me...

Las cosas se estaban complicando. No sólo por la divergencia de posturas entre los integrantes nacionales de su equipo, sino ahora estaba la presión del americano que sin duda tenía buena parte de la razón. Iba Galicia a contestar algo conciliador, pero se adelantó Martín:

– ¡No!... ¡Discúlpenme todos, pero no estoy de acuerdo!. Si no me equivoco, maestro – dijo mirándolo directamente a los ojos –... me había solicitado mi punto de vista; y creo que antes de continuar con la moción de Potter, debo expresar mi modo de ver las cosas... Con todo el respeto y afecto que me merecen los compañeros, me voy a permitir disentir totalmente de las propuestas hechas hasta ahora. Estamos ante la gran y posiblemente única oportunidad de transformar una investigación, más o menos rutinaria, en algo de mucha mayor trascendencia; en una verdadera aportación útil y productiva, no restringida al puro acrecentamiento del acervo histórico del País. Si mal no recuerdo, en Taxco se dijo que un buen investigador no para hasta tocar fondo; que no éramos simples historiadores o recopiladores de datos. Ahora casualmente encontramos una fuente de información fuera de los patrones comunes, que podría calificarse de excepcional, y le volteamos la vista preocupados por cuestiones de tiempos y movimientos.

Tampoco pudo Martín darse cuenta que, desde los resquicios del jacal, era observado por el rostro hierático de Febronio Miranda, quien parecía escuchar con claridad su voz, aunque sólo fuese perceptible a la distancia el movimiento de los labios al seguir su apasionada argumentación:

– No tengo argumentos sólidos para defender lo que voy a decir – decía –, pero Febronio Miranda puede ser un caso único, y tal vez último, como depositario del saber mexicano antiguo, posiblemente sin demasiadas influencias culturales, sin desviaciones de tipo religioso o político. Este señor tiene respuestas, conoce los orígenes; ¡puede ayudarnos a comprender los porqués de la Nación Mexicana moderna!... A mí

no me interesa tanto clasificar los tipos de “Macho Mexicano” o definir la tendencia a la irresponsabilidad y el “Valemadrismo”; ni mucho menos redescubrir que nuestro pueblo tiene una gran proclividad a la discriminación racial y social, ni establecer la taxonomía de la venalidad y corrupción pública y privada... ¡Ya todo eso está muy trillado!... Yo quiero saber cuándo y en dónde se generaron todos esos lastres que ahora nos definen y configuran: Por qué razones surgieron y se arraigaron con tanta fuerza en nuestra sociedad, por qué tanto culto al compadrazgo y el amiguismo, por qué tanto regionalismo fanático. Siempre nos regocijamos contando chistes de «Un ruso, un gringo y un mexicano iban en un avión»... y el mexicano siempre gana, pero la realidad monda y lironda es otra bien distinta:

Dejó un instante de silencio, a la usanza de su maestro Galicia, para continuar reforzando sus ideas:

– Estamos ahogándonos en contaminación y en una floreciente delincuencia; nuestras calles están llenas de vendedores ambulantes de chatarra; el campo cubierto por la miseria de muchos que sueñan con irse a México a buscar fortuna, o a los Estados Unidos a cambiar su fuerza y dignidad por unos cuantos dólares. Nuestros niños y jóvenes están mal preparados por un magisterio abúlico, por un sistema educativo anacrónico y tendencioso; un sindicalismo charro; una burocracia indolente y prepotente. Los monopolios del narcotráfico se ven prósperos y pujantes; aún tenemos gobernantes de dedazo y protagonismo partidista... ¡Para qué le sigo!

– No veo la relación. – criticó Fernando Ortega – ¿Está tratando de decirnos que el viejo Miranda va a resolver los problemas del País, Martín? ¡Permítame que lo dude!

Martín le dedicó una mirada glacial; después la desvió hacia Galicia en busca de apoyo. Paulina estaba dubitativa; de Potter, ni hablar. De pronto sintió suave, una mano pequeña posada en su hombro por detrás, como diciendo: «¡Adelante, Martín, yo estoy contigo!» y supo que su voz fue comprendida, porque llevaba muy dentro alguna minúscula esperanza de redención. Cruzó su mano del lado contrario al hombro, palmeando los dedos morenos de Tarsicio Sánchez, silencioso oyente de la dura batalla verbal que se libraba. El gesto tuvo su efecto y el ánimo de Martín se fortaleció, para contestar el comentario de Ortega:

– Creo que no era necesario el sarcasmo, Fernando. Cuando tú hablaste, supongo haberme mostrado respetuoso, pero ¡vamos!: Febronio Miranda no es El Mesías ni yo su apóstol. ¡Nadie va a resolver ningún problema por sí sólo!, porque son problemas sociales. Pero si nadie los identifica, si nadie reconoce que existen, el cambio podrán esperarlo sentados tus bisnietos. Y según mi escasa formación en Medicina, si un enfermo desconoce su enfermedad, o lo que es peor, la soslaya, no habrá doctor ni medicina alguna que lo sane. No en vano postulan los psicólogos, los gurús yoga y los proselitistas de Alcohólicos Anónimos, que la primera e ineludible fase para la curación, es llevar a un plano consciente el problema y todos los posibles factores

que lo condicionan, para así poder enfrentarlo o controlarlo. Lleva eso a un nivel nacional y ahí es donde el señor Miranda puede intervenir: Ayudar a desentrañar las explicaciones de nuestra idiosincrasia, nuestra forma de ser, o de pretender ser...

Potter aplastó la colilla del cigarro en una piedra al tiempo de comentar:

– ¡*Brravo, brravo!*... *Osted* es un romántico, amigo Martín... Mi cree *osted* dar demasiada importancia a mister *Mirranda*. In States, su forma de entender la investigación no sería aceptada por nadie, ¡anybody! ¿You know?... Mister *Mirranda* estar bien para pothography de souvenir y cuentos en fogata of the Boy Scouts.

– Si eso es lo que usted piensa, allá usted, Brenton – respondió cortante Martín, provocando que el americano se dirigiese frontal a Galicia:

– Doctor, my friend: En ten days mi volar New York; escribir mi informe two days more; luego transmitir fax a UNESCO. Yo no puede decir: «Investigación inconclusa por entrevista with oldman mexican indian» ¿You understand?

El jefe de la expedición, resintió de golpe el enorme peso de su responsabilidad. El conflicto de un agudo dilema entre su ser político y su ser antropólogo, vino a aumentar la complejidad y delicadeza de la decisión que estaba siendo obligado a tomar: Por un lado, preservar la imagen de seriedad y solvencia profesional del Instituto, ante el organismo internacional que subvencionaba buena parte de investigaciones como la suya, y que el americano destacó entre líneas. Por el otro lado, pesaba fuerte el apasionado discurso de Martín, cuyos conceptos compartía casi totalmente en cuanto a las explicaciones antropológicas de la mexicanidad, pese a su ascendencia española. También estaba de por medio la confianza que le depositaban sus superiores, particularmente Horacio de la Vega. Una decisión equivocada podría dar al traste con demasiadas cosas. Optó por ganar un poco de tiempo para observar el curso de los acontecimientos, por tanto, dio por terminada la sesión argumentando:

– Tiene usted mucha razón, Potter; pero al parecer, nada de lo dicho puede ser considerado seriamente sin conocer el estado de la camioneta. Después de comer iremos a Ixcateopan usted, el licenciado Argumedo, Jaime para que se dedique al mecánico, y yo. ¡Quiero que analicemos más detenidamente la situación! Paulina y Ortega avanzarán lo más que se pueda en la recolección de muestras vegetales; Martín deberá concertar una cita para mí con el señor Miranda, para nuestro regreso en la tarde, después sabremos que hacer, ¿de acuerdo?... ¡Ahora qué les parece si comemos!

La reunión se disolvió en los preparativos finales de la comida. Tarsicio seguía arrobado al economista, dispuesto a dar la vida por él. Salvador Argumedo buscó un momento en que Martín quedó discretamente a solas, para acercarse y decirle:

– ¡Lo felicito, Reyes!; quería decirle que yo soy de esos mexicanos que usted describió con tanta crudeza.

– Gracias, amigo mío; pero no se preocupe... ¡Ya somos dos!

– ¡Yo también, Martincito!; ya semos tres pué'.

Paulina se acercó para sumar su adhesión a la postura de Martín. La suave sonrisa de la socióloga y la emotividad del tono que debió imprimir a sus palabras, la obligó a fruncir el ceño entornando los párpados en un gesto de determinación. Martín recibió de lleno la mirada fija de aquellos ojos color avellana que siempre lo turbaban y le hacían sentir fuertes y encontradas emociones. Supo de repente, que esa mujer ejercía en él un infinito poder, capaz de dominar toda su vida; supo también que estaba deseando dejarse dominar por ese influjo, aunque jamás pudiese decírselo a ella.

XIX – La Sonrisa de Yacatecutli

Llevaban cerca de una hora caminando rumbo al sur. El sol se dejaba ver ocasionalmente, cuando el cerro dejado atrás, hacía declive para ceder el terreno al próximo. Tarsicio y Fernando avanzaban adelante como vanguardia de exploración, mientras que Martín marcaba el paso un poco más lento en favor de Paulina.

Tarsicio silbaba alegremente, subiendo ya una prominencia rocosa, ora bajando al lecho de cualquier arroyuelo encontrado. Martín, como siempre, iba meditabundo y silencioso; había escogido un par de ramas de mediano grosor y libres de follaje, para ser usadas a manera de cayado: Una para Paulina y la otra para sí mismo. Ella caminaba animosa, aunque no dejaba de producirle cierta incomodidad el estilo reservado del economista. Procuraba retrasarse un poco para poder observarlo sin que se diese cuenta.

La vereda natural se estrechó por la aproximación de los cerrillos en ambos lados, tornándose resbaladizo el suelo gracias a la humedad de las recientes lluvias. De pronto, el paso se vio interrumpido por un promontorio pedregoso que, sin ser demasiado alto, requería ser escalado con mayor cuidado para evitar una caída. Martín se adelantó subiendo con agilidad, para observar que más adelante la ruta volvía a ser transitable, a excepción de una oquedad junto al borde superior del promontorio, llena de un limo pegajoso con mechones de pasto silvestre a los lados. Afianzó sus pies abriendo amplio el compás, apoyado sobre la prominencia de las gruesas raíces de algún árbol vecino y se volvió hacia Paulina quien esperaba saber del estado del terreno.

– ¡Acá arriba está bien el camino!... Sólo hay que tener cuidado con las piedras resbalosas y un poco de lodo que hay aquí donde estoy parado. ¿Crees poder subir?

Paulina empezó a seguir los pasos que momentos antes le vio usar, tratando de asegurarse con las manos en cualquier rama, raíz o piedra que se prestara para tal. Sin embargo, experimentó dificultades en el último tramo, que exigía casi un salto para salvar la altura de la roca que servía de cornisa al promontorio. Paulina titu-

beó insegura de lograr con éxito el lance, ya que por ser el punto más elevado, no encontraba de donde asirse en caso de un resbalón. Al instante, Martín le extendió la mano diciendo:

– ¡Déjame ayudarte!... Pon tu pie en esa piedra, y cuando cuente hasta tres, te impulsas mientras te sostengo; ¿lista?

Paulina recuperó el ánimo cuando el joven le ofreció ayuda y le evitó tener que solicitarla. Sin mirar a Martín, extendió su mano hacia lo alto, haciendo contacto con la de él, quien la sujetó con gran firmeza por la muñeca. Paulina percibió de golpe una total sensación de seguridad al comprobar la tensión férrea de los músculos de Martín, que, sin embargo, no la lastimaban. Contestó confiada:

– ¡Lista!

– Bien: ¡Uno... dos... tres!

Paulina imprimió toda su fuerza a la pierna derecha apoyada en la roca, iniciando un vigoroso ascenso, al tiempo que Martín tiró de su brazo, acompasando el movimiento de ella para asegurarle la vertical y ayudarla a librar el obstáculo. El pie izquierdo de Paulina dibujó un arco en el aire hasta superar el borde y completar el ascenso, asentándose en el terraplén húmedo, a la vez que su pie de apoyo dejaba la seguridad de la piedra y hacía su viaje hasta alcanzar la cima del promontorio. La rapidez que requirió la maniobra le hizo resbalar sobre el fango en dirección al espacio dejado por las piernas abiertas de Martín, quien en un velocísimo e instintivo reflejo, hizo viajar su brazo libre hacia la cintura de la muchacha. Se flexionó lo suficiente para poder rodear su talle y detener la caída en el lodo, de otra forma inevitable.

Apenas pudo ella ahogar un grito de angustia cuando se sintió resbalar. Alzó los ojos implorantes hacia Martín, respirando agitadamente a escasos centímetros de su rostro. Él percibió en la piel el cálido aliento y la devastadora fuerza de los ojos color avellana de Paulina. ¡Nunca había estado tan cerca de ella!, sintiendo el pecho agitado de la chica casi en contacto con el suyo y la firmeza de su cintura contra su brazo. Regresó a la realidad cuando ella le dijo ansiosa:

– ¡No me dejes caer, Martín! No puedo apoyar en nada... ¡Está todo muy resbaloso!

Martín sopesó las posibles alternativas. No podía despegar sus pies de donde los había asentado, sin peligro de perder también la estabilidad; no había punto seco donde ella pudiera ponerse en vertical, a menos que él la levantase lo suficiente de la inverosímil posición inclinada en que había quedado. Se decidió súbito; y con el brazo que la sostenía por la cintura, la estrechó completamente contra su cuerpo a la vez que le dijo:

– Sosténte firme de mi cuello para que yo pueda soltar tu mano: ¡Nos vamos a levantar al mismo tiempo!

Paulina le rodeó fuertemente el cuello con ambos brazos acercándose más a él.

Martín, con la mano que ahora tuvo libre, recogió el bastón apoyándolo contra el suelo para empezar a erguirse sobre su propio eje, hasta llegar a su vertical y lograr la de ella.

– Ahora pisa despacio y siente si estás firme. – le dijo. Paulina lo intentó con ambos pies hasta lograr su propia estabilidad, luego de lo cual, aflojó un poco los brazos del cuello de Martín y éste liberó la presión sobre la cintura de la muchacha. El contacto de sus cuerpos ya no era intenso, pero todavía no se separaban totalmente. Ella deslizó con cuidado sus brazos hacia los hombros del él. Él la miró a los ojos, preguntándose en silencio si ya todo estaba bien. De pronto Paulina irrumpió en una sonora y cristalina carcajada que sorprendió a Martín, pero también le contagió; y al instante estaban los dos riendo alegremente.

– ¡Ven! – dijo ella entre risas – descansemos un poco en esas rocas.

Martín la siguió hasta un macizo rocoso más allá del suelo fangoso. Al llegar, Paulina se volvió enfrentándolo. Le tomó por ambas manos y lo miró intensamente a los ojos, diciéndole suavemente:

– Martín... ¡Te estás convirtiendo en mi ángel guardián!

El no pudo resistir la circunstancia; y de lo más profundo de su pecho le contestó con voz temblorosa de emoción:

– No puedo evitar que me empiece a gustar ser tu ángel guardián.

Los ojos avellana de ella hicieron su efecto, y Martín comenzó a perder la dimensión del tiempo y el espacio.

– ¡Gracias! – musitó ella.

– Ni lo digas – dijo él.

– Me siento segura a tu lado – dijo ella.

– Me gusta estar a tu lado. – dijo él – ¡Tienes unos ojos muy lindos!

Imperceptiblemente se fueron aproximando con sus miradas fijas. Martín soltó sus manos para asirla por los hombros y atraerla. Ella posó sus manos en el pecho musculoso de él, siguiendo con los dedos el contorno del cuello de la camisa hacia arriba. Martín, totalmente aturdido y avasallado, buscó con la boca los labios de Paulina cada vez más cercanos e invitantes. Una especie de corriente eléctrica corría vertiginosa de ella a él y viceversa, por los puntos donde sus cuerpos hacían contacto. Martín iba a entregar su vida completa en aquel beso, cuando a sus espaldas resonó como un martillo:

– ¡Ejem!... Martín, Paulina: ¡Creímos que estaban perdidos!

Y atrás de Fernando Ortega apareció Tarsicio sonriendo con picardía.

Paulina esperó, sin mucha confianza, que Fernando Ortega tuviese la suficiente mundaneidad para darse discretamente por no enterado de lo que obviamente vio. Martín ayudó a ello con la mirada glacial que instintivamente adoptaba cuando las cosas no le parecían o le enojaban. Fernando reconoció esa fría mirada que le había notado en tres ocasiones: Primero, cuando se refirió a Galicia sin el título de “doctor”;

luego, momentos antes de que Martín despertara de aquella pesadilla sufrida en Taxco; y por último, cuando hacía menos de tres horas, rebatió a Paulina durante la discusión de la “Fase Noria”.

Fernando no era un tonto rematado. Al instante supo lo que pasaba y lo que él debió hacer: Tratar de retirarse sin ser notado y alejar del sitio a Tarsicio con algún pretexto, pero ya era tarde para eso. Su obligación ahora, era disimular lo mejor posible, por lo que trató de imprimir a su voz el tono más casual que pudo, mirando a la lejanía.

– Yo creo que ya nos alejamos demasiado. Según el señor Miranda, a menos de veinte minutos de caminata, deberíamos encontrar algunos restos... Tal vez se equivocó.

– ¡Qué va, joven Fer’! – apuntó Tarsicio – ¡`Onde cree que Febronio vaya *jerrar*! Lo que pasa es que a lo mejor no nos fijamos bien, pué’.

Martín estaba muy molesto por la embarazosa situación en que fue sorprendido; y no midiendo el alcance de sus palabras, masculló destemplado:

– ¡Lo que pasa es que no han puesto la debida atención a su trabajo por andar jugando con las piedritas!

Fernando se sintió agredido; más aún después de mostrarse diplomático con la pareja. Miró con intención a Tarsicio, diciéndole socarrón:

– ¿Nosotros?...

Fue suficiente para que Martín estallara. Se abalanzó sobre el imberbe biólogo, sujetándolo por las solapas de la eterna guayabera azul; lo sacudió con inusitada violencia al tiempo de espetarle con las quijadas trabadas por la ira:

– ¿Qué estás tratando de insinuar, mocososo estúpido?

Paulina saltó alarmada para tratar de separarlos, cosa que aprovechó Fernando para desasirse metiendo sus brazos entre la pinza de los de Martín, con el resultado de que el botón superior de la camisa fue arrancado de cuajo.

– ¡Déjalo Martín, por favor!

– ¡No te metas en esto, Paulina!... ¡A ver si es tan hombrecito para decirme a la cara lo que no le parezca!

Fernando, pálido como la cera, dio un paso atrás sabiéndose en clara desventaja física. No por ello dejó de gritar atropelladamente:

– ¡Digo lo que me parece!... Y me parece que la búsqueda de ruinas es su problema, Reyes... ¡El mío son las plantas!; y eso es el punto más avanzado del programa, así es que no me venga conque no estoy haciendo bien mi trabajo. ¡Ya estoy cansado de soportar su pedantería y sus aires de perdonavidas!... ¡Váyase mucho al diablo!

Martín cogió trémulo el varejón usado como bastón para levantarlo amenazador. La sangre empezó a hervirle en las venas, perdiendo toda proporción y control. Tarsicio trató de sujetar la vara convertida en garrote, mientras Martín gritaba fuera de sí a Fernando:

– ¡Mira, idiota!... ¡Ningún *pelagatos* como tú va a decirme cuál es mi trabajo y cómo tengo que hacerlo! ¡Lo menos que necesito ahora, es un maldito recomendado inepto dándoselas de juez y metiendo las narices donde no le importa!... ¡Y si no te gusta, pues ahorita mismo lo arreglamos en el terreno que quieras!

– ¡No crea que me asusta, Reyes! – contestó Ortega, poniéndose en guardia – ¡Me da pena constatar que es usted un ventajoso que todo lo quieren arreglar a golpes!... ¡Yo le respondo aquí y dónde sea, con palo y sin palo!

Martín se sintió humillado por la respuesta valiente de Ortega, pese a estar él armado con el varejón, mismo que alzó con toda su fuerza arrancándolo de las manos de Tarsicio. Enfurecido, lo arrojó con enorme violencia hacia el promontorio donde momentos antes iban a descansar, y la vara fue a encajarse profunda, justo al lado del cúmulo de piedras, entre el musgo y la tierra lodosa.

Paulina, temerosa por Fernando, se interpuso entre ambos como el único muro que Martín no podía franquear y dijo con una energía que hasta ahora nadie le había conocido:

– ¡Ya basta los dos, parecen un par de niños malcriados! ¡Vámonos de regreso, Martín! ¡Tú primero, Fernando!... ¡Tarsicio!... Espérame abajo del desnivel para que me ayudes a bajar.

Fernando inició el camino de regreso, jalado del brazo por Tarsicio, quien trataba de sosegarlo. Paulina, con su propio bastón atravesado en diagonal, se quedó frente a Martín, que empezó a sentir una progresiva vergüenza; y girando al lado opuesto del camino a Noria, arrancó a caminar dando grandes pasos. Ella lo dejó ir, en la certeza de que necesitaban tranquilizarse todos. Se dirigió al peñasco donde la esperaba el muchacho para ayudarla. Una vez ahí, lo pensó mejor y le dijo:

– Vete con Martín, Tarsicio... Trata de calmarlo y tráelo de regreso... ¡No me vayas a fallar!, confío en que me lo cuides bien.

– ‘Tá bien, *`dotorcita’*. No se apure usted’.

El chico subió como chango por las piedras que a ella le costaron tanto trabajo y se apresuró hacia Martín, que estaba sentado en un tronco cien metros más adelante, dando la espalda y cubriéndose la cara con ambas manos.

Al pasar junto al sitio del pleito, Tarsicio vio la vara enhiesta, clavada minutos antes durante la refriega y decidió recuperarla para llevársela de nuevo a su amigo. Al tirar de ella para desencajarla, un pequeño talud de tierra y musgo se desprendió, dejando al descubierto la cara lateral de una roca, extrañamente lisa en su superficie, pero con unas líneas circulares trazadas al centro.

Los ojos vivaces del chiquillo quedaron prendidos de la piedra. Recogió una varita puntiaguda y limpió la tierra aún pegada, escarbando las curiosas hendiduras hasta reconocer la silueta de una cabeza de serpiente esculpida en la pétrea superficie. Alborozado, tomó la vara grande y comenzó a escarbar el frente, hasta encontrar la mueca sonriente y malévola de Yacatecutli, señor de los Pochtecas, Dios Azteca venerado por los comerciantes y los viajeros de tierras ignotas.

– ¡Martincito... *dótora!* ¡Vénganse pa' cá!... ¡Rápido! – gritó dando de brincos – ¡Ya lo encontré! ¡Aquí está!... ¡Joven Fer', Paulinita!

Desde sus extremos opuestos, ambos volvieron la mirada de inmediato. Martín supo al instante a qué se refería Tarsicio, y se levantó para regresar a grandes zancadas gritando a su vez:

– ¡No toques nada, Tarsicio! ¡Voy para allá!

Cuando llegó al promontorio, Paulina ya estaba ahí de rodillas, despegando cuidadosamente pedazos de tierra y hierba del frente de las piedras. Martín extrajo presuroso de su morral una pequeña espátula de hule, una brocha pequeña y varias bolsas de polietileno que ofreció en silencio a la muchacha; luego se puso de pie dando varios pasos hacia atrás, con la mirada clavada en la pendiente que ascendía sobre el montículo descubierto. Entonces pudo observar que la cuesta mostraba un ángulo de inclinación de más o menos cuarenta y cinco grados, desusadamente uniforme para ser una elevación natural. También se percató de que en la superficie total de la loma, no crecían sino arbustos enanos de no más de treinta a cincuenta centímetros de altura, señal de escasa capa de tierra y probable lecho pedregoso a poca profundidad.

Dejó a Paulina trabajar y tomando el bastón protagonista del altercado y del hallazgo, se fue por el borde basal de la elevación para rodearla. La fisonomía era idéntica por todo el perímetro de la colina, pero el lado opuesto a la vereda, fue casi imposible de transitar, por lo cerrado de la vegetación espinosa, asentada en el borde de una gran depresión del terreno. Regresó fuertemente conturbado por la emoción, para encontrar a Paulina cubriendo el hallazgo con ramas y follaje que Tarsicio le traía.

– ¿Qué haces? – preguntó alarmado.

– ¡Ya ves! – dijo Paulina con sequedad – Estoy disimulando las piedras. Ya es tarde y esto debe hacerse con el equipo apropiado.

Caminaron de regreso en medio de un silencio pesado que nadie acertaba a romper. Las facciones de la socióloga estaban endurecidas por las encontradas emociones que experimentaba su ánimo: La actitud gallarda y viril de Martín durante el lance del peñasco, contra la alevosía que mostró al retar con ventaja a Fernando Ortega; el hallazgo de las ruinas; el beso interrumpido cuando por fin estaba a punto de llegar. Todo ello junto, le hacía sentir una profunda frustración mezclada con rabia: Frustración, porque la buena imagen de Martín, tan frágilmente construida, se derrumbó en un instante, gracias al arrebató incontrolable que sólo podía significar inmadurez; rabia, porque finalmente ella misma dejó caer sus propias defensas, descubriendo a los ojos de él, la intimidad de su alma vulnerable, pronta a la eterna y siempre perdida batalla entre su deseo de alcanzar la realización social independiente de su sexo, y sus ansias naturales de sentirse capaz de ser amada por un hombre.

Lo peor del caso era que, cuando menos en lo relativo al sentimiento de frus-

tración por la inmadurez de Martín, tenía Paulina razón. El economista realmente no atinaba a explicarse la actitud de ella: Desde su punto de vista, su actuación fue impecable, tal vez un poco excedida cuando enarboló el bastón como arma. Suponía que Paulina debiera mostrarse gratamente sorprendida y rendida de admiración por él, y, sin embargo, solamente logró un seco y retumbante «¡Parecen un par de niños malcriados!». Definitivamente no podía comprender esa reacción y ese hosco mutismo ahora que volvían al campamento: «¡Mal haya el que entienda a las mujeres!».

Lo que realmente estaba sucediendo en su mente, es que ancestrales patrones de conducta fuertemente arraigados, dominaban su forma de ser y actuar. Antiquísimas costumbres que regían el trato entre hombres y mujeres, transmitidas de generación en generación desde sus orígenes prehispánicos, se manifestaban ahora inconscientemente, tal vez bañadas de modernidad y cultura contemporánea, pero con el mismo sustrato básico: Dominación del fuerte, sumisión del débil; dominación del macho, sumisión de la hembra: «No es lo mismo abrir la boca que estirar el brazo» escuchó alguna vez de un profesor, que en tono festivo y muy a la mexicana, trataba de establecer las diferencias entre ambos sexos; y la frase le había parecido ingeniosa, ocurrente y no exenta de picardía, aceptándola como un hecho válido y natural.

Tarsicio los miraba a ambos de reojo, pensando para sus adentros:

«Vaya pué'. ¡Estos dos ya ni la joden!».

XX – El Códice Galiciano

La noche se estaba adueñando de la campiña guerrerense. Miles de estrellas en el cielo competían con los destellos luminosos de las luciérnagas, formando un ambiente de paz y tranquilidad provinciana que hacía recordar las bucólicas frases de la “Suave Patria” de Ramón López Velarde. Algún búho anunciaba el inicio de su guardia nocturna con su grave canto desde la rama de un árbol lejano, entre el concierto de múltiples saltamontes silvestres que afinaban el chirriar de sus patas, y el trinar dulce y melodioso del ceniztonle madre que llamaba a los polluelos al nido acogedor.

Galicia despachó al grupo a Ocuilila, con el fin de darles la oportunidad de un buen baño y descanso en la posada. Sólo quedaron en Noria: Potter, Tarsicio y él mismo, para celebrar la tan esperada reunión con el nágual. Salvador Argumedo debía llevar a los expedicionarios, instalarlos y regresar por los restantes, ya que en los planes de Galicia faltaba solamente la entrevista con Febronio Miranda para poder tomar una decisión definitiva sobre el futuro de la investigación.

Esperaba poder incluir a Potter en la conversación, a fin de procurar su aceptación de la “Fase Noria” en extenso. Galicia encendió su pipa de tabaco tabasqueño

cuando se perdieron por el camino las luces traseras del “Safari” que se marchaba con sus enfurruñados pasajeros. Potter inició la batalla:

– ¡Ok, doctor! ¿What’s the matter now?

– Platicar con mister Miranda, Brent. Le he pedido a usted que se quede, para ver si es posible que asista y se forme por sí mismo una opinión más cercana a la importancia del asunto, aunque no estoy muy seguro de que el viejo acepte su presencia... y en caso de aceptarla, que hable abiertamente.

– Por mí no preocupar, my friend; pero *usted* puede decirme: ¿Por qué un hombre de su experiencia... un veterano como *usted* concede tanto interés a *nagoual*? ¿Por qué espera opinión favorable de my person?... you know, yo tiene un programa definido, un método aprobado.

– Porque creo que es usted un hombre con sensibilidad, Potter; pero también sé que una mentalidad anglosajona como la suya, difiere fuertemente de la forma de ver las cosas de nosotros los latinos. Para ustedes es sumamente importante el seguimiento estricto de una ruta trazada; es decir, los americanos son eminentemente pragmáticos, mientras que nosotros somos más dados a la improvisación en el camino... De usted, Potter, reconozco que su formación como arqueólogo le obliga a dar prioridad a las evidencias documentales o monumentales; en cambio yo, como antropólogo, tengo una necesaria inclinación al testimonio del hombre como una manifestación cultural.

Galicia interrumpió un momento para fumar la pipa, manejando otra vez su viejo truco de propiciar suspenso en su interlocutor. Potter lo miraba dubitativo y con ojos perspicaces.

– Usted, como extranjero al servicio de la ONU, – continuó Galicia – se interesa por aquellos trabajos que puedan acrecentar el patrimonio cultural de la humanidad, enriquecer museos y bibliotecas del mundo; punto de vista por demás válido y loable. Pero nosotros los mexicanos, no podemos soslayar cualquier oportunidad de acercarnos a la explicación racional de nuestra forma de ser, nuestro *way of life* para que me entienda... O como decía Reyes, los porqués de nuestras deficiencias, vicios, problemas sociales. Mucha gente del mundo, y en particular los estadounidenses, nos han acusado reiteradamente de que el mexicano vive atado a su pasado, a sus héroes, a sus gestas históricas; que nos pasamos la vida lamentándonos de intervenciones, de incomprensiones del mundo, de neocolonialismo, de dominación económica y contaminación cultural. Se nos reprocha el hecho de que, con la vista hacia el pasado, no enfrentamos el futuro, medrando en el inmediatismo expresado en el famoso *Mañana Será Otro Día*.

– Lo que a mi juicio sucede, – prosiguió – es que en el pasado mexicano hay factores y circunstancias históricas que están gravitando en nuestra realidad actual, y que no hemos sido capaces de identificar en gran parte. Ello propicia la proliferación de *trampas morales* y subterfugios tras los cuales nos escondemos: Si no somos capaces

de descubrir el origen de nuestras más profundas pulsiones y motivaciones, si no desciframos cabalmente nuestra idiosincrasia, en vez de intentar alternativas de solución, dejamos cómodamente que nuestra conciencia soslaye tales problemas. Yo veo, como gran parte de la moral mexicana se refugia bajo la idea de *otredad* que postuló Ortega y Gasset: Explicamos las cosas en los *otros*, culpamos siempre a *otros*: Los apáticos, ineficientes, corruptos, limitados e ignorantes son *otros*, e instintivamente asumimos que ese *otro* es nuestro prójimo, nuestro vecino, ¡pero nunca nosotros mismos!. Todo es cuestión de que alguien realice una crítica seria de nuestra *forma de ser*, para que, con una sonrisa beatífica la desdeñemos, absolutamente convencidos de que tal crítica sólo atañe a *los demás*. Nos excluimos de facto para refugiarnos en la *otredad* y culpamos de nuestras desgracias a los políticos, a los ricos poderosos, a los *gringos*, a la C.I.A... ¡Yo soy buen mexicano!... los malos, los *traumados*, los tramposos son *otros*.

Potter escuchaba con mucho interés. La personalidad del nagual y los apasionados razonamientos de Galicia, estaban empezando a provocar en él cierta atracción por la “Fase Noria” del proyecto, aunque en su modo de enfocar las cosas, cualquier descubrimiento tendría valor, únicamente en manos de verdaderos especialistas y técnicos: Americanos, por supuesto.

El ciudadano estadounidense; y más el sureño; y mucho más aún el tejano, siempre tuvo motivaciones totalmente contradictorias en sus relaciones con el vecino del sur: Por un lado, desprecio profundo por los mexicanitos grasientos y morenos, indignos de merecer el bendecido suelo americano de Monroe; por el otro lado, historias muy ligadas de un maridaje geográfico, economías compartidas, poblaciones intermezcladas; viejos lazos de sangre y territorio: El *ranger* y el *forajido* casados, el uno, con la hermana del otro.

– Lo que a mi parecer fuera de orden; lo que no comprender, es papel de mister *Mirrandá*. ¿What you tell me about?

– Es cosa de apreciación – repuso Galicia – ...de imaginación, de instinto. ¿Alguna vez a sentido usted una corazonada?

– ¿What?

– Premonición, augurio, intuición... ¡Es algo común en el investigador creativo!... Si usted acepta que los mexicanos tenemos preguntas, y que debemos buscar respuestas, yo presiento, sin ninguna base científica por supuesto, que el Nagual de Noria del Fraile puede proporcionar algunas. Sólo es cuestión de intentarlo ¿No cree usted?

– ¡All righth!, vamos con viejo *nagoal*. – aceptó Potter.

– En todo caso, ¿está usted de acuerdo en figurar exclusivamente como observador silencioso?

– ¡Yeah!... ¡Hey you, little mexican boy! – dijo Potter a Tarsicio – ve con señor *Mirrandá* y decir que estamos listos.

– ‘Tá bien, mister – y salió corriendo rumbo al jacal.

Febronio Miranda acudió impertérrito al llamado de los investigadores. Potter se situó de lado para poder mirar alternativamente a los interlocutores. Galicia inició el diálogo:

– Don Febronio: Solicité a Martín que le rogara asistir a esta reunión para poder platicar con us... – el viejo levantó la mano derecha en señal de entendimiento, o de ir al grano, o de algo así, interrumpiendo al doctor.

– Vienes de donde nace el sol... eres de los Teúles. – luego señaló a Potter con un brevísimo movimiento de los ojos – Viene de las tierras de Cíbola... no es de los Teúles, no d’esta tierra... ¡Sólo el joven Hijo del Sol guarda la sangre! ¿Dónde está?

– Mi sangre es española, pero crecí en esta tierra. No soy Teúle, porque esos tiempos pasaron. El señor se llama Potter y es de los Estados Unidos. Viene porque, como yo, quiere saber... conocer la verdad. Venimos en paz y nos iremos en paz. Estaremos aquí sólo hasta que usted lo permita.

Galicia comenzó a sentirse incómodo, sin encontrar las palabras y el tono adecuado. Tuvo la sensación de ser un aventurero que se enfrenta por vez primera ante el jefe de una tribu desconocida y salvaje. El anciano indígena nuevamente estaba dominando la reunión; proyectaba un carisma avasallador.

– El indio sabe lo que quieres... El indio te da su casa todo el tiempo que quieras y mandes. Pero tan sólo el Hijo del Sol puede saber lo que quieres saber; cuantimás que sólo él puede caminar por los caminos de Mictlan y preguntar al Señor de la Muerte sus recuerdos, guardados en el polvo de los *giñesos* de sus abuelos.

– ¿Por qué fue escogido él? – preguntó cauteloso Galicia.

– Porque su sangre viene de la sangre de nobles y sacerdotes. Porque es heredero de Tecayehuatzin, señor de Huexotzinco; lugar de sus antiguos parientes... Porque el noble poeta Tecayehuatzin, antes de viajar al Tlalocan, dejó su semilla en el vientre de Ixcuecuyoca, la que guiña los ojos, séptima hija de Itzcuahtzin, señor Tlatelolca matado por la defensa de Tenochtitlan... Porque el enviado que llamas Martín, lleva las últimas gotas de esa gran sangre; y nomás la sangre puede guardar recuerdos... Solamente él puede regresar por el camino de la sangre y ver lo que quieren sus mercedes ver.

Potter se mostraba profundamente dubitativo, Galicia tenso. Su mente estaba siendo forzada a trabajar al máximo para no perder el hilo de la comprensión, y para no cometer algún disparate con comentarios o preguntas estúpidas, que enojaran al viejo o lo hiciesen ver ridículo a sí mismo.

– ¿Cómo puede saber lo que quiere saber? – propuso.

– El Tlacuilo dejó el mensaje en los amates que hacen hablar a los que son sabios. – contestó lentamente el nagual – Está dicho cómo tiene que suceder, cuándo *haiga* de suceder... Porque las plumas se desgarran y la piedra se quiebra, pero los colores serán guardados para memoria de aquel que sepa recordar... del que quiera recordar...

del que pueda recordar... Como el joven nieto de Tecayehuatzin.

Una sopro de la brisa hizo percibir al antropólogo emanaciones de copal y resinas olorosas, lo que dio un toque de misticismo a la reunión. Fue un efluvio embriagante al parecer fortuito, pero ya Galicia dudaba que las cosas ahí fuesen fortuitas; Febronio Miranda tenía el don de generar ambientes de esoterismo; tal cual si flotara un aura de religiosidad a su alrededor.

Potter miraba al nagual con gran intensidad; se podía percibir la expectación que el anciano despertaba en el americano, y la pregunta que rebullía en su mente: «¿Quién es usted, señor Febronio Miranda?», pero nunca llegó a expresarla con la voz. Evidentemente, el nagual era alguna clase de depositario de la tradición náhuatl; sus frases dejaban entrever un profundo conocimiento de la historia antigua, y su lenguaje castellano, deformado a la usanza indígena, se transformaba en una reliquia de sintaxis al profundizar conceptos. Con toda seguridad, Febronio Miranda ostentaba algún cargo dignatario traspasado de padres a hijos, junto con la encomienda y la salvaguarda de alguna trascendente misión.

– Usted ha dicho “querer recordar”. ¿Se debe querer? ¿Es necesario querer recordar? – preguntó Galicia.

El nagual preparó en silencio su respuesta. Duró casi dos minutos y finalmente dijo en el mismo tono:

– Recordar las cosas antiguas es regresar el tiempo; viajar en sentido opuesto por las ataduras de años; desandar el camino dejado por los muertos... Sólo el ánimo puede; la carne debe quedar mientras el ánimo viaja. Así Quetzalcóatl viajó a Mictlan para revivir los huesos de los macegales con la sangre de su pene... Pero Quetzalcóatl, que es el Señor de la Noche y el Viento, viajó con permiso de los Cinco Señores; y supo ir a Mictlan y supo volver... Ahora ya no hay dioses; y el ánimo del príncipe hombre, puede perder el regreso y flotar por siempre en alguno de los trece cielos... Puede no volver... puede morir. Por eso ¡Debe querer!; por eso debe estar preparado... Por eso, nadie más que el indio noble, el príncipe, puede saber... si quiere saber...

– ¿Regresará usted con él? ¿Lo conducirá?

– No. Él será compañero de la soledad... Yo soy el que invoca, el que vigila la carne sin ánimo, el que prepara el espíritu, el purificador del cuerpo... El que enseña el principio del camino y espera el regreso... ¡Si hay regreso!

Potter se mostraba ahora sumamente intrigado. Comprendió con toda claridad que no debía intervenir en lo absoluto, pero su pragmática mente anglosajona le exigía algo más sólido para poder aceptar lo que estaba escuchando. Fijó toda la fuerza de su mirada en Galicia, tratando de telegrafiarle con un gesto, la solicitud de pruebas, de datos, de bases susceptibles de una valoración racional. Galicia, intuitivo o receptivo, captó de inmediato el punto y hacia ese objetivo preguntó:

– Lo que usted ha dicho, señor Miranda, tiene un alto valor para nosotros. De

hecho es esta la más grande experiencia en mi carrera profesional, pero usted comprenderá que al existir algún peligro o riesgo en uno de los miembros del equipo, es muy necesario saber en que basa usted lo dicho: ¿Cómo sabe tanto? ¿Cómo identificó la personalidad de Martín, y de paso, la de todos nosotros?

El nagual no contestó. Únicamente levantó la mano y agitó levemente el dedo índice. Atento a ello, Tarsicio salió disparado hacia el jacal, para regresar con un curioso envoltorio de polietileno en que se alcanzaban a leer las iniciales “IMSS” en color verde desleído. Al punto lo entregó y el viejo procedió a retirar parsimoniosamente la envoltura, que en algún tiempo fue bolsa de basura de hospital.

Cuando el último doblez fue extendido, Galicia no pudo contener una exclamación de asombro con los ojos crispados por la tensión: Febronio Miranda estaba desplegando como acordeón una larga tira de hojas de Amate. Los incrédulos ojos de ambos hombres recorrían cuadro a cuadro las imágenes de símbolos prehispánicos de lugares, movimientos humanos, recuadros de fechas del calendario mexicano, signos de las ceremonias del Fuego Nuevo en cada determinado período: ¡Un códice al parecer precortesiano!; sin mancha de caracteres o anotaciones de fraile alguno. ¡Dieciocho hojas pintadas por ambos lados con innumerables pictografías en un muy aceptable estado de conservación! ¡Tarsicio tenía razón cuando le hizo imaginar el “Códice Galiciano”, que ahora ya no era una ilusión quimérica. Ahí estaba, a ochenta centímetros de sus manos, la consagración de su carrera como antropólogo!

Potter no pudo resistir más y preguntó ansioso:

– ¿Puede yo tomar fotografías de libro, señor *Mirranda*? ¡Please!

El viejo, inmutable, empezó a plegar nuevamente el documento con cuidado amoroso, mientras lentamente dijo:

– Sólo el príncipe puede... Sólo Martín Reyes Tecayehuatzin, mi señor, Hijo del Sol, heredero huexotzinca y tlatelolca... Si él no quiere saber, si no quiere recordar, deben ustedes irse en paz como vinieron, *asegún* dijo el teúle blanco... Entonces, el indio teocalpixque pochtecatl seguirá esperando al próximo hijo de la sangre.

La vieja bolsa de basura del Seguro Social cubrió nuevamente con su calor de plástico, el último pedazo de testimonio de nuestros ancestros, en espera de redención y reivindicación, desapareciendo en silencio bajo el brazo de su celoso guardián, el Nagual de Noria del Fraile.

XXI – Una Amenaza Velada

Por fin todo el grupo descansó en Ocuilita. Por la mañana, después de almorzar, se dispusieron a reanudar las actividades; Galicia estaba a punto de dictar las respectivas instrucciones cuando Zavala le hizo una seña con los ojos para que volteara a su espalda: Edelio Sifuentes, anciano patriarca de la población

indígena del lugar, se acercó al grupo caminando lento y cansino, con el apoyo de su gastado bastón de otate.

– ¡*Güenas* tengan sus mercedes!

– ¡Qué tal, don Edelio! – contestó Galicia – ¡Qué gusto de volver a verlo por acá! ¿Qué anda usted haciendo?

– Bien, patroncito... *ahí* pasándola nomás, pa' mercar unos sebos pa'l cura del pueblo... ¿Ya de *gielta* para la ciudad' capital?

– ¡No, qué va!... Todavía tenemos trabajo pendiente, don Edelio... Dos o tres días más.

El anciano se rascó la cabeza de pelo entrecano con un claro gesto de preocupación y exclamó contrito:

– ¡Ah qué caray, hombre!...

– ¿Por qué, don Edelio? ¿Pues qué pasa? – inquirió Paulina – ¿Hay algún problema?

– No, *pos* si ya sabemos que son sus mercedes gente del gobierno... pero...

– ¿Pero qué, don Edelio? – interpuso Martín – ¡Diga usted lo que sea!, su palabra tiene mucha ley para nosotros.

– *Pos* que andan por *ahí* en el pueblo unas viejas *argüenderas* alborotando la indiada, *quesque* por que van a venir a escarbar en el monte, allá por en ca' Febronio... *quesque* buscando *güesos* y piedras y no sé qué...

Galicia presintió la seriedad del asunto y retomó la pauta del diálogo, tratando de apaciguar al viejo Sifuentes:

– No se apure, mi amigo; ya estamos avisados con las autoridades del pueblo y del Gobierno del Estado y todo está en orden... Por qué no le dice a su gente que pronto nos iremos y que no los vamos a perjudicar para nada... Yo sé que a usted le hacen mucho caso.

– No, si no crea asté' que no les *haiga* dicho... Pero qué *quere* su mercé', si el indio es terco *pior* que mula... *Qesque* dicen que nomás doña *Ullalia* puede venir a escarbar... porque *aluego*, si no es ella *mesma*, les van a quitar sus milpitas, pa' poder llenar de chilangos y de soldados por todos lados... ¡Vaya usté' a ver!

Galicia y los demás se miraron preocupados. El recuerdo de Eulalia Guzmán aún gravitaba en la mente sencilla del indígena. Sus investigaciones que concluyeron con los famosos "Restos de Ixcateopan", transformaron la vida de los lugareños, pero obviamente eso era cosa del pasado, aunque muchos vecinos lo ignorasen y la siguiesen considerando como su benefactora.

– Está bien, don Edelio; gracias por avisarnos. Vamos a tratar de terminar lo más pronto que podamos para que estén todos tranquilos. ¡Yo le aseguro que no va a pasar nada!... Dígale por favor a la gente que nosotros no queremos hacerle mal a nadie, que somos de paz y que tan sólo queremos acabar pronto nuestro trabajo.

– 'Tonces, si son *astedes* de paz, ¿pa' que *queren* gringo picando piedra?... Dice

el indio que gringo que se sale de la carretera, ¡malo pa'l indio!... pero *ahí* sabrán... Que conste que yo quise *alvertirles* pa' que no les pase ningún mal... ¡Vayan con Dios, sus mercedes!

El anciano dio media vuelta sin alcanzar a ver la ceja arqueada de Potter, para quien fue directa la alusión. Los demás callaban esperando la opinión de Galicia con respecto a lo que parecía una embozada advertencia. Comunidades rurales como la de Ocuilita, pese a vivir dentro del marco constitucional y bajo las leyes del País, en reiteradas ocasiones dio muestra de saber defender por su cuenta y riesgo sus creencias y costumbres, no importando el costo para ello. Los derechos civiles y legales del indio mexicano pueden ser pisoteados y burlados, pero sus creencias nunca.

Galicia reinició la sesión celebrada en el pequeño comedor de la posada:

– Ya escucharon ustedes, señores... No obstante que no es la primera vez que tenemos dificultades como la que se acaba de presentar, quiero pedirles a todos que se manejen con mucho cuidado... No queremos problemas con los vecinos o con los pobladores en el campo; no quiero que ninguno de ustedes ande por ahí sin compañía. De ahora en adelante y durante todo el tiempo que permanezcamos en la región, todos sin excusa, deberán informar lugar y tiempo en donde se encuentren, la hora estimada de regreso y el objeto del viaje... Soy el responsable de la expedición y sea o no que decidamos continuar con la Fase Noria, ante todo estará la seguridad personal. Yo hablaré con quien sea necesario de las autoridades del pueblo, para procurar garantías y un buen clima de trabajo. ¿De acuerdo?

Todos asintieron sin hacer comentarios. El jefe continuó, según lo había planeado por la mañana:

– Ahora, el punto es si continuamos o no con la Fase Noria. Procederé a una recapitulación de hechos y situaciones presentadas hasta la madrugada de hoy. No quiero en este momento interrupciones; al final solicitaré la opinión personal de cada uno de ustedes, y en base a las mismas, tomaremos en conjunto la resolución que más convenga a los intereses del proyecto. Debo aclarar que sus puntos de vista podrán ser expresados con entera libertad, sin presiones de ninguna índole ni temor a represalias... ¡Pero eso sí!; de lo que cada uno decida a título personal, ya sea continuar o abandonar la expedición, es absolutamente responsabilidad de cada quien; de manera tal que, en un momento dado, el Instituto se reserva la prerrogativa de hacer válido el documento que todos firmamos sobre aceptación de riesgos profesionales; con excepción del señor Brenton Potter, quien no depende directamente de nosotros. ¿Estamos?

El rostro de Galicia estaba imponente, sin el menor asomo de debilidad o duda. Los semblantes de los demás, permanecían muy serios, acusando la tensión creada ante la decisión que se les estaba imponiendo. Nadie opuso respuesta al «¿estamos?». Galicia prosiguió:

– ¡Bien!... Ya en la junta de ayer expusimos todos nuestros puntos de vista en torno

a las ventajas y desventajas de la Fase Noria, por lo que puedo presumir que nadie necesita información adicional, salvo los avances ocurridos de ayer a mediodía, hasta este momento y que en lo general son: Por un lado, el hallazgo de evidencia monumental, relativo a las ruinas del camino a Ocuilita de Abajo, que por sí mismo se ajusta al proyecto original sobre las rutas Pochtecas; y que bien podría constituir un descubrimiento de mayores alcances para la arqueología nacional.

En segundo lugar – prosiguió – tenemos la aparición del códice exhibido anoche por Febronio Miranda. Es un pliego de amate aparentemente original que incluye una cierta clase de Tonalámatl que los sacerdotes mexicas utilizaban para predecir el destino de los hombres desde su nacimiento. Y digo *cierta clase*, porque difiere en muchos aspectos del verdadero Tonalámatl... El primer cuadro incluye el símbolo de Tenochtitlan y los glifos representativos de la ceremonia del Fuego Nuevo y de Moctezuma Xocoyotzin, el antepenúltimo emperador azteca. En el segundo cuadro, pude alcanzar a apreciar el mismo signo de la ciudad, pero con su templo envuelto en llamas, lo que sin duda representa la caída del imperio a manos de los españoles. Después se ven en los cuadros siguientes rutas expresadas por pequeñas huellas de pies a lo largo de la tira, encontrándose en cada tramo regular, el famoso signo del Fuego Nuevo, lo que significa el transcurso de cincuenta y dos años entre cada signo. También aparece varias veces el signo que marca el rumbo conocido como Huitztlampá, que para nosotros equivale al sur, finalizando la ruta en un lugar señalado con la efígie de Yacatecutli, después de nueve Fuegos Nuevos, es decir, más o menos cuatrocientos sesenta años.

Se podía escuchar el vuelo de una mosca. Galicia se tomó un respiro antes de aventurar la sorprendente conclusión a la que había llegado, después de darle mil vueltas al asunto. Sacudió la ceniza de la pipa y con la mirada fija en la pequeña brasa del tabaco tabasqueño, reanudó sentencioso:

– Si este códice, por así llamarlo, resulta auténtico, no puede tratarse de otra cosa que una profecía, ya que se origina en de La Conquista y sigue una ruta de casi medio milenio a partir de la caída de Tenochtitlan. ¿Se dan cuenta de la extraordinaria importancia que ese documento puede revestir para la historia de México? ¡Una profecía inscrita en amate descubierta por investigadores mexicanos! Un testimonio que no aparecerá en los museos del extranjero, como sucede con la mayoría de los códices conocidos, que siendo patrimonio cultural de nuestra nación por derecho moral, yacen en Viena, en el Vaticano, Madrid o Nueva York... ¡Señores! Este hallazgo por sí sólo justifica ampliamente la “Fase Noria”, según mi modo de ver las cosas... Pero, siguiendo con el análisis de hechos y circunstancias...

Potter garabateaba datos y notas en inglés. Tarsicio husmeaba tras el hombro del americano.

– Según lo dicho por Febronio Miranda, únicamente el licenciado Reyes podrá tener acceso al documento. Aquí hay cierta relación bastante intrigante: ¡Concéntrense bien! Al llegar la expedición por primera vez a Noria del Fraile, Miranda

dio claras muestras de reverencia ante Martín; parecía estar esperándolo, evidenció conocer el santo y seña de cada uno de nosotros, sin presentaciones previas, a menos que Tarsicio le haya dicho...

– ¡No *dotor*, yo no! – protestó como resorte el muchacho.

– ¡Dije que no quería interrupciones! – atajó enérgico Galicia – ...El nagual le otorgó el tratamiento nobiliario llamándolo “Martintzin”. El detalle no hubiera pasado de anecdótico, pero anoche le atribuyó líneas de parentesco consanguíneo con antiguos señores Tlatelolcas y Huexotzincas... Además, se refirió a él como “Martín Reyes Tecayehuatzin” ... ¿Se fijan?: No *Tecpa*, sino *Tecayehuatzin*, dando a entender que el segundo apellido de nuestro ilustre colega aquí presente, probablemente sea una corrupción fonética ocurrida a través de las generaciones, de la palabra *Tecayehuatzin*, nombre del poeta y filósofo señor de Huexotzinco.

Martín se mostraba sombrío. Estaba empezando a comprender muchas cosas, atando los cabos sueltos de varios detalles que hasta ahora no tenían pies ni cabeza. Galicia siguió su especulación:

– Así las cosas, necesariamente se establece una relación directa entre Martín, el nagual y el documento que vimos anoche. Sin embargo, la cosa no para ahí. Por lo que pudimos apreciar Potter y su servidor, hay una serie de condiciones, no exentas de riesgo, que comprometen más fuertemente a Reyes. Sin duda, el asunto nos lleva de la mano al tan discutido asunto de la búsqueda de las raíces históricas que determinaron la configuración actual de la idiosincrasia mexicana y su falta de identidad social, o como gusten llamarle. Es probable que cuando Martín habló con Miranda, le dejó traslucir algunas de esas inquietudes, con lo cual, supongo que el viejo reafirmó la supuesta calidad de Reyes como “El Esperado” que anuncia su código.

– El caso es que Miranda – continuó –, que por cierto se autonombró “Teocalpixque Pochtécatl”, que más o menos significa mayordomo o intendente del templo de los comerciantes o de Yacatecutli, afirmó que Martín podía tener acceso al conocimiento de lo sucedido a lo largo de la historia presenciada por sus ancestros. Pero sólo mediante cierto tipo de ceremonia ritual que implica lo que nosotros podríamos definir como un trance de regresión; o como él dijo, un viaje por los *caminos de Mic-tlan*... Ahí estriba el grado de peligrosidad, que tendríamos que sopesar con sumo cuidado antes de aceptar el procedimiento... Y es ahí también donde radica la principal condición impuesta por Febronio Miranda para ceder el documento: «Sólo el príncipe puede, si quiere», especificó con más o menos palabras, dando a entender que solamente Martín podría convertirse en el depositario de las tradiciones tan celosamente guardadas durante tanto tiempo.

Varios rabillos de ojo enfocaban a un Martín pálido y con la frente húmeda. Nadie pudo saber que también sus manos estaban pegajosas de un sudor viscoso, mientras que boca y garganta acusaban una terrible sequedad. Luego vino la conclusión del jefe de la expedición:

– Creo que con lo dicho, tienen ustedes todas las cartas sobre la mesa. A mí sólo me falta dejar bien claro que, aun en caso de decidir continuar, si a mi juicio no se reúnen todas las garantías de seguridad y total colaboración, el proyecto será abortado sin discusiones ¿De acuerdo?... Voy a pedir la última y definitiva opinión de cada uno de ustedes en relación estricta del asunto “Noria”; después no habrá apelaciones ni reconsideraciones... ¿Señor Brenton Potter?

Potter se ajustó los lentes oscuros de aviador, irguiéndose un poco más para contestar:

– ¡O.K!; hoy por mañana, estar listo para dejar grupo y volar to Acapulco Port... but... dos cosas: Planteamiento de doctor Galicia ahora, y visita de señor *Sifontes*, decir a todos go ahead ¡Adelante with project of the *Norria!* Si *ostedes* permitir... Yo informo UNESCO importancia of the investigation. My pleasure.

– ¡Gracias, Brent!; no esperábamos menos de usted. ¿Fernando?

– No hay discusión por mi parte, doctor. Lo que usted nos acaba de exponer elimina todas las prioridades anteriores. Cuento usted con mi total colaboración... Sin embargo, creo necesario manifestar que mi aceptación de la Fase Noria y todo lo que de ella resulte, depende de si el licenciado Reyes está totalmente de acuerdo con mi participación en el equipo, dentro de un marco de mutuo respeto y profesionalismo.

La mirada cargada de intención de Fernando para Martín, sólo fue comprendida por Paulina y Tarsicio, testigos de lo sucedido en las ruinas de Ocuilita. Martín movió la cabeza en señal de asentimiento. Galicia dijo:

– ¿Paulina?

– Ya sabe usted mi opinión, maestro: ¡Adelante!

– ¿Jaime?

– Me dijeron que la camioneta estará lista mañana a mediodía, doctor. ¡Cuento usted con ella y conmigo para todo lo que se ofrezca!; lo que decidan ustedes está bien para mí.

Galicia titubeó por un segundo al mirar a Tarsicio, pero vio la mirada anhelante del chiquillo que quería ser tomado en cuenta. Vino a la memoria del antropólogo aquel verso que decía:

«Y rumbo hacia los corrales»

«Se ve a un chiquillo que va resuelto»

«Él quiere torear un toro»

«Su vida pone por precio»

– ¿Tarsicio?

La mirada de Tarsicio se iluminó chispeante al escuchar su nombre en medio de la solemnidad de la reunión; la aventura era para él una experiencia inolvidable.

– ¡Sí, *dotor!* ¡Voy de ayudante de usté’ y secretario de Martincito y amigo del joven Fer’ y de Jaimito, y el que cuida a la *dotorcita* Paulina, y el que le carga sus cosas a

mister *Porter*!

– ¡Potter, Tarsicio!; el señor se apellida Potter. Además, no se dice *pué*, se dice pues... ¿entendiste? ¡Pues!

– Tá' *güeno*, *pué*'.

La intervención de Tarsicio relajó un poco la tensión, que todos aprovecharon para reacomodarse en las sillas y estirar la espalda. Luego todos callaron cuando Galicia preguntó:

– ¿Martín?... Quiero que piense con mucho cuidado lo que va a decir, porque necesariamente sería usted parte medular de todo el asunto, incluyendo los principales riesgos. ¿Qué piensa de esto?

Martín se levantó súbitamente de su silla sorprendiendo a los presentes; los recorrió con una mirada penetrante; y con voz firme habló, en un tono que daba la apariencia de no admitir réplica:

– Sé que por causas ajenas a mi voluntad, me veo en la situación especial de ser el factor determinante en la Fase Noria... Pero todos ustedes han sabido de mis anhelos y mis dudas, de mi dolor por México; de la inmensa frustración que siento por no ser capaz de remediar nuestras carencias y nuestros sueños fallidos, al fin granos de polvo en la inmensa Nación Mexicana... ¡Pero ahora estamos ante una gran oportunidad! ¡Estoy profundamente convencido de que no debemos desperdiciarla y dejarla ir! Quiero que sepan que no es mi intención figurar; ni busco la fama ni pretendo sobresalir ante ninguno de ustedes!... Exclusivamente quiero aportar algo que pueda ser útil al País, sin presunción, sin falsas campanas al vuelo... ¡Hagámoslo, compañeros!... ¡No me importan los riesgos si cuento con todos ustedes! ¡Si tengo su apoyo y afecto!... ¡Doctor, vamos adelante!; y si gusta usted, le firmo ahora mismo una responsiva personal específica de la Fase Noria, contra cualquier daño que pueda sufrir en el transcurso de la investigación.

Cuando terminó de hablar, la tensión reinante momentos antes se transformó en un estado de emoción, sólo contenida con gracias a la educada disciplina profesional de los investigadores. Pero Tarsicio no era un profesional de disciplina educada. Gritó alborozado:

– ¡Mucho, Martincito! ¡Ese es mi gallo, *pué*!

– ¡Muy bien! – dijo Galicia – Sabía cual iba a ser la respuesta del grupo, por lo que me siento grandemente satisfecho y orgulloso del mejor equipo de trabajo que me ha tocado dirigir... Quiero decirles a todos que ya me había tomado la libertad de tomar algunas previsiones para el apoyo logístico de la investigación: Hablé por teléfono con el doctor De la Vega. ¡Tenemos toda su aprobación! y es probable que venga a supervisar personalmente los preparativos de la investigación... También le encargué hacer contacto con un psiquiatra amigo mío, para ver si podemos obtener su asesoría en lo relativo a las famosas ceremonias que planteó el nagual, incluyendo la supervisión médica del asunto. Argumedo tiene el encargo de traer equipo es-

pecializado para las excavaciones de Ocuilita y para el campamento, en fin, todo lo necesario... Ya nada más nos queda resolver el problema de las dos sedes del grupo y distribuir a los elementos en cada una: La sede Ixcateopan y la sede Noria.

Paulina pidió hacer uso de la palabra. Galicia se la concedió:

– ¿Quiere usted agregar algo, Paulina?

– ¡Sí maestro!: Relativo a lo de las dos sedes. Si mañana está lista la camioneta, y puede usted incluir en el equipo que va a traer el licenciado Argumedo, aparatos de comunicación por radio: onda corta, banda civil, qué sé yo; sólo restaría la cuestión de establecer un campamento único en Noria, sin demasiada instalación de toldos y tiendas que inquieten a la gente.

– Esa es la idea, Paulina ¿Qué sugiere usted?

– ¡Un camión de acampar para ocho personas!... ¡Yo podría conseguirlo!; con baño, cocineta, clima; en fin.

– ¡Hombre, sería ideal! – aprobó Galicia – pero ¿Cómo dice que lo puede conseguir?; recuerde que es para ahora o a más tardar, mañana.

– Si me permite hacer una llamada telefónica – dijo la joven, levantándose ante la mirada intrigada de todos. Fue hacia la administración de la posada y dio un número. Cuando estuvo lista la comunicación, recibió el auricular y saludó festiva:

– ¡Prima! ¿Qué tal?... ¡Habla Paulina!... ¡Ni te imaginas en las que ando!...

XXII – Uno Entre Un Millón de Charlatanes

A l desandar el camino rumbo a Taxco, había un cierto desasosiego en el ánimo de Galicia. Lo acompañaron Jaime, al frente de la renovada camioneta y Paulina, en el desempeño de su comisión especial; en Taxco ella permanecería afuera de la estación inferior del funicular que sube espectacularmente al Hotel “Monte Taxco”; ahí quedó de esperar la llegada del *camper*, para luego reunirse con el resto del grupo en Noria del Fraile. Cuando bajó del vehículo en el sitio convenido y Zavala dio vuelta en redondo para dirigirse al campo aéreo de la ciudad, Galicia se arrellanó en el asiento junto al chofer, no sabiendo a ciencia cierta como abordar el tema que lo preocupaba, hasta que decidió entrar al río por la orilla:

– Jaime...

– ¡Sí, doctor! – contestó Zavala sin quitar la vista del camino.

– Me gustaría pedirle un favor... personal.

El chofer contrajo imperceptiblemente el ceño, sorprendido por el tono algo inseguro del jefe.

– Lo que sea, doctor... ¡Con toda confianza!

– Quiero que cuando aterrice el helicóptero que esperamos, se las ingenie us-

ted para entretenerme por unos minutos al doctor De la Vega apartándolo con algún pretexto, para que pueda yo hablar a solas con el otro. Es un viejo conocido, ¿sabe?... Pero tuvimos ciertas dificultades y me gustaría saber en que plan viene... ¿De acuerdo?

– ¡Déjemelo de mi cuenta, doctor! ¡Ya sabe que para esos menesteres me pinto solo!... Y... gracias por su confianza, señor: Después de lo que usted hizo por mí, no puedo más que agradeceréelo con toda mi lealtad.

– ¡A caray!; y que fue lo que yo hice por usted... ¡Digo!, si se puede saber.

– ¿Cómo qué, doctor?, ni más ni menos que *desafanarme* por lo del accidente. ¿Le parece poco? Otro en su lugar ya me hubiera echado toda la culpa y chance hasta'l bote me andaba mandando.

Galicia sonrió. Desde que recogieron la camioneta y partieron de Ixcateopan a Taxco, bien pudo observar que Jaime Zavala manejaba más despacio y con más precaución. Al fin llegaron a la conocida pista de aterrizaje donde días antes habían recibido a Potter. Un helicóptero había llegado poco antes y De la Vega conversaba algo con el piloto al lado de la nave ya apagada.

– ¡Bienvenido al frente, Horacio! – saludó festivo Galicia – ¿Qué tal el viaje? ¿Y el doctor Torres?

– ¡Hola, mi querido Jesús José: El ave de las tempestades! ¿Estás enterado del revuelo que armaste en las oficinas de México? ¡Espero que tengas algo bueno entre manos!

– ¡Ya lo verás más adelante! ¿Llegó contigo Torres? – insistió Galicia buscando con la mirada.

– Fue a hablar por teléfono a la caseta. Parece que quiere hacer alguna reservación o algo así.

Galicia vio su oportunidad.

– ¡Voy a ver si puedo ayudarlo, no me tardo!... Te dejo un momento con mi chofer.

Zavala captó la intención de la última frase y se apresuró con Horacio de la Vega, mientras Galicia sin mediar otra cosa, se dirigió a la caseta en busca de Torres. Con un breve «permítame sus cosas», Zavala abordó al visitante, recogiendo el portafolio y la bolsa de viaje que formaban su equipaje. Dio dos pasos y cayó aparatosamente con las pertenencias de De la Vega, entre agudas exclamaciones de dolor. Tanto el piloto como el profesor acudieron presurosos a ayudarlo: «¿Qué le pasó, hombre?» «Pisé mal con el tobillo lastimado» «A ver, déjeme ver»; y la comisión de Zavala fue airosamente cumplida.

Galicia entró a la caseta en el momento en que Torres colgaba el auricular y se viraba para reunirse con De la Vega. Sus miradas se encontraron y el movimiento de ambos se paralizó.

Los dos entrecanos; Galicia delgado, Torres más lleno, más calvo, más moreno.

Las pupilas de los dos vibraron y las fórmulas habituales de cortesía huyeron. En un instante, el pasado lejano de la ciudad de Puebla giró vertiginosamente por la mente de cada uno y los músculos faciales se tensaron; trataban de reconocerse, de estar seguros de que el otro era aquel de la infancia, cercano el medio siglo de distancia desde la última vez que se vieron; pero nunca hubo duda verdadera: «Sí es» pensaron al mismo tiempo ambos hombres. Y el moreno fue el primero que habló:

– ¡Gachupín!

– ¡Chindio!

– ¡Hijo de Puta!

– ¡Hijo de la Chingada!

– ¿Nos rompemos otra vez la madre, o me dejas darte un abrazo?

Galicia extendió los brazos y el abrazo vino fuerte, prolongado, emocionado; lleno de viril ternura; con sabor a viejos dolores curados por el tiempo. Dos niños del ayer de Puebla; dos hombres hoy: El Antropólogo inmigrante español mexicanizado; y el psiquiatra descendiente de la más pura sangre cholulteca; nuevo encuentro que volvió a escenificar de algún modo, el choque y la reconciliación que México y España han venido recreando durante casi medio milenio.

Poco después, desde la terraza sombreada del lujoso restaurant-bar, al amparo de refrescantes combinaciones de ron o brandy con refresco de cola y agua mineral, los tres hombres hablaron largo y tendido sobre el asunto de Noria del Fraile. Galicia informando los pormenores, circunstancias y expectativas, sin omitir detalles al parecer triviales, como la actitud despreciativa y prepotente de Brenton Potter, la inestabilidad hormonal de Paulina, la rebeldía de Ortega y la inseguridad de Martín. Tampoco se guardó el inquietante aviso del anciano Edelio Sifuentes.

De hecho, Galicia sobrellevó el grueso de la conversación, salpicada ocasionalmente con preguntas técnicas de De la Vega y con miradas curiosas, entre humo de pipa, de parte de Torres.

Casi al final, el tema empezó a centrarse en la famosa ceremonia del nagual, así como los términos tan insistentemente manejados por el viejo: *Recordar, saber, recorrer los caminos del Mictlan*. El doctor Jacinto Antonio Torres se fue percatando del papel que esperaban que desempeñara en el asunto; era un reconocido investigador sobre los efectos de distintas sustancias psicotropas sobre la mente humana: Visiones, alucinaciones, viajes psicodélicos, trance psíquico; y estaba llegando la hora de dar su opinión. Al momento en que Galicia terminó de hablar, De la Vega volteó a mirarlo con un gesto claro de «¿Cómo la ve?».

– ¡Fruslerías! – dijo Torres, provocando expresiones de desconcierto entre sus interlocutores – ¡Patrañas!... Al menos esa es la conclusión a la que he llegado, después de encuestar, interrogar, confesar a quién sabe cuántos drogadictos, gurús, iluminados, creyentes de Lobsang Rampa... Realmente, no hemos podido obtener ningún tipo de evidencia científica con relación a los famosos *viajes*. A lo más, se han detectado

signos de magnificación de las capacidades sensoriales del sistema nervioso, a base de fármacos o del ejercicio de la concentración mental, con la dificultad natural para realizar investigaciones serias, por las peculiaridades de ese tipo de gente.

El mesero trajo nuevas bebidas. Torres aguardó hasta que el servicio hizo mutis; luego prosiguió:

– El hombre puede amplificar su potencial psíquico, llegar hasta el detalle en sus descripciones, pero nunca más allá de la información que ha podido acumular durante su vida; por lo que lee, por lo que aprende, por lo que oye. Quizá reconozcamos que puede realizar creaciones producto de su propia capacidad de abstracción!, pero siempre basadas en lo que conoce, en lo que sabe. Un dragón, no es más que la suma de partes anatómicas de animales conocidos.

– ¿Entonces? – preguntó Galicia, un tanto descorazonado.

– Que me conste, nadie ha podido *viajar* mentalmente al pasado... Ni mucho menos al futuro. Claro que el hombre normal es capaz de predecir con alguna aproximación el futuro, pero siempre sobre bases de análisis históricos, estadísticos o simplemente vivenciales. Si este año llovió mucho, cualquier agricultor puede anunciar una buena cosecha para la próxima temporada; pero no puede de ninguna manera adivinar la fecha exacta de la primera lluvia, o quién y cuándo va a morir fulminado por una rayo. Lo mismo sucede con respecto al pasado; uno puede leer textos de historia o estudiar restos fósiles, ruinas, cerámica, tradiciones orales; y sobre esa base suponer, con algún grado de exactitud y el correlativo grado de inexactitud, cómo ocurrieron las cosas. Pero de eso a una regresión para *presenciar* los eventos sucedidos tiempo atrás, está por verse.

Galicia sentía derrumbarse el proyecto. Hasta ahora no vislumbraba un sustento desde el punto de vista médico. Sabía que De la Vega no respaldaría la fase “Noria” si no se ajustaba al rigor del método científico. Y sin ese apoyo, él no tendría ninguna justificación para autorizar la ceremonia, ni responsabilizarse por los riesgos reales o supuestos que implicara. Y si no hay ceremonia ni tampoco habrá código. Sólo un informe rutinario al Instituto. Trató de defenderse:

– ¿Y los casos conocidos de “mentalistas” o “psíquicos” que desentrañan crímenes que la policía no puede resolver?... ¿Y los “videntes” que con tocar algún objeto o estar en algún sitio especial pueden decir el nombre del dueño del objeto, o quién habitó ahí y a qué se dedicaba, describir retratos hablados, reconstruir diálogos?

Torres trataba de mostrarse amable, aunque no podía ocultar su escepticismo.

– Por un caso inobjetable, hay un millón de simuladores y charlatanes.

Horacio de la Vega propuso:

– Suponga, doctor, sólo por un momento, que nos quedamos con ese uno en un millón.

– Ahí es donde empiezan las dificultades. – contestó Torres – En primer lugar, me están ustedes sacando de mis dominios conocidos para llevarme al mundo de

la parapsicología, que no es exactamente mi fuerte. Ciertamente hay fenómenos por completo inexplicables para la ciencia que no podemos ignorar o negar a la ligera. Yo he dicho que no hemos encontrado evidencia científica de veracidad en materia de viajes mentales, pero eso no significa que hayamos demostrado su falsedad. ¡La realidad es que sabemos poco!... Quizá pudiera ser de utilidad para ustedes, si le damos al caso de la “Noria de Galicia” un enfoque de tipo neuro-psiquiátrico, campo en el que creo que pudiera aportar alguna ayuda.

Galicia respiró hondo; la tenue llama de la esperanza no acababa de extinguirse. Solicitó con un giro de los dedos que Torres continuara.

– En primer término, ustedes saben que actualmente está en auge la investigación relativa a los llamados *mediadores químicos* del sistema nervioso, que no son otra cosa que proteínas altamente especializadas que produce el organismo en cantidades infinitamente pequeñas, para permitir la conexión entre distintas neuronas o entre diferentes circuitos nerviosos... O para bloquearlos en algunos casos, como las famosas *endorfinas* que inhiben las sensaciones dolorosas. Hasta hace poco se conocían unos cuantos *mediadores*, pero con la tecnología ultramoderna, cada día se descubren nuevas sustancias con funciones especiales. Esto nos puede explicar algunos fenómenos de magnificación sensorial, tal vez porque ciertos mediadores químicos se vean estimulados o sustituidos, ya sea por efecto del LSD, de los alcaloides de la Marihuana y demás mugres que la gente se mete; o bien por la concentración entrenada... O por circunstancias extremas, como el caso del peligro inminente de muerte, después del cual, el individuo relata haber tenido una visión de su vida, incluido el recuerdo de sucesos profundamente olvidados.

De la Vega tamborileaba la mesa con un lapicero. Torres bebió un sorbo y siguió diciendo:

– También se pretende atribuir a los mediadores químicos nerviosos, el desbloqueo de la memoria que los psiquiatras inducimos por medio de la hipnosis, en la teoría de que al hipnotizar a una persona, en realidad sólo desactivamos las funciones normales de la conciencia, anulando los estímulos procedentes del exterior: Sonidos, imágenes visuales, estímulos del tacto, que normalmente predominan en la actividad de la corteza cerebral... De forma tal que, al propiciar un alto grado de relajamiento del sistema nervioso, ciertos circuitos neuronales pueden ejercer su función al tener el campo libre de las poderosas funciones mentales de la vida consciente, y así manifestarse, conducidas y controladas por el hipnotizador.

– En segundo lugar, – continuó Torres – entra en juego el asunto de la memoria. Está perfectamente definido que hay dos clases de memoria: La *memoria adquirida*, que no es otra cosa que el cúmulo de la información que recibimos durante nuestra vida; es decir, lo que aprendemos desde que nacemos o poco antes, hasta que morimos; y que somos capaces de recordar, algunos más, otros menos. Luego está la llamada *memoria filogenética*, que es aquella que radica en la intimidad de los ácidos

nucleicos de las células y que nos permiten conservar nuestras características como especie. La memoria filogenética se hereda de padres a hijos por la vía de los genes, mientras que la memoria adquirida se supone que termina con la muerte y sólo puede transmitirse por medio de comunicación externa: Los libros, la tradición oral...

Torres de detuvo para reencender su pipa olvidada durante la explicación. Ni Horacio de la Vega ni Juan José Galicia hablaron o hicieron pregunta alguna, intuyendo que el psiquiatra todavía no concluía su razonamiento. Dos amplias bocanadas de humo lanzado al techo del restaurante y luego prosiguió:

– Sin embargo, varios autores sostienen que debe existir algún tipo de puente entre ambas memorias... Se supone que en el cerebro hay circuitos neuronales especializados que guardan información de la memoria adquirida, inclusive de generaciones anteriores al individuo, de tal manera que si esto fuese cierto, también la memoria adquirida podría ser heredada, pero que no se manifiesta habitualmente, porque el sistema de vida del hombre la hace innecesaria. Se cree que de repente salta por razones que no conocemos, como el caso del turista que exclama: «Yo conozco este lugar» sin haber estado ahí jamás ni haberlo visto en fotografías o cine; o aquel que ve un retrato nunca antes visto y dice: «Yo sé quién es ésta persona»... Estas teorías se apoyan en fenómenos relacionados con algunas conductas animales, como sucede con las migraciones continentales de la Mariposa Monarca, que sin un folleto turístico, son capaces de volar desde Canadá hasta un sitio, exacto al milímetro, del suelo mexicano... ¡Hay muchos ejemplos!

El profesor De la Vega, asintiendo con el rostro, aprovechó la pausa dejada por Torres para incluir sus propias reflexiones. No ocultaba su enorme interés por el tema. Expuso a los dos científicos:

– Luego están por ahí las tesis del comportamiento intelectual de los dos grandes abuelos prehistóricos del hombre: El Neanderthal y el Cro-Magnon: El primero, con un escaso desarrollo frontal del cráneo, que le impidió a su cerebro perfeccionar habilidades para la comunicación oral o gráfica; pero con un gran crecimiento occipital que le permitió evolucionar las funciones memorísticas en alto nivel de excelencia, al grado tal que su desarrollo y supervivencia como subespecie antropoide, es atribuida a su capacidad de recordar. Existe la hipótesis de que alcanzaron la capacidad de transmitir genéticamente los conocimientos acumulados en forma de recuerdos. Ello hace suponer que los hijos nacían *sabiendo* lo que incontables generaciones anteriores aprendieron con el transcurso de los siglos... En tanto que el Hombre Cro-Magnon, distribuyó su desarrollo craneal más hacia los lóbulos frontales y menos hacia el área occipital, con lo que fue capaz de hablar, inventar cosas y transmitir directamente sus conocimientos; pero con un menor desarrollo de la capacidad de memoria, tal como somos nosotros en la actualidad.

Torres escuchaba absorto la disertación, en tanto que Galicia, nuevamente reanimado, se había metido completamente en el tema, encontrando un defendible

enlace entre lo expuesto por Torres y De la Vega con los pueblos mesoamericanos de antes de la conquista. Propuso su idea:

– ¡Aquí puede estar el meollo del asunto, señores!... Mientras hablaban, no pude evitar ciertas correlaciones con los pueblos prehispánicos de la mesa central. Ciertamente no me atreveré a postular que el indígena americano derivase del Hombre de Neanderthal, pero resulta sorprendente que Totonacas, Toltecas y Mayas, fundamentaron sus esquemas educativos precisamente en la ejercitación de la memoria, mediante cantos, danza y poesía... Apenas alcanzaron a desarrollar imágenes pictográficas. Su escritura se limitaba a dibujos que representaban conceptos o describían sucesos históricos, que en el mejor de los casos, sólo servían de referente para que quien los mirase pudiera recordar, relacionando las imágenes con los textos de los cantos y poesías aprendidos a fuerza de incontables repeticiones en el Calmécac y en el Telpochcalli... ¿Tú crees que ese sistema de aprendizaje basado en la memorización, tenga algo que ver con los métodos que propone el nagual?

Torres concedió:

– ¡Pudiera haber algo de eso!... Pero entonces dime tú: ¿Cómo piensa ese señor activar los mecanismos de enlace en ambas memorias del joven que quiere someter al experimento?... Sin equipo, sin tecnología, sin un laboratorio de bioquímica molecular... Y en todo caso, ¿qué criterio fundamentó la elección del conejillo de Indias?

– No creo poder contestar objetivamente a tus preguntas... ni creo que Febronio Miranda revele a nadie sus secretos, pero concédeme que hay cierta lógica entre tu teoría de los mediadores químicos, la función memorística y sus planteamientos!: Martín fue electo porque el viejo le reconoció de facto lazos de consanguinidad directa con gente que *sí* presencié las cosas en el momento y circunstancia en que los hechos sucedieron, sin las naturales deformaciones de los cronistas españoles. ¿Que cómo le reconoció y atribuyó tal descendencia? ¡No me lo preguntes!... Yo lo único que sé, es que en ningún momento el viejo dudó o titubeó sobre la personalidad de Martín... Por el otro lado, recuerda que los pueblos Tolteca–Nahoa eran formidables conocedores de la naturaleza, expertos herbolarios que trataban y curaban con bastante éxito la mayoría de las enfermedades conocidas por ellos... De hecho, hay quien sostiene que la medicina prehispánica superaba con mucho a la medicina europea de aquellos tiempos. Los curanderos de estas tierras observaban al enfermo, los efectos de sus tratamientos a base de plantas y vegetales; relacionaban el binomio causa–efecto; mientras que los médicos de la cristiandad se limitaban a recetar misas y sangrías, hasta que el pobre enfermo moría «Por la voluntad omnipotente de Nuestro Señor» o simplemente se le declaraba poseído por el demonio y era turnado a los leproarios o al tribunal de la Santa Inquisición...

Galicia guardó un silencio reflexivo por unos instantes, mientras ordenaba sus ideas antes de reanudar la secuencia de sus ideas:

– Aquí es donde relaciono el asunto de los mediadores químicos del sistema

nervioso con el *método* del nagual. Quien te dice que a través de incontables observaciones por el método de *ensayo-error*, en el transcurso de siglos, los sabios indígenas hayan llegado por inducción o deducción, a encontrar los mecanismos de activación de los puentes neuronales. Que hayan logrado provocar la producción de determinado mediador entre ambos tipos de memoria, aun sin conocerlos o identificarlos mediante radio isótopos o ¡qué sé yo!... Quizá sólo vieron que, a tal preparado de hierbas y raíces, tal efecto en el individuo; ¡El método es válido si te quieres atener al rigor científico actual!...

La pipa de Galicia giraba en el aire como siguiendo los trazos de un imaginario gis en un imaginario pizarrón.

– Entonces, de esto se puede desprender que si determinadas células del sistema nervioso de Martín, poseen almacenada información que le ha sido heredada por consanguinidad con sus antepasados; y el nagual conoce la fórmula para liberar tal información de la *memoria ancestral* y transferirlos a los circuitos de la memoria consciente... ¡Vamos!, si el viejo es capaz de descifrar los códigos de acceso de los programas protegidos, para correrlos en la computadora que vendría siendo el cerebro de Martín... ¿Podría funcionar?...

Galicia dejó el silencio expectante para el cual era un maestro consumado. Sometió a Jacinto Antonio Torres a una profunda reflexión, al cabo de la cual apenas se le escuchó meditar:

– Es interesante...

El Doctor De la Vega daba señales de reconocer algo de peso en los razonamientos de Galicia; sin embargo, se sabía poco experto en la materia en su condición de filósofo, por muy docto que fuera. Además, era un hombre sumamente cauteloso y prudente; sabía diferenciar entre la amistad y el afecto por largos años de trabajo compartido, y la responsabilidad profesional y oficial que implica tomar una decisión que puede afectar a terceros. Para recabar mayores elementos de juicio, consultó directamente a Torres:

– Desde su punto de vista médico, amigo Torres ¿A qué riesgos se supone que nos estamos enfrentando?

El psiquiatra lo pensó buen rato antes de contestar. Eligió con cuidado sus palabras y las fue vertiendo pausadamente.

– En la psiquiatría moderna es frecuente el uso de la sugestión hipnótica en el diagnóstico o el tratamiento de diversas alteraciones mentales. Empero, la mente humana es sumamente poderosa y compleja... tiene sus propios mecanismos de defensa, crea sus propias barreras y en alguna forma, la exploración del subconsciente es una agresión, una invasión, un ataque externo a la intimidad de los delicados estratos mentales no disponibles en forma natural o normal... Suelen presentarse reacciones, controlables unas veces, otras no tanto; pero siempre son imprevisibles en cuanto a la lesión que pueden producir, o en cuanto a su poder de recuperación...

De hecho, puede llegar a provocarse un daño mayor al que se busca resolver...

–El problema fundamental – continuó – durante la incursión al subconsciente de una persona, lo constituye el proceso de la involución del *estado hipnótico*; ¡vamos!, despertar al paciente, salir de ahí y retornar a la normalidad de la conciencia; conservar el camino despejado para regresar sin dañar nada... El riesgo se hace mayor, en cuanto mayor es la profundidad a que se llega; la mente puede crear bloqueos, cerrar las puertas, obstruir el camino antes del regreso... Y sabemos de personas que han sufrido estados de *autismo*, de *catatonía* en ocasiones irreversibles, o que llegan de plano a procesos de deterioro mental hasta la demencia, la esquizofrenia o algún otro estado psicótico ¡Vaya usted a saber!... Por ello, tales procedimientos nunca son tomados a la ligera ni se realizan como rutina... ¿Contesta eso su pregunta, doctor De la Vega?

El rostro del filósofo sólo acusó una profunda preocupación. Galicia sólo masculló:

– ¡El maldito viejo habló de peligros parecidos! ¡Bien que sabe su cuento!

– Pero, en fin... Me gustaría echarle primero un vistazo a tu aspirante a “viajero del tiempo”, Galicia. – propuso Torres – También cuenta mucho la madurez y estabilidad emocional del sujeto que va a someterse a tal experiencia.

– ¡Válgame Dios, ya la jodimos entonces! – respondió Galicia sarcástico.

XXIII – La Noche Serrana

En el improvisado campamento de Noria del Fraile, dos siluetas embijadas en sarapes rodeaban una fogata, mientras la tercera noche desde su llegada, se adueñaba del ambiente con todos sus personajes invisibles y sonidos nocturnos. Las primeras estrellas despuntaban sobre el agonizante crepúsculo que se iba perdiendo en el lejano horizonte. Cual surgido de la nada, Fernando Ortega se acercó a la reunión; habló quedo, como en tono de confidencia:

– ¿Puedo hablar un momento con usted, Martín?

El Biólogo se mostraba cauto. Recelaba la posible reacción del temperamental licenciado Reyes.

– ¡Claro, Fernando! ¿Quieres que sea en privado? – contestó el aludido en referencia a la presencia de Tarsicio.

– No hace falta, Reyes. De hecho, creo que sería conveniente que se quede aquí... Además, tal vez no tenga importancia.

– Entonces, siéntate junto al fuego y dinos de qué se trata.

Ortega buscó su espacio y se acomodó. Durante un breve lapso, sus ojos permanecieron fijos en la danza de las llamas y los ocasionales chisporroteos de las

resinosas maderas que se consumían; después tomó una varita para acomodar los leños, levantando una pequeña nube de luces crepitantes. Tarsicio miró a Martín con una expresión que podría significar algo parecido a «¿Qué se trae éste?». Finalmente, Fernando se decidió a hablar:

– ¿Han visto a Potter?... Desde que terminó la reunión y regresamos a Noria desapareció; ¿no?

Martín volteó al jacal; no se había acordado del americano en toda la tarde y la pregunta de Ortega lo hizo evidente que tampoco lo vio en los alrededores.

– ¡Es cierto! No lo he visto para nada... ¿Tú sabes de él? – preguntó al chiquillo.

– ¡Yo lo vi despucecito de que llegamos, Martincito! – terció Tarsicio – andaba dándole vueltas al jacal, haciendo dibujos en una libretita. Me le acerqué, pero me miró *de a tiro* feo... y de plano mejor me vine p'acá... – apuntó con la mano rumbo al camino de las ruinas de Ocuilita.

– Lueguito vi que jaló p'allá. Llevaba su cámara, su mochila y una pistolota que sacó de sus cosas.

– ¿Pistola? – dijo Martín – ¿Cuál pistola?

Tarsicio la describió ayudándose con las manos para dar una mejor idea de la silueta y dimensiones del arma.

– Una así de grande... igualita a las del gobierno, pero más bonita: ¡Negra, negra!; una cuarenta y cinco pavonada... Vi cuando la sacó, le *sambutió* el cargador y se la metió en el cinto.

Ortega empezó a dibujar en su rostro la mueca de una sonrisa de ironía, meneando la cabeza hacia los lados. Sin ver a nadie dijo:

– Curiosa junta ¿No les parece?

– ¿Por qué, Fernando? – le inquirió Martín con extrañeza – ¡Fue una buena junta!... Me parece que ya se dijo todo lo que tenía que decirse ¿O no?... A menos que...

– ¡No es por ahí, Martín! – interrumpió Ortega – Ni con respecto a la investigación, ni con respecto a nuestras diferencias que, entre paréntesis, por mí ya están olvidadas. ¡De verdad!

– ¿Entonces?

– Me refiero precisamente a Potter, a sus actitudes... No sé si haga bien en decir lo que pienso, porque lo que menos me interesa por ahora, es provocar nuevos malentendidos.

Martín empezó a sentir una cierta molestia. Ortega tenía la virtud de exasperarlo, pero sabía que era su deber tratar de controlarse, máxime después de lo sucedido y de lo declarado por él mismo, así es que trató de mostrarse conciliador.

– Mira Fernando, yo tengo un carácter muy difícil, te consta. Para mí fue duro entender que, mientras estemos metidos en esto, somos algo así como una familia que debe apoyarse mutuamente. ¡Te ofrezco mis disculpas personales y mi amistad si tú quieres aceptarlas! Créeme que siento la necesidad de contar con tu confian-

za... y tú con la nuestra. Si algo te preocupa, dilo solamente; tú mismo supones que puede no ser importante, pero eso no significa que no lo sea. Pienso que debemos ser cautos y no descuidar cualquier detalle por mínimo que nos parezca; así es que ¡Suéltalo de una vez!

Fernando sonrió animado; Tarsicio casi brincaba de curiosidad.

– Pues la cosa es que a mí me resulta muy sorprendente el cambio tan repentino de Potter... Fíjense cómo ayer casi echa por tierra el asunto del nágual. No nos bajó a los mexicanos de irresponsables y faltos de seriedad, presionando al maestro Galicia con lo de las Naciones Unidas, después se queda solo con él y el señor Miranda, quien les muestra el presunto códice y todo cambia de repente... Hoy por la mañana, cuando baje del cuarto en la posada, lo encontré hablando por un teléfono celular, no sé con quién, pero todo en Inglés. Él no me vio ni yo le entendí lo que decía, pero sí noté que hablaba rápido y exaltado, parecía fuera de sí. Cuando colgó, pude ver que sonreía de una manera muy extraña; luego llegó a la reunión de lo del viejo Sifuentes derrochando entusiasmo y apoyo a la fase Noria, sin acordarse de sus compromisos en Nueva York... Yo pensé que el doctor y el nágual lo habían convencido, pero luego se desaparece sin que nadie sepa a dónde, pese a que poco antes se nos dijo no andar de *Llanero Solitario*; y ahora resulta que según Tarsicio, anda con un arma y cámara fotográfica por las ruinas de Ocuiltita... No puedo evitar la sospecha de que algo se trama.

Martín se frotó la frente intranquilo al reconocer que Ortega no estaba exento de razón. El arma podía obedecer a las veladas amenazas de Edelio Sifuentes, quien hizo alusión directa al *gringo*; por otra parte, tomar fotografías no era una prohibición; de hecho, era parte del trabajo de Potter... Pero... ¿solo? ¿Sin avisar a nadie de sus intenciones o su paradero? Le dijo a Fernando:

– Creo que deberías comentar esto con el viejo Galicia; no vaya a ser el diablo.

– A mí me gustaría que usted lo haga cuando lo crea oportuno. – contestó Ortega – El maestro le tiene más confianza... Por eso vine a decírselo... Solamente me gustaría proponer que nos mantengamos con los ojos bien abiertos; posiblemente no pase de alguna coincidencia y estemos viendo moros con tranchetes.

– Tienes razón, Fernando; hay que vigilar al gringo... pero todo con la mayor discreción... ¡Sobre todo tú, Tarsicio!

– ¡Sácale pué', zanca! ¿Y yo por qué pué'?

– Por si las dudas. ¡Ni una palabra a nadie de esto! ¿De acuerdo?

El pacto quedó establecido en silencio. Los tres fijaron la vista en la fogata; la oscuridad de la noche era ya casi total y las llamas proyectaban sobre los rostros sombras fantasmagóricas. Tarsicio se llevó parsimoniosamente la mano al bolsillo de su deslavada camisa y extrajo con todo cuidado un paquete de cigarritos "Faros". Procedió con toda pompa a romper una de las esquinas del envoltorio y sacar uno de los cigarrillos; luego lo golpeó ligeramente contra la cajetilla para apretar el tabaco a

la usanza campesina, en medio de las miradas entre asombradas y divertidas de los dos mayores. Cuando terminó su ritual, cogió una brasa del fogón y lo encendió con chupadas inseguras. Martín le espetó, tratando con dificultad de no reír:

– ¿Y ahora tú, cabrón?... ¿Desde cuándo fumas?

– Desde que soy *investigador*, paisano... ¡Échese uno de estos, pa' que no diga!

El muchacho extendió la mano ofreciendo el paquete. A Fernando le dolían los músculos de la cara por contener la risa; Martín le recibió los cigarros y sacó uno para sí y le pasó el resto a Ortega, quien se limitó a leer el impreso de la cajetilla y decir:

– Me pregunto que opinarán Paulina y el doctor Galicia cuando se enteren de que ya eres un *investigador* fumador.

El rostro del chiquillo se demudó al instante atragantándose entre toses con el humo; no había considerado esa posibilidad. Martín estalló en una sonora carcajada contagiando súbito a Fernando Ortega. Tarsicio arrojó presuroso el cigarro a la lumbre golpeándose el pecho con la otra mano y tratando de decir, lleno de angustia:

– ¡Cof, cof!... ¡No, cof, por favor! ¡No les vayan a decir!... ¡La *dotor* me va a matar!... ¡cof!... y *aluego* el *dotor* me va a correr... ¡No les vaya a decir nada, por su madrecita santa, joven Fer'!

A Martín y a Fernando les corrían libres, gruesas lágrimas por la risa incontenible, mientras se oprimían con ambas manos el estómago:

– ¡*Investiga*...! ¡Ja, ja, ja!... ¡ay, mi estóma..! ¡ja, ja!

– ¡El “*dotor*” me va a...! ¡Ja, ja, ja!

– ¡No sea gacho, Martincito!; *demen* los cigarritos pa' quemarlos en la lumbre, pué'.

Martín, un poco repuesto, le recogió los cigarros a Fernando al tiempo que decía:

– ¡Deme, madres!... Ni Paulina ni el doctor Galicia te van a hacer nada... Pero estos cigarros... – agitó la cajetilla en el aire – ¡Se los voy a dar al viejo nagual, para que te eche un embrujo y te lleve el Caballo Negro! ¡Vas a ver!

Tarsicio se puso blanco como la cera, santiguándose frenéticamente.

– ¡Virgencita chula, ni lo permita Diosito Santo!... ¡Hágame usté' lo que quiera, Martín!, pero no me eche la sal con Febronio que ha d'estar por ahí oyendo... ¡Por su madrecita que está en el cielo se lo pido, Martincito! – Entre risas desternilladas, Martín le reclamó:

– ¿Y quién chingados te dijo que mi madre está en el cielo, baboso?

Fernando dejó de reír de pronto, mirando a su izquierda al escuchar una nueva voz recién llegada:

– ¡*Boenas* noches, my friends! ¿What's the matter?

– ¿Cómo está, Brenton? – contestó Martín el saludo – ¿Dónde andaba usted?

– ¡Oh, por ahí and over! Un poco de exercise, you know.

Fernando levantó una mano solicitando silencio con un siseo de la boca.

– Un momento... parece que alguien viene. – todos se callaron para escuchar el ruido lejano de un motor que se acercaba. No era el conocido ronquido de la camioneta de Zavala; el sonido provenía del camino rumbo al puente roto, y hacia allá hurgaron en la obscuridad. En pocos segundos se vislumbraron por entre los matorrales las potentes luces de unos faros delanteros. «Ha de ser Paulina» supuso Martín, sin poder evitar un íntimo regusto mezclado con esa opresión en la boca del estómago que la joven socióloga le producía. Se dio cuenta de que durante toda la tarde, su mente sólo estuvo ocupada con Febronio Miranda y con Paulina alternativamente; tal vez por eso no registró la ausencia de Potter hasta que Fernando se lo hizo notar. El camión de acampar llegó hasta las inmediaciones; era un vehículo grande, lujoso y llamativo; con un aparato de clima artificial empotrado en el techo y grandes ventanas laterales de cristales ahumados.

Tarsicio olvidó al instante sus preocupaciones y saltó presuroso al tiempo que decía:

– ¡Es la *ditora*, Martín!

El aludido también se levantó, guardó los cigarritos y fue hacia la portezuela lateral del amplio y moderno camión, llegando casi al tiempo que era abierta desde adentro.

– ¡Qué tal, muchachos! ¡Misión cumplida! – saludó alegre Paulina; Martín le extendió la mano para ayudarla a descender el peldaño final, exclamando:

– ¡Mira nada más que carrazo trajiste, Paulina! ¿De dónde lo sacaste?

– Es de mi tío... Nos lo presta por el tiempo que sea necesario; lo viene manejando mi prima, que quiero presentarles.

De la parte interior salió la chica, vestida de pantalones vaqueros de mezclilla y chamarra de explorador, con el cabello rubio atado en una cola de caballo. Paulina inició las presentaciones:

– ¡Prima! Él es el licenciado Martín Reyes; Martín: Ella es mi prima Jé... – se interrumpió de pronto al notar la mirada de asombro de Jéssica Guardiola; luego viró hacia Martín notando en su rostro una profunda conturbación, luego continuó corrigiendo el camino dijo:

– ¿Qué... se conocen?

Por la mente de Martín pasaron en un segundo los angustiosos momentos que vivió cuando tuvo que desertar de la Universidad por falta de recursos; Mucho tiempo se reprochó haber abandonado la carrera de Medicina sin despedirse siquiera de sus escasos amigos, en especial de Jéssica, que tan buena voluntad le mostró al tratar de ayudarlo. Revivió la vergüenza que le dominó cuando ella le ofreció ayuda económica, razón por la que prefirió simplemente no volver a pisar la escuela. Ahora se veía en el predicamento de mostrar una postura razonable ante el inesperado encuentro y pensar cómo manejar la situación o qué decirle a Paulina en caso de que Jéssica le contara cosas que él preferiría dejar guardadas.

Por su parte, la primera reacción de Jéssica fue de sorpresa, al reconocer el rostro del joven aquél, por el cual llegó a tener una o dos noches de insomnio poblado de pensamientos entre románticos y eróticos. Después de tantos años, nunca se imaginó que aquél “Martín” al que se refería Paulina apenas hacía un rato, fuese el mismo que ella había conocido cuando eran estudiantes. Sólo le bastó un destello de intuición, para inferir que el joven de la novela no le era totalmente indiferente a su prima en el plano sentimental, aunque Paulina se cuidó de disimularlo mientras charlaban en el *camper* rumbo a Noria del Fraile.

– ¿Qué tal, *Marty*? – dijo extendiendo la mano.

– ¡Ho... hola, Jéssica! – contestó tomando su mano en un apretón. Por un segundo le sostuvo la mirada, desviándola hacia Paulina, que observaba la escena estupefacta. – Nos conocimos en la universidad – dijo Martín casi en tono de disculpa – ...cuando yo estudiaba medicina.

Paulina por su parte comenzó a atar cabos vertiginosamente. Recordó aquella memorable tarde en casa de Jéssica, cuando su prima estuvo a punto de contarle la confidencia del estudiante pobretón que quería ayudar para que continuase estudiando. Al comprender que se trataba del mismo “Martín”, no pudo evitar un fugaz latigazo de celos, ni algo de arrepentimiento por haber sido ella misma quien involucrara a la prima en esta aventura. Hasta ese momento, ella era la heroína única e indiscutible del grupo, aunque siempre trató de despojarse de pensamientos sexistas en cuanto a su participación, conducta que ya le había costado dos o tres encuentros de esgrima verbal con Martín. Sin mucha convicción dijo, tratando de desviar el rumbo:

– Bueno... ¡Bueno! Me alegro que se conozcan... Mira Jess: Este es el señor Brenton Potter, agregado de la UNESCO para la investigación.

– ¡*Moucho* gusto, miss!...

– Jéssica Guardiola, mister Potter, ¿how are you? – respondió la chica en impecable inglés.

– ¡Fine, thank you!... I’m so glad to meet you. I hope to have a good friend.

– Your’e welcome... I think so too.

Martín también sintió indefinibles cosquillas en su territorialidad ante el aplo-mo y seguridad del americano, así como la soltura de Jéssica con el inglés, que a él todavía se le dificultaba bastante. Paulina continuó:

– Y Fernando Ortega, el biólogo de la expedición; experto en plantas y hierbas.

Jéssica le tendió la mano al tiempo que decía en broma:

– ¿Experto en hierbas?... ¿En todas las hierbas? ¡A lo mejor usted y yo nos entendemos bastante bien!

Fernando, para variar, se sonrojó al captar la alusión que hacía la muchacha, más que a las hierbas, a la Marihuana. Mientras tanto, por detrás sintió Jéssica un leve toque en su codo y una voz diferente que señaló:

– ¡Yo soy Tarsicio Sánchez, *giierita!* ¡Pa' servir a usté' pué'!

– ¡Ayyy! – saltó ella al mirar de repente al chaparrito moreno que le mostraba las blancas hileras de dientes de su sonrisa, expresión que cambió de inmediato por una de desconcierto ante la reacción de la joven.

– ¡Calma, prima!... Tarsicio es parte del grupo. Algo así como nuestro ángel guardián y amuleto de la buena suerte. – Tarsicio sintió que le rebosaba el pecho de orgullo al oír a Paulina defenderlo.

Jéssica se agachó flexionando sus esbeltas piernas hasta quedar de frente a él y le tomó de los hombros.

– ¿Así es que tú eres el amuleto de la buena suerte de Paulina?

– Y secretario de Martín; y ayudante del *dotor*, del joven Fer' y de mister Porter; y copiloto de Jaimito el chofer...

Martín le arrebató el hilo de la retahíla:

– También es el acólito del viejo Don Febronio Miranda... y si te descuidas, acabará casándose contigo y haciendo compadre al doctor De la Vega.

Paulina intervino aclarando:

– Son las personas que faltan y que vienen de Taxco... Fueron a recibir a un médico psiquiatra que vendrá como asesor.

Por fin la camioneta llegó y el grupo estuvo totalmente reintegrado de nuevo, ahora con la presencia de tres nuevos personajes: El médico especialista en psiquiatría Jacinto Antonio Torres, el doctor en filosofía Horacio de la Vega y Jéssica Guardiola, licenciada en Derecho Internacional, bilingüe español-inglés y muy hermosa. Ella nunca supuso que, lo que al principio pintaba como un paseo, le haría vivir una de las experiencias más terribles de su vida.

Martín se alejó del grupo que charlaba, un tanto cohibido por el inesperado encuentro. Fue hacia la obscuridad del terreno montaraz, suponiendo no ser notado, cuando fue suavemente tomado por el brazo, escuchando la melodiosa voz de Paulina, no exenta de un dejo de reproche y celos:

– Conque *Marty* ¿Eh?

El campamento pronto quedó apacible, disminuyendo el alboroto humano para dar paso al silencio musical y exótico de la noche en la serranía. No hubo luces de ciudad ni nubes que se interpusieran ante la miríada de estrellas que, con su fría indiferencia parecían juzgar, compasivas unas, despreciativas otras, las grandes pasiones que esos minúsculos seres agitaban en un punto del universo llamado a sí mismo "Noria del Fraile".



LIBRO TERCERO

IC YÉTETL ÁMATL

LA MALDICION
DE LA
SERPIENTE

PRIMERA PROFECIA

¡Son hijos del sol!... ¡Son barbados!... Del oriente vienen... Cuando llegan a esta tierra son los señores de esta tierra... Son hombres blancos... El principio del tiempo...

¡Vienen a pedir su ofrenda! Arderá la tierra... Aparecerán círculos blancos en el cielo, en el día que ha de llegar...

¡Ya está viniendo!... Serán esclavas las palabras, esclavos los árboles, esclavas las piedras... ¡Esclavos los hombres cuando vengan!

Tristísima estrella adorna el abismo de la noche... Enmudece de espanto en la casa de la tristeza... Pavorosa trompeta suena sordamente en el vestíbulo de la casa de los nobles... Los muertos no entienden... Los vivos entenderán...

Fragmentos del Chilam Balam acerca de la profecía de Quetzalcóatl, según José López Portillo en "Quetzalcóatl".



XXIV – El Día Ce Ácatl Uno Caña

Tarsicio fue el único que advirtió movimiento en la madrugada de ese día crucial. Desde su hamaca escuchó un leve ruido procedente del interior del jacal y un tenue rumor de pasos. Permaneció inmóvil fingiendo dormir, percibiendo con el rabillo del ojo la silueta oscura de Martín al trasponer el umbral en silencio y envuelto en un rústico sarape. Sintió la fuerza de su mirada escrutadora que se aseguraba de no haber despertado a alguien; Tarsicio pudo ver que su protector caminaba bajo la luz de la luna rumbo a la cercana cañada que fondeaba el arroyo. Al muchacho le pareció algo extraña la actitud de Martín y decidió seguirlo; en su alma aún infantil, ya tenía muy arraigada la tradicional hospitalidad campesina, matizada por la certeza de que los visitantes ciudadanos no saben desenvolverse con seguridad en el campo y por ello hay que cuidarlos. Sin hacer el menor ruido se calzó los huaraches y salió tras él a prudente distancia.

Martín llegó hasta la orilla del arroyuelo donde se bañó la mañana de su llegada a Noria, pero inexplicablemente declinó el sitio y continuó caminando más lejos aún del jacal; la intensidad de la luz lunar permitía a Tarsicio vigilar todos sus movimientos. Al dar la vuelta a un recodo, Martín se detuvo como si previamente hubiese determinado el lugar; permaneció estático durante algunos minutos y al fin comenzó a despojarse de su vestimenta hasta quedar completamente desnudo. Lentamente se introdujo en el frío líquido, hundiéndose un poco más a cada paso que daba, hasta llegar prácticamente al centro de la mansa corriente en donde el agua lo cubrió hasta la barbilla; era algo así como una fosa natural o tal vez una fosa construida por manos humanas y abandonada desde inmemoriales tiempos. Tarsicio sintió escalofrío al imaginar la temperatura del agua a esas horas de la madrugada, cuando Reyes sumergió totalmente la cabeza por un lapso interminable, al grado tal que el muchacho estuvo a punto de intervenir y descubrirse. Sólo podía mirar con angustia los reflejos de la luna sobre la superficie del arroyo que se había tragado a Martín, cuando súbitamente reapareció emergiendo hasta la mitad del torso con un fuerte salpicar de agua. La nítida redondez del astro nocturno se imprimió en lo profundo de sus retinas, grabando en ellas la silueta de Tochtlí, el conejo aquél que Meztli, la Luna, atrapó para siempre en la lejana inmensidad de la noche.

Tarsicio sintió temor; un temor reverencial al ver esa extraña comunión de Martín con el cuerpo lunar, cual si sus rayos estuviesen penetrando hasta el fondo de su ser material apoderándose de su voluntad con algún mágico encanto. El choque de la luz con su piel mojada y tensa de frío, imprimió a Martín un extraño efecto de sombras y destellos, transfigurándolo en una visión pétrea, semejante a los silenciosos guerreros mexicas de piedra que hacen eterna guardia en el Templo Mayor de la antigua Tenochtitlan.

Un débil sonido de flauta se fue introduciendo al espectral escenario. Martín alargó el brazo hacia la orilla, para tomar sus ropas por encima del agua y se dirigió a la ribera opuesta. Al salir del agua, vistió únicamente sus pantalones cortos y el viejo sarape, empezando el ascenso por una cuesta arbolada que forma el principio de las estribaciones de la sierra guerrerense, al parecer guiado por el tenue y monótono salmodiar de la flauta.

Tarsicio decidió seguirlo, un tanto preocupado por el misterioso comportamiento del amigo, como por el temor de quedarse sólo en ese lugar. Buscó apresuradamente un paso más apropiado para salvar el arroyo, cruzando tres metros más abajo hasta el lado opuesto de la fosa donde Martín se bañó. Al intentar darle alcance, tropezó con una dura roca sembrada en el suelo, cayendo de bruces sobre la hierba de la orilla, mientras su ágil mente redactaba una enérgica maldición que estuvo a punto de dejar escapar en un grito. Retrajo su mano para sobar el pie lastimado cuando, sobrecogido de miedo, descubrió a la luz de la luna, que el objeto que lo hizo caer era un pequeño idolillo con cara de jaguar, que parecía oficiar de vigilante en el baño ritual que tuvo lugar momentos antes.

El dolor desapareció como por encanto y Tarsicio echó a correr hacia donde Martín había desaparecido, arañándose las piernas con los abrojos y piedras de los senderos. Hubiera corrido sin parar, presa de sus propias supersticiones, pero se detuvo en seco al divisar en el punto más alto de la colina, el resplandor de una pequeña fogata y la impresionante silueta del viejo nagual, quien en cuclillas arrancaba las notas al carrizo perforado. Martín llegó hasta él con el torso semidesnudo y trémulo; el viejo dejó su flauta al pie de la exigua flama que parecía arder por sí sola; lentamente extendió su arrugado brazo señalando hacia el oriente, donde pálidos rubores de luz ambarina, luchaban contra el negro profundo del cielo al anunciar la inminente salida del sol.

– Tloque Nahuaque Tonatiuh: El padre de todas las cosas, dueño del Cerca y del Junto. – anunció el nagual.

– El alma inmortal de Nanahuatzin, el buboso valiente que hizo renacer el sol para los maceguals. – respondió Martín.

– En el Libro de los Días y las Ataduras de Años, – siguió el viejo – está pintado que este es un sol distinto a los otros soles...

– El sol del día Uno Caña de la cuenta de nuestros padres y abuelos. – contestó Martín.

Ningún movimiento facial dejó entrever que la contestación de Martín fue muy satisfactoria para el anciano. Efectivamente se trataba de un día Ce Ácatl, el día marcado para el nacimiento, muerte y retorno de Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl, que en su advocación divina redimió y dio vida con su sangre a los hombres en el principio de los tiempos.

– Este es el día... – sentenció el nagual – Cuando Tonatiuh descienda nueva-

mente, deberás cumplir tu destino... Si no ha de ser, vuelve por donde viniste que mi tiempo habrá terminado.

– Este será – dijo Martín, dando media vuelta para regresar al campamento. El viejo sacó de su morral un nuevo instrumento ahora de barro con forma de pájaro, al que arrancó nuevas notas más festivas, como celebrando la promesa dicha. Tarsicio estaba estupefacto por lo que acababa de presenciar; siguió al joven con la mirada hasta perderlo de vista, luego volvió a hurgar en el sitio de donde provenía el dulce canto de barro de la flauta que se escuchaba más lejos y más débil. Cuando alcanzó el sitio del encuentro, fue grande su sorpresa al advertir que no había una sola huella que revelase presencia humana reciente.

El sol terminó por iluminar con sus tibios rayos la serranía. Tarsicio, ajeno al hecho de que se había convertido en testigo de la trascendente decisión de Martín, recibió la luz solar de lleno, regocijado porque la mañana suele vencer no sólo a la obscuridad de la noche, sino también a los temores y flaquezas del espíritu. Oteó hacia el redondel del horizonte, divisando más allá de la entrada al valle y un buen trecho a la izquierda, una depresión del terreno a manera de un pequeño cráter, recubierto de pasto silvestre y bordeado por arbustos. Los rayos solares iluminaban esa especie de estancia natural, propicia para la reflexión en comunión privada con la naturaleza.

La mañana estuvo llena de actividad en el campamento. Parecía que se fuese a celebrar alguna boda de rancho, donde todos corren y tienen algo que hacer de última hora. Argumedo llegó de México trayendo un nuevo cargamento de equipo electrónico y un refinado generador activado por un motor de gasolina. Potter, Ortega y Galicia se dedicaron a instalar y probar el funcionamiento de los instrumentos, desde la estancia central del jacal, hasta la caseta exterior de control; el Profesor De la Vega realizó funciones de supervisor general, tomando innumerables apuntes y dictando a una grabadora portátil sus observaciones mientras era puesto al tanto por Paulina acompañada de Jéssica.

Sólo el doctor Torres y Martín estaban fuera de la barahúnda. Ambos se recluyeron en el interior del *camper* para realizar toda una serie de exámenes médicos, incluyendo la toma de muestras de sangre y de tejidos de la mucosa oral, en cuyas células se haría una minuciosa investigación sobre las características genéticas del joven. Tampoco faltó un extenso estudio psiquiátrico que duró casi dos horas. Al finalizar, Torres estiró la espalda tratando de hacer descansar sus músculos tensos.

– No le encuentro nada anormal, Martín. A mi juicio, está usted a punto y con una salud envidiable... Únicamente me restaría preguntarle: ¿Está usted seguro de lo que va a hacer?

– Sí doctor; quiero intentarlo.

– Ya le expliqué con toda claridad los riesgos y no me gusta... – Martín lo interrumpió:

– No va a pasar absolutamente nada, doctor; no se preocupe. En todo caso, quiero asegurarle que obro bajo mi total responsabilidad... Ya tiene el maestro Galicia documentos firmados que avalan lo que digo.

– No es tan fácil, mi amigo. ¡Recuerde que no viene usted sólo, que forma parte de un equipo serio de investigación!

Martín no objetó, fatigado de tan larga jornada médica. Torres endureció visiblemente el semblante antes de amonestar:

– Quiero aclararle a usted un punto: Acepté incorporarme al equipo del doctor Galicia, sólo bajo la condición de que, dado el caso de considerar que se encuentre usted bajo condiciones de tensión excesiva, de presentarse la menor señal de crisis, o de que su organismo no está respondiendo adecuadamente a la experiencia poniéndolo en peligro, la sesión será abortada y el experimento cancelado sin mayores trámites ni apelaciones ¿De acuerdo?

– De acuerdo; – aceptó Martín – aunque no creo que eso llegue a ser necesario.

– ¡Ojalá! – fue la respuesta lacónica de Torres.

XXV – El Viaje Está en Marcha

A las seis con cuarenta y dos minutos de la tarde, Potter hizo en la caseta de control la última prueba de los aparatos de registro bajo su encargo; se encasquetó unos voluminosos audífonos al tiempo que se iluminaban varias pantallas, unas con imágenes de video del interior del jacal amortiguadas por la escasa luz que producían siete velas alrededor de una mesilla larga cubierta por una estera de petate; otras pantallas delinearon líneas verde fosforescente que recibirían las señales vitales de Martín. Potter ajustó también varias perillas de controles de sonido y, acercándose un micrófono, accionó el botón de arranque del aparato maestro que hizo girar simultáneamente los carretes de todos los aparatos instalados, pronunciando fecha, hora y el protocolo de identificación:

– Terminal test of the “Noria Phase”. All systems checked on order.

Afuera el sol estaba pronto a tocar el horizonte. Argumedo tuvo que hacer un nuevo viaje a Taxco para dejar al doctor De la Vega, toda vez que su función había concluido con la autorización final para el desarrollo del experimento. Desde que Torres liberó a Martín de la revisión médica, éste y el viejo nagual se habían retirado rumbo al recién descubierto monumento a Yacatecutli. En ese punto el anciano inició una danza ritual alrededor de Martín quien, en ayunas desde la noche anterior, permaneció de pie impasible y absorto sin mirar tan sólo una vez al viejo ni cruzar palabra. Despojado de sus ropas habituales, vestía sólo un maxtle de blanquísima tela de algodón, bordado en grecas de exquisita labor en colores rojo y negro, que

sólo podían usar los nobles y principales en las grandes celebraciones religiosas del extinto poder central del Anáhuac.

En el momento preciso del ocaso, el nagual levantó un pequeño pebetero rebosante de una extraña sustancia oleosa que producía un fuego de tonalidades azulosas y lo ofreció a los cuatro puntos cardinales de la cultura Náhuatl: Mictlampa al norte, tierra del Señor de los Muertos; Huitztlampa al sur, región de cardos y espinos; Tlapcopa, rumbo del oriente; y Cihuatlampa, casa de las mujeres, hacia el occidente. Luego, salmodiando desconocidos sortilegios, empezó a recorrer la piel desnuda del joven con el pebetero ardiente sin que el contacto de la flama hiciera mella en su ánimo. Al terminar todo ese ceremonial, el oficiante cubrió cabeza y cuerpo de Martín con un amplio lienzo obscuro a manera de capa, para iniciar el camino de regreso.

Al llegar al campamento, los expedicionarios quedaron mudos por la extraordinaria escena que presenciaban: Anciano y joven, rodeados de una especie de aura producida por las proyecciones de las llamas fatuas del pebetero, que aportaban a la escena un toque de dramática teatralidad. Se detuvieron justo en el umbral del jacal; ahí el viejo extendió ambas manos y, como por transmisión telepática, Tarsicio se adelantó para retirarle el pebetero, dando después dos pasos hacia atrás. Nadie hablaba; todos esperaban el curso de los acontecimientos; nadie sabía a ciencia cierta que hacer o que seguía. El viejo levantó la arrugada mano izquierda extendiendo el dedo índice hacia Paulina:

– ¡Tú!

Hacia Jéssica.

– ¡Tú!

Hacia Jesús José Galicia.

– ¡Tú!

Hacia Jacinto Antonio Torres.

– ¡Tú!

Los demás se miraron interrogantes; no habían sido invitados a la gran ceremonia. Potter intentó protestar, pero fue detenido en seco por un enérgico ademán de Galicia. La procesión encabezada por el nagual y Martín prosiguió hacia el interior del Jacal. Tarsicio también entró en calidad de acólito y sin invitación expresa. Zavala no pudo reprimir el reproche de su pensamiento: «¿Por qué se mete ese cabrón mocosito metiche?».

Potter y Fernando Ortega, partieron presurosos a la caseta de los aparatos, mientras Argumedo y el chofer fueron a cumplir su comisión de vigilancia general en los alrededores. Adentro del jacal todos los enseres habían desaparecido, a excepción de la mesa con la estera de petate, un brasero mayor de base tallada en piedra y un pequeño taburete de bejuco, en el cual reposaban distintos pocillos con sustancias y varios objetos de barro.

Febronio Miranda fue ubicando uno a uno a los participantes, siempre en silencio y sólo con señales ambiguas; Tarsicio se apresuró a encender innumerables

velas incrustadas en pequeños candeleros de barro colgados de las paredes, luego comenzó a avivar el carbón del brasero, inundando el ambiente con el agridulce aroma del Copal, evocador de la más profunda mexicanidad. El nagual situó a las mujeres a los lados de Martín; luego retrocedió tres pasos y lentamente levantó ambas manos hacia el joven en absoluto silencio. Su rostro se contrajo en un rictus de trance al voltear la vista hacia las alturas como buscando el contacto con presencias inmateriales, para ofrendar el rito que se estaba iniciando; así permaneció durante un lapso tan prolongado, que doctor Torres presintió la posibilidad de un colapso en el anciano, dada la enorme tensión de sus músculos faciales y la turgencia de las venas del cuello. Finalmente Febronio Miranda, sin cambiar de postura, empezó a hablar con un tono glacial y lleno de fuerza:

– El Hijo del Sol; nieto, sobrino y bisnieto del tlatelolca, del huexotzinca... Heredero de la sangre mexicana... Padre y madre de todos los que pasamos fugazmente In Tlaltípac, será dejado de las cosas de aquí y ahora... Será dejado de la carne que abandonará en custodia de los humildes macegales que lloramos y temblamos ante su precioso destino, para ir a donde nada es, por los caminos desconocidos de los trece cielos, a donde moran, habitan y esperan sus mayores abuelos que señorearon la tierra por encomienda de Quetzalcóatl, Señor de la Noche y el Viento.

Paulina y Jéssica sentían escalofrío, pero sin darse plena cuenta fueron conectando sus mentes a la circunstancia y de modo maquinal despojaron a Martín de la túnica. Paulina experimentó una extraña sensación al descubrir que lo único que restaba de vestuario eran los collaretes en ambas muñecas y tobillos, así como la blanquísima tela enrollada por la cintura, cuyos extremos escasamente ocultaban las partes pudorosas. La piel de él, ungida de aceites y mezclas vegetales aromáticas, refulgía extrañamente a la luz de las velas. Realmente daba la impresión de que Martín estaba siendo desposeído de todo vestigio que lo atara con el presente.

Tarsicio entregó al nagual un cuenco de barro, que también fue ofrendado por lo alto, a los testigos visibles e invisibles; después avanzó hacia un Martín rígido e impávido, y se lo dejó en las manos, al tiempo de decir:

– La tierra nutrida con la sangre de valientes guerreros antepasados, regresa sus dones para nuestra carne. La tierra guarda las virtudes de nuestra manutención y es el camino para la continuación de la vida... Los jugos de la tierra te dejarán ser lo que eres, ver lo que antes has visto, saber lo que siempre has sabido... ¡Bebe el don de la tierra!

Martín levantó el cuenco y lentamente se lo llevó a la boca; percibió de inmediato un fuerte y amargo sabor vegetal al beber todo su contenido. En la caseta de controles Ortega exclamó frente a la pantalla del monitor de video:

– ¡Ahí está la fórmula! ¿Qué diablos le estará dando a beber? ¡Tengo que conseguir una muestra de esa sustancia!

Asomó precipitado al exterior de la caseta de control, en busca de ayuda.

– ¡Argumedo!... Búsqueme rápidamente cuatro tubos de ensaye estériles; llene dos con cinco centímetros cúbicos de suero salino y téngalos todos listos y bien tapados. ¡Que no se le vayan a contaminar!... ¡Ah!; y tenga también listo el contenedor de hielo seco... Yo le aviso.

Argumedo protestó:

– ¡Yo no sé de eso, Fernando! ¿Cuáles tubos, cuál suero?

– ¡Dígale a Zavala que le ayude, hombre!... Luego vengo a verlos.

Zavala se encogió de hombros sonriéndole a Argumedo.

– ¡Ahora sí, mi lic'! Ya me lo hicieron científico... Pero ni crea que yo me vaya a *emboletar*, ¿eh?

Cuando Martín agotó el brebaje dio el cuenco vacío a Jéssica y ésta a Tarsicio. En la caseta de control Potter comentaba:

– Mi espera que adornos folk curious no tener metal, because los electrodes of telemetrics tener interferencias.

El viejo, levantando los brazos, y con una voz apenas audible, entonó un prolongado lamento:

– ¡Aaaaaaiiiiiiyeeeeee! ¡Aaaaiiiyee!

Martín comenzó a sentir que la cabeza le daba vueltas. Casi sin tocarlo, fue llevado por el nagual a la tarima central, para recostarlo hasta quedar perfectamente horizontal y con los brazos en cruz, sostenidos por Jéssica y Paulina. A una mirada del viejo, Torres se acercó para instalar con rapidez los electrodos que enviarían las señales telemétricas a la caseta mediante un transmisor inalámbrico ubicado al pie de la mesa; al terminar se instaló en su propio oído un minúsculo audífono conectado a un transmisor de bolsillo que lo comunicaría constantemente a la caseta. Miró de soslayo a Galicia quien oprimió tres veces el botón de un pequeño control remoto, haciendo parpadear en la caseta una luz roja el mismo número de veces; era la señal convenida.

– La función va a empezar, señores – dijo Ortega – ¡Nada más que no vaya a sacar el cuchillo de pedernal y le abra el pecho al muchacho!. ¡Ponga a funcionar los registros, Potter!

Miranda se hizo de otros pocillos con los que procedió a trazar líneas rojas y negras sobre la cara, brazos, pecho y las piernas de Martín, con extraños iconos y signos que Galicia no alcanzaba a identificar. El espectáculo era sobrecogedor al irse transfigurando por la obra del color, las unciones y los objetos ornamentales que le fueron instalados, de forma que no quedó casi nada del Martín conocido. Al terminar la pintura, el nagual se acuclilló en la esquina más oscura de la estancia, haciendo sonar un tamborcillo y una flauta al unísono, a la usanza Totonaca. Paulina se acercó a la mesa, horrorizada al ver la mirada del joven fija y con la enorme vaciedad de la ausencia de vida. Quiso mirar dentro de sus ojos y, por un brevísimo instante, la humanidad, el alma, o la conciencia de Martín, preso ya de los efectos de

la poción en su torrente sanguíneo, regresó ante el influjo de los ojos color avellana de Paulina, para transmitirle un mensaje de tranquilidad y confianza. La angustia de la muchacha fue trocada como por arte de magia, en otro avasallador sentimiento que en ese instante no pudo distinguir con claridad. Hubiera querido despertarlo, rescatarlo, protegerlo con sus brazos... pero la mirada de Martín volvió hacia el insondable infinito y ella sólo cerró con ternura sus párpados. Él no lo percibió; su rostro y su pecho se cubrieron de un fino sudor y grandes nubes de obscuridad se fueron apoderando de cada parte, de su memoria, de su pensamiento, de su conciencia.

Torres, sumamente tenso, escuchó por el audífono de su oído los primeros reportes de la caseta:

– Pulso: setenta y seis por minuto... está decreciendo... Presión Arterial: ciento diez de máxima, sesenta y cinco de mínima... se mantiene estable... Encefalograma: actividad alfa mínima... no hay movimientos orbitales... ondas beta inestables... Registro electrocardiográfico: señal visible y clara en pantalla; ritmo sinusal, no se observa trazo anormal...

El viaje estaba en marcha.

XXVI – Los Moradores de Omeyocan

En un milisegundo dejó Martín de mirar, de oír, de pensar; únicamente era presa de un profundo sopor que lo hacía flotar en una obscuridad cada vez más profunda, perdiendo paulatinamente la sensación del contacto duro de la mesa con su piel. Poco a poco se fueron diluyendo las imágenes de los rostros que hasta hace unos minutos le eran tan familiares. Su memoria dejó de funcionar en cuanto a conocimientos, evocaciones familiares, emociones y vivencias recientes: Era una forma de limbo mental, de asepsia total de su cerebro; como cuando vacía uno el cajón de las incontables chácharas para limpiarlo a fondo. Sólo quedó la sensación de *ser*, que no de su ser racional, que no de su propio ser. Únicamente la sensación de *ser*.

Un ritmo fácil y pausado comenzó a filtrarse por las intrincadas redes de sus fibras nerviosas, hasta el minúsculo fragmento de función mental que le restaba, dándole de alguna manera un sentido de ubicuidad. Era la mezcla tonal de la flauta y el tamborcillo ejecutado por el viejo nagual, desde el ya lejano extremo de la realidad que iba dejando atrás; algo semejante a la cuerda guía del buceador que explora las profundidades de alguna cueva submarina. Supo sin saberlo, que ese *tam tam* marcaba la ruta en ambos sentidos del camino: Ida y vuelta, delante y atrás, tiempo y destiempo.

Los circuitos neuronales de su memoria, despojados ahora del lastre del ser

consciente, reanudaron su marcha y abrieron todas sus compuertas. La obscuridad empezó a disiparse lentamente al tiempo que la conciencia retornaba para dar comprensión y forma a las percepciones sensoriales de Martín.

Un halo de luz tenue penetró en sus ojos, o al menos eso asumió, ya que la sensación de poseer un cuerpo físico con funciones y percepciones habituales, no pasaba de ser eso: Una mera sensación, una evocación que se da por hecho sin detenerse a comprobar. Llevó las manos frente a la cara para buscar un punto de enfoque que permitiese distinguir alguna forma concreta dentro de ese ambiente surrealista; y la nada fue adquiriendo consistencia; la luminosidad etérea vino a ser mancillada y rota en su centro con la aparición de una sombra creciente que produjo la proyección de rayos blanquiazules por sus contornos hasta definir la silueta de una figura humanoide, cubierta por un sayo negro que remataba en una capucha lo suficientemente luenga para ocultar el rostro entre sus impenetrables pliegues y sombras.

La silueta sostenía enroscada en una de sus manos, el cuerpo reptante de una enorme serpiente cuya cabeza hacía ondulaciones en el vacío. Desde la oscura oquedad de la capucha, surgía el quedo e indiferente tremolar de una voz cascada y decrépita, salmodiando un canto incomprensible que más bien parecía ser lamento de antiguas penas. Martín percibió un olor acedo de ancianidad, de cosa vieja, tal vez de sepulcro abandonado al olvido del tiempo. Se acercó a la silueta por la fuerza de su pensamiento; extendió la mano para tocarla, cuando un irreprimible alerta mental lo hizo detenerse súbito; como si de pronto hubiese detectado una barrera infranqueable de sacralidad incompatible con su ser mortal. En cambio el pensamiento de Martín fluyó veloz, expresando sin pronunciar palabras articuladas por su garganta:

– Soy el enviado de la sangre en busca de los orígenes. El heredero de los reyes y los poetas del antiguo Anáhuac, que quiere saber su destino. ¿Eres tú el que ha de llevarme por los caminos que desconozco?

De la silueta surgió una voz metálica y firme; podría decirse atronadora, aunque no lo era en sí; Martín se dio cuenta que la voz no interrumpía el cántico arcano de dentro de la capucha.

– Soy el que soy, mísero e inmerecido gusano que te arrastras entre mis excrementos... ¡Soy el Dador de la Vida que mora en el Tlalocan!... Moyocoyatzin, el que se inventa a sí mismo... La gran señora que habita en el treceavo cielo, madre de toda la carne que se agita en el suelo y entre la tierra... Macho y Hembra que se autofecunda y crea así la vida.

El olor a vejez se fue transformando en un irritante y nauseabundo olor a sangre pútrida, al tiempo que la voz se tornaba amenazante:

– Soy el gran Señor de la Guerra, que vive a la izquierda del que hace llover para que crezca la sementera, que soy yo mismo... Soy el que llora en las profundidades del infierno de los muertos en Mictlan.

Martín, confuso, trató de averiguar más:

– ¿Eres acaso todos en uno?...

– Tláloc y Huitzilopochtli – respondió la voz.

– ¿Mictlantehcutli? – insistió Martín.

– Coatlicue o Chalchiutlicue o Tonantzin o Tlacahtecutli y Tlacacihuatl... o Xhiutehcutli o Huehuetéotl o Cintéotl y Yacatecutli.

Martín escuchó con asombro el recorrido de la voz por los principales dioses del antiguo México, mientras que de la silueta partían hacia él, disparados como bolas de fuego, las imágenes de cada numen nombrado por la voz y por sí mismo al preguntar la identidad de la sombra fantasmal.

– Macuixóchitl... Xochipilli... Ometochtli... Itz'papálotl... Xochiquétzal...

La voz seguía enumerando dioses, uno detrás de otro sin parar. Martín pronto comprendió: El ente incógnito tendría la identidad que él deseara; que fuese necesaria para sus fines. Para asegurarse, retó nuevamente, entre el temor y el arrojo:

– ¿Ometéotl, Señor de la Dualidad? ¿Tloque Nahuaque, Dueño del Cerca y el Junto?

Una inmensa luz brillante y cegadora lo llenó todo. Hasta el mismo Martín se vio disuelto y traspasado por los potentes rayos; vio la silueta de sus huesos, conoció las contracciones de su corazón y el fuelle acompasado de sus pulmones. Quiso tocarse, pero su mano traspasaba los límites inmateriales de su cuerpo; su mente se vio subyugada, debilitada y empujada hacia la nada por el poder irrefrenable de esa luz; y el frío pánico de la muerte absoluta se apoderó de él. Con un supremo y angustioso esfuerzo, estructuró en su pensamiento un mensaje de humildad y súplica que restableciera el orden del caos generado por la estulticia de su última e irreverente invocación de la máxima divinidad de la Toltecáyotl. El mensaje desesperado viajó hacia la luz, luchando por abrirse paso entre los densos y fortísimos rayos, en busca de su destino:

– ¿Yohualli Ehécatl, dios del viento y de la noche?... ¿Quetzalcóatl, divina serpiente emplumada, redentor de los macegales?

La luz cegadora cesó y una paz tranquilizadora sobrevino. La silueta con la serpiente ondulante reapareció a lo lejos ejecutando elegantes y breves evoluciones de danza ritual. La voz metálica volvió a decir:

– ¡Soy el que soy!... que he caminado de Teotihuacan al reino de los muertos en Mictlan, por amor a los hijos de la tierra... ¡Di a que has venido, di lo que buscas y cumplirás tus designios! ¡Ahora eres mi pequeño cervatillo preferido! El hijo y nieto de los que me cantaron y pintaron la historia. ¡El de la noble sangre Tolteca!... ¡Habla!

Martín habló. Habló ahora con la garganta y el aliento de su pecho; con una renovada reverencia:

– Quiero ir al origen de las cosas ¡Gran señor del viento y de la noche!... Quiero

escrutar las respuestas de las quejas que agobian a mi pueblo... Quiero expiar sus pecados y llevarle el alivio de la esperanza... Quiero saber quién soy, cómo soy, por qué soy y qué habré de ser, para decirlo a los que me esperan... Quiero conocer en dónde nacieron nuestras desdichas y cómo hemos de aliviarlas.

Martín calló con un nudo en la garganta; irguió la cabeza para exclamar fuerte, enérgico y decidido:

– ¡Quiero saber ser yo mismo!: El continuador de la nobleza de mis ancestros. El digno hijo y prohijador de una estirpe que engrandezca la nación que habitó el Pueblo del Sol... ¡Eso quiero y a eso he venido!

El ser inmaterial de Martín permaneció enhiesto, mientras la silueta cesaba sus movimientos. El sonar del tamborcillo aumentó su ritmo, mientras la serpiente ondulante se fue introduciendo por la manga de la túnica para luego aparecer por la oscuridad de la capucha. La empujó hacia atrás hasta descubrir la horrible mueca de un desdentado cráneo, ceñido con un ajado, herrumbroso y descolorido copilli real, símbolo de la grandeza que los hombres le dan a su propia insignificancia.

Entre los movimientos espasmódicos de la serpiente, el cráneo empezó a desintegrarse en un polvo amarillento oloroso a madera apolillada, que fue barrido por una especie de brisa tenue hasta desaparecer por completo. Martín entonces pudo ver que el cuerpo de la serpiente sobresalía del cuello de la silueta danzante sustituyendo al cráneo. Los pausados movimientos de danza poco a poco crecieron en intensidad hasta alcanzar un desenfrenado frenesí, mientras la serpiente se agigantaba acercándose a Martín cada vez con más velocidad. Abrió las monstruosas y feroces fauces al momento de alcanzarlo en un incontenible ataque frontal, que abarcó el total de su ser en una sola dentellada, para sumirlo nuevamente en la oscuridad y el vértigo que produce la sensación de caída libre hacia la nada.

En ese momento extraordinario, el mensajero de la sangre era conducido por los caminos arcanos de los Trece Cielos partiendo de Omeyocan, la más alta e inalcanzable morada de los dioses, hacia el remoto pasado de sus ancestros: Aquellos hombres que vivieron la génesis de eso que, con el correr de los siglos, sería conocido como México.

XXVII – Antorchas en la Noche

F ebronio Miranda interrumpió el vibrante redoblar del tamborcillo y el lúgubre canto de la flauta, apenas transcurridos unos cuarenta o cuarenta y cinco minutos después del inicio. Fue hacia el taburete de palma de donde tomó una bandeleta de tela tejida en fibra vegetal, de dos palmos de longitud y bordada

con el símbolo del nombre real del cual Martín era descendiente: Tecayehuatzin, rey de Huejotzincó durante los tiempos de Moctezuma Ilhuicamina “El Flechador del Cielo”. Con su típico andar cansino se dirigió hacia el cuerpo inmóvil de Martín cubriéndole los ojos y los oídos con la tira; los escasos flecos del borde que quedó sobre la prominencia de la nariz, iniciaron un suave vaivén al ritmo de las respiraciones lentas y casi imperceptibles del joven. El hecho no pasó desapercibido para el médico, que observaba con suma atención las reacciones que el proceso pudiese producir. Recibió por el audífono auricular un mensaje de la caseta de control en la voz de Potter:

– Vital Signals are O.K.

E inmediatamente buscó con la mirada a Galicia y a Paulina para hacerles un guiño tranquilizador. Un segundo después, el viejo musitó:

– El Hijo del Sol está en camino... Aquí ha quedado su carne en espera de que él regrese... si ha de regresar.

Por primera vez dio la impresión de que su aura de santidad lo abandonaba, haciéndolo ver como un anciano marchito e infinitamente cansado, más mortal, más accesible, más humano. Ello animó a Galicia para preguntar:

– Señor Miranda: ¿Cuánto tiempo cree usted que dure el experi... es decir, – se corrigió – el rito de Martín?

El nagual lo miró afable y con algo que parecía ser una sonrisa condescendiente, respondió:

– Lo que tenga que durar... Yo no lo sé... ¡Nadie puede ahora saberlo!... Sólo él.

– ¡Pero usted dijo!...

– Yo he dicho lo que está pintado en el ámatl pintado. ¡Ahí está todo!; ahí se dice que mi camino está a punto de acabarse, para viajar por fin al sitio donde me esperan mis abuelos y nietos... porque ha terminado la misión para la que fui puesto en la tierra.

Torres intervino:

– Si se siente usted mal don Febronio, permítame revisarlo; tal vez pueda ayudar en algo.

La sonrisa–mueca del viejo se acentuó:

– Nada puede hacer el hombre en contra de lo que el Tonalpohualli marcó desde el día de su nacimiento.

– ¿Puedo entonces revisar al muchacho? – desvió Torres.

– Mírelo cuanto *quera* su mercé'... pero ¡Eso sí!: Que *naiden* lo vaya a quitar `onde está... porque *ansina* nunca podrá encontrar el camino de vuelta...

Torres se acercó a Martín mientras Galicia aprovechaba el momento del diálogo para insistir con Miranda:

– Don Febronio... ¿Sería posible que usted me mostrara otra vez el ámatl para que juntos lo reexamin... ejem... lo viéramos? ¡Quisiera que usted me explicara algunas

cosas que no alcancé a comprender!

– El libro que *quieres* ver está allí... – contestó el viejo – bajito la cabeza del príncipe Martíntzin que lo necesita para encontrar los caminos que busca... Ahi debe `star, pa' que no se pierda... Mañanita lo miramos con la luz del sol, para que tú mires lo que *quieras* mirar... Pero tiene que volver *aluego* a su lugar hasta que el niño venga de nuevo con nosotros y sea suyo de él pa' siempre.

Galicia no pudo reprimir la embriagante sensación del triunfo que se aproximaba. ¡Por fin el “Códice Galiciano” podría convertirse en realidad! Aunque tampoco pudo ver que Potter, atento al diálogo a través del monitor desde la caseta, destellaba en sus ojos un brillo codicioso mal disimulado.

Afuera del jacal, todos permanecían concentrados en los distintos controles y registros, pudiéndose escuchar el volar de una mosca, cuando Jaime Zavala asomó la cabeza para decir, dirigiéndose a Ortega:

– Parece que hay gente allá afuera.

El aludido volteó de inmediato preguntando:

– ¿Qué? – al tiempo que se quitaba los audífonos y salía al exterior. Zavala señaló hacia la cerrada obscuridad rumbo a la entrada del valle, donde oscilaban varias luces, al parecer como una hilera antorchas. Sin pensarlo mucho regresó adentro para tomar el micrófono y transmitir un mensaje al receptor de baterías del doctor Torres en el interior del Jacal:

– Tenemos un problema, Torres. ¡Dígale a Galicia que venga en cuanto pueda!

Potter miró interrogante a Fernando al escuchar el mensaje y ambos salieron para juntarse con Zavala y Argumedo que esperaban en actitud de recibir instrucciones al respecto.

– ¿Quiénes serán? – interrogó Argumedo mirando fijamente hacia las luces sin dirigirse a nadie ni esperar respuesta.

– Indians – terció Potter, al tiempo que por la espalda se tocaba la prominencia de la pistola que Tarsicio le descubrió, asegurándose que permaneciese en su lugar bajo la chaqueta de cuero, lista por si acaso.

Galicia y Torres llegaron presurosos; y sin mediar palabra se apropiaron de la situación tan sólo con el señalamiento de las luces que hizo Zavala.

– Son unas veinte o treinta personas, diría yo – señaló Argumedo.

– Treinta luces. – corrigió Galicia –... Sólo Dios sabrá cuánta gente se estará ahí reuniendo.

– Pero ¿Qué hacen a estas horas y en este lugar inhóspito? – siguió Torres – ¿Será gente hostil o vendrán de curiosos en son de paz?

– Creo que es muy noche para visitas de cortesía; – dijo Galicia – para mí que no se trata de nada bueno.

Jaime Zavala apretó la llave de tuercas con la que acompañaba su guardia nocturna. Aventuró su aportación:

– Nomás eso nos faltaba doctor ¿Qué hacemos?

Galicia arqueó una ceja y estiró los labios como expresando carencia de suficiente información para decidir. Solamente contestó:

– Nada por ahora... es decir: Vigilar, observar, esperar a ver si se acercan... Ver que pasa... Pero por las dudas, sería conveniente llamar por radio al comandante de la policía de Ixcateopan... ¿Se puede, Potter?

– Ser las once of the night, mister... ¿usted creer que somebody contestar?

– Tal vez si conectamos a alguien por el radio de banda civil de la camioneta... para que vaya y avise – propuso Argumedo.

– ¿Por estos rumbos banda civil, Argumedo? – denegó el doctor Galicia – Lo veo difícil, pero hay que intentarlo.

Sin darse cuenta todos hablaban en voz baja, como temiendo ser escuchados por los intrusos nocturnos, pese a que, aunque la quietud de la noche favorece la transmisión de los sonidos por el aire, la distancia era bastante considerable para ello. Galicia concluyó:

– Lo ideal sería que alguien fuese personalmente en uno de los vehículos.

Zavala trató de curarse en salud ante su obvia candidatura a mensajero de auxilio:

– Pero la gente esa está parada sobre el camino de salida, doctor... a menos que hubiera otra ruta... ¿Qué tal si atacan al vehículo por querer pasar por donde están?

– ¡Eso sí!... pero ¿Entonces?

– Entonces, – intervino el doctor Torres – ustedes pónganse de acuerdo. Mientras tanto yo me hago cargo de los controles y de la vigilancia del estado del muchacho... No olviden que lo dejamos sólo en medio del trance, con las señoritas y el chamán... Por de pronto, no creo que podamos interrumpir el curso del experimento sin riesgo para Reyes.

Todos asintieron en silencio y Galicia retomó el mando:

– De acuerdo Jacinto; Zavala y el Licenciado Argumedo se turnarán para vigilar cualquier movimiento... Ortega tomará su turno de descanso para entrar de guardia a la una de la mañana; y usted, Brenton...

Tomó por el brazo a Potter y lo alejó unos metros en silencio para no ser escuchados; en voz baja le soltó:

– Usted viene armado, Brenton.

– ¿What?

– Vamos, amigo; no es este el momento de andarnos con rodeos ni actitudes diplomáticas... Sé que trae usted una pistola y no me pregunte cómo lo sé, únicamente quiero asegurarme que no hará uso de ella por ningún motivo... ¡Salvo, claro!, que llegara a tratarse de alguna emergencia que verdaderamente lo justificara ¿De acuerdo?

– O.K., Boss.

– ¿Intentará la comunicación por radio a Ixcateopan?

– O.K.

– Entonces yo iré al jacal para poner al tanto a Febronio Miranda y a las Compañe...

Se interrumpió bruscamente al escuchar en la lejanía, procedente de las luces, una voz de hombre que invitó:

– ¡Ave María Puríiisima!

Rápidamente se juntaron todos de nuevo ante el giro de los acontecimientos; Zavala se dirigió a Galicia:

– ¿Oyó eso, doctor?; parece que alguien se acerca... ¿Reconoce usted la voz?

– Tal vez... creo que... Creo que se es la voz de don Edelio Sifuentes.

– ¡Ave María Puríiisima! – repitió la voz con mayor claridad.

Galicia confirmó en voz baja:

– ¡Sí, sí es don Edelio!... El viejo carcamán que la gente de Ocuilita mira como el patriarca del pueblo... – se dirigió a Torres – Es el que nos lanzó amenazas veladas, ¿ya recuerdas? ¡Voy a contestarle para ver que demonios se trae!

Recordando antiguas fórmulas aprendidas en la niñez de la lejana Puebla de los Ángeles, se llevó las manos a la boca para formar bocina, apuntando hacia la amenazante hilera de luces:

– ¡Buenas noches tengan, señores!... ¡Queremos saber quién viene y en qué podemos servirles!

La hilera de luces se agitó un poco y del centro de la misma, tres puntos luminosos se desprendieron avanzando rumbo al campamento con cautela, hasta detenerse a prudente distancia del *camper* de Jéssica. Desde ahí se podía vislumbrar el viejo y huesudo rostro de Sifuentes y dos malencarados hombres de profunda tez morena, ambos con ominosos machetes pendientes de la cintura. Galicia miró alternativamente a todos sus compañeros, deteniendo la vista por una fracción de segundo en Potter, que tenía un leve dejo de sarcasmo en la cara; luego ordenó, fijando la mirada en la comitiva visitante:

– Acompañeme, Argumedo; los demás permanezcan en donde están.

Comenzó su avance rumbo al encuentro, llevando sendas linternas para equiparar las fantasmagóricas antorchas.

– ¡Güenas y santas tengan sus mercedes! – saludó el anciano mirando hacia el suelo.

– Buenas noches, don Edelio... ¿Qué lo trae por aquí? – respondió Galicia mostrándose amable.

– Los chismes de las viejas, *siñor dotor*, que `stán ahí detrás rezando responsos pa' alejar a los *demoños* que habitan por estos lugares malditos de Dios... La gente del pueblo anda mentando que el viejo *jijo* del diablo a *güelto* a hacer sus cosas de brujería... y que sus mercedes y el gringo le `stán ayudando... ¡*Queren* que se larguen ustedes `orita *mesmo* pa' su tierra!... ¡*Queren* que la *josticia* divina caiga di' una vez por

todas sobre ese nagual enviado del infierno!, pa' que ya no siga trayendo la ira de Dios sobre la gente de Ocuilita... Ya vido que *dende* antier se le murió el hijo más chico de doña Hermenegilda por culpa de las herejías que `stá'ciendo el tal Febronio.

– Pero comprenda usted don Edelio; en este momento uno de nuestros compañeros está en... – Galicia se detuvo a reflexionar con rapidez sobre lo que iba a decir; podría darles la razón si manejaba mal lo de la experiencia a que estaba siendo sometido Martín – ...es decir... ehmmm... que uno de nuestros muchachos ayer se nos puso malo... y está ahorita como ido por la fiebre; que ni puede andar ni lo podemos mover porque con tantito y se nos vaya a morir... ¡Por nosotros no habría problema!, pero la mala suerte de que...

– ¡Ahí `stá, *dotorcito*! ¡Qué mala suerte ni qué las enaguas de mi comadre que'n paz descansen! ¡No es más que la culpa de los embrujos d'ese nagual! que anda espantando en las noches a los niños y a los borrachos... y que donde pone el ojo, *cai* la desgracia... ¡Mejor, *siñor dotor*, coja usté' pa' pronto a su enfermito y lléveselo *lejus*!, porque la gente que se `stá juntando, `tá muy *alebrestada* y mientan que si no se van, no sea que se los *vaiga* a cargar el diablo junto con el maldito ese... Que d'esta... no sale vivo... ¡Verdá' de Dios!

XXVIII – Ceremonia Fúnebre

Cuando Martín abrió los ojos, luego de lo que supuso un largo y agitado sueño, se encontró recostado en la hierba del campo. No experimentó frío ni hambre, en cambio notó un estado de perfecto equilibrio corporal y una gran tranquilidad en sus pensamientos, aunque tal vez con cierta desorientación como la que experimenta quien ha dormido profundo y en exceso.

De pronto se percató de cosas extrañas que no encajaban en el entorno conocido de Noria del Fraile: A lo lejos se escuchaba el parloteo de guacamayas y aves tropicales que también iniciaban su día. Su olfato percibió un cierto regusto salado en la brisa y, para colmo, descubrió que la única vestimenta que cubría su cuerpo, era el lienzo de fino algodón alrededor de su cintura: El viejo Maxtle de sus pesadillas, pero este no estaba primorosamente bordado en grecas de colores; era liso, simple y llanamente blanco. Confundido, buscó a su alrededor algún detalle que le sirviera



de orientación, pero no encontró nada. Alzó la vista al cielo, en donde la bruma comenzaba a disiparse al influjo del sol; y pudo ver una bandada de gaviotas que lanzaban sus graznidos.

«¿Gaviotas?» Pensó a toda velocidad, levantándose de un salto para otear el horizonte, pero al girar sobre sí mismo descubrió que a sus espaldas se erguía un enorme monolito de piedra perfectamente labrado en bajorrelieves, a primera vista de influencia Maya. Se acercó para estudiar los glifos y los elementos arquitectónicos, encontrando detalles de fisonomía teotihuacana o tolteca: Una serpiente recorría el panel principal doblando varias veces en ángulo de noventa grados hasta llegar al nivel más bajo, donde la monstruosa cabeza terminaba abriendo enormes fauces, de las cuales emergía la cabeza de un hombrecillo entre los largos colmillos.

Por fin, la mañana calurosa venció casi por completo a la bruma. Martín divisó una larga hilera de palmeras que se agitaban levemente al impulso del viento; y hacia el otro lado, sobre una colina, la redonda majestuosidad del sol que ya había logrado completar su bamboleante silueta anaranjada, al desprenderse del horizonte. Ese dato le permitió el primer dato de orientación: «Este, oeste, norte, sur... el sol sale por el oriente aquí y en China» pensó, pero en Noria del Fraile el oriente estaba obstruido por las montañas cuyas faldas principiaban justo al otro lado del arroyo; «¡Aquí no es Noria!» concluyó alarmado; «¿Entonces dónde diablos estoy...?». Su mente empezó a ligar cabos sueltos a partir de los recuerdos que acudían en tropel uno detrás del otro: «El viejo dijo que... ¡Claro!... ¡Debo estar soñando todavía!». Decidió intentar el más ancestral y primitivo medio de buscar a un congénere; se llevó las manos a la boca, ahuecándolas a manera de bocina y lanzó un prolongado grito con toda la potencia de su voz:

– ¡Eheeee!... ¡Eheeeee!... ¡me escucha alguieeeeeen!

Una bandada de pájaros alzó el vuelo asustado por el inusual ruido y Martín aguzó el oído en espera de alguna respuesta o de cualquier reacción, pero ¡Nada!

– ¡Quién viveeee!

Entre el silencio, de pronto se escuchó una breve risa infantil desde la colina por donde el sol ya ganaba altura.

– ¡Quién anda ahí!

Tras un arbusto de la cima, asomó la carita de un niño, que volvió a reír antes de desaparecer.

– ¡Oye, niño!... ven por favor... No tengas miedo... ¡Niño!

Nadie respondió y Martín echó a andar a pasos apresurados tratando de dar alcance a quien fuera que fuese el evasivo chiquillo. Llegó a la cima de la elevación y no encontró a nadie; el terreno era amplio y sin muchos recovecos donde esconderse, pero parecía que la tierra se lo hubiera tragado. Pronto llegó a otro montículo que servía de balaustrada a otra hondonada cubierta de vegetación de un fuerte verdor; su olfato fue gratamente estimulado con aroma de vainilla, pero eso ahora

no le importaba. No había un alma hasta donde su vista podía alcanzar.

Buscó afanosamente entre los detalles del terreno, cuando a lo lejos, escondido tras una torcida palmera, emergió de nuevo el niño que hacía ademanes de saludo y sonreía. Martín reanudó su carrera tras el pequeño, cruzando la hondonada con amplias zancadas de sus piernas desnudas y sus pies descalzos, hasta el siguiente montículo sin parar, cuando en el punto más alto, se detuvo en seco estupefacto, al divisar en el horizonte la inmensa superficie azul del mar. «¿El mar?... ¿Cómo el mar?... ¡No es posible!... a menos que...»

Casi al alcance de su mano, el chiquillo saltó de lo alto de una frondosa ceiba, para correr rumbo a la última elevación que todavía ocultaba la playa y el suave romper de las olas contra la blanca y fina arena. Martín fue tras él con cierto enfado; el niño volteaba de vez en vez con una sonrisa de picardía mientras el viento producido por la carrera, hacía que fleco trasero de su pequeño maxtle ondeara hacia los lados, dejando ver las armoniosas líneas de sus nalgas infantiles. Parecía no tocar el suelo a semejanza del grácil salto de la gacela sobre la pradera.

Al rebasar el montículo final antes de la playa, Martín lo perdió nuevamente de vista tras el inclinado declive donde principia la franja de arena. Había desaparecido por completo, pero no tuvo oportunidad de reflexionar sobre ello, ni sobre el hecho de que prácticamente fue guiado hasta ese preciso punto. Lo que sus ojos vieron con sorpresa, lo hicieron tumbarse instintivamente para ocultar su presencia. A lo largo de la línea costera, venía avanzando lentamente una extraordinaria procesión, que marchaba al son de pausados y graves tambores de los llamados *huéhuatl*, así como de grandes sonajeros de caracoles y conchas marinas portados por indígenas ricamente ataviados. Con excepción de los tres músicos que abrían el paso, los demás nobles sostenían, en dos hileras perfectamente simétricas, un aparejo alargado cubierto de plumas labradas en tal forma que parecía una culebra de escamas verdes y azules, de ocho metros de longitud.

Detrás del primer grupo un segundo y numeroso contingente de hombres y mujeres silenciosos, cargaba a hombros una andarilla de largos travesaños, en el centro de la cual se asentaba una plataforma con un respaldo tejido en fibras vegetales por la parte posterior, quebrándose hacia delante a manera de parasol; todo vistosamente recubierto de plumas multicolores. En ella llevaban a un anciano de piel extrañamente clara, con la mitad inferior de la cara pintada en negro, de la nariz hasta el cuello; en su frente, una diadema de oro amarillo ceniciento enmarcaba su cabeza, ocultando la escasez de cabello ralo y casi cano; de la diadema partía hacia arriba un penacho de plumas verdes que se abrían en abanico en sentido de adelante atrás.

De pronto, los portadores hicieron alto y con toda reverencia bajaron lentamente de sus hombros los travesaños, depositando la andarilla sobre la arena, mientras que los nobles hicieron lo mismo con el aparejo. Las mujeres dieron principio a un

lamento colectivo y los tambores redoblaron su batir hasta un crescendo frenético, al que se aunaron flautas y sonajas ejecutadas por todos los acompañantes, que fueron formando un círculo alrededor del anciano sentado en la plataforma, para iniciar una danza circular: Tres pasos en un sentido, tres pasos en el otro; tres pasos hacia el centro, tres pasos hacia atrás. Al estar más cerca de la andarilla, cada danzante iba arrancando plumas y adornos, hasta que el viejo quedó completamente desnudo, excepto por un burdo maxtle de fibra. Luego los ritmos se hicieron pausados y monótonos; las mujeres redujeron su llanto a un tenue gemido, y el anciano empezó a emitir un canto rasposo y ajado, que tal vez invocaba a lejanos e inmemoriales espíritus:

– Eiiyeye... Eiiyeye... Aiiia... Aiiayeeii...

El rito se prolongó hasta que el sol llegó al cenit. En el preciso instante del mediodía, un caracol sonó como señal para que repentinamente música y danza cesaran; el silencio se apoderó del ambiente dejando lugar al incesante rumor de las olas rompiendo contra la costa. El viejo se levantó ayudado por los dos principales, conduciéndolo parsimoniosamente hasta el aparejo orlado de plumas, que no era otra cosa que una enorme canoa cuyos adornos le daban forma de una enorme culebra. El hombre del Huéhuatl abordó por la parte más delantera, mientras que otro noble portador de una flauta de barro, lo hizo en el extremo trasero. Los demás acompañantes se alinearon nuevamente a los lados de la canoa con sus tres ocupantes, levantándola en vilo hasta la altura de sus rodillas. Con ella así, principiaron un lento giro hacia cada uno de los puntos cardinales de horizonte tolteca, para finalizar apuntando al rumbo donde el sol nace todos los días, para vida y gloria del hombre.

Rumbo al agua inició la marcha con un paso corto cada vez, hasta llegar más allá del sitio donde la canoa flotó sobre la superficie, bogando con el subir y bajar del tranquilo oleaje. Poco a poco fue empujada una y otra vez, mientras el mar, con sus olas bajas, parecía rechazar esa ofrenda humana, hasta que la treceava ola fue mayor y la canoa rebasó su cúspide, deslizándose mar adentro en el momento en que el tambor y la flauta de abordó volvieron a escucharse, fuerte al principio, más débil en cuanto la canoa se alejaba impulsada por el cansino remar del anciano que buscaba el encuentro con su destino. Cuando la extraña nave traspasó la línea de los arrecifes costeros, ante los ojos de la procesión que quedó en tierra, un repentino y resplandeciente fuego hizo presa de la embarcación en una vorágine avasalladora que produjo una densa columna de humo blanco que ascendió al límpido y azul cielo, formando ondulaciones caprichosas en su camino hacia el infinito: El espíritu de la serpiente en su viaje a Omeyocan. Hombres y mujeres tornaron al llanto doloroso; ellas comenzaron a rasgar sus vestiduras y dejaron al descubierto sus pieles morenas; ellos sacaron cuchillos de pedernal y puntas de maguey, para arrancarse los cabellos entre sollozos y herir sus carnes con profundas tajadas en el pecho y en

las piernas, por donde brotó profusa la sangre que fue a mezclarse con la inmaculada blancura de la arena.

XXIX – Tenso Amanecer de un Día Difícil

— Doctor Torres... despierte, doctor.

La voz susurrante de Fernando Ortega en la penumbra del camión de acampar, hizo volverse inquietos a Galicia y a Jéssica que dormían el segundo turno de la noche; Ortega miró su reloj de pulsera a la luz de la luna que se filtraba por la ventanilla: Las cinco de la mañana menos veinte; con la mano agitó suavemente el hombro de Torres, quien despertó rápido, con el entrenamiento ese que tienen los médicos para reaccionar al instante pese a lo profundo del sueño.

– ¿Qué pasa? – preguntó también en voz baja pero totalmente alerta.

– Los sensores indican que la temperatura de Martín está baja... ¡Treinta y seis punto tres!

– ¡Bien hecho, muchacho!... Vamos a echarle un vistazo.

Torres se levantó sin hacer mucho ruido y ambos salieron rumbo a la caseta. El galeno dedicó una mirada hacia el sitio donde apareció la gente de Sifuentes: Ahí estaban las luces mortecinas, muy quietas pero en mayor número. Entraron a la caseta de control, iluminada tan sólo por el fulgor de la pantalla de video y los foquitos indicadores de los aparatos. De una ojeada Torres observó las principales lecturas, tomó el micrófono conectado a las grabadoras, accionó el interruptor de la pantallita de registro electrocardiográfico y empezó a dictar su reporte:

– Cuatro horas con cincuenta minutos. Temperatura: treinta y seis punto dos; pulso: cincuenta y cinco; presión: ciento cinco, sesenta y cinco; trazo cardiaco: normal; trazo encefalográfico: escasa actividad cerebral frontal... No hay indicios de sueño... No hay signos de excitación cortical...

Torres fijó la atención en el monitor de video; el tórax de Martín casi no se movía, pero los flequillos del lienzo sobre su rostro continuaban un tenue vaivén a la entrada y salida del aire por sus fosas nasales.

– Respiración estable... doce a quince por minuto... de tipo cerebelosa...

Activó el servomecanismo de la segunda cámara para recorrer el recinto; ahí estaba Paulina, sentada en el suelo con la espalda recargada contra la pared; a su lado y hecho un ovillo dormía Tarsicio con la cabeza en el regazo de la muchacha que miraba inmóvil el cuerpo de Martín en actitud de preocupada vigilancia. La cámara reanudó su viaje hasta encontrar en el lado opuesto a Febronio Miranda, postrado en la eterna posición de cuclillas; parecería muerto a no ser por una leve oscilación de su cabeza adelante y atrás, como un antiguo fraile en profunda meditación.

– Temperatura ambiental: catorce punto seis grados; humedad relativa, veintiocho por ciento...

– ¿Cómo lo ve, doctor? – preguntó Fernando al ver que Torres desconectaba el micrófono.

– Pues... es difícil... Los signos aún no son alarmantes pero están marcando una cierta tendencia a debilitarse... Podrían definir un estado cataléptico si las cosas continuán así.

– ¿Estado cataléptico, dice usted?

– Sí, Fernando... Un estado intermedio entre el sueño profundo y el coma: Bajan todos los signos vitales al mínimo, se reduce importantemente el metabolismo de las funciones orgánicas, no hay emisión de orina, se inhibe la defecación, se reduce la necesidad de oxígeno...

– ¿Y qué diferencia habría con el coma?

– En el coma, la actividad cerebral es prácticamente igual a cero... Las pupilas se dilatan, la respiración se torna diafragmática con períodos de respiraciones rápidas alternados con períodos sin respirar; las fosas nasales se expanden como buscando aire y las manos presentan un temblor fino y rápido. La diferencia, es que el estado de coma casi siempre tiene un origen patológico, mientras que el estado cataléptico refleja una condición normal pero en marcha mínima inducida y gobernada por el sistema nervioso. El problema es que la catalepsia puede derivar hacia un estado comatoso si se prolonga demasiado.

– ¿Y Martín?

– Martín está bien por ahora. Su estado obedece al brebaje que le dio el viejo; y que sea lo que sea, poco a poco se tiene que ser eliminado y, por consiguiente, dejar de surtir sus efectos narcotizantes... ¡Si eso no sucede, entonces tendremos muy serios motivos para preocuparnos!

Allende los montes, un gallo lanzó su canto de saludo al nuevo día, aunque todavía no salía el sol y las estrellas brillaban en todo su esplendor provinciano. Paulina continuaba con la vista fija en la mesa preguntándose con ansiedad: «¿En dónde andarán tus pensamientos, Martín?... Tu cuerpo se ve tan frío y tan distante que pareciera que te estamos velando, en un velorio tan amargo y doloroso como el de un joven que no ha alcanzado a vivir plenamente... ¡Dios no lo permita!... Si mueres, nunca podré decirte todo lo que siento por ti... Las ganas inmensas que tengo de oír tu voz... De vivir contigo la vida y llenar mi cuerpo con el tuyo... Si al menos te dieras cuenta de lo que mis ojos te gritan cuando miran a los tuyos»

Instintivamente su mano se enredó entre los rizos oscuros de Tarsicio en una suave caricia. Se manifestaba sutil el instinto maternal, la orden de los genes, el imperativo de la naturaleza acerca de que, con ese hombre yacente y con esa mujer que bullía en su propio *yo*, se cumpliera la ley inmutable de la vida en la tierra: La continuación y la preservación de la especie.

El viejo por fin deshizo su rígida postura, irguiéndose justo en el instante que la curvatura más elevada del disco solar, asomase por el horizonte enviando sus primeras luces, que con su fuerza opacaron la brillantez del lucero de la mañana. Caminó hasta el brasero para depositar nuevos trozos de carbón de ébano y nuevos granos de incienso de copal. El brasero crepitó y el copal envió su suave aroma en medio de una nube de humo blanco que ascendía hacia el techo, buscando resquicios por donde fugarse hacia la libertad.

A lo lejos, unos ojillos se crisparon con fulgor siniestro al divisar la columna de humo que salía del jacal. En la mente de Edelio Sifuentes se fue formulando el pensamiento primitivo modulado por los viejos atavismos y prejuicios religiosos: «¡Ahí `stá de *güelta* el maldito nagual echando sus brujerías!». Su mano manchada con las pecas de la vejez, que las mujeres llaman “flores del camposanto”, salió de entre los dobleces del sarape para santiguarse y besar la señal de la Santa Cruz, con unos labios trémulos de odio.

XXX – El Mensajero de Quetzalcóatl

Los indígenas testigos del solemne y trascendente funeral, se dividieron en dos grupos: Uno dedicado en silencio a desarmar la andarilla hasta dejar los largos travesaños libres, adornándolos enseguida con hojas verdes y plumas multicolores. En uno de sus extremos colocaron un adorno a manera de banderola con extraños signos pintados que Martín no pudo identificar en la distancia. El otro grupo inició la excavación de dos profundos orificios en la playa, con unos cuatro pasos de separación entre ambos, en los cuales sembraron los travesaños en posición inclinada, orientados al punto donde la canoa partió. Los extremos adornados de ambos postes quedaron unidos en lo alto, semejando una gran punta de flecha que indicara el rumbo del oriente celeste. Después, en el tercio inferior del armazón engalanado, colgaron un escudo de gran tamaño hecho de carrizo y hoja de palma, totalmente cubierto en plumería blanca y con varios diseños en su centro. Al final, los nobles entregaron al fuego todos los restos materiales sobrantes de la plataforma y su toldo, para no dejar huellas o rastros que pudiesen ser profanados.

El doliente cortejo inició su retirada entre el llanto de las mujeres y el silencio



profundo de los hombres, dejando el paraje en completa soledad. Únicamente el batir quejumbroso de las banderolas agitadas por el viento quedó como mudo testigo de lo que ahí sucedió.

Martín dejó pasar un buen rato antes de levantarse con la mirada vigilante hacia los cuatro puntos cardinales: ¡Ni un alma por los alrededores!. Bajó caminando despacio y cauteloso a la playa, fuertemente atraído por el gran escudo colgante. Al centro del mismo, un hábil tlacuilo había pintado el significado de la ceremonia que acababa de concluir: Arriba a la izquierda, el icono de Tula o mejor dicho Tollán, capital del señorío Tolteca, del que partían unas minúsculas huellas de pisadas, que significan una ruta seguida. Seguidamente, al centro, una imagen de la andarilla con su personaje sentado y tocado en la cabeza con el copilli que es signo de poder y nobleza; la figura estaba unida por detrás al dibujo estilizado de una serpiente orlada de plumas y con las fauces abiertas. Por encima de la andarilla, se podía ver una franja roja rodeada por su parte superior por líneas sugerentes de agua; y en la parte más alta del escudo, el símbolo de Tonatiuh el Sol, dominando con su gran ojo central toda la escena representada. De la andarilla, seguían otras huellas de pisadas que cruzaban la tierra roja para adentrarse hasta el agua, donde remataba con la figura de varias volutas de humo que significan incendio, destrucción, devastación.

En la parte inferior del escudo, el tlacuilo plasmó la fecha del evento; Ce Ácatl, Uno Caña, según la cuenta calendárica de los toltecas, que siglos después adoptaron los pueblos Nahoas que se asentaron en el Valle del Anáhuac.

Martín no lo podía creer: Estaba leyendo el testimonio del gran príncipe y señor de los Toltecas Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl, soberano de Tula quien tuvo un largo, pacífico y constructivo reinado, durante el cual fueron proscritos los sacrificios humanos y se desarrollaron las artes, así como gran parte de la sabiduría Tolteca. Al final de su mandato, fue engañado, calumniado y vilipendiado hasta verse obligado a su destierro y muerte en las míticas tierras de Tlillan Tlapallan, lugar de las pinturas rojas y negras, en algún punto desconocido, donde la tierra termina y principian las grandes aguas por donde nace el sol. Ahí, el príncipe caído se embarca con rumbo al oriente y el fuego lo consumió entre ascendentes nubes de humo que lo elevaron al cielo.

Si su juicio era correcto, Martín estaba situado en las playas donde confluyen los pueblos de cultura totonaca que empieza a recibir la fuerte influencia maya; unos doce o trece siglos atrás en el tiempo, milenio y medio quizá; y estaba siendo testigo presencial de uno de los más grandes hitos en la historia de los pueblos mesoamericanos: Quetzalcóatl: ¿Leyenda? ¿Mitología pura? ¿Hecho histórico?. Buscó con la mirada algo que le sirviese de orientación: El mar; el sol nacido del mar, la playa de blanca arena salpicada de conchas y caracoles, la vegetación tropical, el niño que lo condujo hasta ese punto.

«¡El niño!» pensó al tiempo de incorporarse con la idea fija de buscarlo, cuando sus ojos descubrieron a un hombre postrado de hinojos en la arena a la orilla del

agua. Le vio como a doscientos o trescientos metros al sur de donde él estaba. El hombre miraba al cielo buscando los restos de la nube formada por el humo del holocausto. Con la mirada fija en la lejanía, comenzó a tocar una suave melodía con la flauta de barro que llevaba atada al cuello con un cordón; Martín le reconoció como uno de los nobles que integraron la procesión para llenar de música el viaje final del viejo príncipe. Se apartó del armazón haciendo amplias señales con ambos brazos al tiempo de emitir un llamado:

– ¡Heyyyy!

El hombre cesó de tocar la flauta, mirando estupefacto a donde provenía el grito. Por unos segundos ambos mantuvieron la vista fija el uno en el otro; y de pronto, el hombre echó a correr tierra adentro y rumbo al sur, alejándose sin mirar atrás, como huyendo de alguna culpa. Martín bajó los brazos desalentado y molesto: «¡Maldito indio!» pensó, sin percatarse de que viejos arraigos culturales de su mestizaje y su herencia de sangre española mezclada, le impulsaban ese tipo de pensamientos, aun cuando en esos momentos los “indios” eran señores y dueños de esas tierras; y él solamente un intruso, al igual que en su momento, lo fueron Cristóbal Colón, Hernán Cortés y toda la pléyade de aventureros europeos que vinieron en busca de fortuna a las tierras del Nuevo Mundo.

Decidió seguirlo, so pena de quedar otra vez sólo y abandonado a sus infinitas dudas. Con un trote fuerte y vigoroso inició su carrera tras el noble, dejando atrás aquél sitio histórico. Densas nubes grises cubrieron al astro rey y una fina llovizna empezó a caer, en tanto el terreno se elevaba alejándose de la playa siempre con rumbo al sur.

XXXI – Comandante de Policía Heriberto Ocampo

La corpulenta silueta de la mujer cuarentona traspuso el umbral que daba al cuarto de dormir, corriendo a un lado la cortina que hacía las veces de puerta, a la vez que ajustaba sobre los hombros el gastado chal con que trataba de evitar el frío matutino del despertar. Llegó hasta la desvencijada cama de hierros tubulares donde roncaba profundamente, entre vahos de alcohol a medio digerir, Heriberto Ocampo, jefe de policía de Ocuilita.

El hombrazo dormía a pierna suelta sin nada que lo cubriera, a excepción de unos deslustrados calzoncillos de manga larga. En el poste de la cabecera colgaba el cinturón canana de la enorme pistola escuadra cuarenta y cinco, que siempre traía «con las quijadas abiertas por si se ofrece»; es decir, amartillada y lista para disparar.

– ¡Despierta, viejo huevón!

Un sordo gruñido, procedente de lo más profundo de los avernos, fue la única

contestación; la mujerona insistió:

– ¡Que te pares, hombre!... ¿qué, no'yes?

– Grou..gffngando... – profirió Ocampo confusa y rasposamente.

– ¿Que, qué? – preguntó la esposa directamente al oído y con voz deliberadamente alta, con toda esa maña de mujer experimentada en la lidia de un esposo de ese talante y calaña. Sabía usar magistralmente esa entonación vocal inmisericorde a la que las mujeres recurren para interrumpir, en una especie de venganza perenne, los más preciados momentos del sueño del hombre, máxime cuando anoche el susodicho llegó tarde y con copas, como de costumbre.

El taladrante ruido de la pregunta hizo el efecto esperado, despertando al policía lo suficiente para articular una comedida aclaración al gruñido anterior:

– ¡Que dejes dormir y no estés chingando!

– ¡Qué chingando ni que tu abuela! – le espetó la mujer aprovechando el terreno ganado – Por mí puedes quedarte tirado todo el día si quieres... Te hablo porque ahí te *train* un recado de la cuñada de Artemio Sifuentes, el hijo del viejo.

– ¿Y qué madres me importa a mí la pinche vieja esa?... ¿Qué no ve la hora que's?... ¡Como si estuviera yo pa' chismes de viejas *argüenderas*!

Heriberto Ocampo abrió los ojos, girando su voluminosa barriga para encarar a su mujer; un brillo aceitoso cubría sus corneas, producto de la intoxicación crónica por el abuso constante de la bebida y los comelitones.

Con la mano derecha, procedió a rascarse con desparpajo los genitales por entre las bocamangas del calzón. Su esposa lo observó con la fuerza de la costumbre, sin darle la menor importancia; si acaso, con el recuerdo de pasadas glorias que la llenaron de chiquillos morenos, los cuales ahora dormían revueltos en la recamara de al lado.

– No es chisme, viejo... Dice que don Edelio anoche a las once salió de la iglesia, donde estuvo plática y plática con el cura... Que *lueguito* se fue pa' su casa a sacar el jorongo, el machete y una botella de mezcal... Que se fue a la plaza pa' juntarse con harta gente: Hombres y viejas hasta con chilpayates... y que luego agarraron camino rumbo a la salida de abajo... ¡Que toavía no es hora que regresa!

– ¡Ah cabrón!... – aceptó el comandante, irguiéndose sobre la almohada del camastro – Seguramente ya anda otra vez alborotando a la indiada el viejito *jijo* del *maiz*... ¡Cuándo se acabará de morir, con una chingada!... ¡Échame mis pantalones de ahí, vieja!... y búscate a ver si queda por ahí alguna cerveza, que estoy que me carga la madre...

La señora de Ocampo se restregó los bellos colgantes de ambos brazos, otrora turgentes y plenos de energía; fue hasta la desvencijada silla donde los pantalones fueron botados hacía cuatro o cinco horas antes y los arrojó a la cama de manera que quedaran a su alcance. El comandante se irguió hasta quedar sentado al borde del colchón y de inmediato sus entrañas respondieron al movimiento, obligándole

a emitir un ruidoso y prolongado eructo que llenó el cuartucho con un delicado olor a vómito de borracho.

– ¿Tons qué con la cervecita? – insistió a su mujer.

– ¡Tás jodido, hombre! ¿De `ónde quieres que te saque cerveza a estas horas, si no dejas ni pa' comer?... mejor `bías de ver que tus mocosos tengan algo que echarle al buche.

El hombre ya se estaba vistiendo sin dar la menor importancia a las quejas eternas de la esposa; se fajó el cinturón canana y extrajo la pistola para botarle el cargador y la bala alojada en la cámara, revisándola con movimientos expertos. Reinstaló el cargador al comprobar su carga, dándole un palmetazo cuyo ruido culminó con un *click track*, informando que había quedado en su lugar y asegurado; cortó cartucho apuntando el cañón hacia el suelo y la volvió a guardar en su funda.

– ¿On `tán las llaves de la *Julia*?

Preguntó refiriéndose a la única camioneta oficial de la policía que, en lugar de prestar servicio público, servía para sus menesteres personales.

– Ahí `tán en la mesa `onde las botaste anoche... ¿Vas a dejar pa'l gasto o qué? – contestó la mujer en el recital que en infinitos días se repetía todas las mañanas.

Heriberto Ocampo se dirigió a la salida, echándoles un vistazo indiferente a sus hijos adormilados y buscándose entre los bolsillos hasta encontrar unos billetes arrugados que arrojó sobre la mesa de la cocina-sala-comedor, despidiéndose de su familia con un amoroso exhorto:

– ¡Ustedes no saben hacer otra cosa que tragar!... Nos vemos. – y salió dando un portazo.

En el techado de palma que servía de acceso frontal a la casa, esperaba con timidez la cuñada de Artemio Sifuentes, joven de marcados rasgos indígenas y arreglada con trenzas semicubiertas por el infaltable chal. La muchacha bajó de inmediato los ojos al sentirse escrutada de arriba abajo por la mirada poco comedida del comandante.

– ¡*Güenos* días tenga su mercé! – musitó la visitante con voz apenas audible y sin levantar la vista.

– Bueee... ¿Qué te *traí* por aquí, muchacha? ¿Cómo está eso de que el vie... eh... don Edelio anda por ahí trasnochando?

– Es lo *mesmo* que le dije yo a su *siñora* de *asté*, patrón... Que me mandó mi hermana a decirle que el tata no `parece ende toda la noche y que tiene harto miedo que algo le *vaiga* a pasar... Dice que ella tiene el *pálpito* que juntó a los hombres pa' ir a buscar al nagual y a los chilangos... Que cuando vino a buscar el machete, *traíba* el diablo metido en los ojos; que no mentó ni una palabrita.

La indita calló y una sombra de preocupación acabó por despejar los restos de modorra del jefe de policía; sus sentidos se pusieron alerta y por reflejo acarició el bulto del arma pegada al cinto, como solía hacerlo cuando cualquier cosa se salía de su cauce habitual.

– ‘Tá bien, muchacha... vete pa’ tu casa y no te me muevas de ahí por si se ofrece; yo me encargo de averiguar que se *train* y ‘ónde anda el viejo Sifuentes... Dile a tu hermana que no se *desasosiegue*... que yo luego paso a darle razón.

Con un leve suspiro de alivio la joven morena dio media vuelta y se retiró con esos pasitos cortos pero rápidos, característicos de los naturales de la tierra. Heriberto Ocampo todavía se permitió seguir los movimientos de la grupa de la muchacha con una mirada cargada de lascivia, antes de que su mente, experimentada tras muchos años de ejercer la vigilancia del orden público, empezase a trabajar febrilmente en la atadura de hilos del asunto, para tener una idea de lo que estaba ocurriendo en su pacífico cuan tormentoso pueblo:

«Ya salieron a relucir esos chingados chilangos.» – pensó mientras se dirigía al interior de la *Julia* y trataba de accionar el motor con la llave – «Cuando no han de venir a ponerle en la madre a todo... Segurito que ese curita de mierda, ya le calentó la *tatema* al viejo pendejo de Sifuentes pa’ que *alebrestara* a la indiada... La muchacha dice que salieron rumbo a la salida de abajo portando machetes... ¡Pa’ ‘ónde habrá de ser sino pa’n’ca’el nagual!... ¿‘Onde dijo Rosendo que los ‘bia dejado?... ¡Ese hijo de la chingada de Rosendo!... pos’ ‘ónde se fue a *nalgotear* toda la noche, que no fue pa’ avisar, como le tengo dicho... No sirve para una puta madre».

El antiguo motor tosió y sus cansados hierros giraron por millonésima vez para conducir al obeso comandante rumbo a la comisaría, mientras masticaba sus pensamientos y formulaba un plan de acción. Cuando llegó, encontró al policía Rosendo Almaraz roncando plácidamente en la silla del escritorio gris usado para el papeleo policial.

Estaba reclinado sobre su costado derecho, con una mano recargada sobre el cañón de un fusil a manera de bastón y, sobre esa misma mano, apoyada la mejilla del durmiente, ofreciendo un rictus entre cómico y degradante. El comandante meneó la cabeza pensando: «¡Mírenlo al muy pendejo sobre el rifle!... Lo único que tendría yo que hacer, es apretar suavemente el gatillo y este pobre infeliz pasará a *calacas* sin darse cuenta siquiera».

Ocampo sonrió recordando sus tiempos de conscripto acuartelado, cuando el Servicio Militar Obligatorio era obligatorio en verdad y los sorteados con Bola Negra cumplían su año enrolados en un cuartel militar como cualquier soldado; y lo que se acostumbraba hacer al sorprender a un compañero dormido cuando no debía estarlo. Con toda la potencia de su vozarrón gritó:

– ¡Caaaaaabo de guardia! ¡Le ataaaaaaco la retaguardia!

Rosendo Almaraz brincó como impulsado por un resorte, dejando caer el fusil al intentar enderezarse en la silla, al tiempo de hacer sobrehumanos esfuerzos por aparentar que estaba despierto, aunque su mirada vidriosa y perdida en el infinito, tardaba angustiosos momentos en recobrar la coordinación; sus manos fueron a buscar unos papeles para acomodarlos, en una clara artimaña para darse un poco

de precioso tiempo y acabar de despertar.

– ¡Buenos días, jefe!... Aquí sin novedad´.

Dijo Rosendo con dificultad y repitiendo la tradicional fórmula. El comandante le respondió con fingida ira:

– ¡Cómo que sin novedad´, pedazo de animal!... ¿`Pos´ `ónde chingados tienes la cabeza, que tienen que venir las viejas *chirigoter*as del pueblo a despertarme pa´ reportar lo que es tu pinche obligación?... ¡A mí se *mi´hace* que te *fuites* otra vez de pedo y nomás *recalates* a dormir la mona!

– ¡Por Diosito santo que no, jefe!... Aquí `stuve pendiente sin que viniera *naiden*... ¡Palabra! – protestó el policía.

– ¡No me trates de ver la cara de tu pendejo, que bien que te encontré jetón con una mano en el rifle y la otra en el *fundillo*!... ¡Pa´ l´otra te arresto *despuécito* de romperte toda tu madre por hocicón!... ¡Lárgate rapidito al mercado y me *trais* dos cervezas bien frías y una orden de chilaquiles!... pero ¡Muévete!... que tenemos que salir de *viriguación* y no estoy pa´ esperarte toda la mañana.

Rosendo salió con las piernas acalambradas a cumplir el encargo mientras el comandante se apoltronaba en la silla vacante. Maquinalmente se agachó para recoger el fusil tirado:

«¡A que las pinches bolas del muerto!... Creo que va´ber que llevarnos este juguetito, por si las *recanijas* moscas».

XXXII – Y de los Escombros Nacerá un Nuevo Sol

En un momento de la carrera, el indígena dejó caer la flauta de barro al encontrar terreno abrupto que le obligó a trastabillar y esforzarse por mantener el equilibrio; de una ojeada comprobó que estaba siendo alcanzado y una mueca de angustia se reflejó en su rostro. Como todo buen alumno de los templos donde enseñan las artes guerreras y el culto a los dioses, gozaba de una inmejorable condición física; podría pasarse buena parte del día corriendo sin necesidad de detenerse, pero aquel extraño le estaba dando alcance.

Martín por su parte apretó el paso, aunque se detuvo un instante para recoger la flautilla abandonada, presintiendo que tenía una clara ventaja sobre su perseguido. Sus pies apenas rozaban sobre los guijarros del campo sin sentirlos, al tiempo que su mente volaba en mil conjeturas acerca de lo que había presenciado y las razones del noble para huir como lo hacía.

Pronto lo tuvo a quince o veinte pasos, pero el indígena apuró su trote ganando terreno. Al trasponer una pronunciada colina, Martín pudo divisar a lo lejos una serie de chozas primitivas: «Un poblado» pensó, reflexionando sobre la inconve-

niencia de enfrentar a una comunidad desconocida en el acto de perseguir tal vez a uno de sus vecinos.

– ¡Detente, noble señor! – gritó en lengua Náhuatl con la esperanza de lograr una comunicación pacífica, pero el indígena apresuró aún más su desenfundada carrera. Martín consideró la posibilidad de alcanzarlo en un gran esfuerzo y derribarlo por la fuerza, pero la intuición le hizo descartar esa idea. En un arranque de inspiración, se detuvo en seco, se llevó la flauta a la boca y le arrancó suaves notas al obturar alternativamente los orificios, cuyas tonalidades invadieron el ambiente. No supo nunca si era la combinación correcta de tonos, pero el artilugio surtió el efecto deseado: El indígena disminuyó su velocidad hasta dejar un paso de marcha titubeante que cesó por completo al detenerse y caer de rodillas sobre la grama verde y húmeda de la hierba silvestre. Al verlo Martín dejó de tocar para completar, con cierta precaución, la distancia que lo separaba del noble.

Dio un rodeo más o menos amplio hasta quedar de frente al caído; se acercó despacio, tratando de no aparentar una actitud hostil; se detuvo a tres pasos mientras su mente trabajaba ya en la lengua madre de los antiguos mexicanos, elaborando la conversación que en unos instantes habría de sostener. Parsimoniosamente depositó la flauta en el suelo, a mitad del espacio entre ambos y dijo conciliador:

– ¿Por qué huyes del más humilde de los hombres, oh gran señor?

El noble levantó un poco la vista clavándola en la flauta, para luego responder:

– ¡Ha de ser destruida!... Debes romper la música sagrada que he profanado al dejar que la tierra la toque.

Martín supo de momento que la flauta era la causa de que el noble se hubiese detenido. Al dejarla caer en la persecución había faltado a algún mandato u obligación ritual, mancillándola de alguna manera. Cuando la hizo sonar, su canto de barro recordó al perseguido que era su deber reparar su falta destruyendo el primoroso artefacto, a fin de que no cayese en manos profanas. Con ese supuesto, Martín intuía que podría manejar a su conveniencia la situación y obtener la información que deseaba. Presionando al indígena con la mirada argumentó:

– Destruída ha de ser, pero antes... Has de decirme quién eres.

No hubo respuesta.

– ¿Cuál es tu nombre, noble señor?

Silencio. Martín pensaba la forma de arrancar de su mutismo al que fue actor protagonista de la impresionante ceremonia de la playa. Decidió atacar al meollo del asunto y con su dedo índice señaló directamente al objeto posado en el suelo:

– ¿Es la flauta fúnebre de Quetzalcóatl?

El rostro del noble acusó de inmediato una evidente reacción. Sus músculos faciales se contrajeron perceptiblemente y el latir en las venas de su cuello se hizo visible al levantar la para el cielo, con los ojos crispados en una mirada fija en el infinito cargado de nubes grises. La fina llovizna le mojó hasta formarle gotas más

gruesas que corrieron hacia abajo como si fuesen lágrimas y su rostro atormentado, expresaba sin palabras un enorme desconsuelo; o un llamado angustioso de auxilio a los espacios celestes.

No fue necesario que respondiera a la pregunta. Martín se sintió infinitamente apenado por ese hombre que había fallado su misión y por un momento pensó aplastar con una piedra la flauta y sepultar los añicos; o dispersarlos a los cuatro vientos aliviando así la congoja del hincado; pero también él tenía su propia misión y debía cumplirla. Se reclinó para recoger el pedazo de barro amorosamente trabajado y se lo extendió.

– ¡Has tu canto de viento para el supremo sacerdote de la Serpiente Emplumada!

El hombre retrajo las manos en una clara actitud de rechazo supersticioso. Con la mirada fija en la flauta, dijo:

– Debes destruirla... o yo también seré profanado y maldito de la Serpiente... Mi vida habrá de terminar antes de cumplir la misión que en mis hombros dejó El Que Va Camino De Omeyocan, montado en la gran nube de fuego que has visto arder en las grandes aguas.

Martín dejó la flauta en el suelo una vez más; sabía que estaba dominando la situación, pero quiso ir despacio.

– Destruída habrá de ser, pero antes dile al menor de tus hermanos, cuál es tu misión y quién te la ha encomendado, para ser tan importante... Cuando lo hayas dicho, la flauta será depositada en los brazos de la Madre Coatlicue, fuera del alcance del hombre; y tú serás libre de continuar con tu incomparable destino.

La duda en el noble indígena decreció. En su tiempo y circunstancia también era un personaje instruido y con un intelecto muy por encima del común de la población; percibió que Martín sabía cosas celosamente guardadas en secreto. Tal vez tuviera la suficiente altura de pensamiento para escuchar y comprender, por lo que, aún titubeante, aventuró:

– Mis padres me nombran Youalcóyotl por el día de mi nacimiento. Mi paso por la tierra es para el servicio del noble señor y sacerdote dueño de la palabra y soberano de Tollán, gran ciudad de la Tultecáyotl. Él la abandonó, cuando el reencarnado de Tezcatlipoca le cometió engaño, le hizo beber el jugo del Maguey y le mostró las mil arrugas de su sagrado rostro, en la piedra pulida que refleja las cosas. El padre, hijo y servidor de la Serpiente de Finas Plumas, supo de esta manera que su tiempo terminó... y debía partir con rumbo a donde el sol nace y las grandes aguas comienzan, para cumplir su camino final... Yo y los que viste, le acompañamos y seguimos y obedecemos sus designios.

– ¿Cuál es tu propio designio, Youalcóyotl? – preguntó Martín intrigado. El noble permaneció silencioso, elaborando cuidadosamente las palabras que habría de decir; finalmente repuso solemne:

– No eres tú quien deba saber el designio, que el maxtle que llevas no es el que portan los venerables señores de los templos y de las casas de piedra... La palabra del Padre no es para el macegualtin, sino para aquellos que tienen rostro y entienden los significados del ámatl pintado con tinta roja... Para aquellos que pueden ver, sin humo en los ojos, el recorrido de las estrellas... y juntar los años... y decir los signos de los días... y entender lo que tiene que ser entendido y que pocos entienden.

Martín se miró a sí mismo haciendo conciencia de su propia imagen. El hombre tenía razón: vestía un simple taparrabos sin adornos que era propio del ciudadano común; su piel, aunque morena, estaba mucho más pálida que la de su interlocutor y no presentaba la menor señal de las cicatrices usuales en los sacrificios religiosos. No obstante, en su mente bullía la ansiedad de buscar las respuestas a las grandes incógnitas que le atormentaban en lo profundo de su ser y que le motivaron a emprender tan prodigiosa aventura. Decidió hacer uso de su saber para contrarrestar su apariencia vulgar y situarse, al menos intelectualmente, al nivel de la dignidad que el Tolteca exigía como condición para confiarle sus secretos.

– No dejes que tus ojos engañen tu pensamiento. – dijo – El Gran Sacerdote Quetzalcóatl quiso que la ciudad creyera que fue engañado por las advocaciones de Tezcatlipoca en Tula... Él siempre supo del Tobeyo vendedor de chiles en el mercado, que enamoró a la hija de Huémac virgen y pura... Y sabía de la fealdad de su rostro herido por los años... Y era conocedor de los efectos embriagantes de la sangre del Maguey... Pero era su deber de abuelo mayor, el cumplir con su alto destino.

Dejó que sus palabras hiciesen el efecto esperado antes de continuar:

– Salió de Tula porque para él, lo hecho, hecho estaba y no había más que hacer... Porque sus enseñanzas ya estaban dadas y los hombres aprendieron a vivir, a construir y a venerar sin sacrificios humanos... – el noble prendió su mirada inquisitiva en el extraño que sabía las cosas secretas, sin demostrar que lo que escuchaba, era sorpresa para sí mismo.

– ...Pero los hombres nunca se libraron de la influencia de Tezcatlipoca, porque lo llevan dentro... – prosiguió Martín – Y empezaron a ansiar poder, riqueza y grandeza... Se volvieron temerosos del Chichimeca del norte... Quisieron reanudar las ofrendas de corazones y el correr de la sangre en los templos... Y así, el Gran Sacerdote Quetzalcóatl, soberano de la gran Tollán, los dejó, sintiendo el llamado de sus ancestros ya cercano... Caminó hasta las grandes aguas para emprender el viaje celeste... y advirtió que un día regresaría en un año Uno Caña... y que vendrían hombres blancos y barb...

– ¡No!...– gritó Youalcoyotzin con el semblante demudado – ¡No dijo que regresaría!...

El hombre calló. Sus ojos reflejaban un torbellino de emociones; su barbilla comenzó un fino estremecimiento mientras los músculos de la mandíbula se perfilaban tensos y angulosos. Martín se quedó estupefacto ante aquella explosión: O la

historia había sido mal interpretada o fue simple y llanamente manipulada. Ahora él estaba en la extraordinaria posición de conocer de primera mano la verdad de los hechos, narrados en la boca de uno de los protagonistas del drama que tanta influencia habría de tener, en el futuro de la nación que aún no existía. Esperó a que el indígena se serenase, que organizase sus ideas. Youalcotzin, después de un tiempo, continuó con palabras entrecortadas por la emoción y por la necesidad de ir repensando cada frase.

– Yo... yo he sido llamado por el abuelo mayor que acaba de partir, para difundir su mensaje... Mi nombre Youalcotzin no lo es más... ahora soy Quetzalcóatl Hombre, sacerdote del culto de la Serpiente Emplumada, depositario de la herencia de sabiduría que él ha dejado a los pueblos, transmisor de los conocimientos del pueblo Toltécatl y de las profecías de lo que habrá de venir con el final del quinto sol, cuando transcurran muchas ataduras de años y llegue el Uno Caña que tú dices...

– Él me nombró así... – continuó – Dejó sobre mi rostro la pesada carga de llevar el mensaje a los confines de la tierra, hacia los rumbos del Quiché en el Mayapán, para decirles y enseñarles; para sembrar su palabra entre los pueblos sabios de allá... – señaló hacia el sureste – Él me nombró Quetzalcóatl Hombre, como igual nombró a otros para los demás rumbos de la tierra... No sé si pueda cumplir el encargo... Porque su mensaje es de horror y muerte, de desolación y destrucción, de lágrimas y desesperanza... Porque su mensaje *es como una maldición* que algún día habrá de cumplirse sobre el macegual de toda la tierra...

Martín, sobrecoído, sólo pudo balbucir:

– Entonces... ¿No regresará?

– No. No lo dijo... Su palabra fue que habrán de venir hombres como él... Que llegarían desde donde las grandes aguas terminan, en grandes castillos flotantes... desde donde el sol nace... Dijo que ellos traerían poder sobre el fuego y el trueno; que serían montados en grandes monstruos como venados sin cuernos... Habló de que, esos que vendrán, son como el bien y el mal: El bien porque saben enseñanzas que parecen enseñanzas Toltecas; el mal porque también ansiarán poder y riquezas... Porque serán de un grande desprecio por el macegual... Porque habrá en su rostro afán de destrucción como el Chichimeca... Dijo que serán como Quetzalcóatl, el dios bueno, y al mismo tiempo Tezcatlipoca, el demonio en lucha eterna por dominar el ánimo y la carne del hombre.

– Pero también serían capaces de construir, de traer nuevas enseñanzas – objetó Martín, más con el propósito de estimular la confesión del indio, que defender a los emisarios de la catástrofe a que el noble se refería, y que él mismo identificaba claramente con las huestes españolas de Hernán Cortés y sucesores. Youalcotzin–Quetzalcóatl negó con la cabeza:

– El gran padre lloró lágrimas de dolor: Anciano, débil y cojeante, alzó por última vez su cara y endureció la voz resquebrajada por los años... Y se dirigió a los vien-

tos... Y sentenció: «Si los hombres de esta tierra hacen pueblos pequeños, divididos, enemigos; si rinden homenaje a los dioses de la guerra y de la sangre; si desechan el camino del saber Tolteca... Si no construyen un pueblo grande, sabio y generoso; si no trabajan la tierra, hablan con el corazón y crecen juntos y unidos... El macegual, el noble, el sacerdote, el soberano y todos, habrán de ser destruidos; las ciudades quemadas, las mujeres muertas, los niños desamparados... El saber de la Toltecáyotl será olvidado y perdido en la inmensidad del tiempo... Entonces vendrán muchos años de dolor y sufrimiento; se desgarrarán los vestidos. Y de los escombros nacerá un nuevo sol... con gente que no tendrá padres ni abuelos, ni nombre, ni tierra, hasta que el humo que empañe sus rostros despeje y las heridas cierren y la nueva sabiduría florezca... Pero no serán más, sólo hijos nuestros nietos del Tolteca... Y todo tendrá principio en un año como éste: Ce Ácatl, Uno Caña...»

El silencio cayó pesado y profundo. Ambos personajes permanecieron estáticos, embargados por las palabras de Quetzalcóatl, sacerdote y señor de Tula, profeta de la destrucción que habló en boca de su emisario, erigido como el futuro pionero y promotor del culto Maya a Kukulcan, la Serpiente Emplumada.

El joven viajero de los tiempos tomó la flauta amorosamente y la hizo sonar por última vez en una melodía dulce y suave que fue como un bálsamo para las almas de ambos. El sacerdote de Quetzalcóatl lo dejó hacer, con la vista fija en los cielos nublados; luego Martín buscó una piedra redonda y, poniendo el instrumento de barro sobre el faldellín delantero de su maxtle, lo empezó a golpear hasta reducirlo a un polvo café ocre que recogió entre sus manos. Se incorporó con solemnidad y caminó hacia el oriente un centenar de pasos; allí levantó los brazos y en un enérgico movimiento, arrojó los restos de la flauta al viento, el cual se los llevó en un destino disperso. Ya no habría profanación de la música sagrada del rito fúnebre; Youalcoyotzin—Quetzalcóatl podría ahora seguir su camino y cumplir su misión.

Quiso regresar para decírselo, pero al volver la cara vio que el indio sacerdote—hombre por el designio del Gran Tolteca, caminaba despacio y con la frente erguida, rumbo a las tierras del Faisán y del Venado. Lo dejó ir y él mismo inició a caminar con rumbo contrario, hacia donde había quedado el monumento testimonial de la partida del dios terrenal en la playa. Iba sumido en profundas reflexiones: La misión del noble se vería coronada por el éxito; las enseñanzas del Padre de la Toltecáyotl germinarían en el sur; pero también la profecía... ¿o maldición?... se cumpliría al pie de la letra.

La noche ya estaba bastante entrada cuando llegó a los postes que apuntaban al oriente. Mansas lenguas de agua espumosa lamían la base, empujadas por la marea que produce Meztli la luna, al atraerlas con su poderosa influencia. El cielo estaba límpido, maravillosamente tachonado de estrellas; la brisa marina hacia tabletear suavemente el estandarte—códice con la pintura que narraba el suceso. Martín se sentó en la arena recargándose contra uno de los postes; sintió cansancio y una

especie de sopor que invadió su mente. Cerró los ojos entrelazando las rodillas con ambos brazos; las imágenes y los pensamientos presenciados fueron desvaneciéndose poco a poco, desplazados por el sonido leve y lejano sonar de un tamborcillo que surgió de entre su ensueño. La obscuridad se hizo total y sólo quedó el *tam tam* acompasado, como una confiable guía hacia otros espacios y tiempos.

LIBRO CUARTO

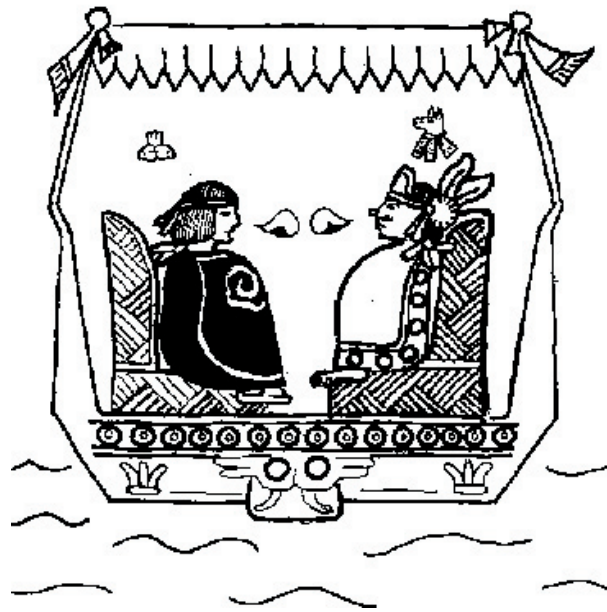
IC NAHUÍTETL ÁMATL

TLACAELELY
NEZAHUALCOYOTZIN

SEGUNDA PROFECIA

Se guardaba su historia
Pero entonces fue quemada
Cuando reinó Izcóatl en México
Se tomó una resolución
Los señores Mexicas dijeron:
No conviene que toda la gente
conozca las pinturas
Los que están sujetos
Se echarán a perder
Y andará torcida la tierra
Porque ahí se guarda mucha mentira
Y muchos en ellas han sido tenidos por dioses

Relato de los informantes indígenas de Sahagún.



XXXIII – Como un Torrente Impetuoso

¿Dónde está Potter? – preguntó Galicia a los desvelados guardias que calentaban café en una hoguera encendida al pie de la camioneta. Zavala se volvió ante la intempestiva llegada del doctor.

– Buenos días jefe; no le oímos llegar.

– No encuentro por ningún lado a Potter ¿Le han visto ustedes?

– Para nada, doctor. – terció Argumedo – Hemos estado aquí pendientes toda la noche y no se ha movido un alma... Incluso los lugareños que nos andan rondando apagaron sus antorchas apenas clareó el alba. ¿Se toma un cafecito?

– No, no gracias... y disculpen, pero la caseta de control está sola y se supone que el amigo Brenton debería cubrir la guardia hasta el amanecer. ¿Seguros que no lo han visto?

– No, jefe; habrá ido por ahí a los matorrales.

– ¡Maldición! – masculló Galicia con enfado –...Ya pueden ir a dormir un rato, pero con un ojo abierto por si se ofrece algo; no sabemos todavía que se trae esa gente de allá y no quiero que nos vayan a dar una desagradable sorpresa ¿De acuerdo?

– No se preocupe, jefe; al cabo que ni tenemos sueño ¿Verdad, licenciado?

Galicia se fue presuroso hacia el camión de acampar, llegando en el momento en que Torres descendía por la escalerilla limpiando sus anteojos con un pañuelo antes de montarlos de nuevo sobre sus ojos.

– Buenas, Jacinto. – saludó con brevedad – ¿Está Potter adentro?

– No, no está; ¿por qué?

– Porque el muy desgraciado dejó abandonados los aparatos y no aparece por ninguna parte. ¡Quién sabe desde que horas está Martín a la buena de Dios!

– No es posible... – objetó Torres al tiempo que ejecutaba unas ligeras sentadillas para estirar los músculos – Se supone que es un profesional... Voy a ver de inmediato los registros ¿Vienes?

Echaron a andar rumbo a la caseta solitaria, en tanto que en el interior del camión, Paulina y Jéssica recogían los enseres de dormir, plegando las camas para convertirlas nuevamente en asientos.

– ¿Cómo te fue anoche, Pao'? ¿Qué dice tu "Bello Durmiente"?

– No pegué un ojo en toda la noche, prima. Primero con esa escalofriante ceremonia que ejecutó don Febronio; luego, al ver ahí tendido a Martín: Solito, indefenso, como un niño desamparado, vestido únicamente con ese trapo en la cintura. Cuando el viejo le tapó los ojos no pude dejar de sentir horror; daba la impresión de que estaba muerto... ¡Tengo miedo, Jéssica!... las cosas están yendo demasiado lejos.

– ¡Ah!... ¿Y por quién tienes miedo, Pao? ¿Por él?

Con esa fina percepción que tienen las mujeres, Paulina percibió una cierta ironía en las palabras de la chica Guardiola, pero lo pasó por alto porque en realidad sentía una fuerte opresión en el pecho por el joven viajero del tiempo. Se salió por la tangente.

– Dime, Jéssica: Cuando Martín y tú... Es decir, cuando estaban en la universidad... ¿Hubo entre ustedes?... eh... ¡Tú sabes!... Me refiero a que si él te dijo algo...

Jéssica sonrió divertida al darse cuenta del rumbo de Paulina; decidió jugar un poco con ella.

– ¡Ay, Paulinita!... ¿Qué no te acuerdas aquella noche en que platicamos en mi casa? La verdad es que yo sí quería ayudarle para que no dejara la escuela; éramos buenos cuates, aunque él siempre tan fuera de onda, tan apartado. Había un niño al que le decíamos “El Roge”, que se encargaba de hacerle la vida de cuadritos... Yo creo que le tenía envidia porque Martín, aunque pobretón y prietito, se cargaba su personalidad, al grado de que varias de las compañeras le tiraban sus miraditas llenas de intención; pero el muy menso jamás se daba por enterado... O no se daba color o se hacía el desentendido.

– ¿Y tú?...

– A mí me agradaba como amigo y me daba mucho coraje que lo trataran de *naquito*. ¿Tú crees?, se bajaba de su *democrática* pesera dos cuadas antes de la *uni'* nada más para disimular... Quien iba a decir que con el tiempo se convertiría en el tipazo que es ahora... ¿Te fijaste cuando le quitamos el sayo negro que le puso el viejo? ¿Viste sus brazos y los músculos del pecho?... La verdad es que se le ha quitado bastante lo subdesarrollado, ¿no crees?

Paulina sintió subir el color a sus mejillas. En el acto vino a su memoria la caída junto a las ruinas de Ocuilita, cómo él la sostuvo y lo que vino después. Sabía que durante toda la tormentosa noche que acababa de concluir, repasó con la mirada cada centímetro del cuerpo de Martín, vigiló con ansia su respiración y esperó interminables horas a que él hiciese algún movimiento.

Sintió la imperiosa necesidad de contarle a Jéssica los angustiosos últimos momentos en que lo vio despierto, de abrir su alma ante la prima de sus confianzas, de obligarla a convertirse en su confidente.

– No sé si habrás observado – dijo – que antes de surtir efecto la porquería que le dio a beber ese viejo espantoso, Martín me miró a los ojos...

– No, manita; yo estaba... – Paulina no la dejó seguir.

– Me miró a los ojos por unos pequeñísimos instantes. ¡Era él todavía!... luego se fue ¡Quién sabe a dónde!.. Pero en esa fracción de segundo me dijo en silencio ¡tantas cosas!...

Paulina hablaba como para sí misma y su tono era cada vez más vehemente; Jéssica guardó un silencio intrigado al notar la emoción que embargaba a la muchacha.

– Me hizo sentir... No sé... Algo así como si me pidiera... que creyera en él, que lo

esperara, que no lo fuera a abandonar.

Sin poder continuar, se llevó las manos crispadas al rostro, cubriendo un sollozo convulso e incontrolable. Jéssica de inmediato fue a abrazarla acariciándole el cabello aún desordenado por la noche. Le dejó que se desahogara libremente, sintiéndose un poco avergonzada por su actitud frívola. Paulina escondió la cara en el hombro de su prima y al cabo de un rato empezó a decir con voz entrecortada:

– Yo... yo quería decirle también que... ¡No sé cómo pude resistirlo!... Se veía como... Y luego esa mirada tan vacía y sin vida... ¡Jéssic... – el llanto le impidió seguir hablando, mientras que, por encima de ella, la hija de don Armando Guardiola sonreía enternecida. Por fin se controló lo suficiente para decir un poco más serena:

– Discúlpame por favor... Realmente no sé qué me pasa... pero...

– Ya, ya; tranquila Pao' ¡Yo sí sé qué te pasa! Y no es tan grave como supones... Simplemente, estás enamorada.

Paulina levantó con asombro el rostro para mirar a Jéssica con los ojos enrojecidos pero inquisitivos.

– ¡Qué!

– ¡Que estás perdidamente enamorada, primita! ¿No te das cuenta?

Paulina desvió la mirada con una expresión entre confusa y tímida; rebatió débilmente:

– ¿Cómo crees?; Martín es un buen compañero de trabajo... somos un equipo... Lo más seguro es que las tensiones de estos días... La gente que nos está espiando allá afuera...

– Puedes decir lo que gustes y mandes – dijo Jéssica secándole los ojos con un pañuelito desechable – pero tú: La socióloga fría y calculadora, la que siempre fue la más centrada de la familia, la que se fue a la escuela que quiso contra viento y marea, la expedicionaria entre puros hombres; de pronto se desmorona hecha un mar de lágrimas por un joven apuesto y varonil que por su propia voluntad se somete a un experimento... ¿Qué tal si el dormido fuera el *mensillo* ese del Ortega? ¡A ver, di algo!

– ¡Estás loca de remate!

– Estaré loca si quieres, pero una le llora sólo a la persona que le llega. Si es un familiar, porque se le quiere; si no es familiar y es joven y bello, lógico, porque se le ama... Y que yo sepa, tu Martín del alma no es pariente ni nada que se le parezca, luego entonces, lo que sucede es que lo amas... ¿O me equivoco?

– No es eso... – se defendió Paulina.

– ¡Confíesalo, mujer! ¡No tiene nada de malo!

– Jéssica, por Dios; yo...

– ¡La verdad!... ¿Lo amas?

– ¡No!

– ¿Paulina?...

– ¡Oh, que no!

– ¿Lo amas?

Las barreras cedieron y como un torrente impetuoso que desborda incontenible los diques, las palabras brotaron anhelantes de la boca de la muchacha:

– ¡Sí, Jéssica! Lo amo con toda la fuerza de mi corazón... ¡Lo amo tanto que no puedo soportarlo! ¡Por eso quiero que termine de una vez esta maldita pesadilla!, para poder decirle cuánto lo quiero y cuánto daría por que él me quisiera igual que yo... ¡Lo amo, Jéssica! ¡Lo amo y creo que lo amaré siempre!

– Ya, ya bájale... No es para tanto... Y arréglate esa cara en el lavabo, no se te olvide que afuera nos están esperando y tú tienes que ir a cuidar a tu galán. Ya sabes que si el viejo no lo puede hacer despertar, queda el recurso del beso de amor... como en el cuento.

El gallo de alguna lejana ranchería cantó las siete de la mañana cuando Fernando Ortega escuchó ojeroso a sus espaldas:

– *Boenos días, Fernandou* ¿How are you?

– ¡Potter! – exclamó el biólogo – ¿Dónde andaba?, toda la gente lo busca; el doctor Galicia está muy enfadado porque dejó los aparatos solos.

El americano señaló la cima de un alejado monte, al tiempo que sonreía mundano.

– Cumplir órdenes, boy. Yo estar una *horra* tratando de hacer communication by radio... ¡Don't worry!, amigo *Reies* estar very well. Mire *osted*: – mostró un receptor-transmisor portátil de onda corta que colgaba de su cinturón – ¡No haber hecho connection with nadie!... On this country, gente dormir so much.

Ortega recibió amoscado la crítica pero no replicó nada. Potter volvió a sonreír; efectivamente no había hecho contacto con ningún mexicano; pero eso no significaba que el aparato de radio, no le hubiese sido particularmente útil.

XXXIV – Al Pie de los Volcanes está Tetzcuco



En ocasiones, un sonido monótono y repetitivo puede ser torturante. Tal su cede por ejemplo, con el gotear de un grifo de agua descompuesto o el tic tac de un reloj. Pero esta vez, el lejano *tam tam* del tamborcillo daba a Martín una sensación de paz y seguridad, mientras vagaba en ese insondable firmamento tachonado de ninguna estrella, ni luz, ni nada. Sólo el *tam tam*.

En algún momento indefinible, una pequeña parte de su cerebro fue activada por lo que comúnmente se conoce como sentido del tacto. De momento no fue capaz de descifrarlo, pero los circuitos nerviosos hicieron su trabajo y la sensación procedente de algún punto en la piel, fue identificada como frío. Otros mensajes iguales llegaron y su mente empezó a reconocer la percepción del propio cuerpo; la respiración se hizo notoria y las ideas reaparecieron. La primera idea coordinada que se estableció con firmeza fue: «Tengo frío». Martín intentó mover los brazos, al principio con torpeza, luego pudo llevar la mano derecha a frotarse el hombro izquierdo; se sintió mojado y ello le hizo abrir los ojos.

Una luz grisácea llenó sus retinas y su olfato recibió el aroma de la frescura matinal de la hierba campestre sobre la cual reposaba su cara. De pronto recordó su extraña experiencia en las costas del Golfo, la gran ceremonia y la entrevista que sostuvo con el mensajero de Quetzalcóatl; cada frase y cada detalle estaban grabados en su memoria como a fuego: «Me quedé dormido toda la noche» reflexionó en silencio, empezando a incorporarse para realizar movimientos de brazos y piernas que activaran la circulación entumecida del cuerpo.

El paisaje a su alrededor le pareció diferente; la hierba era distinta, los árboles dispersos aquí y allá, eran altos y gruesos, añosos podría decirse. Más allá, la imagen de grandes magueyes; acullá el retorcido y espinoso reptar hacia el cielo del nopal, coronado en las pencas superiores de enormes y rojas tunas. No atinaba a explicarse tan radical cambio; esperaba el sonar de las olas, y tierra adentro, encontrar las acacias y palmeras que horas antes había visto, pero ¡Nada! Fue hacia el nopal y arrancó la tuna más madura, desprendió su gruesa cubierta hasta dejar desnudo el fruto, cuya savia roja se deslizó por sus dedos; la probó y su boca recibió el gratísimo dulzor fresco de ese obsequio que la madre tierra hizo a los mexicanos.

«Tierra» pensó agachando la mirada; la tierra era oscura y olorosa a barro húmedo. Dejó la tuna y recogió un puñado que se escurrió por entre sus dedos, hasta quedar tan sólo polvo adherido a la piel. Aguzó de inmediato los sentidos y sus oídos pronto identificaron el rumor del agua al chocar con la tierra, pero no era el ruido que producen las olas al llegar a la playa; era un rumor más liviano, menos intenso y fuerte. Hacia allá fue cauteloso y de pronto, sus pies cedieron al pisar lirios acuáticos que ocultaban la superficie líquida.

«¿Lirios?». Avanzó hasta que el agua cubrió sus rodillas, produciendo un discreto chapaleo. El agua estaba entre fresca y fría, se enjugó las manos para desprenderse de los restos pegajosos de la tuna y del barro, acunó los dedos y se llevó un pequeño

sorbo a la boca.

«¡Agua dulce!... Bueno, está un poco salada. No mucho... Pero definitivamente, no es agua de mar... ¿Entonces?»

En su mente empezó a germinar una idea: Estaba situado en otro lugar, tal vez muy lejos de la costa; la fisonomía del paisaje así lo demostraba y no recordaba haber visto ríos o lagunas de agua dulce durante la persecución del chiquillo que lo llevó hasta el cortejo fúnebre de ayer. «¿Ayer?».

Trató de otear el panorama, pero la neblina de la madrugada no permitía ver a lo lejos, hasta que, medio de sus cavilaciones, el primer rayo del sol rebasó el borde del horizonte montañoso, dando un tímido tono azulado al gris amanecer. A lo lejos, el orto solar fue recibido con un lejano sonar, grave y prolongado de un caracol de los usados en los ritos indígenas, luego otro y al instante, muchos más. Martín quedó perplejo; subió a una colina con rumbo al sol naciente y sus ojos se posaron en las laderas ascendentes que sobrepasaban a lo lejos el techo de neblina hasta el mismo borde, teñido por los matices dorados del nuevo día. El astro dejó caer su luminosidad hasta definir la silueta de dos altas y majestuosas montañas coronadas por un albo manto de nieve.

Ahí estaban, dominando la región desde tiempos inmemoriales, la Mujer Blanca, Iztaccíhuatl, y el Cerro Humeante, Popocatepetl. Una sensación de asombro mezclado con una enorme incredulidad llenó el espíritu del joven investigador, cuando una súbita conclusión se prendió en su mente con sobresalto. Dio vuelta en redondo y a sus ojos se presentó el inenarrable espectáculo del gran lago; tan grande que difícilmente podía alcanzar la vista hasta la orilla opuesta. Al eco de alguna señal desconocida, una bandada de aves levantó el vuelo en medio de un coro de cientos, quizá miles de graznidos; volaron de los tulares cercanos, de las isletas cercanas a la ribera, de los restos sólidos flotantes en al agua: Patos, ánsares, gran variedad de palmípedos y aves de todas clases, colores y tamaños que reiniciaron un día más de vida.

El ser racional de Martín poco a poco trató de dominar al emotivo. Con los nuevos datos las conclusiones comenzaron a llegar en estampida: Inobjetablemente estaba situado en el Valle del Anáhuac; ¿en dónde?: En un punto de la ribera oriental del Lago de Texcoco, quizá entre la propia ciudad de Texcoco y los pueblos asentados en la región llamada Tepeyacac, futura casa de Tonantzin-Guadalupe. ¿En qué tiempo?: En algún momento ubicado entre la llegada de los primeros pobladores del valle y los alrededores de la conquista española. Lo supo porque el sonido del caracol, producido necesariamente por el aliento humano, dejaba entrever que ya había templos religiosos; y el uso de ese mismo caracol ritual se abandonó al ser cambiado por las campanas de las capillas católicas, erigidas sobre la destrucción de las ciudades prehispánicas.

Para ubicarse con mayor precisión, trato de descubrir, al otro lado del lago, la mole

del Templo Mayor de Tenochtitlan, el cual, según las crónicas, era perfectamente visible casi desde cualquier punto de la ribera texcocana. No distinguió nada que se le pareciese; sólo se alcanzaban a ver unas difuminadas siluetas de tierra que sobresalían del agua, de las que emergían algunas volutas de humo hacia los cielos. Mirando hacia el sur, destacaban otras elevaciones de buena altura: El Ajusco, volcán cuya lava sepultó, hacía mucho tiempo el antiguo centro ceremonial de Cuicuilco; y El Cerro de la Estrella, en donde se realizaba el ancestral rito del Fuego Nuevo, celebrado cada cincuenta y dos años, equivalente a un nuevo siglo o atadura de años, según la cuenta del tiempo de los antiguos mexicanos.

XXXV – ¡A mí el que me Tienta se Muere!

Al llegar al puente, la *Julia* tripulada por el comandante Ocampo y el policía raso Rosendo Almaraz, se detuvo con un prolongado gemir de los frenos, pues hacía demasiado tiempo que el juego de balatas se gastó por completo. Si bien Ocampo había baladroneado acerca de que en un corto tiempo el puente estaría reparado, lo único que encontraron fue un cúmulo de maderos dispersos dentro y fuera del agua; La estructura restante fue meticulosamente levantada al grado de dejar en pie solamente los postes principales en ambos lados del arroyo, profundamente enclavados para ser removidos sin el auxilio de herramientas más pesadas.

– ¡Qué diablos!... – bramó el jefe de la policía de Ocuiltila al tiempo de abrir la portezuela y desplazar trabajosamente la barriga para salir del vehículo; Rosendo hizo lo mismo por su lado con mucha mayor agilidad.

– ¡Pa' su mecha, don Heri'!; ya mandaron a *calacas* el puente.

– ¡Ya lo sé, idiota!... ¿Crees que estoy ciego?

Ocampo volvió a sobar el bulto de su arma al costado; se flexionó sobre las rodillas en actitud dubitativa, pasando los dedos sobre el tablón más cercano, luego miró hacia lo lejos pensando: «Esto lo acaban de hacer; no dejaron ni los clavos... Parece que la cosa va mucho más en serio de lo que pensé».

– ¿Trajiste el parque, Rosendo? – preguntó sin voltear.

– Una caja de cartuchos pa'l rifle está en la guantera, jefe... y las ocho cargas que *traí* dentro... ¿Por qué?

– ¡Qué chingados te importa!... – Ocampo se irguió para encarar a su peripatético ayudante – Mira, Rosendo; fíjate muy bien en lo que te vo'a decir: Ahorita mismo te me largas como alma que lleva el diablo a la comandancia...

– ¿A pie, jefe?

– ¡Si serás pendejo, Rosendo! ¡Ni modo que en avión! ¡Y no me interrumpas,

animal!... Te vas y le dices a don Melquiades que digo yo que haga favor de llevarte de volada a Ixcateopan; que es un asunto muy peliagudo. Él ya ha de saber el alboroto que hay.

– ¿Y luego?

– Llegas derecho a la comandancia y le dices a mi compadre Rogerio que le estoy *solecitando* refuerzos pa' placar unos indios levantiscos que `stán alterando el orden público... Dile que se venga rápido con su gente; que la traiga bien aprovisionada y apercibida por si las moscas... ¡Ah!, y dile también que avise a la *municipalidad*, no vaya a ser que luego nos carguen el muerto a nosotros... Mi compadre sabrá que hacer, pero dile que `s urgente; que no se vaya `cer tarugo y que traiga pertrechos. ¿Entendiste?

– Pos algo, jefe... menos eso de los *pertechos*.

– ¡Pertechos, idiota!... ¡Parque, munición, armas!

– ¡Ah `tá *güeno*, don Heri'!; así ya *cambea* la cosa... ¿Y yo que hago después?

Ocampo levantó exasperado la vista al cielo en una imploración de paciencia, para luego fulminar a Rosendo con una mirada cargada de belicosidad.

– ¡Qui'hago, qui'hago! ¡Pos qué has de hacer, animal! ¿Qué tienes la cabeza llena de mierda o qué chingados te pasa, Rosendo?... ¡Te vienes con él pa' que le digas `ónde andamos! ¡Te lo *trais* al mitote! ¿O de plano *cres* que mi compadre Rogerio es adivino?... Yo creo que a la vieja bruja de tu madre te le *cayites* de chiquito y te dejó seco el seso... ¿*Trais* cigarros?

– Sí, jefe; ¿quiere uno? – ofreció el policía, contento de al fin ganar un punto bueno.

– Deja toda la pinche cajetilla y ya lárgate – Rosendo sacó una cajetilla a medio consumir y bastante arrugada, se la entregó a Ocampo, quien la recibió despectivo:

– ¿Estas chingaderas se fuman? ¡`*Uuta* madre! ... Bueno, ni modo... ¡Nos vemos!; y mucho cuidadito y la vayas a *jetiar* otra vez.

Almaraz dio media vuelta y empezó a desandar el camino. Ocampo se dirigió a la camioneta, pero antes de iniciar la marcha, sacó su pistola y revisó nuevamente el cargador; hizo lo mismo con el rifle y luego retrocedió en reversa para apuntar hacia la desviación por la que cruzaron el arroyo los exploradores. Con esta maniobra alcanzó a ver a Rosendo en su andar cansino rumbo al entronque; frenó un instante para asomar la cabeza por la ventanilla y gritar a todo pulmón:

– ¡Corriendo, huevón `jijuelach'...!

Tras varios minutos de trastumbar lomas, hoyancos y veredas tortuosas, Ocampo divisó a la gente que acampaba en las inmediaciones del jacal; a lo lejos se podían ver los tres vehículos de la expedición estacionados junto a la rústica construcción. Aminoró la marcha para tener más tiempo de estudiar la situación mientras sus ojillos, hundidos pero vivaces, recorrieron rápidamente los accidentes y características del terreno, evaluando las posibles posiciones y vías de escape. Había pocas

posibilidades: Si alguien quisiese transitar hacia Ocuilita, necesariamente tendría que enfilar al punto donde estaba apostado el grueso del contingente hostil.

La gente empezó a voltear y armó un pequeño revuelo. Varios se pusieron de pie para encarar al recién llegado, con quien no eran necesarias las presentaciones, todo el mundo conocía al mofletudo policía y su destartalado transporte.

Ocampo reconoció de inmediato, entre los que se irguieron, al viejo Edelio Sifuentes, enfundado en un largo jorongo de algodón y con el eterno cigarrillo prendido a la boca. Hizo descender su mano derecha hasta la funda y con un estudiado y experto movimiento del dedo medio, destrabó el broche de la correa que sujeta la pistola; luego el mismo dedo fue a verificar que el percutor estuviese debidamente amartillado y listo. Avanzó los metros restantes, mientras Sifuentes y sus acompañantes hicieron lo propio pero a pie y en sentido opuesto para encontrarlo. Ocampo detuvo la vieja panel con un nuevo gemir metálico y desembragó la transmisión a punto muerto, pero con el motor funcionando por las dudas. Abrió la portezuela y bajó la pierna izquierda hasta el suelo, a la par de medio cuerpo recargado en el asiento; asomó por entre el ángulo de la portezuela y el poste del parabrisas, con una expresión enérgica y conciliadora a la vez.

– ¡*Giënos* días te dé Dios Heriberto! – dijo don Edelio, tocándose el ala del sombrero de palma – ¿Qué nuevas te *train* por estos caminos olvidados de Dios?

Ocampo se preparó para la consabida esgrima verbal que se veía venir. Contestó:

– Eso es lo mismo que yo le `bía de preguntar, don Edelio. Allá en el pueblo dejó a su gente sin saber pa' donde `bía ganado... ¿Qué hace aquí toda esta gente? Digo, si se pué 'saber, pué'.

– ¡Pos aquí nomás de palique! ¡Qué ha de ser!... Ahí `tán *detrasito* las tierritas de don Chon, *quesque* dijo que iba a matar un puerquito pa' *celebrar* a su vieja que se le murió l'año pasado, pué'... ¿Y qué cuenta de nuevo, el *siñor* comandante?

El escarceo verbal era típico; el policía de sobra sabía que el tal don Chon tenía una parcela por los alrededores, pero sin una construcción que justificara acudir hasta esos lugares para invitar un comelitón y mucho menos para tanta gente. La brisa le hizo llegar a la nariz un tufo alcohólico procedente del aliento de Sifuentes o tal vez de sus seguidores, los cuales seguían la conversación en silencio con unas miradas torvas y retorcidas. Decidió ignorar la pregunta del viejo, a todas luces tendiente a desviar la plática por otros rumbos o a voltearle la tortilla, de manera que él fuese quien diera las explicaciones; por lo tanto contestó con otra pregunta:

– ¿No sabrá usté' de casualidá' qué le pasó al puente del arroyo allá`tras?

– ¿El di'atrás es el que tú dices?... ¿Pos no que lo tumbaron los chilangos?

– Pero eso fue hace días... – repuso Ocampo – luego, ¿por `ónde pasaron ustedes?

– Por las piedritas, paisano... ¿Por `ónde si no?

– ¿Y pa’ qué se toman ustedes tantas molestias, si don Chon tiene su casita en el pueblo?

Edelio Sifuentes, viejo y experimentado, no cedía, aunque se daba cuenta de la intención acorraladora de Ocampo. Siguió el juego:

– Pos ya tú ves que él es sólo, en paz descanse doña Josefa su mujer... Y como es sabido que se le murió andando acá en el barbecho, quiso que acá *mesmo* *juera* el envite.

Ocampo endureció la mirada y bajó la mano recargada en el volante rumbo a su cintura, con la intención de que todos vieran que lo que iba a decir no admitía mayores juegos de palabras.

– Entonces ya que vienen ustedes en son de paz, no se tendrá por mal que yo siga mi camino pa’ cumplir con mis obligaciones. Dígales a sus *gentes* que se hagan un lado pa’ poder pasar, no vaya ser que se atravesie algún chamaco y le pase algo; ya ve que uno nunca sabe `onde salta la liebre.

Los rudos rostros de los que formaban la comitiva de Sifuentes, se tensaron notoriamente; dieron pequeños y discretos pasos acercándose al viejo como un acto de cerrar filas. Don Edelio se quitó el sombrero y se rascó la cabeza buscando mostrarse apesadumbrado. Dijo:

– ¡Allí mero es `onde está la dificultá’, *siñor* comandante... fíjate nomás que... *pos* `orita no hay tránsito pa’ más adelante... pa’ cabar pronto, ¡aquí no cruza *naiden*! Ni pa’llá ni pa’ cá.

La sangre se le subió al policía provocándole torbellinos en la cabeza; empezó a alzar la voz en tono airado:

– ¿Cómo que no hay tránsito? ¡No me haga que le falte al respeto, don Edelio!... En primer lugar, no estamos en la propiedá’ de *naiden*; en segundo, este es un camino pa’ que vaya y venga quien se le pegue la gana. Y, ultimadamente, yo soy la autoridad’ y ningún hatajo de mugrosos me va a decir por `onde puedo o no pasar. ¡Háganse!

El viejo no se inmutó ante el exabrupto. Sabía que la serenidad es la mayor virtud en las situaciones difíciles, como dicen los mexicanos: “El que se enoja, pierde”. Esbozó una ligerísima sonrisa de tinte apaciguador bajando la cabeza muy al estilo guerrerense y contestó seguro:

– No es para que te pongas *josco*, paisano; tu persona será muy la autoridad’ allá en el pueblo ¡Ni *quen* diga nada!... Pero como tu *mesmo* *dijites*, aquí es tierra de *naiden*... Además, lo único que *quiere* la gente es que esos *méndigos* chilangos y el gringo se larguen de una vez d’estos lares, pa’ que ya no le’sten haciendo el juego al maldito nagual en sus invocaciones al Malo... Nomás échale un ojo: Ni los pájaros cantan. ¡*Quén* sabe que males nos vayan a echar si les dejamos que sigan jodiendo!

Ocampo sintió que Sifuentes estaba rompiendo el dique, permitiendo que el verdadero motivo aflorara; preguntó mordaz:

– Así es que d'eso se trata, ¿no?... ¡Qué puerquito ni qué las pelotas de mi general!... ¿Y cómo piensan ustedes obligar a esos señores pa' que se *vaigan*? ¿Qué `stán tramando, si se puede saber?

– ¡Pos nada! – respondió el viejo – ¿qu'íbamos a`cer?. Nomás les *juimos* a decir comedidamente que la gente ya no los *quere* po'acá. Que en paz se *jueran* y asunto *arreglao*.

– ¿Y si no se van? – aventuró Ocampo. El viejo alzó los hombros como descartando su culpa y dijo:

– ¡Pos ahí sí, ni modo!... Pero que conste que, quien quita y alguno de los paisanos se le pasen los traguitos y se *alebreste*... ¡Diosito santo no lo permita y *vaiga* a salir perjudicado un d'ellos!... Ya ve su mercé' cómo son las *gentes* cuando se les mete el Diablo.

– ¡Ah qué caray! – dijo el policía fingiendo estar apesadumbrado – ...¿Y hasta cuándo piensan esperar a que se vayan?

– No, si has'teso no mucho. – fue la respuesta inmediata – Si pa' la media tarde no hay señales, pos ya se verá que se hace... ¡Será lo que Dios *quera*!; *ójala* no vaya `ber desgracias... ¡Porque eso sí le digo!: O se van todos juntitos dí'un vez, o no sale *naiden*... ¡Pa' eso estamos aquí!, con la venia del Santo Patrón de Ocuilita y la tuya también pué'.

Heriberto Ocampo se atusó el bigote; a su juicio ya todo estaba dicho, salvo la parte legal. Adoptó un tono admonitorio para dejar claro:

– Mire usté', don Edelio ¡Y óiganlo bien todos!: Quiero dejar muy, pero ¡muy claro!, que cualquier cosa que les pase a esas personas está fuera de la ley. Son personas que vienen de México y son del gobierno. Si su gente les hace algo, ¡cualquier cosa!, ustedes serán responsables y tendrán que responder ante la justicia, ¡caiga quien caiga!... No se olvide que “tanto peca el que mata la vaca, como el que le agarra la pata”. Por lo demás, ustedes tienen que permitir el libre paso de quien quiera pasar por aquí, sea Chana, sea Juana. Yo no les puedo prohibir que se queden parados `onde quieran hasta que les salgan raíces si quieren, pero si el caso es estorbar a la mala, de mi cuenta corre venir a desalojarlos, así tenga que ir por los judiciales del Estado o por la misma tropa.

Sifuentes escuchó la perorata en silencio. Su meliflua sonrisa nunca desapareció, pero cuidó muy bien de que la misma no pareciese ofensiva. Acudió al tradicional y último recurso del chantaje sentimental:

– Mira, Heriberto Ocampo: Te hablo *asina* porque te conozco desde que *nacites*... Y conocí a tu padre, a tu tío Olegario y al *mesmo* don Hermenegildo tu abuelo. Nosotros *semos* todos paisanos y no nos vamos a morder la mano. ¿Qué te vienen esas *gentes* pa' que tanto las defiendas? ¡Mejor échanos la mano pa' que se larguen y todos contentos!... ¿O ya le tentaron el corazón a la autoridad'?

La clara alusión a una posible – y muy factible – corruptela, hizo perder los estribos al obeso guardián del orden. Si bien su economía familiar dependía en gran

manera de los ingresos extras “no contables”, obtenidos por administrar la ley según el *monto* del delito, no podía permitir que nadie se lo echara en cara, y menos en una forma tan *claridosa* como lo dejó entrever don Edelio.

– ¡Qué paisano ni qué la chingada! – bramó – ¡A mí el que me tienta se muere!, así sea usted’ o el que se ponga enfrente; así es que ya lo sabe: Los que se van a ir largando son ustedes, o yo mismo los saco a puro cintarazo.

Subió a la camioneta y propinó un fuerte pisotón al embrague, empujando la palanca de velocidades de un manotazo; desenfundó la pistola alzándola para que fuese visible y gritó destemplado asomando la cabeza, al tiempo de cerrar con un portazo:

– ¡A ver, cabrones! ¡Ábranse, que ahí les va la ley!

Accionó de golpe el acelerador haciendo rugir el cansado motor, luego soltó el embrague y la camioneta inició su marcha bruscamente. Edelio Sifuentes permaneció enhiesto frente al vehículo, pero uno de sus seguidores lo jaló del brazo al ver la decisión de Ocampo y la marcha reforzada del vehículo. La gente arremolinada alrededor se desplazó con rapidez a los lados y el jefe, triunfante, traspuso el bloqueo pensando para sus adentros: «¿No que no, indios *jijos* de su mal dormir?».

Avanzó rumbo al campamento unos veinticinco metros, cuando en el interior de la *Julia* retumbó el sonido de un impacto contra las láminas de la carrocería. «¡Ah *jijo!*», maldijo al punto de agachar instintivamente la cabeza y escuchar que a ese primer sonido siguieron muchos más. Miró por el espejo lateral y pudo ver que toda la gente arrojaba una verdadera andanada de piedras, pero la visión cesó repentinamente cuando uno de los proyectiles hizo blanco en el espejo haciéndolo añicos, seguido del postrero crujir de las ventanillas traseras al sufrir el mismo destino entre una lluvia de fragmentos de cristal. Aceleró a fondo la máquina para alejarse del peligro, dando tumbos por lo accidentado del terreno. Un fino sudor viscoso brotó en su frente, producto de ese invisible fluido del miedo; miedo no reconocido, no aceptado por cualquiera que se precie de buen mexicano; miedo disfrazado de enojo, de desprecio o de sorna; pero miedo al fin.

XXXVI – Prisionero del Rey Poeta

¿Hacia dónde dirigirse? La respuesta vino rápida y silenciosa: En un peñasco de buena altura, como a cincuenta pasos descubrió al chiquillo sonriente de la playa, que ahora vestía maxtle bordado con grecas de un rojo intenso, sandalias de piel y una tiara sobre la frente. Ambos se miraron en silencio por unos instantes, hasta que el chiquillo extendió el brazo izquierdo señalando claramente hacia el sur antes de desaparecer.

No quedaba otra que caminar hacia allá, absorto en la búsqueda de más detalles que le permitieran reconocer las incidencias naturales que recordaba del inmenso Valle de México. Ahora sólo había cerros sin señal alguna de civilización, al menos de la civilización como él la conocía; los cerros estaban tapizados de árboles, sin recortes en sus laderas, sin caminitos ascendentes, sin zonas deforestadas; de un increíble verdor que llenaba de regocijo el espíritu.

Al rebasar un alto tular, se abrió un panorama espectacular que le hizo detenerse estupefacto: ¡A lo lejos se levantaba el último reducto tolteca del Anáhuac!: Texcoco, la gran ciudad capital del señorío Acolhua, ciudad reina de la ribera oriente del enorme lago ¡No podía estar equivocado! .En el centro de la población destacaba claramente la silueta de una pirámide truncada con tres niveles superpuestos desde la base hasta la parte superior, en cuya cúspide presidía una choza en carrizo y tule, más alta que ancha y construida con mayor esmero. El cuerpo pétreo de la mole estaba decorado en un estallido multicolor predominando los tonos rojos, rosas y naranjas, con vivos azules y verdes: «¡El templo!» supuso Martín emocionado. «Pero es muy pequeño... Tendrá a lo sumo seis u ocho metros de altura».

El dato le hizo suponer que debía encontrarse en una época bastante anterior al esplendor del imperio tripartita formado por Tenochtitlan, Tlacopan y Texcoco. Aún no existían las grandes construcciones que describieron los cronistas de la conquista. Se dio cuenta que tampoco destacaba en la lejanía el famoso Templo Mayor de la capital Mexica en los islotes asentados cerca de ribera poniente, al otro lado del lago.

«Debería verse al menos», pensaba dubitativo cuando repentinamente se sintió fuertemente sujetado por ambos brazos. Volteó instintivamente para descubrir a dos indígenas, uno de cada lado que con gesto de fiera lo habían prendido forzándole los codos hacia atrás; había también otros hombres que le apuntaban a la espalda con largas varas rematadas en el extremo por negras y toscas puntas de obsidiana.

Nadie habló una sola palabra. Martín, sorprendido, se dejó hacer, mientras desde atrás del grupo captor se dejó oír el cascabeleo de unos collaretes uncidos a los tobillos de un principal, que caminó altivo rodeando al grupo hasta quedar frente al cautivo. Blandía una enorme clava de madera con gajos de pedernal incrustados en ambos flancos; de su boca colgaba un adorno en metal dorado con incrustaciones de piedras de colores, sujetado de un orificio abierto en el labio inferior, que le hacía mostrar la arcada dental inferior en una mueca de fiera. En la cabeza llevaba un tocado de plumas de varios colores que lo distinguía de los demás, cuyo cabello sólo estaba atado en la parte más alta de la cabeza.

El personaje se plantó frente a Martín y procedió a estudiarlo con curiosidad y una expresión colérica. Su tez morena se notaba curtida por la exposición al sol y al viento, sus ojos eran café oscuro, casi negro y en su labio superior, se podía distinguir el esbozo de un ralo bigotillo que se acentuaba al llegar a las comisuras de la boca. El cabello, suelto hacia atrás, le caía libremente hasta los hombros. Cuando

seguramente concluyó su estudio del prisionero, preguntó:

– ¿Tecpanécatl?

La voz era firme y rápida, como de quien está acostumbrado a mandar y ser obedecido; Martín no supo de inmediato que contestar y ante su silencio, la expresión del jefe se tensó de irritación, moviendo rápidamente los ojos para enviar una silenciosa orden al soldado que sujetaba a Martín del brazo derecho. El guerrero la captó al momento y con su mano izquierda cogió al joven por los cabellos, tirando con tal brusquedad que le provocó un latigazo de dolor en las vértebras. El capitán acercó el canto de la enorme macana al cuello del cautivo, presionando el cortante filo de la piedra grisácea contra su piel; le acercó la cara y casi ladrando le repitió:

– ¡¿Tecpanécatl?!

Martín movió la cabeza a los lados en señal de negación. No estaba seguro, pero intuyó que sus captores eran texcocanos en ronda de vigilancia; que le preguntaban si pertenecía al pueblo tepaneca de Azcapotzalco, ancestrales enemigos y explotadores de todos los demás habitantes del Valle y sus alrededores. Supuso que debería contestar negativo y arriesgó a ello:

– ¡Nnno!... no tecpanécatl.

Contestó con voz entrecortada por la postura forzada. La tensión cedió un poco, el filo de la macana se alejó de su cuello pero no así la cara exigente e inquisitiva del jefe de la cuadrilla, quien insistió:

– No tecpanécatl... ¿Quién eres? ¿Qué haces?... ¡No tecpanécatl, no acolhuácatl, perro macegual! ¡Contesta!

El capitán propinó un fuerte rodillazo en la entrepierna de Martín, que se doblegó sobre sí mismo con una intensa oleada de dolor desde el vientre hasta su cabeza, y la visión se le nubló por un momento; cayó de rodillas y se hubiese ido de bruces de no estar sostenido por sus captores. Trató de mantener su mente alerta trabajando vertiginosamente para encontrar una salida airosa del trance, pero el dolor lo obligó a ceder ante las emociones humanas naturales y experimentó una incontrolable cuan impotente furia, que le hizo mascullar su protesta con las quijadas trabadas, como un gruñido animal entre dientes:

– So... soy... Mexicano

La enorme rabia contenida en esa simple frase paralizó de estupor a los guerreros mientras que una gran bandada de aves remontó el vuelo desde el tular, en medio de infinitos graznidos. Martín abatió por un momento la cabeza, pero luego la irguió lentamente para enfrentar con arrogancia a sus captores. El capitán indígena esgrimió nuevamente la espada de madera y piedra, aplicándosela a la barbilla para obligarlo a levantarse; Martín soportó el castigo sin desviar su mirada de los ojos de su oponente, quien preguntó otra vez, mordiendo las palabras:

– ¿Mexícatl? ¿Cuál es el Calpulli de la milpa del hombre? ¿Dónde esconde su canoa y las armas del hombre? ¿Qué anda haciendo sólo el hombre?

El joven explorador contestó una verdad a medias recordando su antiguo, ¿o futuro? domicilio:

– Tlatelúcatl... Soy de Tlatilulco y vine por el camino del lago que va a Tepeyácac... Vengo a cazar la comida de mis abuelos.

– Tlatilúcatl... ¡Perro tlatilúcatl! – bramó el capitán –... Enemigo del gran Tlatoani... ¡No hay camino de aguas al Tepeyácac! ¡No sin canoa!... No tiene el hombre armas, no tiene pintura de cazador... No habla con verdad ¡Prendan al perro de palabra torcida!

Martín comprendió su error; su falta de precisión en el tiempo le hizo caer en serias contradicciones: Seguramente estaba situado en un momento anterior a la construcción de las calzadas que unían Tenochtitlan con Iztapalapa, Tacuba y la zona del Tepeyac. También era cierto que no podía cazar a mano limpia, y por lo demás, haberse identificado como vecino de Tlatelolco al parecer no les produjo demasiada gracia a sus captores. Posiblemente se encontraba en la etapa en que el pueblo Mexica de Tenochtitlan trataba de sojuzgar a los vecinos Tlatelolcas.

Uno de los guerreros le plantó la lanza en la espalda en forma transversa, haciéndola pasar por entre ambos codos para inmovilizarlo; rápidamente otro le ató las muñecas, tensando una cuerda fibrosa por delante del abdomen, en tal forma que, con el varejón entre los codos, sus brazos quedaron totalmente inutilizados. El extremo de la cuerda que unía las muñecas le fue pasado a la garganta, quedando un tramo tan corto entre cuello y manos que lo hacía permanecer encorvado. Los guerreros celebraron el acto de la captura con una serie de alaridos y brincos a su alrededor, mientras que el capitán erguía el rostro en toda su estatura mirando altivo y prepotente a Martín; luego dio media vuelta parsimoniosamente para echar a andar con rumbo a la ciudad, un guerrero giró su lanza para fustigar la espalda de Martín con el extremo no armado de la vara y la cuadrilla con su prisionero comenzó a marchar en pos de su líder.

El viajero del tiempo tuvo algunos instantes para reflexionar sobre su peculiar situación: «El tipo ese mencionó al gran Tlatoani... ¿Pero cuál?.. Parece que me llevan a Texcoco, lo que posiblemente significa que no son tenochcas. Los antiguos mexicanos no mataban a sus prisioneros; los reservaban para los sacrificios... Pero los texcocanos no practicaban sacrificios, al fin fieles seguidores de las tradiciones toltecas heredadas de Quetzalcóatl... al menos antes de que los Mexicas–tenochcas fueran el grupo dominante... ¿De qué etapa se trata entonces?

Decidió intentar hablar con el hombre que sujetaba la cuerda que ataba su cuello, ya que el tiempo empezaba a ser apremiante en la medida de que se acercaban cada vez más a la ciudad, tal vez a unos cientos de metros antes de alcanzar los suburbios. Se aventuró:

– Dime, señor: ¿Es esa la gran Tetzcuco, ciudad principal del reino Acolhua?

El guerrero se volvió, y sin mediar palabra le escupió al rostro tirando salvajemente

de la cuerda. Martín se tragó el insulto tratando de mantener el equilibrio. Quince o veinte pasos después, en el tono más sumiso que pudo, insistió:

– Mi... me llaman Tecayehuatzin, oh gran guerrero. ¿Quién es tu Tlaltehcutili Tlatoani?

El guardián se volvió a mirarlo pero ahora con una expresión sorprendida; blandió la lanza y se la apuntó al ombligo en una muda señal de alto. Martín dobló las piernas para descansar hincado, mientras el guardián alcanzó al capitán adelante y le habló en voz baja; este lo miró de lado y al parecer le hizo alguna pregunta, antes de mirar de reojo al extraño con mucha curiosidad, desanduvo el camino y se situó nuevamente frente a él. Preguntó:

– ¿Tecayehuatzin Tlatilulcatl? – Martín asintió en silencio.

– Maxtle del hombre es de macegual... Pies no calzan cactlis de venado... Piel del hombre no tiene marcas de sacrificio... ¿Por qué te dices señor de hombres?

Otra vez Martín comprendió: Haber dicho Tecayehuatzin significaba nobleza por la terminación “tzin”; hubiera dicho “Tecayehuani”, o “Tecpa”. Además, estaba vestía el maxtle más humilde de los usuales en las castas indígenas; y para colmo, no podía hacerse pasar por descendiente del señor de Huejotzincó, puesto que a Tecayehuatzin le faltarían aún varios años para su reinado, contemporáneo con el de Moctezuma Segundo. Volvió a decir una verdad a medias:

– Es el nombre de mis abuelos...

El jefe de los guerreros se reclinó hasta quedar a su altura. Sin muchos miramientos le examinó los labios y dientes, introduciéndole los dedos como quien juzga a un caballo, luego las orejas; finalmente le alzó el maxtle para revisarle los genitales. Volvió a revisarle los dientes, no sin cierta repugnancia por parte de Martín quien no tenía más remedio que dejarse hacer. Finalmente quedó pensativo, como quien trata de establecer sus conclusiones. Martín iba a preguntar quien era el gobernante de Texcoco, pero fue sorprendido por el natural quien sin más preámbulos sentenció:

– ¡Tiene la vista nublada y el rostro perdido!... Diente Blanco será llevado al el Huey Tlatoani Acolhua Nezahualcoyotzin... Al gran señor será mostrado.

Dio media vuelta y la marcha se reanudó, pero para Martín la luz se hizo de pronto: Nezahualcóyotl, el rey poeta acolhua señor de Texcoco, hijo de Ixtlilxóchitl el viejo; recuperó su reino mediante alianza con los Mexicas–tenochcas para derrotar conjuntamente al tirano Maxtlaton, sucesor de Tezozómoc en el trono de Azcapotzalco. Por fin las cosas empezaron a cuadrar: La poca altura del templo, la acusación de ser tepaneca y la mención del rey poeta. Sin duda eran los albores del siglo de oro y último del imperio Mexica. Muy probablemente, el señor de Tenochtitlan era Izcoatzin, la serpiente de obsidiana; o tal vez Motecuzomatzin Ilhuicamina, el flechador del cielo.

«¡No!... – recapacité – En tiempos de Moctezuma Primero, ya existían las calzadas del lago o al menos estaban muy avanzadas... Debe ser una época cercana al triunfo

de la alianza sobre Azcapotzalco... Casi al principio del Imperio Mexica».

Ya no dijo nada y se dejó conducir más confiado: Con quien fuese que lo llevaran, ahora se sentía más seguro al saberse dueño de una información que nadie poseía. Mientras tanto una indefinible emoción le rebullía en la cabeza: «El Tlatoani de México–Tenochtitlan debe ser Izcóatl».

XXXVII – Un Disparo de Advertencia

•
Ese maldito Sifuentes se va a acordar de mí!

Juramentó Heriberto Ocampo al descender de su averiada camioneta, después de un brusco frenazo a un costado del jacal. Fue bufando a constatar los daños producidos: Los dos vidrios traseros y el espejo retrovisor rotos, también había varias abolladuras en la quemada pintura. El policía sobó amorosamente los puntos tocados de la gastada pero fiel carrocería; sus dedos desprendieron pequeñas esquirlas de la pintura y algunos trozos de vidrio adheridos tercamente a los bordes de hule de las ventanillas. En un acto irracional y ante la mirada atemorizada de los miembros de la expedición, desenfundó su pistola y caminó hecho un basilisco rumbo a la gente acantonada a lo lejos y empezó a disparar al aire, gritando furioso:

– ¡Indios *jijos* de mala madre! ¡A ver si a ésta le tiran de pedradas, cabrones!

Galicia preguntó intranquilo sin dirigirse a nadie:

– ¿Quién es éste hombre? – Tarsicio respondió presto:

– Es el jefe de la policía de Ocuilila, *dotor*.

– ¡Hay que hacer que se tranquilice! Va a ocasionar una desgracia.

Salvador Argumedo se acercó a Galicia y le dijo en voz baja:

– Yo lo conozco, doctor. Se apellida Ocampo y fue el que coordinó el rescate de la camioneta... Es un tipo de cuidado y creo que hay que manejarlo con precaución.
– Galicia aceptó tácito la información, pero tomó del brazo a Argumedo y jalándolo hacia el recién llegado, llamó:

– ¡Comandante Ocampo!... ¡Cálmese usted, por favor! ¿Qué le sucedió a su transporte?

Ocampo giró sobre sí mismo al escuchar a Galicia y blandiendo aún la pavorosa escuadra farfulló:

– ¡Que ya me desgraciaron la *Julia*! ¿No ve?... Y ultimadamente ¿Quién chingados es usted'?

– El doctor Jesús José Galicia, mi comandante. – se adelantó Argumedo – Es el jefe de la expedición del Instituto de Antropología.

– ¡Ah vaya! – dijo serenándose un poco y bajando la pistola – ¡Ya ve el alboroto

que armaron ustedes con sus cosas!... A ver `ora quién me responde por los perjuicios que le hicieron a la *Julia*; `onde si la cosa no pasa a mayores. ¿`On`ta el gringo ese tal por cual, que *trai* tan alebrestada la gallera?

Brenton Potter se hizo presente, ajustándose los lentes oscuros con actitud firme y decidida.

– A sus órdenes, boss. ¿*Parra* que ser *boeno*?

– ¡Para largarse de aquí *ahoritita* mismo! ¡Todos ustedes! – se dirigió a Galicia – Me van juntando rapidito todos sus cachivaches, porque en media hora evacuamos el lugar... ¡y *densen* de santos que podamos salir sin problemas!, esa gente anda muy caliente y no sé que *vaiga* a pasar.

Galicia meneó apesadumbrado la cabeza negando:

– No es posible, oficial... Verdaderamente me pesa mucho contradecirlo, pero de momento es absolutamente imposible movernos de este sitio. ¡Soy el primero en reconocer lo grave de la situación! y le aseguro que si por mí fuera, nos iríamos en cinco minutos, no en media hora como dice usted, pero...

– ¡A *chingás*! ¿Pero como de que no? ¡Pues que estaré pintado! – interpelló Ocampo.

– Es que uno de los nuestros no puede ser removido... Eh... está en medio de un experimento muy delicado – trató de explicar Galicia – ...está inconsciente y no puede moverse sin gran peligro para él.

– ¿Cómo que no puede moverse? ¡`tará grifo, o qué!... ¿No será que andan ustedes haciendo conectes con el gringo pa' traficar con mota? ¡Ya *traiba* yo la latencia que ustedes `tán más chuecos...!

Argumedo intervino presuroso, acogiendo a la confianza que le otorgó la jugosa mordida que aligeró el celo de Ocampo durante el rescate de la camioneta.

– ¡Cómo va usted a creer tal cosa, don Heriberto!. Yo le expliqué a usted con toda claridad cuál era la misión de los señores, qué actividades están desarrollando; no hay ninguna razón para que desconfíe usted... ¡Y mucho menos!, para que la gente del pueblo se muestre tan agresiva...

– ¡Ah no!... – respondió Ocampo – si la gente no se *alebresta di'oquis*. La gente dice que andan ustedes con el loquito ese quesque el nagual... Que vinieron a invocar al diablo y no sé que tantas tarugadas. A mí se me hace que hasta el pinche curita está metido en esto... ¡Me lleva!... ¡A ver! ¿`On`ta' el pinche nagual ese?

– Está ahí dentro del jacal con Martín. – contestó Ortega.

– ¿El que dizque no puede moverse? ¡Vamos a echar un vistazo!

El obeso policía enfundó la pistola y sin más averiguaciones se dirigió a grandes trancos hacia la entrada del jacal; Paulina corrió hasta el quicio mismo de la rústica veranda, se situó resuelta con los brazos extendidos y una expresión severa. Ocampo se detuvo sorprendido al escuchar que la muchacha decía:

– ¡Discúlpeme, señor!; pero no puede usted pasar.

– ¡Cómo que no! ¿Pos que hay ahí dentro que no se pueda ver?

Galicia salió en defensa de Paulina.

– Ya le dije comandante, que sólo se trata de un experimento científico... Pero hay allí muchos aparatos y cables, cualquier mal paso puede echar a perder todo el trabajo. Además, no se debe hacer ruido porque trastornaría al compañero. ¡Yo le ruego que nos tenga confianza!, en verdad no hay nada que ocultar... ¡Mire, venga!.. Le voy a mostrar todo por televisión en aquella caseta que tenemos montada. Ahí podrá usted ver todo lo que le interese... ¡Potter!, por favor muéstrele al señor los controles.

Ocampo aceptó y juntos caminaron rumbo a la caseta de control con el americano al frente. El comandante aprovechó para interrogar a Galicia en una relativa intimidad:

– ¿Esa es la muchacha que se les puso enferma?

– Sí – respondió Galicia – Es socióloga y se llama Paulina del Río.

– ¡Ah!... ¿Y es la única mujer del grupo?

– No; viene también una ayudante que se llama Jéssica Guardiola. Es la que trajo el *camper*.

– No la vi por ningún lado. Hay que decirles a sus *gentes* que no anden por ahí solas y menos como están las cosas... Mándela buscar pa' identificarla por si acaso... ¿Y los otros señores que vienen detrás?

Galicia detuvo su andar con cierto rubor, al caer en cuenta de que no había hecho las presentaciones convenientes. Ordenó a Zavala que buscara a Jéssica y se volvió diciendo:

– Permítame presentarle, señor Ocampo: El doctor Jacinto Antonio Torres – continuó Galicia – ...especialista en psiquiatría y psicoanálisis, graduado en Harvard. Él es el responsable médico de la expedición y por ende, de la salud de Martín, el del experimento. Él puede proporcionarle toda la información que usted requiera.

Trató de dar a su voz un timbre de grandilocuencia con el fin de resaltar los títulos de Torres, y así impresionar un poco a la autoridad. Torres extendió la mano para un breve apretón.

– ¡Qué tal, médico! – saludó el policía – ¿Y el tal Martín, que pitos toca en esta orquesta?

– Es licenciado en economía; – terció Galicia – se llama Martín Reyes Tecpa, pero ahora está bajo el efecto de unos medicamentos de origen natural que está probando el doctor Torres.

El médico acudió al quite:

– ¡Esa es la cuestión, comandante! Mientras no pase el efecto de esas sustancias, es muy peligroso moverlo. ¡Yo no respondería por su vida si usted nos obliga a trasladarlo en el estado en que se encuentra!

La velada insinuación hizo el efecto deseado. Heriberto Ocampo dedicó una

brevísima mirada de odio contra Torres, entornando los ojillos hundidos entre los abotagados párpados; era obvio que Torres lo estaba haciendo responsable por Martín. No aludió más al asunto y simplemente dijo:

– A ver pues los dichosos aparatos.

Deshicieron el corrillo reanudando la marcha, cuando el estampido de un balazo proveniente de la lejanía los hizo agachar instintivamente la cabeza entre los hombros. Una minúscula fracción de tiempo después, la llanta trasera de la vieja *Julia* estalló y la carcacha se sacudió asentándose aparatosamente sobre los hierros de la rueda dañada. Simultáneamente todos se agazaparon tras el objeto sólido más próximo. Heriberto Ocampo diagnosticó con toda precisión el suceso:

¡Ay *jijue'* la chingada! ¡Ya nos están baleando!

XXXVIII – El Sueño que No Pudo Ser

A diferencia de ciudades como Tenochtitlan, Xochimilco e Iztapalapa, que estaban cruzadas por innumerables canales del ancho de la calle, Texcoco estaba más adentrada en tierra firme, con excepción de las cercanías a la orilla del lago. La comitiva rodeó la zona lacustre para evitar las calles de agua, y cada cierto tramo, Martín pudo observar que entre las casas de carrizo y tule se alzaba una construcción de piedra recubierta con estuco, primorosamente decorada en múltiples colores. Se trataba de templos menores o simples adoratorios en cada barrio que iban cruzando, dedicados a diferentes dioses o tlatoques del interminable panteón de las culturas nahoas.

Al llegar a los alrededores del templo principal, el jefe de la cuadrilla lo condujo hacia la parte posterior de un edificio cuadrangular de muros sólidos, muy anchos y de mediana altura que limitaban un amplio patio, en cuyo perímetro había hileras de habitaciones techadas con vigas de madera y lodo. En el interior pululaban muchos otros guerreros ataviados en forma similar a los de la cuadrilla, pero sin portar armas a la vista.

El cautivo fue llevado y encerrado en una jaula construida en fuertes cañas. Quedó de pie y con ambas manos en los barrotes de su cárcel, pero los guerreros pronto se acercaron a mirarle con gran curiosidad e introducir las manos para tocarlo, punzarlo con los dedos y pellizcarlo. El prisionero optó por retraerse al extremo más alejado y sentarse en el piso con las rodillas pegadas al pecho y la cara oculta entre ambos brazos.

Al cabo de largo rato, reapareció el capitán texcocano. Portaba un escudo redondo cubierto de plumas y con una figura canina repujada en el mismo material. En el centro del patio, la alzó con ambas manos para mostrarla, y como un sólo hombre,

al instante todos los guerreros cesaron sus actividades y se agruparon en torno a sus respectivos jefes, con la mirada fija en la entrada al recinto y con una actitud marcadamente reverencial. El silencio se hizo absoluto y la expectación subió al máximo. Martín se levantó intrigado y también enfocó la vista hacia la entrada.

Aparecieron dos personajes impresionantes, vestidos con un traje de malla sobre todo el cuerpo y armados con lanzas y escudos: Uno cubierto hasta el cuello de plumas blancas, y la cabeza cubierta por una gran máscara en forma de águila, por entre cuyo pico abierto se podía ver su rostro severo. El otro ornamentado en color amarillo ocre moteado con círculos negros de varios tamaños, asemejando la piel de un jaguar; su cabeza estaba cubierta con una máscara similar, pero con la forma de un gran felino, por entre cuyas fauces despuntaban enormes colmillos: El Guerrero Águila y el Guerrero Tigre.

Se situaron a ambos lados de la entrada para dar marco al ingreso solemne de un personaje de mayor estatura y ricamente ataviado con un manto bordado; portaba en la cabeza el inconfundible tocado correspondiente a la más alta investidura: El copilli real, confeccionado en un metal parecido al oro viejo. Llevaba, además, un gran collar también dorado que adornaba sus hombros y cubría en amplio semicírculo el pecho y la espalda; sus muñecas y tobillos portaban sendas cadenas de caracolillos dorados y chalchihuites que tintineaban al menor movimiento. En el brazo derecho, en la parte más prominente del bíceps, lucía un brazalete recamado en piedras verdes de gran fulgor.

Venía acompañado de un amplio cortejo de guerreros y nobles. Martín quedó fuertemente impresionado al ver la mirada de aquel hombre, que lucía taciturna y pensativa, enfocada a la lejanía como si estuviese meditando o pensando en otras cosas más profundas, como si tuviera la mente enfocada en el futuro. Tenía el rostro alargado, la nariz fina y la boca en una línea perfectamente definida, su labio superior denotaba el característico bigotillo escaso sobre las comisuras, y en el mentón se podía apreciar una rala barba de filamentos negros interrumpidos ocasionalmente por algunos blancos.

Fue conducido por el capitán hasta el frente de la jaula, donde señaló con la mano en dirección a Martín. Ambos quedaron frente a frente; y cuando el augusto personaje bajó la vista para mirarlo, Martín pudo percatarse de la fuerza avasalladora de esos ojos señoriales.

«¡Nezahualcoyotzin!, no cabe duda... ¡No puedo estar equivocado»

Pensó Martín e inconscientemente tuvo el irrefrenable impulso de hincar una rodilla, tocar el suelo con la punta del dedo índice y llevárselo a la boca; en el ancestral signo de sumisión y respeto. El soberano levantó la vista con indiferencia, en el momento en que por la entrada apareció otro principal, quien con pasos presurosos se acercó al tlatoani texcocano y, previa reverencia, le comunicó al oído un mensaje. Nezahualcóyotl dio unas breves instrucciones en voz apenas audible, después dio media vuelta y salió del recinto con majestuosidad.

El capitán se dirigió a la jaula y dijo secamente a uno de los guardias:

– Abre.

Martín salió y el guerrero lo condujo hacia uno de los habitáculos del fondo del patio, donde fue puesto en manos de dos mujeres para que se ocupasen del cautivo. Prestamente trajeron grandes cántaros de agua, disponiendo además de varios lienzos, le lavaron todo el cuerpo sin el menor asomo de pudor, le dieron de beber y le ofrecieron comida en cestas tejidas; después le calzaron con unas sandalias de piel curtida y le vistieron con un manto blanco sin adorno alguno. Martín intrigado se dejó hacer, hasta que finalmente fue regresado a la custodia del capitán, quien lo sacó del cuartel por estrechas callejuelas hasta un amplio embarcadero vigilado por gran cantidad de guerreros. Allí había una enorme balsa de troncos finamente desbastados para formar un amplio casco flotante ricamente adornado con los emblemas de la ciudad y de su señor. La embarcación estaba cubierta por un toldo tejido en hojas verdes de palma para cubrir el sol. El capitán indicó una esterilla en el extremo alejado de la embarcación y le dijo:

– Loco Diente Blanco: Espera, calla, obedece.

También hicieron abordar a un enano al parecer sordomudo y a una muchacha a la que le faltaban los brazos desde ambos codos. De hecho, los tres extraños personajes formaban una muestra de especímenes raros y contrahechos, que tanto gustaban de coleccionar los antiguos soberanos del Anáhuac para recrear la vista.

Al rato reapareció la comitiva encabezada por los guerreros dignatarios de las órdenes Aguila y Tigre, seguidos del grupo de nobles que acompañaban al soberano acolhua. El poeta y arquitecto no llegó sólo esta vez; otro personaje de igual magnificencia le seguía medio paso atrás, con la vista altiva y autoritaria, pero en lugar de copilli en su cabeza, portaba tan sólo la diadema representativa de un alto poder, aunque sumiso al tlatoani.

Abordó en primer lugar la tripulación: Cuatro fuertes remeros y el timonel, este último provisto de una larga pértiga adornada de banderas y plumas en la parte superior. Enseguida subieron los dos personajes principales, quiénes fueron a sentarse en las esterillas del centro de la embarcación, de modo que quedaron frente a frente. Luego subieron dos gráciles doncellas vestidas en huipil y falda blanca, así como el capitán que capturó a Martín y dos telpochques muy jóvenes que introdujeron varios objetos y recipientes. Al final, los dos guerreros insignias: Tigre y Aguila situados en cada extremo de la gran balsa, en actitud de guardia.

Nezahualcōyotl levantó levemente el índice derecho, y desde el muelle se escuchó el coro de múltiples flautas que anunciaban con su canto la partida. El timonel hundió su vara en el fondo del lago para impulsar la embarcación aguas adentro, al tiempo que los remeros iniciaron su rítmica y experta actividad.

La orilla se alejó poco a poco; la perspectiva de la ciudad, vista desde ese ángulo, era magnífica y pronto fue posible contemplarla en todo su esplendor. Más adentro,

un suave pero continuo oleaje meció la embarcación real, al tiempo que una brisa de regusto salobre hacía batir los flecos del toldo. Martín recordó cuando el viento hizo aletear las banderas de los postes que señalaron el sitio de la inmolación de Quetzalcóatl Hombre, en un lugar que la tradición ha llamado Tlapallan.

Las mujeres se pusieron en movimiento rebuscando entre los objetos subidos por los ayudantes, y con toda prontitud dispusieron una mesilla entre los dos principales, repleta de frutas diversas y jarros con agua de cacáotl. Ofrecieron los usuales acáyetl para fumar y lienzos limpios para el aseo de manos y cara. Los dos grandes declinaron comer, pero aceptaron los curiosos carrizos rellenos de carbón encendido y hierbas aromáticas para aspirar el humo producido. Nadie hablaba hasta que, entregando los restos consumidos del carrizo a las mujeres, el monarca texcocano inició un diálogo, del cual Martín no perdió detalle.

– Gran placer ver tu rostro ¡Oh cihuacóatl!, consejero mayor del poderoso tlatoani por quien llevo el polvo de la tierra a mi boca, que es hermano, padre y abuelo mío Itzcoatzin, señor de los tenochcas, amigos siempre de los acolhuas, pueblos del Anáhuac que los dioses protejan. ¿Qué te hace venir a ver al más pequeño de los siervos tuyos?

El aludido respondió con un discurso más o menos parecido:

– Sabio y transparente es tu hablar, gran tlatoani acolhua, vencedor del perro tepaneca, soberano de rostro limpio que enseñas las cosas con flores y cantos; heredero del saber de tus abuelos toltecas, gran constructor que mira a los ojos a nuestro señor Izcoatzin y puede hablar con los moradores del Tlalocan para conocer sus designios. He traído mi canoa hasta tu casa, porque el gran señor de Tenochtitlan ha visto en las estrellas, que hemos de formar un pueblo fuerte y una ciudad orgullosa, que no sufra el ataque del chichimeca; que conozca el camino que nuestros abuelos marcaron y que de los dioses les fue dicho. Vengo a ti en busca de tu pensamiento sabio y tus palabras llenas de verdad, como te enseñaron los que te precedieron en la tierra.

Nezahualcōyotl preguntó con la mayor cortesía:

– ¿Por qué vienes tú, que eres el cihuacóatl? ¿Por qué veo el rostro nublado por la duda en el gran Tlacaélel, el valiente, el pensador sabio, el que habla al oído del Tlatoani Mexica que venció y quitó la vida al tepaneca Maxtla?

Martín abrió los ojos desmesuradamente al escuchar el nombre de Tlacaélel, el estadista que más influyó en la construcción de la grandeza de los mexica-tenochcas durante los reinados de Izcóatl, Moctezuma Ilhuicamina y Axayácatl. Fue el artífice del imperio que abarcó casi la mitad del actual territorio mexicano sin llegar jamás a convertirse en soberano, aun cuando tenía sobrados merecimientos de jerarquía política y consanguinidad con los gobernantes. Él siempre declinó ser tlatoani, prefiriendo mantenerse en calidad de cihuacóatl, que significa *mujer serpiente* y es el cargo segundo en importancia después del monarca, con funciones de primer ministro.

Martín intuyó la enorme trascendencia de esa conversación. Indudablemente que un encuentro de tan alto nivel no sería para hacer turismo o visitas de cortesía, máxime que según lo hablado, se dejaba traslucir que Tlacaélel gestionó ese encuentro. Sólo podía haber un par de motivos: Tlacaélel efectivamente deseaba consejo del Rey Poeta; o bien el cihuacóatl tenía planes bien definidos y requería del apoyo o la disciplina de Nezahualcóyotl, para fortalecer su posición. «O ambas cosas» pensó sumamente interesado.

Tlacaélel contrajo levemente la comisura labial en una soslayada sonrisa irónica; luego dijo:

– Tu pueblo conoce su grandeza. Tu gente recuerda el camino de sus antepasados, que los trajeron hasta este lugar, porque tiene tu pueblo la herencia de sabiduría del Toltecáyotl. Y el pueblo tenochca tiene recuerdos de dolor, de traición, de infortunio... No recuerda el camino de sus abuelos más antes de Coatépec, donde nació el gran dios guerrero Huitzilopochtli, para gloria y guía del mexica... Porque nuestras pinturas en el papel ámatl tienen el rostro nublado, tienen confusión, están malas, dicen mentiras... ¡Deben ser destruidas!

Nezahualcóyotl arqueó la ceja, tal vez sorprendido por lo dicho, o tal vez molesto por el hecho de que Tlacaélel, escudado por su investidura, tratase de engañarlo. El texcocano conocía perfectamente las pinturas narrativas de la historia tenochca y estaba al tanto de que tal historia marcaba a los mexicas como la última tribu salida de Aztlán: La más pobre, ignorante, salvaje y desprestigiada; carente de una base cultural sólida de la cual enorgullecerse. Tanteó el asunto:

– Las pinturas de los hechos de un pueblo, le pertenecen al pueblo, porque dicen cuál es su rostro y el de sus abuelos que ya no están más. Los cantores de un pueblo cantan las pinturas con cantos que aprendieron de sus padres y éstos de sus abuelos y éstos de sus bisabuelos... Destruirlas es borrar los recuerdos; es quedar el pueblo sin rostro; vivir entre nubes de humo que no dejan ver... Un pueblo debe voltear hacia atrás y ver el camino que sus viejos andaron; y luego ver adelante y ver el camino que han de seguir sus hijos.

– ¡Mucha sabiduría brota de tu boca, señor! – contestó melifluo Tlacaélel – Un pueblo sin pinturas es un pueblo sin rostro... Por eso el gran tlatoani mexica quiere para su pueblo pinturas claras de brillante rojo... Que hablen y canten nuestros cantores la grandeza de nuestro pueblo; pueblo elegido por Huitzilopochtli para dar vida y sostenimiento y alimento al sol, que es su encarnación, y hacer que viva y que no muera... ¡Las pinturas mexicas tienen colores viejos y pálidos! ¡Han de destruirse!... y pintarse otra vez, con rojo y negro: Sin humo, sin obscuridad. ¡Otras pinturas aplasten las viejas pinturas gastadas!... Que digan a nuestros hijos el gran destino de nuestro pueblo y nuestros grandes recuerdos... Hechas con primor por los tlacuilos pintores toltecas–acoluhas de tu pueblo, que tienen la agilidad del colibrí en sus manos; y dictadas por nuestros ancianos tlamacazques del calmécac tenochca.

Nezahualcōyotl se mostró inmutable; su rostro parecía tallado en piedra. Efectivamente estaba siendo solicitado para que apoyase una de las más polémicas decisiones en la historia del pueblo Mexica: La destrucción masiva de los libros que narraron su verdadero transcurrir desde los orígenes primigenios, para sustituirlas por otras más acordes a los altos fines de la clase gobernante de Tenochtitlan. Hacia ese rumbo se dirigió el soberano acolhua.

– Dime, gran Tlacaélel: Un pueblo de la grandeza de tu pueblo, que derrotó al tecpaneca, al xochimilca, al iztapalapa, al colhuacano; pero que es un pueblo pequeño que vive en medio de las aguas, de poca gente, de pocos niños, de pocos sostenimientos: ¿Cómo han de hacer para preservar y alimentar a Nanahuatzin el sol, para que siga viviendo y recorra triunfante su camino del cielo todos los días hasta el fin de los tiempos?

Tlacaélel se mostró cauteloso, como se podía evidenciar por su expresión y el lapso que tomó para su respuesta. Martín estaba casi seguro que la eminencia gris de Itzcóatl, sabía perfectamente la animadversión de Nezahualcōyotl por los métodos mexicas, caracterizados por su marcada belicosidad y por la brutalidad de sus ritos y cultos religiosos, contrarios diametralmente a los preceptos toltecas, enemigos de la violencia y proclives al humanismo. Finalmente expuso:

– Huitzilopochtli ha marcado el camino del tenóchtli. La sabiduría tolteca dice que cuando Nanahuatzin se sacrificó en la hoguera para crear el Quinto Sol que alumbrase a los maceguals de la tierra, emergió brillante por el horizonte, pero quedó inmóvil sin andar su camino celeste; entonces los dioses tuvieron que ofrecerse al fuego en sacrificio y Nanahuatzin pudo ascender y recorrer el cielo. ¡Ellos mostraron así lo que debe hacer el hombre para que el sol viva!

La alusión a los sacrificios humanos para ofrendar corazones y sangre a la manutención del sol, estaba por demás obvia. También quedaba clara la idea de que Huitzilopochtli era a su vez advocación solar y por ende, máxima representación divina por sobre todos los otros númenes religiosos presentes y pasados.

Sin embargo, la lógica de Nezahualcōyotl trabajaba, tanto en las implicaciones políticas, como en cuanto a las posibilidades reales de sostener tales ritos en una población tan reducida numéricamente. Al parecer, estaba atrapado por la retórica religiosa de Tlacaélel, quien se acogía a viejas tradiciones teotihuacanas que el texcocano no podía denegar. Objetó con prudencia:

– Es claro tu pensamiento, señor; pero Huitzilopochtli se alimenta con sangre de guerreros, con corazones valientes, que no con mujeres, ni hombres faltos de valor, ni deformes como estos – señaló al grupo donde estaba Martín – ... El pueblo tenochca puede perder sus jóvenes más pronto que niños nacen y se hacen hombres de sangre grata al dios; o el tributo de sacrificios es poco, cada muchos soles; y éste puede morir falto de sostenimientos, junto a tu grandioso pueblo.

– Guerreros valientes hay en todos los pueblos de la tierra ¡Oh ilustre señor Nezahualcōyotl! – esgrimió Tlacaélel – La sangre de un valiente, sangre buena,

sea o no tenochca... El tenochca buen guerrero, acolhua gran guerrero, tepaneca valiente guerrero. Huitzilopochtli ha dicho su palabra y ha mostrado a nuestros sabios tlamacazques, que la grandeza viene de la flecha y el escudo que caminan a las tierras de otros pueblos. Y toman mujer, y toman sustento, y ordenan tributo de mantenimientos de la tierra para nuestro tlatoani... Y luchan contra sus guerreros, y queman sus templos, y someten su voluntad... Y toman prisioneros valientes, de sangre valiente para Huitzilopochtli. ¡Ese es el camino que han pintado los dioses en el libro de los días y de las cosas que han de suceder!

Martín se estremeció; el estratega mexica estaba delineando con toda precisión la política de sangre y brutalidad que haría de Tenochtitlan, la más poderosa ciudad-estado de mesoamérica: Una nueva historia acomodada para desarrollar un concepto imperialista, con un sustento ideológico religioso-militar, factible sólo mediante continuas guerras de invasión, sin otra justificación que lo supuestamente ordenado por el cruel Dios Colibrí, advocación de Tezcatlipoca, enemigo irreconciliable de Quetzalcóatl y sus preceptos pacifistas. Un terrible anuncio de continuas guerras tendientes a producir poder, tributos materiales y sangre fresca de prisioneros para la piedra de los sacrificios.

Nezahualcōyotl, paradigma de autocontrol y dominio en las situaciones más difíciles, no podía ocultar del todo una expresión de desagrado y repugnancia ante la terrible tesis expuesta. Dejó caer un prolongado silencio de aparente meditación, mirando de lado a la lejanía del agua. Tlacaélel había dejado entrever que los tenochcas eran los elegidos; y que todos los demás habitantes de la tierra, ¡incluidos sus propios súbditos acolhuas!, no eran sino gente de segundo orden, únicamente aptos para trabajar al servicio de Tenochtitlan y para ofrendar sus corazones a un dios extraño y sanguinario. Comprendió que estaba por demás cualquier alegato y trató de virar la conversación hacia una posición más favorable para su pueblo.

– Acolhuas, Tenochcas y Tecpanecas pueblos grandes. – dijo – Juntos habremos de forjar la grandeza que dices... juntos hemos de crecer nuestras tierras y sus hombres...

Tlacaélel notó que Nezahualcōyotl situaba a los mexicas en segundo lugar y sonrió sarcástico para sus adentros, pero no reclamó nada; ese detalle por ahora era insignificante. El poeta y constructor continuó su propuesta:

– Otros hombres darán los frutos de su tierra para grandeza de nuestros pueblos, darán los corazones de sus jóvenes para la piedra del templo y sus mujeres para placer de nuestros guerreros. Ese es el camino... pero ¿Qué hemos de dar nosotros a ellos en justa compensación? ¿Que regocijo deben esperar al formar parte de nuestra grandeza?

Tlacaélel frunció levemente el entrecejo, el texcocano siguió hablando.

– ... Demos a ellos nuestra lengua, démosles nuestros sacerdotes que enseñan nuestros cantos, llevemos los tlacuilos de esta tierra para que pinten sus pinturas...

Hagamos pueblos fuertes, extendamos hasta ellos nuestra fuerza, para que nos ellos nos hagan fuertes, como un gran pueblo de toda la tierra y de todas las aguas. ¡Qué en Cem Anáhuac se rinda culto a nuestros dioses! ¡Qué nuestra lengua náhuatl se hable en toda la tierra!... ¡Que ningún otro pueblo, por poderoso y grande, pueda derrotar la grandeza del nuestro!

Todos escuchaban estremecidos al más sabio de los hombres de la época precortesiana. El prohombre acolhua estaba proponiendo la construcción de una verdadera nación, amalgamando a todas las pequeñas tribus y señoríos dispersos a los cuatro puntos cardinales. Tlacaélel también meditaba impresionado por las palabras del tlatoani de Texcoco. Martín contenía sus enormes deseos de gritarles que ahí estaba, en sus manos, la única forma posible de evitar la catástrofe de acabaría con tan hermosa cultura cien años después, con la llegada por el oriente, del otro poderoso pueblo que Nezahualcóyotl profetizaba, tal vez influido por las ancestrales palabras heredadas por Quetzalcóatl—Hombre, el de la legendaria Tula.

Pero la historia es inmutable; y Tlacaélel, el hombre que tuvo el poder de cambiar esa historia, no escuchó a Nezahualcóyotl, ocupado su pensamiento quizá en la reescritura de los libros tenochcas y en diseñar la estrategia militar de las próximas conquistas mexicanas. Muchos pueblos fueron sojuzgados a sangre y fuego; el imperio se extendió desde el Golfo hasta el Pacífico; desde Guatemala hasta Sinaloa; pero nunca se integró una verdadera nación. Cuando los españoles llegaron, encontraron el enorme poderío de Tenochtitlan, rodeado de incontables pueblos resentidos y dispuestos a librarse del yugo a cualquier precio.

La barca llegó a un atracadero en la parte sur poniente del lago; Chapultépetl tal vez. Con los rituales de honor, los pasajeros descendieron majestuosos rumbo a sus destinos históricos. El último en salir de la embarcación fue el capitán texcocano que aprehendió a Martín; le ató las manos por la espalda a uno de los postes del toldo y partió tras el séquito real. Dos guardias quedaron de turno tierra adentro bajo la sombra de un frondoso Ahuéhuatl, libando mieles de unos huacales que las doncellas les obsequiaron.

La barca ahora solitaria, se mecía suavemente al compás de las breves olas del lago y Martín quedó a solas con sus pensamientos. En su cerebro restallaban las palabras de Nezahualcóyotl: «Un pueblo grande y fuerte, que no pueda ser derrotado por otros hombres, por poderosos que sean». Su mente se pobló de multitud de imágenes y pensamientos especulativos sobre la perspectiva de que la gran propuesta del texcocano hubiese tomado forma. Se imaginó a Tenochtitlan como un centro de gobierno basado en la lealtad y la convivencia de todos los pueblos de la comarca. Cerró los ojos para imaginar a un Cuauhtémoc, al frente de grandes ejércitos procedentes de todos los confines de una nación como la que soñó Nezahualcóyotl, dispuestos a defenderla con convicción, marchando unísonos al ritmo de los tambores de guerra contra el invasor de ultramar: *Tam, tam, tam...*

Evocó el sonido de ese tambor, lento, pausado y tranquilizador. Las imágenes de su mente se fueron difuminando y en su lugar se fueron formando sombras, hasta quedar nuevamente en la total oscuridad. Sólo permanecía el *tam, tam*. En lo alto de la vasta curvatura de la bóveda celeste, señoreaban imperturbables las Pléyades, Ciriús, Aldebarán. Astros que nuestros abuelos toltecas esperaban ver cruzar en el cenit, a la medianoche del final de las ataduras de cincuenta y dos años, implorando a los dioses del arcano Omeyocan por el milagro de la continuación de la vida. Un nuevo siglo cuya llegada debía celebrarse con Fuego Nuevo, encendido sobre el pecho sin corazón y aún tibio de un guerrero que momentos antes emprendió el vuelo infinito hacia Tlalocan, el paraíso donde sólo van los valientes.

Y Martín volvió a viajar con rumbo desconocido



LIBRO QUINTO

IC MACUÍLTETL ÁMATL

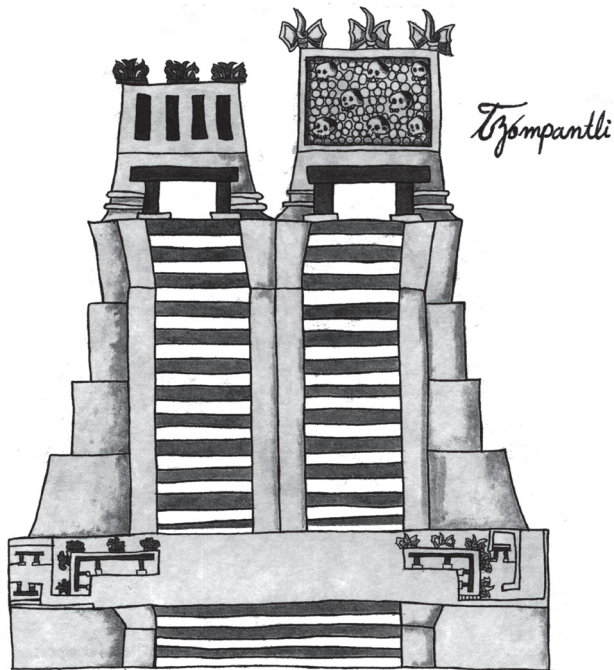
EL DILEMA DE MOTECUZOMATZIN

TERCERA PROFECIA

¿Qué remedio, mis fuertes?
¡Pues con esto ya fuimos aquí!..
¡Con esto ya se nos dio lo merecido!
¿Acaso hay algún monte donde subamos?
¿O acaso hemos de huir?
¡Somos Mexicanos!
¿Acaso en verdad se dará gloria a la Nación Mexicana?
Dignos de compasión son el pobre viejo,
La pobre vieja

Y los niñitos que aún no razonan.
¿En dónde podrán ser puestos en salvo?..
Pero... No hay remedio...
¿Qué hacer? ¿Nada resta?
¿Cómo hacer y en dónde?
Ya se nos dio el merecido...
Como quiera que sea y lo que quiera que sea,
Ya tendremos que verlo con asombro.

Palabras atribuidas a Moctezuma Xocoyotzin ante la inminencia de la llegada de los españoles, según textos de los Informantes de Sahagún.



XXXIX – Unas Monedas Para Judas

Al escuchar la detonación y el estrépito de la panel de policía, Jéssica salió a la carrera de la caseta de control, en donde estaba al tanto de los indicadores electrónicos. Encontró a Paulina tras el muro lateral del jacal con la cara llena de espanto, mientras los demás se cubrían con la mole de la camioneta ponchada, atisbando con cautela hacia el posible origen del disparo.

– ¿Qué fue eso, Pao'? – preguntó alarmada.

– ¡Agáchate por caridad, mujer! ¡Nos están tirando de balazos desde quién sabe dónde!

Jéssica terminó los últimos metros casi a gatas hasta quedar junto a Paulina, agazapadas con la espalda pegada a la endeble pared y las piernas flexionadas hasta casi tocarse la barbilla. La muchacha rubia, presa de gran agitación, continuó interrogando:

– ¿Cómo que balazos? ¿Quién? ¿Por qué?

– No sé... – contestó Paulina – pero casi estoy segura que es la gente esa parapetada a lo lejos. La culpa la ha de tener ese gorila macho que hizo los disparos al aire.

– ¿Y esta es la excursión *buen onda* a la que me invitaste? – concluyó con ironía Jéssica. Paulina iba a decir algo, pero a lo lejos se oyó un grito destemplado y amenazante:

– ¡Si *queren cuete*, también *traénos* con qué!

Ocampo manoteaba airado con la pistola en ristre, al tiempo que Potter y Galicia trataban de apaciguarlo. Torres escrutaba con la mirada las colinas y promontorios de donde provino el fuego.

– ¡Míralos! Parecen conejos asustados. – dijo Jéssica al verlos – ¿Aquél es el gorila que dices?

– Sí; creo que es policía o algo así – contestó Paulina.

– ¿Y el relamido de Ortega?

– ¡Pobrecito! Allá está bajo la camioneta tirado de panza... ¡Le va a volver el chorrillo! – Paulina se sonrojó ante su propio comentario –...En cambio, mira a nuestro chofer y al tal Argumedo: ¡Firmes en su puesto de vigilancia... ¡Bueno! Argumedo estaba dormido en su *bocho*, pero nada más se oyó el balazo y saltó como resorte al suelo. ¡Se vio tan cómico!

La quietud se apoderó del ambiente cuando todos dejaron de hablar, tratando de escuchar o ver algo. El grupo empezó a mostrarse más confiado, ya que al parecer, sólo se trataba de un anuncio de la gente, en el sentido de demostrar una posición intransigente ante cualquier desplante autoritario. Estaba claro que Heriberto Ocampo no los iba a amedrentar con sus baladronadas.

– ¿Y tu galán? – dejó Jéssica deslizar, como quien no quiere la cosa:

Paulina, súbitamente vuelta a la realidad, palideció ostensiblemente:

– ¡Dios santo, es verdad! ¡Martín está allí dentro completamente abandonado!

Sin medir el peligro dejó su refugio apresuradamente, para dirigirse a grandes pasos hacia la entrada del jacal:

– ¡No salgas, Paulina, te van a matar! – gritó Jéssica al verla, pero sólo alcanzó a escuchar antes de que la muchacha cruzase el umbral:

– ¡No me importa nada!

Su alocada carrera se detuvo en seco un par de pasos en el interior, al ver que Tarsicio cubría con su menudo el cuerpo de Martín yaciente en la mesilla. Lo intempestivo de la entrada hizo que el chiquillo se cubriese el rostro con ambos brazos en cruz, sin poder ocultar que estaba aterrorizado.

– ¡No tires *zanca*! ¡*Semos* paisanos! ¡No hemos hecho nada malo!

Paulina tardó un breve instante en reconocer la situación imperante ahí dentro: La misma quietud sacramental desde el inicio de la ceremonia, los mismos aromas a resinas quemadas, la misma luz tenue. Al fondo seguía el anciano nagual sentado frente al brasero humeante, haciendo sonar el tamborcillo con su ritmo hipnótico, como si no estuviese sucediendo nada.

– ¡Cálmate, Tarsicio! ¡Soy yo! – dijo Paulina con voz reconfortante – Todo está bien, ya pasó.

El muchacho retiró cauteloso sus brazos y al verla, una sonrisita de vergüenza se dibujó entre sus facciones morenas, haciendo esfuerzos por rehacerse y aparentar una varonil entereza:

– ¡*Dotora*!... Qué bueno que vino. A Martincito no le pasó *nadita*. ¡Yo lo’staba cuidando!.. ¡En serio! nomás oí el riflazo y me vine *hecho la mocha* pa’ taparle el tiro... No vaya usted’ a *crer* que le *sacatié*...

Paulina totalmente enternecida se acercó; le tomó la cara entre sus manos y dijo:

– ¡Eres un valiente, Tarsicio! ¡Estoy orgullosa de ti! – luego le atrajo el rostro y le plantó un cálido beso en la mejilla; el jovencito mostró las dos blancas hileras de dientes en una enorme sonrisa, ahora de satisfacción. Le respondió embriagado de triunfo y de incipiente virilidad:

– A ver si no me sale cola cuando se entere Martincito que me anda usted’ *besuquiando*.

Paulina sonrió aceptando el cumplido y la mordacidad de la indirecta; revolvió con su mano los ensortijados cabellos café oscuro de Tarsicio y con un guiño de complicidad le dijo:

– ¡Gracias por cuidármelo!

Martín respiraba en pausas prolongadas, pero los flequillos de la banda que cubría sus ojos, aún se movían al paso del aire. Quiso tocarlo pero las pinturas rituales la

hicieron desistir; únicamente se atrevió a estrechar suavemente su mano por debajo de los adornos de caracoles y semillas huecas de ojo de venado que rodeaban sus muñecas. Lo sintió frío, totalmente ausente y un vaho de ansiedad le cruzó el alma, mientras sus oídos recibían el enervante sonar del tambor que ejecutaba el nagual. Su sensibilidad femenina le hacía intuir que había una relación muy estrecha entre el tamborcillo y la mente ausente de Martín, como si ese sonido estableciese un vínculo entre el hoy y aquí de Noria del Fraile, y el quién sabe dónde y cuándo del viajero.

Retiró delicadamente su mano y fue hacia Febronio Miranda, se acuclilló frente a él y en voz baja, como temiendo interrumpir algo importante, le inquirió anhelante:

– Señor Miranda... ¿Está todo bien?... ¿Se encuentra bien él?

El viejo permaneció impassible y sin mover un sólo músculo, a excepción de la mano que golpeaba el tenso cuero del tamborcillo.

– Tengo miedo, señor Miranda... ¡No quiero que le pase nada!

Obtuvo como respuesta otro lapso interminable del *tam tam*.

– ¿Cuándo acabará todo esto? ¡Dígamelo por favor!

De pronto el monótono batir cesó. El viejo sacó de entre sus ropas una extraña flauta con forma de pájaro y cabeza de serpiente, e hizo a resonar un prolongado lamento en tonos graves, para continuar con diversas mezclas de notas producidas por los dedos que volaban sobre los orificios del pájaro-serpiente. Durante la ejecución, la cabeza del anciano giraba lentamente hacia todos lados en un cierto tipo de trance agonístico. El anciano parecía contorsionarse al influjo de alguna invisible fuerza, logrando que la atmósfera se tornase densa y apabullante al mezclar la luz, los aromas y la melodía de barro, que se difundían incontenibles por todos los resquicios del jacal. Paulina guardó un silencio temeroso hasta que el salmodiar de la flauta tuvo fin. Sin duda, el viejo seguía ejerciendo su poder de dominación sobre las circunstancias y las personas.

Dejó parsimoniosamente el ancestral instrumento sobre el piso y levantó la huesuda mano hasta posarla en la frente de la muchacha. Ella sintió una gran fuerza que manaba de ese contacto hacia su organismo, haciéndole percibir una energía desconocida hasta entonces. Miranda retiró la mano y le clavó la mirada en los ojos, diciendo:

– Debes creer, y ser paciente, y fuerte, porque el príncipe lleva rumbos desconocidos que le harán perder el humo que nubla su rostro... El tambor es la luz que lo guía y debe sonar cuando tiene que sonar... Es el camino de ida y el camino de vuelta... ¡Si no hay tambor, no encontrará el sendero entre la oscuridad'!... Si el tambor calla, sólo otra gran fuerza, tan grande como el pequeño tambor, podrá enseñarle el camino de vuelta.

Paulina preguntó:

– ¿Por qué me dice todo eso a mí, señor Miranda? ¿Quiere que llame al profesor

Galicia o al doctor Torres?

– No, niña bonita... Yo soy el tambor... Tú eres la fuerza. Si el tambor calla, naiden más que tú, podrá hacer nada por el joven Martintzin... ¡No lo olvides!

Afuera la actividad volvió a ser aparentemente normal, aunque en el ambiente flotaba una cierta sensación de peligro latente. Al verle a solas, Potter se acercó al comandante Ocampo para decir, en un tono cauteloso que no pasó desapercibido para el policía:

– ¿You speak english, mister?

– No, mi amigo ¡Qué va!.. Algunas palabritas nomás pa' no dejar... ¿Se le ofrece algo?

– Yo creer que debemos buscar un salidas por allá – dijo Potter señalando hacia las colinas posteriores al jacal, donde no había ni caminos ni gente del pueblo vigilando. Ocampo se extrañó de tan ilógica propuesta; por aquel rumbo la única opción sería escapar a caballo o reptando los montes sin destino fijo alguno. Presintió que el americano algo tramaba y decidió jugar el juego.

– Si usted gusta, amigo; nada se pierde con echar una miradita a los cerros.

– Okey... Let's go.

Ambos hombres iniciaron a caminar en forma casual sin que nadie lo notase. Luego de haber dejado atrás los primeros veinte metros, Potter volteó para asegurarse que nadie los seguía u observaba y en un tono de impostada indiferencia, preguntó:

– ¿Ser mucho tiempo policeman, boss?

– ¡Uy, mister!... Pos como unos veintidós años... ¿Por qué la pregunta?... Digo, si se puede saber.

– ¿Mexican cop ganar mucho dinero? – insistió Potter sin contestar la pregunta de Ocampo.

– Mucho dinero, lo que se dice mucho dinero... la verdá' no, pero ahí van saliendo los gastos... Nunca faltan entraditas por fuera de lo que's el sueldo.

– Yo saber que *mecsicanous* ser mucho *boenos* para bussines... ¡Negocious! ¿You know?. Americanos gustar de gente que saber hacer *negocious*... ¡boenos negocious!

– ¡Ah que el amigo Potter, que se me hace que ya le voy entendiendo! – repuso Ocampo disimulando su creciente interés – Usted se trae algún *negocito* entre manos, ¿no?

Potter sacó otro habano de la chaqueta y se lo ofreció a Ocampo, quien por inveterada costumbre lo rechazó, sabedor de que las dádivas pequeñas comprometen la negociación de las grandes. El americano encendió el suyo y se tomó el tiempo necesario para estabilizar la brasa con varias aspiraciones antes de apagar la flama del cerillo y tirarlo con desenfado. Enseguida continuó:

– It's the point, amigo *Ocampou*. *Osted* ser la autoridad aquí y yo necesitar un pequeño favor... ¡Of course mi agradecer ayuda de amigo!.

El comandante ya no tuvo dudas sobre las intenciones del americano, sólo faltaba aclarar el tipo de trato que se avecinaba y valorar el grado de compromiso que implicaba, por lo que decidió dejar de andar por las ramas y se paró frente a él.

– Mire, mister: – dijo – ¡Hablemos claro! Diga de una vez lo que quiere y vayamos al grano. Usté' algo está tramando y la cosa es ver si se puede o no, así es que, lo que vaya a sonar, que suene.

Potter sonrió confiado al comprobar que el policía era material manejable y dispuesto al arreglo. No había caso de seguir dándole vueltas al asunto, así es que del bolsillo interior de la chaqueta sacó un paquete envuelto en papel. Teatralmente rompió parte de la envoltura dejando al descubierto un apretado fajo de billetes americanos de cien dólares. Los ojillos de Ocampo se posaron ávidos en el fajo, pero sin denotar la menor emoción; sólo preguntó:

– ¿Y eso?

– ¿*Osted* saber cuánto dinero haber aquí? – dijo Potter agitando los billetes con discreción. Ocampo no contestó.

– Diez mil american dollar's... ¡ten thousand! – prosiguió el americano arrastrando las sílabas para dar fuerza a la frase – ...Diez billetes grandes que poder ser para *osted*... a cambio de pequeño favor a su amigo Potter. ¿You got it?

Ocampo palideció. De súbito acudieron a su mente las imágenes de su mujer y su montón de chiquillos hambrientos, pensó en su eterno deseo de ir a buscar fortuna a la capital del País: «Aunque fuera de *madrina* de algún judicial». Se imaginó viviendo en una casa decente en Cuernavaca o Acapulco, con Rosendo como su asistente o como su *gato*. Recreó la última ocasión que recibió aumento de sueldo y llegó engallado a la cantina donde se reunía con los amigos: «¡Yo pago las otras!», ¡Cómo le hicieron fiestas y honores esa vez! «¡Diez mil dólares no están nada mal para empezar!» pensó: «¿A quién habrá que matar?»

– ¿Y de qué se trata el favorcito ese que quiere, mister? – preguntó con el resto de sangre fría que le quedaba.

– ¡Oh!.. No ser nada out of the law. – contestó Potter sabiendo que ganaba terreno – Sólo querer ayuda para conseguir un souvenir *mecsicano* que tiene viejo *nagoal*: Un juego de pinturas de artesanías que guarda en bolsa de plástico... Mí ser coleccionista de mexican art, ¿you know?

– ¿Pinturas? ¿Qué pinturas puede tener ese indio jodido que valgan tanto dinero?

Potter le paró el alto, ya en pleno dominio de la situación:

– In *Estadous Unidous*, gente que hacer *negocious* no hacer demasiadas preguntas, boss. *Osted* acepta, yo pago... ¡No preguntas! ¿Okey?

– ¿Y cómo piensa salir de aquí con su paquetito, mister?

– ¡Oh yeah!. In the midnigh... Medianoche decir *mecsicanos*, yo salir alas... Mister Potter y *osted* volar so far away... of course si ayuda a mister Potter; ¿got it?... ¿O

preferir luchar como *Speddy Gounzález* contra indians?

– ¿Y lo de las pinturas del nagual?

– Ser parte difícil... *Osted* tener que causar alboroto con the indians... Disparar pistola, provocar gente de pueblo; todos distraer y yo tomar pinturas de jacal. ¡That's all!

Ocampo meditó las cosas, las acciones que posiblemente se sucederían, los riesgos probables. «¡Pero qué chingados!» Concluyó para sí mismo: «De peores broncas he salido... Y si se me pelan esos diez mil *dolarucos*, quien sabe si en mi pinche vida los vuelva a ver». Potter lo dejó masticar el asunto a su gusto; y cuando consideró que era suficiente, levantó el fajo de dólares a la vez que simplemente le requirió:

– ¿Got a deal?

– ¡Juega el gallo!

La traición, cobijada bajo el ancestral *Me Vale Madre*, se enseñoreó una vez más, como infinidad de veces sucede en México, haya o no de por medio extranjeros. Surge inveterada cuando hacemos uso de la corrupción para obtener beneficios, para evadir nuestras responsabilidades o para lograr nuestros propósitos cómodamente. Se hace presente al actuar sin tomar en cuenta el posible daño que podemos ocasionar, ya sea por ignorancia o a sabiendas; como partícipes o como cómplices, en ese ancestral juego que trajo Hernán Cortés. Juego que, una vez arraigado, depurado y perfeccionado, se conoció en el mundo con el infamante nombre de *Unto de Méjico*.

Se había concertado en ese momento, la venta del “Códice Galiciano”, para ser sacado del País.

XL – Un Martín Carente de Alma

Cualquier resabio de inquietud quedó atrás. Ahora tenía plena conciencia de que el redoblar del tambor constituía su enlace seguro con la realidad con creta de su propio yo, garantizando el retorno a través de la ruta del *tam tam*. Sentía confianza, a la manera del niño que, jugando en su mundo de fantasía, escucha inconsciente los ruidos del trajinar de la madre por el hogar, percibiendo así el contacto que le es necesario para sentirse protegido a la vez de libre.

Podía intuir que había un enlace entre la ceremonia de Tlapallan y el encuentro con Nezhualcóyotl y Tlacaélel, ambos sucesos relacionados con la Toltecáyotl y el culto a Quetzalcóatl. Pero ¿Y el paso siguiente?

Su mente navegaba por el no-espacio, atada al comfortable *tam tam* que de alguna parte surgía pausado, cuando en forma súbita, un vaho frío se prendió de su espalda. Martín cesó su búsqueda paralizado por esa sensación parecida al escalofrío

que produce un miedo repentino y carente de explicación. Su pensamiento giró en redondo para descubrir la conocida silueta encapuchada danzante.

El *tam tam* dejó de escucharse y su lugar fue tomado por el cascabeleo de los colletes que saltaban a cada paso de la espectral pantomima. La silueta se acercaba en cada evolución, casi hasta poder ser tocada, pero él sabía que era intocable.

La danza terminó en un postrer salto y la figura descendió hasta adoptar una postura de hinojos con la cabeza gacha y las mangas de la túnica cayendo lentamente hasta los costados. De lo profundo de la capucha brotó claramente el llorar de un niño recién nacido, que dejó a Martín sumamente intrigado.

Buscó algo de lógica en esa actitud, cuando notó que el llanto iba adquiriendo tonalidades distintas y mayor volumen, tal cual si fuese aumentando la edad de quien lloraba. Pasó de niño, a semejar ahora un adolescente cuyo desconsuelo se transformaba en un creciente sollozo de hombre – ¿o mujer? – adulto, para luego decaer poco a poco en el gemido decrepito de un viejo cosido de ancianidad. Luego el silencio absoluto y pesado; la inmovilidad total.

Martín esperó alguna señal que nunca se produjo, la figura no daba señales de animación. Tenía fundado temor de elaborar preguntas después de su experiencia anterior, pero después de un tiempo que se antojaba infinito, la figura empezó a difuminarse y el viajero experimentó un creciente impulso de detener la pérdida de esa oportunidad. Redactó su solicitud de información con todo el comedimiento posible para evitar un nuevo error y con cautela emitió su pregunta mental:

«Gran señor, padre de mi abuelo Tecayehuatzin... Inclino mi rodilla ante ti en busca de tu consejo».

No hubo respuesta, pero la silueta dejó de disolverse en la negrura; ello animó al joven para insistir:

«He viajado por los caminos que señalaste... He escuchado palabras llenas de fuerza y sabiduría... ¿Ha terminado mi enseñanza?... ¿Es tiempo de volver por donde he venido?... ¡Muestra tu señal a este miserable e indigno hijo de la tierra!».

Silencio. El resquemor de antes se fue tornando en indignación contenida, que era muy propia al carácter de Martín y que tantos problemas le había ocasionado. Sin embargo, no podía darse el lujo de perder los estribos ante la manifiesta indiferencia de ese extraño y poderoso habitante de los cielos inmateriales. Sólo había un dejo de impaciencia cuando requirió nuevamente a la imagen:

«Si he de seguir el camino ¿Qué rumbo deberé seguir?... Marca tú el rumbo y guía mis pasos... ¿Qué debo encontrar?... ¿Cuál es mi misión?»

Un leve estremecimiento de la manga flotante de la silueta fue el principio de la respuesta. Una mano increíblemente arrugada surgió de entre los pliegues y acompasadamente empezó a ondular con rumbo a la cabeza cubierta. Después de varios pases, la mano prendió como garra la capucha, ocasionando un fantasmal alarido desde dentro. Súbitamente los huesudos dedos tiraron hacia atrás, obligando

a la silueta a mostrar el rostro. Martín quedó helado de horror, al descubrir unas facciones perfectamente conocidas: ¡Era él mismo!, pero matizado por las livideces comunes en los cadáveres recientes.

Quiso pensar algo, transmitir alguna idea, pero estaba absolutamente estupefacto al contemplar el reflejo exacto de su propia muerte en ese rostro carente de vida. Trató de no ver, pero no pudo evadir la visión; apenas lograba reponerse del impacto que le produjo la horrenda mascarada, cuando los ojos de su reflejo muerto empezaron a abrirse. Martín sintió alivio ante la vuelta a la vida, pero una enorme repulsión le acometió al ver las cuencas vacías por las que brotaron hilos de obscura sangre pestilente e incontables gusanos devorando las partes tumefactas de los orificios donde debieran estar los ojos.

Percibió que su efigie luchaba por exhalar un alarido de dolor y desesperación, y su yo psíquico se inundó de una infinita piedad, rogando que a su espectro le fuese posible el descanso del llanto misericorde. Sin embargo, en lugar de sonido alguno, de esos labios exánimes brotó una sustancia pegajosa y repugnante que rápidamente abundó hasta convertirse en un incontenible vómito, expulsado entre arqueos convulsos.

Martín identificó claramente el penetrante y acedo hedor del excremento humano, que salía inacabable en cada bocanada espasmódica. La silueta, presa de un intenso sufrimiento, rasgó la túnica con ambas manos hasta descubrir el pecho lívido, para que el espectador, en medio de un insufrible asco, pudiera sumar otro más de los horrores indescriptibles que presenciaba indefenso: En el lugar donde debería estar el corazón, sólo había una oquedad ennegrecida y profunda de donde manaba sangre de entre los restos de tejidos palpitantes y arterias rotas.

De la nada, surgió el batir vibrante de un colibrí rondando a la silueta, hasta inmovilizar su vuelo a escasa distancia del orificio y alargar el pico para sorber la sangre mezclada con excremento en aquel pecho vacío. Un inmenso dolor espiritual inundó la mente del joven visitante de los arcanos mexicas, al ir poco a poco comprendiendo el significado de tan repulsivo espectáculo; era Huitzilopochtli que se alimentaba con la sangre de su sacrificio para seguir vivo. Su mente atormentada gritó: «¡Basta... por piedad, basta!»

Quería llorar, pero no había ojos; quería huir, pero estaba paralizado ahí, frente a su fantasma. Finalmente se sintió vencido y exhaló sumiso:

– Yo... yo sé... ahora... lo que busco... ¡Por fin sé cuál es mi misión!... La gran respuesta se ha mostrado.

El vómito cesó y el colibrí reemprendió el vuelo perdiéndose en la oscuridad; los párpados agusanados se cerraron y la figura comenzó a desintegrarse en un polvo seco llevado a la nada por una brisa inexistente. Cuando la bóveda del cráneo se abrió al influjo de la disolución, del interior se deslizaron crujientes y pesadas cadenas herrumbrosas que cayeron al infinito, ante la mirada de Martín que ya no experi-

mentó sobresalto. La entereza regresó a su mente otra vez y declaró emotivamente, ante su propio yo que se convertía en polvo:

– Ahora sé qué buscar... Unos ojos, una voz, un corazón, un cerebro para Martín Reyes Tecpa... Un Martín ciego, un Martín cuyas palabras son inmundicia... Un Martín carente de alma... Que es el paradigma del mexicano atado a sus temores, atormentado de sus dudas, enajenado por sus rencores.

El dolor de su espíritu afloró, pero esta vez como un río manso, y su mente lloró sin lágrimas por esa figura doliente cargada con siglos de complejos, prejuicios, odios, supersticiones, miedos paralizantes. El llanto de su espíritu obró el milagro de la redención, porque había conocido y enfrentado a sus propios demonios y ahora podría ser capaz de exorcizarlos. Parte de la misión estaba cumplida.

Quiso enfocar nuevamente sus pensamientos a la silueta danzante, pero ya no había nada, sólo la obscuridad. Indagó sin encontrar, puso atención a las posibles sensaciones de su entorno etéreo, pero una vez más registró frío en su cara, en su pecho y en el anverso de sus piernas: Un frío más consistente, más definido... más humano.

XLI – Ahí Va Una de las Güeritas

U na y media de la tarde.

El sol reverberaba candente sobre el valle de Noria del Fraile, por lo que todos procuraban el refugio de alguna sombra protectora, que en sí misma no era suficiente para aplacar el calor de ese mediodía tenso.

Ocampo gastó la mañana en desmontar la llanta perforada de su fiel *Julia*, con el fin de rellenarla de hierba e intentar hacerla funcionar, al menos para trasladar el vehículo hasta el pueblo. Resoplaba y maldecía sin pudor alguno, despojado de la guayabera y cubierto sólo por una vieja camiseta sin mangas que dejaba al descubierto demasiados orificios a la altura del abultado abdomen.

No podía saber que era estrechamente observado desde un parapeto natural a unos cuantos metros, por un par de rostros de marcadas facciones indígenas que destilaban un profundo odio en sus miradas. Casi toda la gente humilde del rumbo tenía algún resentimiento contra el perenne jefe de policía, como producto de infinitas arbitrariedades, extorsiones, despojos y una que otra muerte de lugareños que habían tenido la desgracia de cruzarse en el camino de Heriberto Ocampo.

– Yo *crioque* aquí *mesmo* nos lo podemos *venadear*, `Tanasio... nomás levantas *tantitito* la mira y le jalas como no queriendo... ni cuenta se `bia de dar *naiden*.

– ¡Ni lo mande Diosito, Ramón!... tenga usté' presente que Edelio nos mandó nomás a *vegliar* a los fuereños pa' ver que movimientos hacen.

– Pos eso sí... – replicó el espía – Pero a mí se *mihace* que al viejo *Sijuentes* le faltan tamaños pa’ esta encomienda... Pa’ mí que a la mera hora se va a arrugar todito, y el maldito *polecía* se nos va a pelar vivo, nomás pa’ ver *quén* se las paga despuecito.

Atanasio López, campesino de Ocuilita, requemado por cuarenta y seis años de una vida de miseria, tragó saliva sin ser notado. Bien conocía la suerte de los perseguidos y sus familias, a manos del poder implacable de los poderosos e influyentes. Cuando un ladino caía, tres o cuatro indios lo pagaban; y toda una vida de temor acaba por acobardar el espíritu. Pero Ramón Resendis tenía antiguas cuentas que cobrarle a Ocampo y sabía cómo sacarle el valor a un hombre como Atanasio.

– Por lo que se ve, parece que ya te *olvidates* lo que le pasó a tu sobrina Enedina, que’n paz descansa su marido... – susurró sin dejar de mirar al policía, sacando del morral de yute una botella de mezcal – ¡Ándale ‘Tanasio! Échate un trago pa’l calor, que este canijo sol no deja ni resollar.

Atanasio apuró un largo sorbo, tragándose junto al quemante líquido, el recuerdo de su sobrina violada y el marido muerto a tiros por la espalda dos días después de haber jurado vengar la afrenta. Resendis lo miró con el rabillo del ojo, dando tiempo para que la pulla y el alcohol hiciesen su efecto; luego prosiguió diciendo:

– A mí también me las debe el muy hijito de la chingada... Me chingó cuatro años en la cárcel de Taxco, nomás pa’ quedarse con la herencia que dejó mi suegro; *quesque* por borracho y escandaloso... Y aluego se quiso meter con mi vieja, que tuvo que largarse del pueblo con todo y sus chilpayates.

Su compañero intentó protestar débilmente:

– Pero acuérdesse, Ramón, que *asegún* Edelio, a lo que vinimos es por el nagual maldito, pa’ que no siga echando la *salación* con sus brujerías y cosas del Diablo.

– ¡Pos no le digo!... ¡A qué ‘Tanasio éste tan tarugo... ¡Eso *jue* al *prencipio*!... Lo del nagual es cosa del curita que le *tene* harta envidia porque *muncha* gente viene a curarse de sus males con las hierbas y pócimas que hace... El cura le amansó el seso al viejo mocho de don Edelio, averiguándole que, pa’ seguir siendo el Tata de la indiada, tenía que quitar de’n medio a Febronio, que a la merita verdá’, ni con *quén* se meta pa’ nada... No me diga que es falsedá’ que *munchos* andamos acá de mitoteros nomás por el jolgorio y el traguito... ¡Échate otro trago y pásame la botella, zanca!

En el interior del *camper*, Torres revisaba minuciosamente los registros impresos por las sensibles máquinas que medían las constantes vitales del joven economista. Su entrenamiento profesional le permitía un control absoluto de sus emociones, de forma que nadie podía percibir signo alguno de ellas; sin embargo, en su fuero interno se empezaba a gestar una creciente preocupación por los datos que el papel milimétrico reportaba en forma de líneas onduladas y trazos que sólo él podía interpretar:

«La actividad cerebral está considerablemente disminuida. – pensaba con la mi-

rada concentrada en los trazos – ...Podría decirse análoga al coma profundo, pero no hay signos de parálisis... Los movimientos de los ojos siguen apareciendo en los electrodos frontales, aunque cada vez duran menos y se van espaciando... No se ven datos de hipoxia por falta de irrigación sanguínea; la presión arterial esta baja, pero no es crítica... Sin embargo, pronto cumplirá treinta y seis horas desde que se inició el experimento y la glucosa en sangre puede bajar demasiado, a menos que, en su estado... con un metabolismo tan lento... Definitivamente no podemos permitir que esta situación se prolongue demasiado tiempo. El calor ambiental puede provocar deshidratación, en caso de lo cual... ¡No quisiera pensar en el pronóstico! En medio del campo, sin los médicos recursos apropiados para un buen tratamiento de terapia intermedia y rodeados de esa gente hostil».

Heriberto Ocampo entró sudoroso buscando algo de beber y sus ojos se toparon con el cuerpo de Jéssica, ataviada con unos pantaloncillos cortos de mezclilla y una delgada camiseta playera que permitía adivinar que la chica no portaba sostén. El comandante no pudo evitar mirarla con descaro e insistencia mientras caminaba al fondo del vehículo donde estaba la hielera, logrando que Jéssica se sintiera desnudada por la lubricidad del policía, entre una combinación de asco, temor e indignación que difícilmente contuvo. Prefirió poner tierra de por medio con un breve: «Voy a ver a Paulina».

– ¡Aguas, Ramón! Ahí va una de las *güeritas*... ¡Tán *rechulas* las dos canijas!

Jéssica fue directamente al jacal, en donde tuvo la impresión de llegar al cuarto de un enfermo desahuciado en un hospital; o de alguna capilla ardiente cuyo difunto se encuentra en el momento en que los deudos se cansan y dejan a la viuda sola con su pena. El calor en el interior era sofocante.

– ¿Cómo va todo, Pao'? ¿No tienes calor?

Paulina levantó la vista; en sus ojos se notaba el cansancio y la falta de sueño, pero intentó sonreír a manera de saludo. Al ver su estado, Jéssica la interpeló con amistosa energía:

– ¡Pero si estás hecha un desastre, mujer! ¿No te has visto en un espejo?... Apuesto a que si tu Martín despierta en este momento y te ve, se vuelve a *desmayatar* de la impresión.

– Sólo me siento un poco cansada – respondió la muchacha – Tarsicio se durmió hace rato y yo me quedé de guardia.

Jéssica le tomó de la mano, tirando de ella en una invitación a levantarse.

– Tienes que refrescarte un poco; ¡ven! Salgamos a estirar las piernas y a que te enjuagues la cara.

– Creo que tienes razón; salgamos un minuto.

La luz del exterior hirió las retinas de Paulina que tuvo que protegerse los ojos con ambas manos; también sintió la brisa caliente de la región, pero al menos era mejor

que el ambiente estático del interior. Caminaron juntas rumbo al camión, pero Jéssica recordó la desagradable presencia de Ocampo y detuvo a su prima diciendo:

– Espérame aquí tantito. Voy a la caseta de control para pedirle a Fernando que nos saque del camión unos refrescos; no me tardo.

Paulina se extrañó de que Jéssica tuviese que acudir a Ortega para obtener las bebidas, pero la fatiga acumulada le hizo desistir de hacer preguntas y sólo se limitó a caminar un poco para desentumir las articulaciones. Jéssica, impulsiva como de costumbre, sin más preámbulos se dirigió a la caseta, en donde encontró a Fernando Ortega sumido en la observación de los aparatos.

– ¡Qué tal, doctor! ¿Todo bien?

Fernando se volvió sorprendido, pero inmediatamente repuso:

– Todo bajo control, señorita... Pero no me diga doctor; soy biólogo... ¡Bueno! Pretendo serlo.

– Entonces tendré que llamarte por tu nombre, pues ni modo que te diga: “Qué tal, biólogo”... Como que no encaja, ¿verdad?

– No... no encaja; Fernando está bien. ¿Viene a echar un vistazo a los registros?

– Pues la verdad no; a mí esas lucecitas como que me dan pánico... Luego no vayan luego a suponer que yo pueda hacerme cargo de la famosa caseta... Quería pedirte un favor, digo, si no te molesta.

– ¡Por supuesto que no me molesta!... Aunque no se tratará de abandonar el puesto de vigilancia; ya ve usted cómo se enoja el doctor Galicia.

– No, hombre, es leve – dijo la muchacha – Se trata de ir al *camper* por unos refrescos. ¡Yo te cuido mientras el changarro!

Fernando escuchó extrañado la petición.

– ¿Al camión?... ¡Pero si usted es la dueña!... No crea que me estoy negando, pero suena raro que... – Jéssica le interrumpió:

– Sí ¿verdad? Pero es que ahí dentro está el gorila ese con cara de asesino violador y no estoy ahorita para aguantar a esa clase de pelafustanes. Tú me entiendes ¿no?... Sólo quiero un par de refrescos para Paulina y para mí.

El rostro de Ortega se iluminó al escuchar el nombre de Paulina, hecho que no pasó desapercibido por la perspicaz joven. El pasante de biólogo respondió bajando turbado la mirada.

– ¡Ah claro! El policía de Ocuilita ¿Verdad? No se preocupe, yo le traigo sus refrescos... Ahí le encargo, no me tardo.

Fernando salió apresurado soportando una disimulada sonrisa sarcástica de Jéssica, quien de inmediato se ocupó de observar los foquitos y las agujas registradoras, pensando: «Así es que esas cosas vienen del morenazo que trae de un ala a Paulina... ¡Y pensar que te está cuidando ese pobre diablo de Fernandín!... ¡Abusado, mi cuate! O te despiertas pronto, o te come el mandado el que te está cuidando... Yo no sé que les da la Pao', que vuelve locos a todos los hombres».

Fernando regresó con los refrescos y Jéssica le dio cumplidas gracias, dejando

libre la silla de observación para salir de la caseta, no sin antes dejarle una coqueta mirada a Ortega. Desanduvo el camino para reunirse con su prima, pero no la encontró en el sitio donde la había dejado; miró hacia todos lados en su busca, pero fue inútil. «Seguramente ya se metió otra vez al maldito jacal», pensó contrariada al encaminarse con esa dirección.

Casi para llegar al arroyo, detrás de unos matorrales, Ramón Resendis dijo entre dientes:

– ¡Nomás gritas y te rajo el pescuezo, chilanga *endina!*

Una de sus manos tapaba con aspereza la boca de Paulina; y la otra amenazaba su cuello con un impresionante cuchillo de monte, mientras Atanasio López cubría la retirada.

XLII – El Aguerrido Joven, El Viejo Sabio

El frío era producido por el contacto de su espalda contra el piso de piedra mojada. Un intenso olor a humedad fungosa empezó a penetrar por sus fosas nasales, al tiempo que sentía un golpe lacerante sobre su cráneo que se repetía en intervalos regulares; algo así como el martilleo de una gota de agua en la cámara de torturas.

«¡Gota de Agua!»

Se levantó de un sólo movimiento hasta quedar sentado en la oscuridad, palpan-do su alrededor con las manos, que descubrieron la resbaladiza consistencia de la lama adherida a las formaciones rocosas de lo que podía ser una caverna; aguzó los sentidos con el fin de percibir alguna otra señal y la piel del rostro recibió la tenue sensación de brisa proveniente de su derecha. Con sumo cuidado se desplazó sentado tanteando el terreno y pronto adquirió mayor confianza; se irguió un poco de forma tal que sus manos alcanzasen el suelo para explorar los relieves del terreno.

Al rato de andar a tientas tras la brisa, sus pupilas registraron una débil claridad y su nariz la sensación de mayor pureza del aire que respiraba. Se sintió animado a proseguir, hasta llegar a una concavidad pétreo de gran altura, cuya bóveda estaba erizada de incontables estalactitas formando caprichosas y fantasmales figuras en la penumbra apenas iluminada por la tenue luz proveniente de la cercana boca de esa cueva natural. Era algo así como el anfiteatro de una inmensa catedral realizada en roca calcárea.

Un poco más adelante encontró la entrada, por cuya anchura entraba ahora un torrente de luz natural de día. Salió al exterior, encontrando un paisaje boscoso que rezumaba aroma de maderas vivas y musgo procedente de incontables árboles de follaje siempre verde, que se extendían hasta el fondo del valle.

«¿Dónde estaré ahora?», pensó mientras disfrutaba grandes bocanadas de un aire limpiísimo y fresco. Ajustó el maxtle sobre su cintura y echó a andar cuesta abajo, seguro de que algo importante habría de encontrar o suceder. A unos cuantos pasos de la caverna, encontró un arroyuelo de aguas cantarinas cuya pureza permitía visualizar prácticamente todas las piedrecillas del fondo. Se agachó hasta la cristalina superficie, bebiendo un largo sorbo que le produjo una sensación vivificante, como si esa agua obrara el milagro de curar todos los males y restañar todas las fatigas. Era tan sólo agua limpia.

Un ruido cercano lo puso en alerta. Regresó apresuradamente a ocultarse tras los pilares rocosos de entrada a la cueva, para escudriñar el paso natural formado al fondo de la ladera. A no más de cuarenta pasos cuesta abajo, vio aparecer a un guerrero indígena que caminaba abatido, con el cuerpo cubierto de tierra y manchas de sangre reseca, al que siguieron muchos otros en igual estado de desastre: Era un contingente bastante numeroso de lo que a todas luces conformaba un ejército, pero no un ejército victorioso que marchase al ritmo de tambores triunfales; en todo caso, se trataba de un ejército silencioso, doliente, derrotado y con las huellas de lo que ostensiblemente había sido una cruenta batalla.

Martín trató de identificarlos mediante las insignias y los estandartes, pero no había tales o no venían enarbolados, por lo que no tuvo más remedio que seguir con la vista el desfile. A la mitad del contingente, observó un claro en la formación, al centro del cual marchaban los guerreros principales. Sus rostros iban altivos y con las miradas fijas en el horizonte; la derrota podía leerse en sus facciones endurecidas, pero sin perder jamás un porte de gran dignidad y valor. Tras ellos, un sirviente portaba con cierta reverencia un objeto refulgente con los destellos del sol que se filtraba por entre el follaje de los árboles. Fijó Martín su atención en aquel objeto hasta que pudo advertir con enorme sorpresa, que se trataba de una espada toledana, de empuñadura forrada de cuero ennegrecido por la acción de muchos sudores y una concha protectora de la que partía una larga hoja de acero. Su asombro no tuvo límites y una gran ansiedad se apoderó de su espíritu: El arma era un eslabón que lo acercaba definitivamente a su mundo conocido, ya que sin lugar a dudas era una espada propiedad de alguien que hablaba su propio idioma. Se estremeció al vislumbrar las posibilidades: «¿De dónde habían obtenido ese objeto? ¿De quién?...»

Sin pensarlo mucho, decidió seguir al grupo de principales a prudente distancia, con el fin de averiguar la procedencia de la espada y la identidad del ejército, pero tuvo que desistir repentinamente al escuchar, por el flanco de la cueva opuesto a su ángulo de visión, una serie de voces y pasos apresurados que se acercaban con rapidez. En un instante se replegó hasta el enorme anfiteatro, oculto tras un saliente de roca a fin de evitar ser descubierto.

Desde su escondite observó que arribaban hasta el centro de la bóveda, un grupo

de doce o quince hombres que arrastraban a un despojo humano en franco estado de agonía y casi desnudo, víctima de innumerables heridas que le dejaban irreconocible. Martín se restregó los ojos para no perder detalle al tiempo que algunos indígenas se apostaron cerca del acceso en actitud vigilante. Los restantes armaron, con inusitada destreza, un fogón a partir de ramas y hojarasca seca que se encendió con la brasa de un pequeño contenedor de barro, al parecer expresamente diseñado para el transporte y conservación de ascuas de carbón. Cuando la llama tuvo la fuerza suficiente para iluminar la escena, llegó un nuevo personaje de formidable apariencia atlética, no mayor en estatura que los demás guerreros, no muy mayor de edad, pero sí más señorial en cuanto a su vestimenta y su actitud dominante; su rostro acusaba gran tensión, con una mirada granítica plena de odio. Los guerreros automáticamente le dieron frente, bajando la mirada en actitud de vasallaje; dos de ellos levantaron por los brazos al cautivo exánime hasta sostenerlo arrodillado y con la cabeza colgando hacia atrás; algunas leves contracciones en su costado, hacían evidente que aún no escapaba el último hálito de vida.

El apuesto jefe de los guerreros masculló algunas palabras al oído de uno de sus asistentes, quien de inmediato salió a toda prisa; luego clavó su mirada en el prisionero. El crepitar de la llama al incendiar algún hueco resinoso de los leños que ardían, hizo brillar en la faz del capitán indígena, lo que tal vez podrían ser lágrimas apenas contenidas a fuerza de voluntad. El asistente regresó presuroso con la espada toledana; el jefe extendió la mano sin ver, y la espada le fue entregada; luego extendió la otra, señalando con el dedo índice una lanza rota que portaba uno de los guerreros; al punto le fue entregada creando un expectante clima de tensión, al enarbolarse lentamente ambas armas hasta la altura de sus hombros en medio de un pesado y profundo silencio. En un veloz movimiento, soltó el puño de la espada para atraparla por la hoja cerca de la punta, sin que la piel de su mano pareciera sufrir daño alguno por el filo. Alzó la cabeza, abriendo los labios para mostrar ambas líneas de blancos dientes apretados y lentamente acercó el acero contra su pecho, hendiendo la carne en una larga herida transversal de la que brotó abundante sangre. Su boca emitió un agudo sonido que acompañaba el correr de la hoja que abría la piel, no como una expresión de dolor físico, sino más bien como el llanto moral ante la revelación de una verdad que hacía derrumbar sus más caras creencias.

Cuando la espada terminó su obra, el hombre enfrentó con la vista, en un amplio recorrido a todos sus guerreros, uno por uno. Al final expuso el pecho sangrante y vociferó rabioso, señalándose a sí mismo:

– ¡Macegual!

Luego se acercó con lentitud al prisionero, con la punta enhiesta del varejón roto. Los hombres que lo sostenían estiraron ambos brazos para erguirle un poco más; la obsidiana se incrustó en la piel para después producir una herida similar a la que él mismo se produjo. Un sordo gemido escapó de los labios resacos del moribundo:

– ¡ Haarg... En nom..bre de... tened pie...

Hasta entonces se percató Martín de la relativa blancura en la piel del cautivo. El lamento fue pronunciado claramente en lenguaje castellano de acento fuertemente peninsular y antiguo; era la primera aparición de alguien con quien podría entenderse en su mismo idioma, aunque la perspectiva se antojaba casi imposible en razón de la furia evidente en los asistentes a esa extraña asamblea. El líder indígena recogió bruscamente el arma y señaló con la punta, tinta en sangre, al rostro del prisionero para decir, con los dientes apretados y remarcando cada sílaba:

– ¡ Ma..ce..gual!

Alzó la cara hasta lo alto de la techumbre erizada de puntas calcáreas, para lanzar un terrible y poderoso grito que fue a rebotar entre los muros pétreos de la cueva y resonó varias veces como si fuera el eco de incontables espíritus que acudían para confirmar su sentencia:

– ¡ MACEGUAL...CEGUAL...GUAL... ACEGUAL...EGUAL...UAL!

Los guerreros miraban y escuchaban atónitos, con la garganta contraída por ancestrales terrores. Nadie se atrevió a moverse ante la idea de ofender a alguno de los dioses que habían sido convocados por el grito de aquel hombre doblemente armado. Martín presenciaba fascinado la confrontación de espada y lanza en manos de ese actor, que sometía a un trascendental juicio el valor de aquellos instrumentos: Ambos de guerra, ambos para la destrucción, pero sólo uno habría de surgir vencedor en el choque de dos civilizaciones totalmente distintas. Martín estaba interpretando los acontecimientos a gran velocidad y la conclusión era obvia: El prisionero estaba siendo despojado de su ropaje divino al tiempo que perdía la vida. Era obvio que el jefe de los guerreros indígenas no creía en la supuesta omnipotencia de esos extraños hombres que llevaban la cara cubierta de pelo, que montaban grandes venados y que escupían fuego por unos palos que parecían macanas sin piedra en los cantos. Los dioses no mueren... y la vida de ese cautivo pendía de un delgadísimo hilo, que un sólo tajo en la garganta podría cortar. La lanza de piedra fue arrojada a una lado, causando un gran estrépito y la espada toledana fue enarbolada por la empuñadura para dar el golpe final. Una fracción de segundo antes, a espaldas del implacable verdugo, una voz serena pero firme detuvo la acción:

– ¡No debes despojar con tu mano el alimento de los dioses de tu templo!

Martín se estremeció al escuchar esa frase que para él representaba una obsesiva persecución nocturna. Miró hacia el lugar de donde provenía el sonido, hasta ubicar la figura de un noble de mucha edad y ricamente ataviado con mantos y sandalias de piel, que presenciaba la escena desde el acceso al anfiteatro, exactamente por donde llegaba la escasa luz exterior. El capitán de los indígenas se volvió hacia él con una expresión sumisa, aunque no exenta de cierta altivez. Señaló al prisionero y dijo:

– Es un gusano macehual al igual que yo, padre mío.

El viejo contestó sabio:

– Es un cautivo de guerra... Y los cautivos deben dar su sangre a Camaxtli en el templo. ¡Llévenlo al gran sacerdote!

Sin el menor titubeo, el prisionero fue sacado de la cueva en obediencia a esa poderosa voz, que avanzó hasta quedar frente al líder guerrero en el centro de la oquedad, ahora espectralmente silenciosa. El noble principal, cubierto con un sayo amorosamente trabajado en fibras más toscas, pero no por ello menos ornamentadas, movió levemente la mano hacia la salida, al tiempo que sus ojos miraban a los asistentes, y la silenciosa orden de retirada fue también obedecida sin dilación. Al quedar a solas, el gran señor extendió su mano hasta tocar la cabeza del capitán vencido, en un ademán que podría interpretarse como una caricia paternal, pero que no llegó a cristalizar, por el temor a un violento rechazo de aquel que ya no era el niño mimado, sino el tlacochcácatl responsable de una fuerte derrota.

– Honra a tu padre y levanta la cara ¡Gran guerrero Xicoténcatl! Hijo de mi carne y de tus abuelos, fundadores de los antiguos pueblos de Tlaxcallan, Ocotelco y Tizatlan.

El joven atleta bajó la vista consternado, para responder con tristeza:

– ¡Oh gran señor de esta tierra de dolor y sufrimiento!: Lleva tú mi palabra a nuestro pueblo tlaxcaltécatl... Que todos eleven sus ojos en llanto, porque no puedo ofrecer a nuestro pueblo noticias de victoria sino de grande confusión y desconcierto... ¡Hemos visto la muerte en forma de grandes venados-hombre, monstruos que escupen rayos de fuego que matan al bravo *ticuah* y al guerrero! ¡Oh padre mío!: He visto luchar a nuestros valientes, y los he visto morir peleando contra los teúles... Pero también les he visto a ellos morir bajo la flecha y la lanza del guerrero.

El augusto noble desvió un poco la mirada de Xicoténcatl, para fijarla en un punto del infinito. No quería que sus ojos delatasen el enorme orgullo y admiración que le inspiraba la bravura de su hijo. Contestó sereno:

– Son los dioses que vienen de la morada del sol, dicen los viejos sabios del templo y así lo creen los señores que tenemos por encargo gobernar esta tierra. Son sagrados y debemos darles bienvenida y alimento... El hombre de la tierra de nuestros antepasados, debe proveer el sustento de los dioses.

– ¡Pero son hombres, gran señor padre mío!... Les he visto arrojar los miasmas de las entrañas, les he visto derramar sangre roja como la del hombre, les he visto llorar con rostro de gran espanto ante el ataque de nuestros bravos.

– Nadie puede decir si son hombres o son bestias monstruosas o son teúles, hijo mío que pronto ha de reinar en la gran Tlaxcallan. Pero has de tener en cuenta que nuestro más grandioso enemigo, es el mexícatl que tiene por señor a Motecuzoma: ¡Ellos han derramado la sangre de nuestros valientes y las lágrimas de nuestras mujeres!... Estos, que tienen pelo en el rostro y que cubren su cabeza de brillo de sol, que son poseedores del trueno de Tláloc y del gran venado, habrán de llegar hasta el valle del tenochca y el texcocano para pactar con sus tlatoanis y ser muy

grandes aliados... Entonces serán también nuestros muy ciertos y poderosos enemigos, porque tú, Xicoténcatl el tlaxcalteca, los ha combatido y muerto y herido... Es por ello que los cuatro señores de nuestro tecpan han visto con claridad que, si el tlaxcaltécatl es antes amigo del teúle, nuestra lucha contra el Motecuzoma puede ser victoriosa con su ayuda... Mientras que si el amigo del teúle es Motecuzoma, esta tierra conocerá sólo la obscuridad y el dolor y el llanto.

El guerrero dejaba caer la cabeza en señal de respeto por su padre Xicoténcatl el Viejo, señor de Tizatlan, una de las cuatro parcialidades que formaban el pueblo tlaxcalteca, que jamás rindió vasallaje del poderoso imperio del Anáhuac y defendió su dignidad con las armas constantemente empuñadas. El patriarca decía palabras de gran sabiduría que el joven no podía desoír, aunque ahora le ahogaba la pena de la derrota. El joven príncipe pretendió defender algún último bastión de su ya precaria posición.

– Los hombres pálidos, – argumentó – o teúles, o lo que sean, vienen de más allá de la tierra. Llegaron en casas que flotan en las grandes aguas; no son como el nahuatlaca... Son otros que no son los hombres de esta tierra. ¡Dime padre!: Si no son dioses; si son hombres de otras tierras, que vienen en sus venados a quitar el sustento y la chinampa y la mujer y el templo al hombre del Anáhuac... y el tlaxcalteca les da sustento, armas y guerreros contra el hombre de estas tierras... ¿No por ello será nuestro pueblo un pueblo de rostro torcido y nublado, y así dirán por siempre los que recuerdan y cantan lo que sucede? ¿No se pintará en el ámatl que Tlaxcallan es el lugar marcado como la despreciable casa de aquél que olvidó a sus abuelos, a sus dioses y besó el polvo del suelo ante los teúles blancos?

El viejo acarició sus ralas y entrecanas barbas; era indudable que las reflexiones del joven le preocupaban. En la intimidad de su pensamiento, varias veces consideró esa funesta posibilidad, pero las huestes que comandó su hijo contra los españoles ya habían sido derrotadas en cuatro ocasiones contando esta, sin la ayuda del tenochca. Las alternativas eran sombrías si no pactaban ahora la alianza y, por esa causa, el Consejo de Señores había acordado plantear el armisticio y ordenar a Xicoténcatl el Joven deponer las armas. El anciano levantó la barbilla, miró con dureza a los ojos de su hijo y sentenció:

– Estás diciendo palabras de traición, hijo mío; pero no puede haber traición cuando los pueblos tienen guerra. El mexica usa contra el tlaxcalteca todas la fuerza que tiene; el tlaxcalteca hace lo mismo... Es una guerra abierta y no ocultada, con los rostros de frente... El mexica nunca ha dado su grandeza a los pueblos que ha vencido; el mexica toma el maíz, roba a la mujer, sacrifica al guerrero y pide tributo de tela de fibras finas de muchos colores. El mexica dice que sólo ellos son los que hacen vivir a Huitzilopochtli el Sol... y los demás de toda la tierra, son perros y gusanos y culebras a los que hay que pisar... El mexica–tenochca es hermano que no es como hermano. Los pueblos que ha vencido, no han sido abrazados como

una gran nación... No hay nación grande; sólo Tenochtitlan, Texcoco y Tlacopan... ¡El tlaxcalteca no puede traicionar a un hermano que no lo es, ni a una nación que tampoco lo es!

Xicoténcatl el Mozo recuperó la entereza; podía reconocer que los argumentos del padre eran irrefutables, aunque quedaba una cuestión por zanjar:

– Pero yo he deshonrado al tlaxcalteca porque no he sabido llevarle la victoria. ¡Toma una de tus flechas, padre, y haz que mi corazón ya no tenga movimiento! ¡Es el único camino para poder volver ante mi pueblo, con la dignidad del guerrero hijo del señor de Tizatlan!

Una mano del padre fue a posarse benevolente al hombro del atlético guerrero.

– No hay deshonra en la derrota si el valor brotó del corazón y salió por el rostro... No es deshonra si en la lucha se ofreció la vida en defensa de un pensamiento fuerte y claro... Además, hijo, no debes nunca olvidar las que tus mayores, alguna vez hicieron de la derrota un canto de heroísmo y grandeza... Todo el Anáhuac recuerda con asombro al gran guerrero tlaxcalteca que era nombrado Tlahuicole. Que fue invencible en todas las armas y aun sin ellas, hasta que un grupo numeroso de enemigos le inmovilizó y ató y llevó prisionero a Tenochtitlan, donde sus proezas cautivaron a señores y nobles, desde el tlatoani hasta los príncipes y sacerdotes, porque es mucha honra la valentía.

–Tlahuicole – prosiguió – fue tratado con gran comedimiento, le ofrecieron los mejores alimentos y cuanto cosa él pudiese desear... Fue favorito del poderoso gobierno tenochca; y fue ofrecido para que fuera libre de volver a su tierra por ser gran hombre... Y Tlahuicole despreció el don de su libertad, porque era deshonroso ser perdonado por el enemigo, y exigió ser tratado como todo prisionero digno: El sacrificio de su corazón valiente en la piedra téchcatl del gran templo; pero no le fue dada esa gracia. El tlatoani mexica dispuso que fuese llevado a la piedra de los gladiadores, atado por los pies al centro y armado tan sólo con una vara de carrizo para combatir a lo más selecto de los guerreros tigres y águilas. Aun así, alcanzó a derrotar y dar muerte a varios antes de caer en forma tan gloriosa que los mismos mexicanos le rindieron honores y enviaron su cuerpo a nuestra tierra.

Los ojos del viejo tlaxcalteca brillaban de emoción con esos épicos recuerdos. Posó su mano afectuosa en el hombro del hijo para reforzar la sinceridad de su conclusión:

– Así ves, hijo de mi corazón, que el sentido del honor y de la deshonra no está sólo en las victorias, sino en la forma en que el guerrero expone su vida y tiene la muerte... Si alguna vez eres cautivo de extraño enemigo, recuerda la grandeza de Tlahuicole, y serás siempre recordado con honor.

El guerrero se puso de pie, tomó la mano del padre y se la llevó a la frente haciendo un leve contacto; luego ambos iniciaron una marcha lenta hacia la salida, dejando la oquedad natural en el más completo silencio, a no ser por el sonar de la gota de

agua, que en algún punto se filtraba por el techo de piedra y caía hasta chocar con el suelo de la gran caverna.

“Tac... tac... tac... tac.

XLIII – El Rústico Escudero Investido Caballero

• *Dotor, dotor!* – llegó gritando Tarsicio – ¡La *dotor* no `stá! ¡Ahí anda la *güerita* buscándola pero no `parece!

Galicia se irguió de inmediato, desatendiendo las conversaciones que sostenía con Ocampo, Torres y Potter.

– ¡Cómo que no está! ¿Qué no fui claro al precisar que nadie debía alejarse sin avisar? ¿Dónde está la otra muchacha?

Jéssica entró presurosa; aún llevaba en la mano el refresco que le sacó Ortega del camión, justo antes de volver a cuidar los aparatos de control de la caseta. Ocampo no pudo evitar mirar los muslos de la joven cubiertos de un fino sudor.

– ¡Aquí estoy, doctor! Sólo la deje un momento para ir a la caseta de Fernando y cuando regresé había desaparecido. La busqué por los alrededores del jacal y nada; entré y le pregunté al morenito... ¿Verdad tú? ¡No está por ningún lado, doctor!... Es todo lo que sé.

– ¿Entonces Martín está solo? – preguntó Torres.

– Fernando está vigilando desde la caseta. – dijo la chica – Adentro del jacal nada más está el viejo como hipnotizado.

– ¡Maldita sea! – interpeló Galicia provocando una mirada de extrañeza de Torres – ¡Cómo si no tuviésemos ya suficientes problemas! ¡Señores: vamos a desplegarlos para buscar a Paulina!

Apenas pisaron tierra cuando un nuevo estampido de rifle rebotó en las laderas de los cerros, fijando de súbito la atención de todos. No cesaba aún del todo el eco del disparo, cuando una voz se escuchó desde la lejanía gritando con acento retador:

– ¡Si *queren* ver viva a la niña!... ¡*Aluego* nos *intriegan* al nagual maldito y al *po-lecía*!

Ocampo sintió la necesidad de tragar saliva, pero no había ninguna saliva ni su garganta la hubiera dejado pasar. Cualquiera que lo mirase en ese momento, hubiera podido ver en su rostro el miedo cervical que se prende cuando el hombre sabe que la vida le va en un juego. Por su mente cruzó como relámpago un pensamiento: «¿A qué horas llegará el idiota del Rosendo con los refuerzos?». Galicia, permitiéndose por un momento el dulcísimo placer del sarcasmo, le espetó con media sonrisa:

– Ahí le hablan, comandante... Parece que la cosa va con usted, ¿o no?

– ¡Quieren al vejete! ¿Qué no los oyó?... Usté dígales, mister Potter...

Potter no respondió bajo el recurso de reencender con lentitud su cigarro habano.

Ocampo vislumbró la muy prudente posibilidad de escabullirse por la montaña, aunque tuviese que atravesar lo más agreste de la topografía a pie; aun así, con el peligro de toparse con los indios que seguramente vigilaban todos los puntos. Sin embargo, recordó la promesa hecha por el americano, sobre el fajo de dólares a cambio de su complicidad en el robo del pictograma que resguardaba el nagual. Decidió esperar un poco sin descartar del todo la probable huida, por si las cosas se ponían color de hormiga.

La discusión paulatinamente tenía menos objetividad, ante la mirada complacida de Potter que, sin conocer el refranero mexicano, vislumbraba con toda claridad aquello de que: “A río revuelto, ganancia de pescadores”. Tarsicio y Jéssica se fueron a la caseta con la idea de que Fernando hubiera visto algo, pero fueron recibidos con una expresión un tanto sombría de Ortega que comentó:

– Me gustaría que se diera una vueltecita el doctor Torres: La presión y el pulso de Martín están bajando... también la temperatura corporal... La onda “T” del electrocardiograma se nota un poquito aplanada, como si el corazón estuviera sufriendo falta de oxígeno... ¡Fjense!

Jéssica hizo un gesto de irritación mientras Tarsicio miraba fascinado el funcionamiento de los registros.

– ¿A poco ese es Martincito, *dotor*?

– ¡Por Dios! – estalló la chica – ¡Secuestraron a Paulina esos indios desalmados y ustedes no ven mas que las ondas *aplatanadas*! ¿Qué tienen atole en las venas?

– Ya sé que secuestraron a Paulina. – contestó calmado Ortega, al tiempo que entraba Jaime Zavala para unirse al grupo – Hasta acá se escuchó el disparo y los gritos de esa gente.

– ¿Y entonces? – recriminó Jéssica – ¿Te vas a quedar ahí sentadote con tus malditos aparatos? ¿Qué tal si matan a mi prima... o lo que es peor, si le hacen algo que... si... la lastiman?... ¡Dios mío, ya no sé ni lo que estoy diciendo!

– Por eso quiero que venga Torres... – respondió el biólogo – Para que se haga cargo de Martín. ¡Ahora no es el momento de perder la cabeza, sino de pensar con tranquilidad, con frialdad lo que conviene hacer!

Fernando logró capturar la atención de los tres reunidos, que lo miraron con curiosidad y extrañeza. El esmirriado Ortega estaba asumiendo el liderazgo de esa pequeña partida clandestina de rescate.

– Primero – dijo – hay que localizar a dónde se llevaron a Paulina. – no pudo evitar un fugaz sonrojo de las mejillas al escucharse a sí mismo decir “Paulina” con tanta familiaridad – Tratar de encontrar un indicio, una pista, algo que nos dé una orientación.

– Pues seguro que la tienen ahí donde están escondidos – propuso Jéssica esperanzada – Si no ¿Dónde?

– No, no lo creo. – reflexionó Fernando – La compañera Paulina es ahora un rehén

muy valioso para que lo tengan a la vista. ¡Seguro que la tienen escondida fuera del alcance de unos binoculares!.

Ramón Resendis y Atanasio López, recibieron el encargo de vigilarla con la encomienda de que, para evitar una desagradable sorpresa, le ataran pies y manos, además de amordazarla con un paliacate para evitar que gritase. Estaba semisentada en un reborde del suelo tratando de mantener alguna postura decorosa, si es que eso se podía concebir en tales circunstancias. Atanasio, trepado en un montículo, vigilaba el horizonte armado con el rifle que servía a ambos, mientras Resendis fumaba en cuclillas dando perfil a la muchacha, que lo miraba con una creciente aprensión, mientras él veía al infinito con esa chocante displicencia del indígena que se sabe dueño de la situación.

– ¡`Tanasio!

– ¿Qué *pahó*, zanca? – le contestó el otro.

– Échame pa' cá el rifle y vete a conseguir otra botellita de mezcalito, por vida e' Dios... Yo aquí me quedo cuidando que la paloma no vaya a volar pué.

– ¡A qué Ramón éste! ¿*Pos* no le digo?... Ahi `tá pues l' arma ¡Nomás tenga mucho cuidado, no vaya a salir con su domingo siete!... No me tardo.

– Aprovecha y que te den por *ahi* un taco... no *lihace* que te tardes, total, luegoito tú *vegílas* pa' que yo vaya.

Atanasio López partió y Ramón Resendis giró la posición de cuclillas, dando ahora frente a Paulina. Ella se replegó cuanto pudo en su respaldo natural, al ver en el indígena el rictus de una sonrisa y la mirada intensa que se pegaba sin recato a cada centímetro de su cuerpo indefenso.

– Si no la tienen en la entrada, se la habrán llevado a Ocuilita o tal vez a alguna ranchería del rumbo – Aportó Zavala el chofer, tratando de ser útil.

– No, paisano – dijo Tarsicio – Ocuilita está harto lejos para sobarse la caminada... y ranchos, ¿*pos* 'ónde quieres tú que *haiga*?... La han de tener por *ahi cerquitas*.

– Pues piénsenle, pero rápido. – intervino Fernando – No tenemos todo el tiempo del mundo, la tarde ya está pardeando.

Zavala se rascó la cabeza impotente y se excusó apesadumbrado:

– Yo me voy a relevar en la vigilancia al licenciado Argumedo que ya se ha de haber quedado calvo bajo este canijo solecito... ¡Caray! ¡Tan a gusto que estábamos ayer bañándonos en el arroyo que queda atrás del jacal!

– ¿Qué dices, paisano? – brincó Tarsicio intrigado – ¿Cuál arroyo pué'?... ¡`Pér-enme tantito... `oritita vengo!

El muchacho salió disparado dejándolos a todos estupefactos y preguntándose que mosca le picaría esta vez. Pronto regresó blandiendo en la derecha una cachiporra de modelo antiguo que sustrajo de la camioneta del policía. Era un sólido artefacto de hule muerto forrado con cinta negra de plástico, que de alguna manera podía fungir como arma. Triunfal exclamó:

– ¡Creo que ya sé 'ónde tienen a la *datora*!... Pero hay que ir sin que se den cuenta

los *dotores*, porque van a querer ir ellos y nomás van a regar el tepache.

– ¿Y se puede saber cómo averiguaste el lugar? – preguntó exasperado Ortega – ¿Te lo dijo el nagual?

– No me lo dijo nadie... bueno... Jaimito puso el norte, pero na'más... Y ahí sí me habrá de *aperdonar* usted' joven Fer', pero no le puedo decir ni cómo di con el lugar ni dónde es... ¡Bueno! Sí sé dónde es, pero ni que fuera pueblo pa' darle santo y seña pué... ¡Sólo yendo les puedo enseñar!... ¿Quién se va conmigo?

Jéssica y Zavala dijeron un yo simultáneo, pero Fernando Ortega movió negativamente la cabeza y todos lo miraron para escuchar su opinión.

– Jéssica no. – dijo a secas – Podemos ir tú y yo, ya que Zavala está lastimado del tobillo y..

– No joven... – protestó enérgico el chofer – ¡A mí no me va usted a impedir que vaya!. Del tobillo ni se preocupe, que parece que no se me ha lastimado nunca, gracias a la curación que me hizo el señor Miranda.

– Entonces vamos los tres – concluyó Ortega y luego miró decidido a la chica rubia – Jéssica, usted cuente dos minutos y luego vaya a decirle a Torres que no sabe usted a dónde me fui y que venga a hacerse cargo de los controles. Usted Jaime, tráigase siquiera la llave de tuercas o algo que sirva por si hay catorrazos... ¡Y que sea lo que Dios quiera!

El chofer partió presuroso por el encargo y Tarsicio no resistió la tentación de echarle un último vistazo a Martín; entró corriendo al jacal para toparse casi de bruces con Febronio Miranda, que puesto de pie obstruía el paso, por lo que Tarsicio se paró en seco sofocado por la impresión. El viejo habló con un tono sentencioso para decirle al muchacho:

– Ve por ella y tráela con bien, que el príncipe estará solo cuando Tonatiuh el Sol descienda al Valle de los Muertos... Dile a la niña bonita que mi tiempo es ido; que ella será la única que pueda enseñarle el camino de vuelta... Que si no lo acompaña, el tiempo del príncipe también habrá terminado. ¡Anda y cumple!

Tarsicio sintió de pronto una especie de transfiguración interna, como si una enorme fuerza invadiera su ser y lo tornara invencible. El joven–niño guerrendero se convirtió en hombre por el influjo de esas sencillas frases: El rústico escudero recibió la investidura de caballero, por la autoridad irrefutable del Nagual de Noria del Fraile.

Martín salió de la caverna. Creyó conveniente buscar la procedencia del prisionero blanco que hablaba castellano y la espada toledana que Xicoténcatl el joven esgrimió junto a la lanza de obsidiana. De inmediato dedujo, después de presenciar el concilio de los príncipes tlaxcaltecas padre e hijo, que su situación se ubicaba por el año de 1519, en la inminencia de la conquista de la gran Tenochtitlan a manos de los españoles, durante el reinado de Moctezuma Xocoyotzin. El ejército que vio desfilar vencido, era comandado por Xicoténcatl el Joven, en la batalla nocturna que sostuvieron tlaxcaltecas y españoles. Después vendrían los embajadores del señorío a parlamentar la paz e invitar al capitán español a su ciudad, para ofrecer un pacto de alianza militar, aunque estaba cierto que Cortés se haría del rogar unos días para darse importancia, en su excelente manejo de la guerra psicológica. También era necesario dar oportunidad a sus tropas de reponerse de las fatigas y heridas recibidas durante los combates que acababan de librar y así mejorar su imagen maltrecha.

Tomó el rumbo contrario al que llevaba el ejército tlaxcalteca, suponiendo que encontraría el campamento español. El problema era planear una estrategia para justificarse como un indígena que hablaba el castellano: No tenía otra vestimenta que el maxtle blanco sin adornos y era muy difícil que pudiera pasar por otro náufrago de las expediciones anteriores.

Pero sobre todo, resintió el peso de la responsabilidad por entrometerse en el curso histórico de los hechos, en un contexto que no le correspondía. Además, su porcentaje de sangre indígena le hacía rebelarse contra la idea de favorecer al invasor con información adicional que obviamente él poseía. De hecho, en ese momento podría ser considerado el único y verdadero augur de las cosas venideras, tanto para los naturales como para los aventureros peninsulares.

En su pensamiento apareció inexplicablemente la imagen de la silueta danzante y la boca de su efigie muerta que manaba excremento. Repasó los recuerdos de sus anteriores encuentros, percatándose de que, por una u otra razón y sin plena conciencia de ello, nunca realizó intromisiones que de alguna forma alterasen o modificasen el derrotero de los acontecimientos. Entonces encontró el significado: Debía ser testigo silencioso de todo cuanto presenciase, no importando en lo más mínimo su propio razonamiento o sus propias emociones. Venía a buscar respuestas, no a responder preguntas.

Al llegar a la cima de una loma, el campo se extendió a su vista y pudo observar a lo lejos, las conocidas siluetas de los eternos guardianes del Valle; pero ahora, el Popocatepetl a la izquierda con su gran nube de vapor prendida al vértice y el Iztaccíhuatl a la derecha, ambos coronados de un blanco manto de nieve. Se encontraba al lado opuesto del Valle de México, en algún punto entre la ciudad de Tlaxcala y la futura Puebla de los Ángeles, que en ese tiempo era tan sólo fértil llanura perteneciente al pujante señorío de Cholula. Sus habitantes, de origen tolteca, lo erigieron en

el núcleo más poderoso de la región y construyeron la majestuosa e impresionante pirámide de Quetzalcóatl, monumento de mayores proporciones que el propio Templo Mayor del floreciente imperio mexica en Tenochtitlan.

Anduvo largo rato el camino montaraz, subiendo colinas y bajando hondonadas, a ratos trotando, a ratos en caminata vigorosa, en sentido contrario a las huellas dejadas por los indígenas en retirada, con la idea de encontrar el escenario del combate y muy probablemente al campamento español. No se imaginaba el terrible conflicto que su mexicanidad estaba a punto de sufrir.

Un estridente relincho le sorprendió en un claro del bosque y le hizo quedar paralizado, al descubrir que un jinete hacía levantar los cuartos delanteros de su corcel, antes de abalanzarse en su persecución a galope tendido desde unos cien o ciento veinte pasos. Caballo y jinete estaban enjaezados para el combate, pero en un lastimoso estado. La barba del hombre, completamente descuidada, se confundía con la suciedad lodosa del rostro; la vestimenta dejaba ver roturas por todas partes; pero en su diestra, se vio claramente el ondear brillante de la hoja de acero toledano muy similar a la que fue capturada por los naturales. Martín recibió el impacto visual de bestia, hombre y espada convertidos en una fuerza atacante irresistible, y por un instante sintió lo que muy tal vez sintieron los naturales, cuando enfrentaron por vez primera esa apocalíptica visión guerrera, convertida en un monstruo de la destrucción. Una voz estentórea y enronquecida gritó:

– ¡Deteneos truhán, en nombre de Santiago, que mi espada dará buena cuenta de vos!

En el momento de la embestida, Martín se lanzó al suelo lateralmente y rodó varias veces para alejarse del peligro, hasta quedar inmóvil con la cabeza cubierta por ambas manos, cuando el caballo le rebasó vertiginoso. El jinete tuvo que frenar bruscamente al noble bruto, que emitió un nuevo relincho de dolor. Al volver grupas, el español detuvo la embestida para ubicar al supuesto enemigo y reiniciar su ataque. El viajero se levantó al mismo tiempo que el agresor arremetía de nuevo con toda la intención de descargar un mortífero golpe de espada. Buscó con desesperación algo con qué protegerse y encontró providencialmente un grueso leño que sirvió de escudo, justo cuando el acero que bajaba veloz buscando su cuello. La hoja penetró profundamente en la madera y se quebró casi desde la empuñadura, en tanto que a la vez, el extremo de la rama chocó fuertemente contra el yelmo del español y le derribó de la cabalgadura completamente aturdido.

Martín se puso de pie. Lo vio indefenso a merced de su voluntad y no pudo evitar que todo su ser experimentase un extraño y placentero estremecimiento. Al saber derrotado a ese pobre infeliz, consumaba un fútil acto de venganza por todas esas florecientes culturas mesoamericanas que fueron aniquiladas y por todos los naturales de la tierra del Anáhuac que fueron muertos, esclavizados, violados y

humillados en el nombre de Dios y en el nombre del oro. Supo en ese instante a que se refería Xicoténcatl, el capitán tlaxcalteca, cuando gritaba con infinita rabia que los supuestos teúles eran simples humanos, tan falibles y tan mortales como cualquiera de ellos.

El español rodó de pronto sobre su costado derecho irguiéndose de un salto, al tiempo de empuñar un largo puñal para amagar nuevamente a su oponente en lucha cuerpo a cuerpo. Sin embargo, el encuentro no se produjo porque en ese momento aparecieron otras tres cabalgaduras cuyos jinetes rodearon a Martín y le neutralizaron con la punta de sus lanzas, entre las más castizas maldiciones surgidas de los puertos españoles. Uno de ellos preguntó:

– ¡Hala, soldado! ¿En qué lance infortunado os habéis *enredao*, que hasta espada y montura perdisteis?

– ¡Na' capitán! Que aqueste bellaco malnacido me ha *emboscao*... ¡Pero voto al diablo que caro pagará su osadía! – contestó el vencido, levantando el puñal amenazante.

– ¡Detened vuestro afán, por todos los cielos!... Que el malnacido puede ser escucha de Montezuma y eso lo debe veder el capitán Cortés. Id presto a buscar vuestra montura, que bastante escasos estamos de caballada. ¡Vos! – se dirigió a otro soldado – atad al prisionero de suerte tal que no se os vaya de a fugar.

– Como vuesa merced ordene, capitán Sandoval. – contestó el aludido, procediendo en el acto a obedecer. Martín miró fijamente el rostro de quien había ejercido el mando: Indudablemente se trataba de Gonzalo de Sandoval, único registrado en la historia que reunía ese apellido y el grado de capitán. Sandoval fue un destacadísimo actor de la conquista, desde las primeras batallas en las costas del Golfo hasta la caída de Tenochtitlan, tenido por muchos como el más valiente, temerario y confiable lugarteniente de Cortés.

Atado a la silla de montar de uno de los soldados, fue conducido casi a rastras en un azaroso viaje que terminó al llegar a un paraje arbolado en donde estaba asentado el campamento español. Por todos lados se podía apreciar una gran desolación: Heridos quejándose lastimeramente; hombres cavando fosas para sepultar cadáveres que yacían indiferentes al lado de los cavadores, grupos de indígenas totonacas apartados de los peninsulares, armas y escudos tirados por aquí y por allá. Un mozalbete trataba de desensillar un caballo muerto, mientras los soldados levantaban tiendas de campaña apresuradamente. El capitán Sandoval se adelantó hasta uno de esos toldos, anunciando:

– ¡Ave María Purísima, señor capitán! Os ruego que acuda vuesa merced, que os traigo noticia.

Al llamado de su lugarteniente, salió el conquistador del interior de la tienda. Vestía aún los enseres de guerra que hacía sonar al moverse. Como era su costumbre, descansaba la mano diestra sobre la empuñadura de la espada envainada,

caminando con porte marcial y gesto autoritario: Era el Capitán General y Justicia Mayor de todas las tierras y reinos ganados para honra de su majestad el Rey Carlos, I de España y V de Alemania; el galante aventurero extremeño, conquistador del Anáhuac y fundador de la Nueva España en las Indias de la Mar Océano: Don Hernando Cortés.

Martín quedó pasmado: Había siempre imaginado a un gran hombre delgado y pequeño, pero no tanto. Tenía la piel muy blanca y ojos tristes como si fuesen de enfermo; semblante sanguíneo dirían los médicos de la época. No podía creer que de ese organismo enclenque emanase toda la fuerza y resolución requeridas para emprender una empresa tan arriesgada como fue la conquista.

– De qué peripecia os decís portador, capitán Sandoval ¡Hablad presto! – preguntó con un tono que parecía irrefutable, aunque en ningún momento alzó la voz.

– Na’ que, hete que la guarda de avanzada ha cautivado a ese que veis atado, que venía hollando el camino al campamento de vuesa merced... Que por Belcebú, fuédere a ser escucha del ese tal Montezuma.

– ¿Pero habéis por ventura perdido las entendederas, Gonzalo?... Que Montezuma no ha menester de escuchas, porque hanos enviado por huéspedes a varios príncipes y notables de su reino; mirad aquesta loma que bien podéis distinguirlos por las ricas prendas que portan... Si acaso, ¡voto a Santiago!.. que el prisionero fuédere escucha de los naturales de estas tierras altas, para diligencia de otro acometimiento... Que a fe mía que los nuestros no podrían resistir.

– Vuesa merced ordenará lo que ha menester con el malnacido. – contestó Sandoval amoscado.

– Pues na’ que hay que veder que hable con verdad y diga cuanto sabe. – dijo Cortés enfático – De suerte que os sea dado *apreveniros* al combate y aprestar las pocas armas que nos restan... ¡Eh, vos, Orteguilla! – gritó al jovencillo que luchaba con el cadáver del caballo – ¡Haced que venga La Lengua!

De inicio Martín no entendió esta última frase, ya que de por sí estaba teniendo dificultades para comprender ese castellano arcaico lleno de modismos castrenses y de los barrios bajos de los puertos hispanos. Orteguilla, que era paje de Cortés y después lo fue de Moctezuma, corrió a cumplir el encargo, mismo que haría temblar hasta las raíces más profundas del viajero.

Azorado la vio de pronto. De un vistazo comprendió por quien había mandado Cortés, y que ahora llegaba frente a él conducida por el menudo paje. En cuanto se apropió de esa imagen de mujer, la humedad huyó de su boca y un enorme dolor moral invadió todo su ser: Tenía frente a sí a la gran madre de los mexicanos: ¡Malintzin, Mater Nostrum! La que parió en medio del desprecio, la simiente que forjaría una nación.

Otrora orgullosa heredera del trono de Painala, que fue despojada por la ambición de su madre y vendida a mercaderes pochtecas, que a su vez la cedieron en obsequio

al cacique totonaca Tabskob, que luchó contra Cortés, y que, derrotado, pagó con hembras parte del botín de guerra. En ese botín estaba Malintzin, hierba del campo, que sin imaginar siquiera su funesto destino histórico, fue nombrada como Doña Marina y apodada Malinche. Princesa india que tuvo el infortunio de aprender el idioma del conquistador, dominar las lenguas de las tierras totonacas y las del centro del Anáhuac; para convertirse en un recurso de enorme valor militar estratégico y concubina del gran capitán. Mujer poseída por la fuerza y la autoridad de la espada, como una propiedad, como un derecho del vencedor. Mártir sin expiación que se convirtió en uno de los más sacramentales símbolos mexicanos: La Chingada, la violada madre ancestral que pagó con su entrepierna y su fama el tributo de la derrota. Madre calumniada que no concibió por amor y, sin embargo, dio a luz a toda una nación. Fantasma gimiente en un eterno purgatorio, perennemente maldecida por las generaciones que brotaron de su vientre vencido por el conquistador.

Estaba ahí frente a un Martín anonadado. Estaba ahí con su rostro dulce pero pleno de dignidad, que le hacía preguntas en lengua náhuatl sobre quién era, qué hacía, a dónde iba. Martín sólo acertó a derrumbarse de hinojos sin otra posibilidad que maldecir en sus adentros su propia desgracia, beber su amargura, cubrir la cara llena de vergüenza y odio: Vergüenza por ella y por sí mismo; odio por el altivo capitán Cortés... Y también por sí mismo.

La india Malintzin se arrodilló a su vez y acarició los cabellos del cautivo con infinita ternura maternal, sin comprender a ciencia cierta que le sucedía; pero fue levantada por el paje Orteguilla. La falta de respuestas consiguió impacientar al conquistador, quien despectivamente dio la espalda para retirarse, al tiempo de instruir:

– Si no conseguís que os dé buen santo y seña... ¡Ahorcadle y en paz!

XLV – Vientos de Desgracia en la Tarde

● Po'acá, joven Fer'! – murmuró Tarsicio para no exponerse a ser descubierto. Si Galicia se enteraba del objeto de esa bizarra misión, seguramente la haría abortar.

Con paso rápido pero cauteloso se dirigió, seguido por Ortega y Zavala, rumbo a la parte del arroyo donde atestiguó el baño de Martín bajo la luna. Ortega tenía sus dudas, porque de inicio la dirección era contraria al campamento de los lugareños, allá por la entrada del valle, pero no puso objeciones y se dejó guiar. Él era de aquellos que, si no tenían algo mejor que aportar, apoyaba sin discusiones la mejor propuesta; y hasta ese momento la mejor era la del muchacho.

Los hizo llegar al remanso por donde él mismo cruzó para seguir a Martín y pre-

senciar su encuentro con el nagual, exactamente a la hora del nacimiento solar del día anterior. Zavala, aunque venía último, ni se quejaba ni obligaba a que los otros dos marcharan más despacio, de cualquier forma, el ascenso del cerro marcaba un paso no muy veloz. Tarsicio reconoció el idolillo de piedra con el cual tropezó en la oscuridad de la madrugada, y con el índice, se lo señaló en silencio a Ortega, el cual se detuvo a mirarlo y tocarlo por un par de segundos.

El doctor Torres miraba inquisitivamente a Galicia. Había estado presionándolo sobre la urgencia de definir una estrategia para enfrentar la difícil situación, que a cada momento se deterioraba con un nuevo problema.

– Creo que lo mejor será formar una comisión para buscar el diálogo con esa gente. – dijo el jefe de la expedición – ...Yo conozco a Edelio Sifuentes y supongo que si le hablamos exponiendo razones, accederá...

– ¡Qué va *aceder* ni que las hilachas! – objetó Ocampo – La merita verdad es que ya no *'stán pa'* *palabriar*... ¡Si usted los deja, seguro que acaban por linchar al viejo!

Argumedo acababa de entrar a la caseta de los controles donde se desarrollaba esa conversación y pudo observar que las miradas de todos convergieron con ansiedad en el policía, cuando éste pronunció la palabra que flotaba en el aire y a la que nadie quería otorgarle probabilidades reales: Linchar.

Galicia apretó los dientes al percatarse de la maniobra burda de Ocampo para hacerlo responsable: «Si usted los deja». Por su parte, era obvio que el policía iba a defender la posición de no transigir, porque cualquier negociación interponía a su persona como condición para cualquier arreglo. Los lugareños, cada vez más excitados tanto por el alcohol, como por el clima de agitación colectiva, habían exigido que él fuese entregado; y Ocampo sabía muy bien todos los odios y resentimientos acumulados en su contra. Además, estaba el plan de Potter que nadie más conocía. Había que ganar tiempo para que cayese la noche y armar el zafarrancho; total, lo que le pudiera suceder a la doctorcita no era asunto suyo. Galicia lo interrogó molesto:

– Entonces usted dirá que se hace... Usted es el jefe de la policía. Conoce perfectamente el rumbo y su gente. ¡Díganos qué es lo más conveniente!

– *Pos* no sé... hablarles... pero desde acá. *Dicirles* que si no sueltan a la niña se van a acordar hasta del día que nacieron... Mantenerlos a raya a punta de plomazos si se acercan.

Torres intervino con cierta exasperación. Como buen científico, le molestaban las ideas absurdas.

– ¡Y seguramente contestarán con una disculpa y se retirarán a sus casas apenados! ¿En verdad cree usted que funcionará una estrategia de intimidación?... Allá afuera habrá doscientas o trescientas personas armadas y alcoholizadas y usted quiere regañarlos... ¡Ya parece!

El policía se defendió:

– ¡Ah cómo serán tarugos los chilangos! ¿A poco me cree tan *dialtiro* pa' no tomar

providencias?... Antes de llegar, mandé a una de mis *gentes* a pedir refuerzos de la ciudad. Cuando mi compadre Rogerio sepa d'esto, capaz que hasta tropa manda.

Potter se puso alerta; no figuraba entre sus planes la intervención de fuerzas de seguridad pública en el asunto.

– ¿*Osted* pedir ayuda de gobierno *mecsicano*, mister Ocampo?

Sólo el aludido notó el énfasis de reproche que barnizaba la pregunta. En el negocio que acordaron, el comandante no mencionó para nada ese aspecto.

El extravagante comando de rescate por fin alcanzó la cima del monte: Apuntando hacia el poniente se veía la entrada del valle y la multitud que se había apostado allá; también distinguieron varios grupos de vigilantes que flanqueaban al contingente principal, dispuestos de manera que pudieran observar todos los posibles movimientos del jacal y los vehículos expedicionarios desde cualquier ángulo. Después de estudiar detenidamente el campo, Ortega preguntó mirando a Tarsicio:

– ¿Y ahora qué?

– ¡Fíjate allá, paisano!... mira aquél chango que viene de por la izquierda... allí no hay *nadien*... ¡Allá, más pa'llá! ¿Qué anda `ciendo el zanca?.. Ni modo que del cuerpo, si pa' eso no se prende lumbre.

– ¿Cuál lumbre? – preguntó Zavala.

– ¿*Pos* que no ve usted l'humo, Jaimito?... Allá, por aquel arbolote que 'stá detrás de uno como hoyo de pasto; ¡segurito que allí mero han de tener a la *dоторa* y la 'stán cuidando!

– ¿Estás seguro? – dudó Fernando – ...¿Y si no la tienen ahí?

– Pos no hay otro lado, joven Fer'... Asómese usted pa' que se dé cuenta que no hay ónde. Además, en la mañanita se veía aquel paraje muy segurito y apartado. ¡Que ni mandado hacer pa' tener lejos de la vista a un cristiano!... ¿Vamo'a ir pué'?

– Pero nos van a ver desde abajo – apuntó Zavala.

– ¡Ah si será usted', Jaimito!... Hay que irse bordeando la cima pa' que no nos *devisen*. Al llegar al punto, vemos cuantos son y nos repartimos los guamazos: Si es uno, entre ustedes dos se lo echan. Si son dos, les toca de uno para cada quien, *aluego* les caemos por atrás como gatos. ¡Que ni cuenta se van a dar!

– ¿Y tú? – objetó con sarcasmo Ortega.

– Yo veo por la *dotorcita*; ¿Qué tal si la tienen amarradita? ¿Qué tal si está *jerida*?... La cosa tiene que ser muy rápida, si no, llegan los demás y entonces sí: ¡*Adiosito* mi gabán!

Los dos mayores no pudieron dejar de reconocer que Tarsicio tenía razón en cuanto a la táctica. De hecho estaba convertido en líder de esa operación, sin embargo, el asunto no era tan sencillo: Fernando Ortega, con su peculiar estilo de razonamiento frío, despiadado y en alguna medida chocante, añadió una complicación más al asunto:

– Entonces hay que apurarse porque, llegar hasta allá cruzando por entre los ac-

cidentes del terreno y acercarse en silencio hasta donde está Paulina, nos va a llevar cuando menos media hora más... En este momento, – consultó su reloj – faltan siete minutos para las seis, más lo que tardemos en llegar y lo que dure la rescatada, se nos va a terminar la luz del día... ¿Por dónde vamos a regresar?

– Pos por ónde se pueda, joven. Si no puede caminar nos la llevamos pa'l monte; si nadie se da cuenta, *pos* pa'l jacal por entre lo oscurito. La cosa es ir a donde tienen a la *datora* y ya después a ver que sale. ¡Hasta en los escondrijos del cerro podemos irnos *juyendo* hasta llegar con el *dotor* Galicia!... Pero hay que darle a la caminada, si no, no vamo'a llegar nunca.

Allá en la caseta de control, Potter buscó apartarse para cruzar unas palabras con Ocampo. A una señal hecha con los ojos, Ocampo se excusó diciendo:

– Voy por *ahí* a regar las florecitas; si se ofrece algo nomás me chiflan fuerte.

En cambio Potter salió sin dar explicaciones, aprovechando un momento en que los científicos ponían su atención en los registros de las condiciones vitales del cuerpo de Martín. El médico expresaba en el lenguaje más claro posible sus preocupaciones por el visible deterioro del estado de Reyes; sin embargo, Galicia no podía concentrarse por efecto de la desaparición de Paulina. Sin poder contener su aprensión, le dio instrucciones al licenciado Argumedo:

– Argumedo, vaya usted por favor a buscar a Ortega, a Tarsicio y a Zavala; tal vez estén vigilando en la camioneta de nosotros, o quizá estén en el camión de Jéssica... Vamos a organizar una brigada para escapar del valle en busca de ayuda apenas anochezca. Si no aparece el apoyo que solicitó Ocampo para las seis o seis y media, yo personalmente iré a parlamentar con Sifuentes. ¡Haremos lo que pidan con tal que la dejen libre!

Al escuchar estas palabras Jéssica palideció; de los presentes era la única enterada de la expedición de rescate y ahora sentía la enorme responsabilidad que implicaba guardar silencio. Si algo les pasaba y no regresaban en un tiempo razonable, ella tendría que confesar lo que sabía. Solamente mencionó:

– En el camión no están; lo cerré para evitar que lo ensucie con sus patas el gorila.

Argumedo terció:

– Tampoco están vigilando, doctor; yo vengo de allá y ahorita no hay nadie pendiente.

Los músculos de Galicia se contrajeron visiblemente; luego levantó las manos al cielo para decir francamente exasperado:

– Búsquenlos en el jacal, en los alrededores, en donde sea, pero hágalos venir ¡Con un carajo! ¡Parece que todos están confabulados para crear problemas exactamente a la hora en que deben estar disponibles para ayudar!

Torres trató de ser conciliador:

– Es de la mayor trascendencia conservar en estos momentos la cordura, Galicia. Si quieres hazte cargo de organizar la búsqueda; Jéssica y yo nos haremos cargo de vigilar al muchacho. Si decides ir a parlamentar, te ruego que me avises para

acompañarte; pero por favor, no pierdas ahora la calma.

Por atrás del jacal, recargado displicentemente en la carreta, Potter reclamó a Ocampo con una sonrisa:

– *Osted* no decir que llamar tropas de auxilio. Eso ser mucho *perigosou*.

– No haga caso, mister; cuando el asunto deba *prencipiar*, yo armo el alboroto como quedamos... Si llegan los refuerzos, más a mi favor; yo veo que ellos se entretengan con la indiada metiéndolos al orden. El comandante de policía de *Ixcatiopan* es compadre mío... tiene que ponerse de mi lado si no quiere caer en pecado mortal. Usté' nomás se encarga de volarse el bulto con las pinturas y esconderlo hasta que llegue su transporte.

En la entrada del valle, la gente de Edelio Sifuentes se mostraba cada vez más inquieta; la fina sensibilidad heredada por la sangre indígena de los habitantes de Ocuilila, los hacía percibir vientos de desgracia en el ambiente vespertino. A medida que el tiempo pasaba, la gente se hacía a la idea de que el problema no tendría un arreglo pacífico; y eso sin saber que el propio Sifuentes abrigaba en su fuero interno la convicción de que su posición como patriarca del pueblo, poco tenía que ver con Febronio Miranda. En sus largos ratos de meditación, reconoció que tenía más de cinco años de no cruzarse con el nagual; y que la gente que lo consultaba a escondidas para buscar el remedio a alguno de sus males, jamás le faltó al respeto por consejo de Miranda, aunque nunca hubiera aceptado públicamente que, en realidad, todo era movido por los celos del curita de la parroquia, que fue quien le calentó la sesera.

Pero ahora la gente estaba alborotada por las bravuconadas del jefe de la policía; y más que otra cosa, por la infinidad de rencillas acumuladas en la memoria del pueblo contra Heriberto Ocampo. «Y luego el asuntito ese de la niña *dотора* que se trajo Ramón». Nadie les había contestado el aviso que mandó decir a gritos, nadie la vino a buscar. «Si se nos viene la noche – concluyó para sí mismo Edelio Sifuentes – *quén* sabe en qué *vaiga* todo a' cabar».

Ramón Resendis se acercó al campamento hasta donde cavilaba el viejo Sifuentes; sin muchos preámbulos comentó:

– ¡Se mi'hace que ya nos vieron la cara de tarugos, tata! ¿Qué manda su mercé' que se va'cer con la niña de la ciudad'?

– La `bías de soltar, Ramón; nuestro asunto es con el nagual. ¡No lo olvides!

– ¡Y también con Heriberto Ocampo, don Edelio! ¡No lo olvide usté' tampoco, que la gente `tá esperando que'l pueblo se haga justicia de tantísima maldá'!

– Pue'que. – concedió el viejo – ...Pero tú bien sabes que si los paisanos se alborotan de más con los traguitos, se les puede pasar la mano... Y esa gente es gente importante de México; *train* papeles y permisos del gobierno de allá. ¿Pa' que *quieres* que, si algo les pasa, mañana *váyamos* a tener el pueblo lleno de judiciales y federales averiguando a ver quien andaba metido en el mitote?

– Yo crioque no es l' hora de que usté' se *vaiga* a empezar a *pandiar*, don Edelio... ¡No *vaiga* a ser que la gente le pierda el respeto que se merece! ¡Usté' nos *trujo* y `ora usté' nos cumple! ¡Faltaba más!

Fernando Ortega no había considerado en su análisis, que la topografía montañosa de la región produciría un ocaso en cierta forma prematuro. Si Noria del Fraile hubiese estado asentada en una llanura, la puesta del sol podría suceder en unos veinte minutos más o menos, pero la tarde se volvió de pronto gris, y largas sombras bajaron hacia el valle. En ese instante se encontraban apenas listos para descender la ladera del cerro que cubrió su acercamiento. En un promontorio, Tarsicio hizo una seña de alto combinada con la indicación de agacharse, luego los llamó a señas que se acercaran y Fernando le interrogó con la mirada. El muchacho señaló un punto situado a unos cincuenta metros más allá de donde terminaba la zona boscosa de la ladera y dijo a media voz:

– ¡*Ahi` tá la dotora!*... La tienen amarrada los muy méndigos. Nomás tiene un vigilante con rifle; ¡va ver que darle de tarugazos hasta que se *desmayate*, pa' lograrle el arma!

La tensión disminuyó un poco en ambos hombres, ante la perspectiva enfrentar a un sólo enemigo, lo cual facilitaba las cosas. Zavala sacó del bolsillo una curiosa navaja de campo, que entregó a Tarsicio con la siguiente recomendación:

– Toma... Nada más le aprietas este botón y se abre la hoja; úsala para cortar las amarras de la licenciada del Río ¡Pero ten mucho cuidado!, no le vayas a causar una herida que está muy filosa.

– Sí pues, paisano ¡Presta pa' *probala!*

Accionó el mecanismo un par de veces y luego propuso:

– Aquí nos separamos, joven Fer'. Ustedes se van derecho al *abujero* pero sin que los vayan a descubrir; yo me voy pa'l otro lado de `ónde'stá el guardia pa' distraerlo... Cuando vean que hace como que me busca, se le acercan lo más que puedan y le *cain* encima sin darle tiempo de defenderse... ni mucho menos de gritar, porque si avisa a la gente, todo se lo lleva la *jijurria*.

Ocampo se notaba cada vez más nervioso; los refuerzos no aparecían y su situación personal se tornaba cada vez más comprometida. Tampoco estaba seguro de que Potter le ayudaría si se metía en demasiadas dificultades con los lugareños. Sabía que los sitiadores estaban suficientemente dotados de armas y bebidas, las cuales combinadas con el influjo de la noche y el anonimato, podían provocar una verdadera tragedia, en la que nadie daría un centavo por su seguridad. Pensó en varias formas para armar el dichoso alboroto que le permitiera a Potter robarse lo que quería: Si había un buen zafarrancho, todo mundo estaría pendiente de cuidar su propio pellejo y evitar un balazo, lo que él pensaba aprovechar para escabullirse hacia las serranías del oriente, para jalar caminando hasta el mismísimo México si era necesario, por supuesto dotado con sus diez mil dólares. Pero el problema era

acercarse hasta la gente sin peligro de que lo clarearan. La solución que escogió, fue la de hacer un ataque tipo caballería a bordo de su *Julia*, con todo y llanta rellena de pasto silvestre. El propio vehículo le serviría de escudo si las cosas se ponían demasiado feas.

Galicia y Argumedo desistieron en la búsqueda de Tarsicio, Zavala y Ortega, limitándose a maldecir casi fuera de control; la tarde estaba declinando demasiado aprisa y nada tenía solución. En voz alta exclamó:

– ¡No hay alternativa, señores! Vamos a pedir una tregua a Edelio Sifuentes para buscar una solución pacífica. Es de la mayor importancia rescatar indemne a la licenciada Del Río, tratar de reanimar a Martín y salir de aquí a como dé lugar.

Ocampo se apresuró a contradecir:

– ¡Pérese tantito, doctor! ¿Qué cosa les va a decir? ¿Que les va a entregar al viejo pa' que se lo echen al plato, a cambio de dejarlos ir?... ¿No cree que ya `starán demasiado briagos, como pa' escuchar razones?

Torres tuvo que estar de acuerdo desde el punto que a él concernía:

– Al muchacho no lo puedes mover si no despierta y recupera el estado normal de sus funciones mentales; recuerda que se encuentra en una especie de trance hipnótico bastante profundo... De hecho, su cuerpo ahora se comporta en un estado prácticamente vegetativo... Hay que tomar en cuenta que lleva cerca de cuarenta horas sin ingerir alimento y cerca de veinticuatro que permanece en el trance. Corremos un gran riesgo de provocarle un cuadro de esquizofrenia autista, dejarlo bloqueado, si no le permitimos un regreso a ritmo y tiempo necesario... Si no es que nos hace un colapso por movilizarlo en estado semicomatoso... ¡Yo no me haría responsable!

Ortega y Zavala iniciaron a cubrir la distancia que los separaba de Atanasio López, que permanecía sentado en una roca y recargado en el rifle a manera de bastón. Estaba como ensimismado cuando de pronto se levantó tenso. Ortega maldijo en silencio tirándose al suelo: «¡Se adelantó demasiado Tarsicio!», luego siguieron avanzando a rastras tratando de llegar puntuales a la cita, pero de repente escucharon al vigilante decir:

– ¡De plano ya ni la'muelas, Ramón! ¡Te *tardates muncho*!

En otro lugar muy lejos de ahí, sin poder saber los alcances del al intenso drama que se estaba gestando en Noria del Fraile, el comandante Leandro Escamilla, comandante de la Policía Judicial del Estado asignado a la zona de Taxco, terminaba de informar por vía telefónica. En ese momento partía, al frente de un grupo de agentes de la corporación, así como los elementos del batallón cuarto de infantería del ejército, rumbo a un lugar en los alrededores de la comunidad de Ocuilita, cerca de Ixcateopan. Iban a implementar un operativo de prevención de alteraciones al orden público e investigar la posible comisión de actos de asociación delictuosa. Giró instrucciones para que el jefe local de la policía de Ixcateopan, Rogerio Martínez, emprendiera la marcha en el vehículo de descubierta que serviría de guía. El

compadre de Heriberto Ocampo llevaba a su derecha, en el asiento delantero, a un tal Rosendo Almaraz, el estrafulario amanuense del policía de Ocuilita, único que sabía el sitio exacto de los hechos.

XLVI – Fe en Dios y Santiago Apóstol

La mujer de extraña belleza, sugerente de alguna imprecisa mezcla de sangres mayense y nahoa, levantó la vista hacia Martín, con una mirada que podría ser la expresión más elocuente de su desdichado futuro: Resuelta y altiva como princesa, a la vez de sumisa y doliente como esclava. Con pasos rápidos casi flotantes, se alejó con rumbo a donde se encontraba un grupo de naturales a todas luces diferentes a la mayoría; mejor ataviados con blancos mantos bordados de grecas, varios adornos de pedrería fina y sandalias de piel de venado. Intercambió en voz baja algunas palabras con ellos y después fue a la tienda de Cortés, solicitando al guardia que vigilaba el acceso:

– Su mercé, el señor capitán don Hernando, Marinatzin habla palabra de señor Montezuma.

El guardia la barrió con la mirada y se introdujo al improvisado tendido, para reaparecer transcurridos algunos instantes, acompañado por el paje Orteguilla, quien invitó:

– Servíos de pasar, señora; que mi capitán Cortés os aguarda impaciente.

Malintzin entró precedida por el pajecillo, bajo la escrutadora mirada de Martín que en ese momento era retirado de la tienda de Cortés con un brusco tirón de la cuerda que lo ataba por el cuello, escuchando al unísono una orden perentoria:

– ¡Hala, malnacido! Que don Gonzalo de Sandoval os hará recitar hasta el *miserere* en latín.

Fue conducido hasta otra tienda no muy lejos de ese sitio, en cuyo exterior se encontraba Sandoval en conversación con otro capitán a quien Martín reconoció en el acto por las descripciones detalladas del soldado historiador Bernal Díaz del Castillo. Se trataba ni más ni menos que del célebre Pedro de Alvarado, llamado “El Sol” por los naturales. Al ver llegar al cautivo, Sandoval explicó a su compañero de armas:

– ¡Ahí puede veder vuesa mercé’ al que fue de cautivado en encomiendas de escucha!... Que ha dicho don Hernando que le hagamos hablar; y si no, pues entonce’ ha menester de colgarle.

– ¡Voto a Satán, Gonzalo! – contestó indiferente Alvarado – ...Colgadle sin más,

que la sentencia está dicha.

El prisionero miró al rubio capitán con rabia y desprecio infinitos. No importaban las consecuencias de una opinión de tal naturaleza para un individuo que no pertenece ni a la época ni a la circunstancia, pero Alvarado no se había dignado mirarle, disponiendo de una vida que ni siquiera conocía. Tal vez obraba motivado por el rencor de las sangrientas batallas recientes que tenían al contingente español al borde de la ruina; tal vez actuaba con la prepotencia y despotismo propios de quien se siente superior. O tal vez con la irresponsabilidad propia de quien poco después ordenaría la matanza del gran templo, sin medir las terribles consecuencias que su ligereza tuvo para los españoles. Sandoval tampoco estaba de buen talante como para ponerse a interrogar probables espías.

– Que no crea vuesarcé que estoy *sobrao* de intención de hacer de inquisidor, don Pedro... Y menos por medio de la lengua de esa india alzada.

– ¿India habéis llamado vos a la “capitana”?... – preguntó extrañado el capitán Alvarado – ¿Y se pue’ saber porque le decís de esa manera?

– ¿Que por qué, hombree?... ¿Qué no hemos por ventura cruzado la Mar Océano hasta questas tierras de Indias?... Entonce’ si somos prestos en tierra de Indias, pues la gente de aquende son indios... Así como vos, que siendo nacido en la España, sois español... Estos son indios... ¡Por Belcebú que son indios!

Alvarado sonrió divertido. Gonzalo de Sandoval era mejor para las armas que para la diplomacia, aunque no se imaginaba que la idea del capitán, germinaría en un campo sumamente fértil, dando origen a una de las más deleznable conductas de discriminación racial en el futuro México: El uso del término “indio” con fines de insulto y desprecio, con significaciones de apocado, ignorante, torpe, sin lustre social, indigno. Tampoco imaginó que esa conducta perduraría medio milenio y quien sabe cuánto tiempo más.

– ¡Pero vamos, Don Gonzalo! – replicó Alvarado sólo por mantener la conversación – ...Que ese asunto de Las Indias es cosa antigua ¡Ha!. Sabed vos que en más de un cuarto de siglo de nuestro señor, ya no se habla de Las Indias... To’ el mundo columbra que Las Indias son otras, que no questas tierras dejadas de la misericordia de Dios. Agora se les nombra “Las Tierras Allende la Mar Océano” como así lo nombran el Rey, que Dios guarde, y nuestro Capitán y Justicia Mayor, Don Hernando.

– Pensad como os plazca, don Pedro, que para mis pulgas, estos ni son naturales ni hijos de Dios... Que más plugiese a mi parecer nombrarles indios... ¡Y a otra cosa, pardiez, que tenéis razón, hombre!... Daré mis providencias para que al infiel le cuelguen y asunto *arreglao*... ¡Alferez García!.. lleve su mercé a queste...

– ¡Aguardad... aguardad en nombre de Dios, capitán Sandoval!

Exclamó el paje Orteguilla que llegaba a toda prosa, seguido a corta distancia por los nobles mexicas que acompañaban la expedición de Cortés desde la ciudad de Cempoala. Martín pudo ver más lejos a la Malinche, que observaba el desarrollo

de los acontecimientos por ella misma gestados.

– ¿Osáis acaso perturbar mis órdenes, engendro de los avernos? Que os haré moler a palos por insolente. – barbotó Sandoval. El paje contestó presuroso:

– Dispensad vuestras ilustrísimas mercedes tanta osadía... – dijo haciendo una reverencia cortesana – Pero os soy portador de un parte de mi señor capitán Don Hernando Cortés, quien desea que os apercibáis para partir a un paraje que le nombran Tescalan, camino de las tierras del gran enemigo de Montezuma... Que aqueste prisionero lo deis en custodia a los enviados de Temistitán, que habrade como un presente del capitán a Montezuma para tributar sus asperezas cuando fuedemos a vederle.

Alvarado protestó muy sorprendido:

– ¡Voto al Diablo! ¿Qué guarda de cosa de asombro el tal escucha que Gonzalo ha menester perdonar? ¡Hala!

– ¡Qué sé yo, señorío!... Que la señora doña Marina ha dicho al capitán, que Montezuma gusta de bichos raros y contrahechos... Que el tal escucha tiene por virtud ser natural de la tierra, ser privado del habla y blanco de tez, como pocos por aquestas tierras. Ha dicho mi señor ca...

Sandoval interrumpió furioso:

¡Lleváoslo entonces! por las barbas de Lucifer, que os ha de estar aguardando en los más *jondos* infiernos!.. Idos presto con vuestra india alzada a echar pulgas a otro lagar... ¡Que de buena alimaña se ha *librao* el ausente Portocarrero!

– Pero antes hablad, por la salvación de vuestra alma; – interpeló Alvarado al paje de Cortés – ¿Qué diantre habéis dicho acerca de las providencias del capitán?

– Que habréis de aprestaros al canto del gallo para partir con rumbo a Tescalan, que es tierra del capitán Xicotenga, el caciquillo que os ha dejado de combatir apenas al alba de este día del señor.

– ¿Pero es que está chalao el capitán, por ventura?

– No está chalao ni cosa parecida, don Pedro... – intervino Sandoval – que hase propuesto ir pa'lante. Recordad que el mismo capitán ha hecho encallar las naves... ¡Vive Dios!, que no pué' tener ojos pa'trás, porque atrás le aguarda la horca, la infamia y la sed de venganza del tío don Diego, el gobernador de la Isla Fernandina.

Alvarado se mostraba un tanto exasperado al rebatir:

– Pero pa'lante habrádemos de ser muertos a manos de questos infieles indios, como vos les decís... ¿Cómo facer el vencimiento de tanto natural destas comarcas, si estos, que nos han batido como posesos, son de una poblazón débil y pobre? ¿De qué artes columbra valerse don Hernando para lidiar al tal Montezuma, que es señor de todas las tierras hasta de la mar y todos vasallos de su reino?

– ¡Pues cómo habrá de ser, señor capitán Alvarado!: Con coraje, fe en Dios y Santiago Apóstol... Y astucia... ¡Mucha astucia!.. Cosa que ni a vos ni a mí nos es servida con prodigalidad. Habrá de veder vuesa merced, que dende que hemos pisado tierra

firme, el capitán se ha hecho ver tanto como un valeroso campeador al frente de la caballería en estampida. Ha hecho hartos disparos de cañón que doblegan indefensas palmas para acongojar el ánimo de los naturales, a la vez de mostrarse como un consumado maestre juglar, hablando al oído de caciquillos y sátrapas para ofrecerles las bragas de la reina y el oro del moro, con tal de convencerles y hacénderlos aliados. ¡Os conmino a preguntaros! ¿Cómo es que ha logrado proveer mantenimientos, ayudas y alianzas con todas las poblaciones? ¿Y cómo es que ha logrado persuadirlos a vos y a todos nosotros para seguirle en esta aventura de orates?

Alvarado reflexionó con una sonrisa sarcástica:

– Habéis olvidado lo más notable del capitán Cortés, amigo mío don Gonzalo. Os ha faltado lo principal que ninguna de vuestras ilustres mercedes igualaría juntando.

– ¿Que cosa faltare acaso *dicir* de don Hernando? ¿En qué pensáis, don Pedro, que fuere tan *prencipal*?

– ¡Lo que le cuelga en medio de los calcañales, coño! ¡Unos cojones más grandes que las asentaderas del rey y el arzobispo de Castilla juntos!.

Antes de partir con la embajada tenochca, Martín volvió la vista para grabarse con ansia la efigie de la legendaria Malintzin. Los ojos de él proyectaban un inconmensurable dolor por esa mujer que durante tantos siglos influiría a los descendientes de esos protagonistas de la historia; los de ella conservaban una indefinible expresión del cervatillo asustado, a la vez de la fuerza heredada de su sangre y su estirpe. Martín supo que ella había intercedido ante Cortés para su liberación, pero no se sentía con derecho a perturbar su futuro. La madre terrenal de los mexicanos, estaba tocada por el dedo del destino. No era ni con mucho una mujer común.

La comitiva enfiló con rumbo directo hacia los dos majestuosos volcanes; el paisaje variaba de llanos cubiertos de hierba ondulante, a zonas boscosas cada vez más cerradas, conforme los inmensos guardianes nevados se aproximaban.

Cruzaron varios poblados en donde la gente que los veía de lejos, corría a ocultarse con la mayor discreción posible para no mostrar una actitud ofensiva. Los que eran sorprendidos en el camino, hincaban una rodilla y bajaban la cabeza en señal de sumisión. Martín pudo observar que sus custodios mexicas, al encuentro con los lugareños, se erguían y mostraban un rostro altivo y ceñudo, pero en más de una ocasión que volteó hacia atrás, descubrió miradas cargadas de odio, mientras que con aparente sumisión, permanecían de hinojos hasta que la comitiva se alejaba.

La noche sorprendió a los andantes en un lugar situado entre las estribaciones que dividen ambas montañas, donde el declive natural del terreno cambia imperceptiblemente de ascendente a descendente haciendo más ligero el paso. El viajero del tiempo supuso que tal vez sería el lugar conocido como “Paso de Cortés”, aunque el capitán extremeño todavía no pasaba por ahí. En ese sitio se detuvo el grupo, y con toda prontitud encendieron una fogata, mientras los cargadores o tamemes que

venían de servicio, sacaron alimentos que depositaron sobre esterillas de palma.

El frío de la noche comenzó a tornarse implacable. Martín lo percibía aunque no lo hiciese sufrir. Al punto, uno de los embajadores mexicas llamó a grito destemplado a uno de los cargadores y le requirió las mantas necesarias para resguardar el calor. Una de ellas fue ofrecida a Martín, quien se envolvió en ella aspirando un grato aroma de fibra vegetal entre un jubiloso e íntimo regocijo: Era un objeto real y palpable, de manufactura anterior a la conquista de México, convertido ahora en una especie de fetiche mágico por el simple hecho de poder tocarse y sentir la textura de la trama finamente tejida, que seguramente formaba parte de algún tributo enviado a los poderosos señores del gran imperio del Anáhuac, cuando no al mismísimo Huei Tlatoani, Motecuzomatzin Xocóyotl.

En medio de profundas cavilaciones, vio girar ciento ochenta grados la inmensa bóveda celeste plagada de constelaciones y millares de estrellas que daban un aspecto asombroso al firmamento, hasta que poco a poco desaparecieron bajo un contumaz manto de niebla baja que dejó el paraje lóbregamente oscuro. Los ruidos habituales de la noche disminuyeron, aunque por aquí y allá, se escuchaba de pronto el llamado de un ave nocturna, el aullar de algún coyote lejano, o el ulular del viento que recorría los desfiladeros de los grandes volcanes.

A los primeros albos en el horizonte, la comitiva se puso en pie como si hubiesen sido llamados por algún despertador. Nadie parecía sentir frío, aunque el clima estaba bastante gélido y húmedo, como producto del rocío que condensó en gran cantidad durante la madrugada. Los tamemes se dedicaron con prontitud a rehacer sus pesados bultos, mientras que los señores tenochcas se retiraron hacia un paraje apartado para ejercitar sus deberes religiosos, al entorno de un brasero de barro. El de mayor jerarquía, llamado Tzihuacpopocatzin, levantó el fuego e hizo ofrenda a los cuatro puntos cardinales del cielo tolteca, entonando al mismo tiempo salmos o cánticos ininteligibles.

Pronto se pusieron todos en marcha; la luz matinal permitía ver con claridad parte del camino, mientras que la creciente fuerza del sol derrotaba la bruma poco a poco. De repente, los cargadores totonacas de avanzada empezaron a emitir voces excitadas y llenas de temor. El principal tenochca levantó la mano en señal de alto y señaló hacia la profundidad del inmenso valle que se abría a los pies de los dos poderosos volcanes. Anunció con solemnidad:

– Huei Tenochtitlan, Huei Huitzilopochtli, Huei Tlatoani Xocóyotl Motecuzomatzin, Notlatocatzin Tenochca Tlalli.

Martín alzó los ojos atónitos: Ahí estaba nuevamente el gran lago abarcando una impresionante cantidad del suelo del valle. Ahí estaba la floreciente ribera lacustre llena de poblados y ciudades casi continuos: Texcoco, Iztapalapa, Tlacopan y Azcapotzalco. Ahí alcanzaban a destacar las dos islas madres del imperio: Tenochtitlan y Tlatelolco. En un trazo claramente definido, corrían entre el agua las avenidas

artificiales que construyeron los ingenieros toltecas para unir la capital del imperio con la tierra firme. Ahí estaba el gran Valle de México como lo vieron los conquistadores con sus semblantes demudados por el asombro. Así fue recreado en el lienzo de José María Velasco: Límpido, claro, verde en sus tierras, azul grisáceo en sus aguas; señorial y majestuoso.

Indiscutiblemente era un lago distinto al que Martín vio en su experiencia Texcocana con el rey poeta Nezahualcóyotl y el Cihuacóatl Tlacaélel; las construcciones eran más sólidas y grandes, los templos más altos y coloridos. No pudo evitar un escalofrío al considerar la grandiosidad de la empresa que se había echado auestas Hernán Cortés y que Alvarado presentía: ¿Cómo iba a ser posible que un puñado de desarrapados españoles conquistara tanta grandeza? ¿Cómo podía intentar tamaña audacia un oscuro hijodalgo venido a menos y que prácticamente salió huyendo de su natal España? Muchos de sus soldados y capitanes intentarían disuadirlo de tan gran locura, instándolo a regresar a la Villa Rica de la Vera Cruz, pero él nunca retrocedería, al menos por su voluntad. Él tenía un destino histórico que cumplir y, sea que lo haya intuido o no, nada podría cambiar ese hecho.

XLVII – Arde Noria

Escondidos tras los breñales, Ortega y Zavala esperaban la señal de Tarsicio. Los vigilantes de Paulina hablaban en voz tan baja que no era posible escucharlos; entonces Ortega inició un despliegue silencioso, señalando el modo de distribuirse en el combate: Zavala, armado de su llave de tuercas, se haría cargo del recién llegado, mientras él biólogo se reservaba para sí al guardia del rifle, ayudándose de un grueso leño que recogió por el camino para usarlo como arma.

Empezaron a movilizarse con sigilo, cuando súbitamente se escuchó rumbo al campamento el motor de la vieja camioneta de policía que arrancaba haciendo rechinar las llantas, al tiempo que detonaron varios disparos de pistola entre imprecaciones proferidas por el conductor. Ramón Resendis se levantó de un salto, arrebatándole el rifle a Atanasio López y cortando cartucho. Lleno de odio exclamó con los dientes apretados:

– ¡*Polecía jijo* de mala madre... `Ora sí te *morites*!

Galicia miraba estupefacto como Heriberto Ocampo parecía haber enloquecido: Al no poder llegar a un acuerdo sobre la conducta a seguir, las discusiones fueron subiendo de tono hasta casi llegar a los gritos; el antropólogo no podía adivinar que Ocampo estaba propiciando los alegatos para fingir en el momento adecuado, un acceso de furia que le sirviese para iniciar el zafarrancho.

Cuando se apagó el último destello del sol, todo fue proferir un violento:

– ¡Por mí pueden irse mucho a la tiznada todos ustedes!

Se dirigió, pistola en mano, a su viejo transporte para hacerlo funcionar violentamente y disparar al aire entre gritos soeces. La “Julia” rodó por el pasto gimiendo sus ansias de aceite, en dirección exacta a la salida del valle, donde se parapetaba la mayor fuerza de los sitiadores.

De parte de la gente de Sifuentes, sonaron varios disparos de advertencia mientras se definían las intenciones de Ocampo, quien al parecer buscaba pasar inclusive sobre ellos mismos, pero al avanzar el fuego se hizo más nutrido, hasta que los impactos recibidos por la camioneta causaron daños en el radiador y el motor, que se detuvo entre nubes de vapor. Ocampo se apeó bajo la protección de la portezuela y empuñó el rifle que Rosendo había llevado «por si las dudas».

Al tomar clara cuenta de la situación, Resendis salió a toda prisa rumbo al centro de la acción con su fusil listo para disparar, cuando de pronto alcanzó a oír un alboroto a sus espaldas y el gemir de su amigo Atanasio al ser atacado simultáneamente por Ortega y Zavala. Inmediatamente retrocedió para acudir en su ayuda, cuando sintió un fuerte dolor en la nuca al recibir el impacto de una pesada piedra arrojada por Tarsicio. Una vez más se volvió para descubrir al muchacho que lo miraba con los ojos muy abiertos; se dio cuenta de la maniobra de rescate que se desarrollaba y apuntó directo al corazón de su joven agresor, al tiempo que farfullaba acicateado por el dolor del golpe y los efectos del alcohol:

– ¡Tú eres el que anda con ellos, maldito traidor! – avanzó hacia Tarsicio, clavándole la mirada – ¡Te *juites* del lado de los chilangos!... – el muchacho retrocedió muy asustado de su propia osadía. Resendis sentenció: –. Pero también *ti* vas a morir todito, paisano.

El dedo del gatillo empezó a ejercer la presión que haría brincar al percutor, cuando Resendis fue lanzado violentamente hacia delante gracias al empujón que le propinó Ortega por detrás; Tarsicio se encogió sobre sí mismo al ver que Resendis se precipitaba sobre él y le caía encima al tiempo de detonar su fusil con un estrépito cuyo eco recorrió las laderas de los montes. «¡Tarsicio!» pensó automáticamente el biólogo: «¡Ya le dieron a Tarsicio!». Quiso auxiliar al muchacho que yacía inerte bajo el cuerpo de Resendis, pero un grito lleno de furia lo contuvo:

– ¡*Méndigos* chilangos! ¡*bían* de ser *güenos* pa’ *intrarle* de frente como los hombres!

Regresó precipitadamente a la hondonada y pudo ver que López y Zavala forcejeaban cuerpo a cuerpo, pero un movimiento sorpresivo del lugareño hizo rebotar al chofer hacia atrás, momento que aprovechó para dar un prodigioso salto hacia Paulina y sacar un enorme cuchillo de monte, sujetando a la prisionera por los cabellos, con el cuchillo a milímetros de su cuello.

– ¡Párense *ahí* o se muere la niña!

Los dos contendientes se paralizaron al instante; los ojos de López, inyectados de

furia y alcohol, no dejaban lugar a dudas sobre su resolución. El captor triunfante gritó, para asegurar su dominio:

– ¡Ramón, ven a amarrar a estos infelices!

La gente de Ocuilita comenzó a disparar por su libre albedrío contra la *Julia* de Ocampo; los fogonazos iluminaban la noche con fantasmales destellos de luz. Uno de los lugartenientes del viejo Sifuentes se le acercó para consultarle:

– Don Edelio, díganos que *hacenos* porque ya la gen... ¡Don Edelio!.. ¿Qué tiene, don Edelio?

– Ya me pegaron un *jondiazo*, Gumersindo... ¡Hay que cal..mar... a...la...gen...

Gumersindo Solano separó la mano del viejo con la que se oprimía el pecho, manchándose de sangre la suya propia.

– ¡Ya le dieron a don Edelio! – gritó a todo pulmón el asistente – ¡Ya clarearon a don Edelio!

La gente miraba incrédula mientras la voz corría por todo el campamento:

¡Mataron a Sifuentes! ¡Mataron a Sifuentes!

Los diques se rompieron y la gente empezó a enardecerse hasta el grado de perder toda precaución y medida. Varios grupos avanzaron fuera de sus trincheras naturales disparando fuego graneado; Ocampo retrocedió a la carrera, casi al momento de producirse una fuerte explosión del tanque de gasolina que incendió de inmediato la camioneta acribillada. Fue oportuno ese suceso, ya que la sorpresa de la gran llamarada detuvo momentáneamente los disparos, permitiendo el regreso del policía hasta el jacal. Galicia le increpó airado:

¿Qué diablos se supone que fue usted a hacer? ¿Quiere que nos maten a todos? ¡A ver quién para ahora a esa gente!... ¡Torres, Potter... todos!, reúnanse en este punto y fíjense bien lo que van...

– ¡Ave María Puríiiiiima! – se oyó muy cerca de donde estaban Galicia y Ocampo, al tiempo de que la luz de una antorcha bañada en aceite, cruzó el aire en una perfecta parábola cayendo a poca distancia sobre unos matorrales que empezaron a arder.

¡Ya ve usted con quiénes está tratando, doctor!... – vociferó Ocampo, lanzando varios disparos en respuesta – ...¡`Ora nos quieren quemar vivos!... ¡*Asómensen* si tienen *güevos*, cabrones!

– ¿Dónde está Potter, con un carajo?

Ortega y Zavala se miraron de soslayo sin perder de vista el amenazante cuchillo sobre el cuello de Paulina, gruesas gotas de sudor perlaban los rostros de los tres hombres. López realizó un movimiento amenazante con el cuerpo de la joven cautiva, profiriendo una perentoria orden:

– ¡Suelten las pinches armas o llueve mole!.. ¡Ramón, *traí* el rifle!... ¡Ramón!

Garrote y llave de tuercas fueron a dar al suelo; la integridad de Paulina estaba ante todo, por lo que Ortega decidió intentar un razonamiento y bajó las manos

en un ademán conciliador. Atanasio buscaba con el rabillo del ojo la llegada de su amigo sin decidirse a voltear del todo, y una sombra de inseguridad se plantó en su rostro, ya que no muy lejos se escuchaba el intenso tiroteo. Las copas de los árboles se iluminaron espectralmente por la enorme llamarada que produjo la camioneta de policía al incendiarse.

Galicia giró instrucciones rápidamente:

– Jacinto, prepara a Martín para ser trasladado; desconéctale todos los aparatos y apaga las luces del jacal. Argumedo, busque a Zavala y encuéntralo donde esté; dígame que traiga nuestra camioneta y que se prepare para la evacuación... Fernando... ¿Dónde anda ese idiota?

Jéssica ya no pudo seguir callando.

– El morenito, su chofer y el ese Ortega fueron a rescatar a Paulina, doctor... Se fueron por el cerro y ahorita la han de estar buscando por allá donde está la gente.

– Pero ¿Qué demonios les pasa a todos ustedes?... ¡Comandante Ocampo!.. Acérquese para acá...

– No creo que sea conveniente desconectar a Reyes – intervino Torres.

– No es hora de discutir, Jacinto. ¡Haz lo que te digo ahora!

– A mi no me da usté' órdenes, doctorcito. – terció despectivo Heriberto Ocampo – Ve que me quieren tronar y usté' se pone remilgoso... ¡Ya parece!.. *Manque* eso sí le digo: ¡Nos podrán quebrar, pero se van'ir *algunitos* por delante!

– Acompañeme, Jéssica; – dijo Torres – vamos a desconectar a Martín... y que sea lo que Dios quiera.

Fernando Ortega dio un paso adelante con el rostro más amistoso que pudo ofrecer; Atanasio tensó sus músculos y el frío de la hoja de acero encontró la tibieza de la garganta femenina, ejerciendo una presión mayor.

– ¡Cálmese por favor, amigo!... Ya su compañero mató de un balazo al muchacho que nos acompaña. – Paulina abrió desmesuradamente los ojos con sobresalto y angustia al escuchar a Ortega – ...Yo creo que...

Fue interrumpido por un fuerte alarido surgido por detrás de López, seguido de la acción relampagueante de una sombra que se abalanzó contra el captor sin darle tiempo de reaccionar.

– ¡Nos vemos mañanaaa, paisano!

Al mismo tiempo, un sólido garrotazo se estrelló contra la cabeza de Atanasio López, que le hizo perder instantáneamente el sentido y derrumbarse sin proferir queja. Paulina cayó de costado al dejar de ser sostenida, lo que la salvó de ser arrollada en un encontronazo con Tarsicio que pasó por sobre el caído, hasta que Zavala alcanzó a detenerlo de la violenta carrera que no podía frenar por la inercia. Ortega fue prontamente a levantar a Paulina y retirarle la mordaza.

– ¡Gracias a Dios!.. Qué... quien... ¡Tarsicio!

– No hay tiempo, licenciada – propuso Fernando mientras le desataba manos y

pies a toda prisa – Las cosas se están poniendo muy difíciles ¡No podemos quedarnos aquí un segundo más!

Zavala ayudó a Tarsicio a ponerse en pie.

– ¿Qué sucedió, muchacho? ¡Vienes todo cubierto de sangre!

El psiquiatra y la joven rubia entraron presurosos al jacal. Martín yacía muy pálido en el centro de la estancia, en tanto que a sus pies, Febronio Miranda continuaba impertérrito su batir pausado del tamborcillo, aspirando con los ojos cerrados los humos de copal del brasero sempiterno, como si estuviera ajeno a todo lo que estaba aconteciendo afuera del jacal. Jacinto Antonio Torres procedió a retirar los electrodos adheridos a la piel del joven y Jéssica levantó el pequeño lienzo de los ojos sin poder reprimir una oleada de angustia al ver la expresión ausente de Martín. Torres empezó a apagar los cabos de vela encendidos, cuando escuchó por entre las jaras de la pared unos extraños sonidos electrónicos y voces apagadas en inglés. Sin decir nada salió tras el jacal, donde encontró al americano en agitada conversación a través de un radiotransmisor portátil.

– ¡Potter! ¿Usted...?

El aludido giró sobre su eje encarando a Torres; y sin dar tiempo a nada, desenfundó su pistola.

– *Osted*, permanece silent, doctor. ¡Don't move!

– ¿Pero qué pasa, Potter? ¿Con quién estaba hablando usted? ¿Qué se propone?

– Just keep silent, my friend... Caminar a jacal.

Bajo el amago del arma, ambos regresaron al interior del jacal donde esperaba Jéssica. Sólo fue cruzar el umbral cuando, con la cacha de la pistola, golpeó fuertemente al médico en la cabeza y le hizo trastabillar un par de pasos hasta caer inconsciente junto a la pared ante la mirada incrédula de la muchacha. Potter le amagó con movimientos del cañón del arma:

– Camina with doctor, Jessie baby. ¡No querer bromas!

Jéssica se plantó retadora entre Martín y Potter, pero éste le propinó un violento empujón que la hizo caer descompuesta junto al cuerpo inerte de Torres. El americano dirigió el orificio del arma calibre 0.38 a un centímetro de la frente de Martín a la vez que amenazó con voz calmada:

– *Osted* obedece, nadie lastimar; *osted* no obedecer, *Rueies* morir; ¿Got a deal?

– No dispare por favor, mister Potter, please... ¡Haré lo que usted mande!

– *Osted* venir; caminar despacio, ¿understand me, girl?. ¡Ahora!

Con la mano libre le instó a que se acercara. Jéssica se irguió y caminó lentamente hasta Potter, quien bajó su arma hacia el vientre de la joven, que respiraba con un ritmo acelerado y profundo. Potter le asió los cabellos a la vez que le encajaba el cañón en la boca del estómago sobre la piel descubierta por la blusa corta. El americano le soltó el cabello para deslizar su mano hacia el cuello y la mejilla de ella, en

una especie de caricia ejecutada toscamente; Jéssica experimentó la combinación de un intenso miedo con un coraje infinito al ver su femineidad agredida. Clavó una intensa mirada de repudio en Potter, a la vez que su mentón se proyectaba retador hacia delante. El americano la atrajo hacia sí por el cuello, hasta que sus bocas casi rozaban y podía sentir los movimientos del pecho femenino en cada respiración, así como la tensión de rechazo en los músculos de la espalda y nuca de ella.

En forma sorpresiva Potter soltó una estruendosa carcajada, para luego propinar un nuevo empujón a la chica, al tiempo que escupió:

– *Mecsicanas...* ¡Wahh!

Galicia, Argumedo y Ocampo, parapetados tras la camioneta de los expedicionarios, pudieron observar que el vocerío procedente de la turbamulta se orientaba hacia el límite de la planicie con los cerros del oriente. Se veían antorchas volar rumbo a unas sombras que se movían con gran celeridad y volvieron a escucharse disparos dirigidos con esa dirección. Galicia escudriñó el oscuro panorama tratando de dilucidar lo que sucedía, pero no tardó en comprender quiénes eran las sombras al escuchar después de un disparo:

– ¡Héyyyyyale, pariente!

– ¡Son los nuestros! – gritó alborozado Argumedo – ...Hay que ayudarlos.

Un grupo de gente se desprendió para perseguir a los fugitivos a balazos y lanzando teas encendidas. Galicia se enfrentó con Ocampo:

– ¡Ahora sí, comandante! ¡Hay que cubrirles la retirada!

Ocampo le miró fijo por un instante y luego le ofreció el rifle, en un acto simbólico de compartir la responsabilidad; Galicia lo tomó cortando cartucho y de inmediato empezaron ambos a disparar para contener a los perseguidores, quienes se tiraron al suelo al sentir los proyectiles cercanos.

En su carrera desenfundada, Tarsicio condujo al grupo al refugio que ofrecía un gran peñasco que los separaba del jacal unos cincuenta o sesenta metros. Al llegar ahí todos se agacharon tras la roca. Paulina apenas podía contener la sofocación, Zavala se frotaba el tobillo con un gesto de dolor y Ortega observaba las condiciones del terreno diciendo resuelto:

– Lo más conveniente será correr en línea recta hasta el jacal, pero separados: Primero saldrá Tarsicio que es el más rápido, luego Jaime cuenta cinco segundos y le sigue a todo lo que pueda. Usted sigue Paulina y yo cierro... ¿Listos?

Ramón Resendis se incorporó trabajosamente. En su abdomen crecía una mancha de sangre negruzca y pegajosa; se exploró con las manos sintiendo una rigidez entumecida que dolía sordamente al hacer trabajar los músculos del vientre. Cuando Ortega derribó a Resendis sobre Tarsicio, éste empuñaba la navaja que le prestó Zavala y accionó instintivamente la muelle que hacía saltar la hoja, que se incrustó profundamente en el abdomen del campesino al caer sobre el muchacho y perder el

conocimiento. Ello le había salvado la vida a Tarsicio, ya que a causa del empujón, la única bala que pudo disparar el rifle había pasado a medio centímetro de su cuello, incrustándose en la hierba. Ahora que recobraba Resendis el aliento, limpió su mano frotándola en el pasto y volteó hacia la pequeña oquedad natural que había servido de cárcel provisional.

– ¡Tanasio!... ¡Tanasio!

No obtuvo respuesta alguna. A duras penas se levantó tambaleante para caminar los pocos pasos que lo separaban de su amigo, al que encontró tirado de bruces, respirando con estertores y totalmente fuera de combate. Giró sobre sus talones usando la vieja carabina como bastón y apretándose la herida con la mano libre, tal vez para contener la hemorragia, tal vez para apoyar la estabilidad disminuida por los músculos rotos, tal vez para aminorar el dolor, aunque esto último carecía de importancia ante el irracional odio que progresivamente crecía. Odio contra sus atacantes, contra Heriberto Ocampo, contra la mujer que se le había escapado, contra la vida misma. Sus ojos inyectados de furia malsana, alimentada por el alcohol que estuvo bebiendo todo el día, buscaron en la obscuridad rumbo al jacal del Febronio; recorrió tambaleante un buen trecho hasta una pequeña loma que tenía mejor visibilidad; ahí se tumbó con un fuerte espasmo que lo obligó a esperar con un rictus de dolor, antes de alzar la vista y descubrir las sombras huidizas que en ese momento llegaban al peñasco para guarecerse del ataque y tomar aliento.

– Ya los *vide*, desgraciados... Pero esa niña no se me va viva.

Murmuró rechinando los dientes, al tiempo de aprestar el fusil enrollando la correa sobre su antebrazo para fijar mejor el arma a la hora del disparo. Calculó el paso que habrían de dar los fugitivos, estudió las posibles trayectorias y hacia allí apuntó esperando pacientemente, no obstante que su visión se nublaba por momentos.

Potter levantó la manta donde estaba tendido Martín, sin dejar de amagar con el arma. Descubrió que, a manera de almohada, estaba el envoltorio de plástico verde que contenía el código del nagual de Noria del Fraile. De un tirón lo retiró de su sitio, provocando que la cabeza del joven rebotara contra la mesa con un golpe seco; Jéssica contemplaba impotente el desarrollo de las acciones con un temor creciente por la suerte de Martín y por la suya propia, ante el americano que actuaba como trastornado. Potter consultó su reloj de muñeca y sonrió.

– Dos minutos, baby... and good bye.

Galicia y Ocampo escudriñaban a lo lejos para detectar cualquier movimiento, fuese de los fugitivos o de los atacantes, cuando de repente se escuchó en el cielo a lo lejos, el característico batir de las hélices de un helicóptero. Repentinamente Ocampo gritó:

– ¡Ahí viene uno corriendo, doctor!... Parece que es el muchacho que contrataron de guía.

Varios disparos sonaron de nuevo y ellos contestaron en igual forma, tratando de distraer a los tiradores. Ortega había dado la señal de arranque y cada cinco segundos

partieron a toda velocidad, tratando de devorar la distancia que los separaba de la relativa seguridad del jacal. Fernando salió al final, pero tuvo cuidado de no esperar los cinco segundos, en un afán de correr cerca de Paulina, por si algo sucedía.

Resendis percibió el movimiento y su cuerpo fue presa de una brutal tensión. Por un momento se distrajo ante el estruendo del helicóptero que pasaba justo sobre su cabeza bañando de luz un gran círculo de suelo con su potente reflector; pero decidió ignorarlo para concentrarse en el disparo que tenía que hacer, vigilando cuidadosamente al borde del peñasco por donde emergían veloces los cuerpos de los que huían. Cuando Paulina salió, Resendis registró su imagen como en cámara lenta; cada paso de ella era observado a través de la mira del rifle que seguía oblicuamente las redondeces en movimiento de la mujer: Eran el cazador y su gacela: Sólo ellos dos en ese mundo hormonal y filogenético del macho y la hembra, ella corriendo hacia la libertad, él intentando vindicar su posesión frustrada, su territorio invadido, su papel de semental vencido.

El dedo índice imprimió una lenta presión contra el gatillo en una inútil venganza, mientras llenaba su cerebro con la figura de Paulina corriendo por los campos y la hierba. El gatillo soltó el resorte que impulsó al percutor contra el cartucho incendiando la pólvora, cuya explosión expulsó, a enorme velocidad, el proyectil de plomo caliente rumbo al blanco escogido. El fogonazo le impidió a Resendis ver que en la última fracción de segundo, una mancha borrosa se interponía entre la mira del rifle y la bella muchacha, pero no tuvo ya tiempo de ver el resultado de su acción, las fuerzas lo abandonaron cayendo sin vida sobre el humeante fusil.

Fernando sintió un terrible empujón, producto del impacto que hizo la bala contra su espalda. Una súbita angustia respiratoria se apoderó de él y su mente experimentó un intenso destello blanco azulado como relámpago; después ya no supo que caía de bruces sobre la hierba. Su cuerpo fue iluminado un instante por el faro buscador del helicóptero cuyo motor atronaba a escasa altura.

Potter salió del jacal; sujetaba a Jéssica como rehén por la cintura de sus pantalones. Con la misma mano sostenía la mochila de su equipaje, listo para evacuar el área.

Paulina y Zavala regresaron para auxiliar a Fernando, a quien tan sólo le faltaban unos de diez metros para ponerse a salvo, pero nunca los alcanzó. Potter gritó para hacerse oír por encima del estruendo del helicóptero:

– ¡Get out of my way, shit! ¡I have the lady!

– ¡Potter! ¿Qué diablos le sucede? ¿Se ha vuelto loco? – gritó Galicia intensamente pálido.

– ¡Don't move any more! Yo conservar lo único que tener valor en esta stupid adventure, doctor. ¡Osted y su experimento poder irse al infierno!

El aparato descendió casi hasta tocar tierra, entre grandes nubes de polvo y hojarasca; Potter empezó a caminar hacia la cabina escudado con la chica a quien

amenazaba con la pistola. Ocampo se adelantó sin muchas precauciones, al saberse cómplice del americano.

– ¡Hey, amigo! Creo que usted’ tiene todavía cuentas pendientes ¿No le parece?

Potter abrió la portezuela y arrojó al interior la mochila, en la que se pudo ver a medias el envoltorio con el código robado. Se introdujo al lado del piloto, a todas luces también extranjero. Jéssica chillaba histérica con cada jalón.

– Me debe mucho dinero, mister. Además, no olvide que me tiene que sacar de este *abujero*... ¡Yo ya cumplí con mi parte!

Galicia comprendió de inmediato.

– ¡Ese testimonio es propiedad del pueblo mexicano, Potter! ¡Está usted violando el derecho internacional y cometiendo un delito federal!

– ¡Al diablo *osted* and your government!... Yo espera *mouchos* dólares por mexican souvenir. – se dirigió perentorio a su piloto mercenario con una orden seca:

– ¡Let’s go now!

Ocampo y Jéssica comprendieron esta última frase. El obeso y rudo policía se abalanzó sobre el helicóptero, pero Potter lo recibió descerrajándole un balazo en el costado izquierdo del voluminoso abdomen. La chica aprovechó el ataque de Ocampo para zafarse del brazo de su captor, rodando bajo el aparato para ponerse fuera de posibles líneas de tiro; el rotor posterior pasó rugiendo a escasos centímetros de su espalda, pero la oportuna ayuda de Argumedo le permitió escapar del alcance de la hélice. Ocampo, sin arredrarse, alcanzó a sujetar la camisa de Potter tratando de sacarlo de la aeronave; el americano se aferró de la cabina con su mano libre para no caer, de forma tal que las manos armadas de ambos empezaron a forcejear como si fuese un lance de esgrima, en el cual cada contendiente trataba de mantener el arma del oponente, alejada de su cuerpo. Potter gritó nuevamente al piloto:

– ¡Go ahead! ¡All machine! ¡Just now!

Luego levantó una de sus pesadas botas en un intento de deshacerse de Ocampo con un puntapié. El piloto accionó la palanca y los motores rugieron elevando el aparato en medio de gran estrépito. Ocampo se sabía muerto si se quedaba, y no había recibido aún sus diez mil dólares. Decidió aferrarse al helicóptero con los pies sobre el patín de aterrizaje, y luchar por su vida, pero el dolor y la debilidad le hicieron aflojar la brutal presión sobre el puño armado del americano, que tuvo el tiempo justo para descender velozmente su pistola y disparar a quemarropa un balazo que se incrustó en la garganta del policía. Ocampo sólo alcanzó a oprimir su gatillo en un movimiento reflejo, pero la bala atravesó el techo de la cabina y fue a dar contra la rótula de torsión de una de las aspas, propiciando que el balanceo de la nave se perdiera al instante. Con giros erráticos el aparato comenzó a perder altura; el piloto hizo desesperados intentos por estabilizarlo entre una batahola de sonidos, alarmas y advertencias luminosas de falla general de la máquina. Ante los ojos atónitos de los expedicionarios, el helicóptero finalmente se precipitó a tierra con una terrible explosión seguida de una inmensa llamarada al incendiarse el combustible.

Galicia quedó como hipnotizado al ver cómo el “Código Galiciano” se retorció al influjo de las llamas; y cómo las figurillas de los dioses pintados en las hojas de papel amatl, se sonreían en una inmemorial burla sarcástica, antes de desaparecer para siempre convertidos en cenizas que el viento dispersaría por los confines de esa agreste región mexicana.

Los pobladores de Ocuilita presenciaron todo el drama mientras se acercaban para rodear el campamento de los exploradores. Galicia reunió a su gente alrededor del biólogo herido y levantó la vista hacia la gente, para decir a todo pulmón:

– ¡Han muerto el comandante Ocampo y el americano!... ¡Ya no es necesario derramar más sangre! ¡Sólo queremos irnos en paz!

La gente se detuvo por un momento ante la voz y la efigie de Galicia. El reflejo de las llamas le hacía ver como profeta bíblico; pero alguien contestó, bajo el anonimato de la masa humana:

– ¡Esos ya pagaron culpas... Pero falta el maldito nagual!

Luego otra voz apoyó:

– ¡Pa’ ese *trajinos* lumbre, como la que le espera en los meros *injiernos*!

– ¡Muera el enviado del Diablo!

– ¡Viva Edelio Sifuentes... Muera el nagual! – el nombre de viejo patriarca caído enardecido aún más a la turbamulta:

– ¡Asesino... Asesino! ¡Muerte al asesino!

El griterío y las amenazas contra Febronio Miranda fueron en aumento. La historia colectiva arreció hasta hacerse incontrolable; los sitiadores parecían haberse olvidado de los expedicionarios, concentrando su atención en el jacal. Paulina susurró a Galicia:

– ¿Y Martín, maestro? ¿Qué ha sido de Martín?

– Todavía está adentro. – contestó Jéssica con voz entrecortada – También el doctor está en el jacal; Potter lo golpeó con su pistola y lo dejó inconsciente.

– ¡Virgen santa! ¿Y ahora qué va a pasar?

La gente enardecida enarbolaba amenazantes antorchas que despedían espeso humo y el acre olor del aceite quemado. Fueron rodeando la rústica construcción mientras su proclama se transformaba en un coro fanático:

«¡Muera el maldito... Muera el maldito... Muera el maldito!

Había llegado el momento en que no es posible razonar con nadie; sólo era cuestión de que alguien hiciera acopio del valor suficiente para dar el primer paso y no faltó quien, influido por las arengas de la multitud o por el alcohol, arrojó la primera tea encendida contra el techo del jacal; inmediatamente otras y muchas más viajaron por el aire para llevar su mensaje de fuego. Paulina, al darse cuenta de la situación, gritó aterrorizada:

¡Nooooo...! ¡Martín está adentro! ¡Sálvenlo!

Sin importar el peligro corrió hacia la entrada; la siguieron Galicia, Zavala y

Argumedo, mientras que sólo Tarsicio quedó al lado de Fernando Ortega. Al entrar pudieron darse cuenta que el aire comenzaba a hacerse irrespirable. Febronio Miranda seguía la ejecución de su ancestral instrumento y Paulina se le acercó prontamente para decirle angustiada:

– ¡Su casa se quema, don Febronio! ¡Huya usted por lo que más quiera! ¡Tiene que ayudarme a despertar a Martín!

El viejo nagual dejó de tocar por un instante para decir:

– Ahora sólo tú puedes traerlo de regreso, niña. Anda y haz que vuelva de ‘ónde anda.

Paulina no contestó; regresó frenética para ayudar a sacar al viajero exánime. Argumedo asistía a Torres que apenas reaccionaba, mientras Galicia arrancaba cables y electrodos del cuerpo de Martín para luego levantarlo como si fuese un niño dormido con los brazos inertes y la cara sin expresión caída hacia atrás. Entre los compactos atados de palma que formaban la techumbre, aparecieron las primeras llamas y el ambiente se tornó insoportable por el calor y el humo; Paulina cubrió a Martín con la misma manta que le sirvió de sudario durante el experimento, al ver que pequeños trozos de vegetal ardiente comenzaban a caer del techo, en tanto que todo el maderamen empezaba a crujir lastimeramente presa de las llamas.

Cuando por fin traspusieron el umbral hacia el exterior, Tarsicio rebuscaba con nerviosismo hacia la entrada del jacal; corrió hasta Galicia y le preguntó ansioso:

– ¿Y Febronio, *dotor*? ¿On’tá el nagual, pué?

– Sigue tocando el tambor adentro, muchacho. – respondió el antropólogo – Paulina le insistió que saliera, pero todo fue inútil.

– ¡Hay que sacarlo de adentro, *dotor*! – urgió vehemente Tarsicio – ¡Tiene que hacer que despierte Martincito y curar al joven Fer’, *dotor*!

Y sin pensarlo más, se precipitó impulsivamente hacia el interior del jacal en busca del anciano. Lo encontró de pie, pero Miranda lo recibió con un violento empujón que proyectó al muchacho contra el enramado de la pared posterior, mismo que cedió por el fuerte impacto, haciendo rodar a Tarsicio aturdido entre una densa nube de humo y escombros, instantes antes de que la salida quedara obstruida por la veranda incendiada que cayó estrepitosamente; Jéssica gritó desde afuera al tiempo de correr hacia los alrededores del jacal:

– ¡Tarsicio! ¡Falta Tarsicio, Paulina, está adentro! ¡Ayúdenle o se va a quemar!

Paulina volvió la vista con desesperación buscando al muchacho, pero sólo pudo ver estupefacta como en el centro de aquella vorágine de fuego, se alzaba enhiesta la silueta del nagual, con los bordes de su ropa que empezaban a quemarse, en el momento en que alzó los brazos al cielo, profiriendo una sonora y prolongada invocación que erizó los cabellos de toda la gente:

– ¡Aaaaaaaaahyee Titlacáhuán Tezcatlipoca! ¡Eeeeeeyyyyye Yohuali Ehécatl, Mexitli Huitzilopochtli... Aaaaaaaaahyee!

De pronto, surgió una gran llama del centro, como si el fuego hubiese alcanzado algún depósito de polvo químico o gas altamente inflamable. La llamarada alcanzó una enorme altura sobre el alto cielo estrellado, treinta o cuarenta metros quizá. Los lugareños se cubrieron ojos y rostro instintivamente, santiguándose llenos de terror supersticioso, y casi en el acto, el fuego acabó en forma inexplicable.

Afuera, unos chiquillos de Ocuilita corrían desaforados mientras gritaban a todo pulmón:

– ¡*Ahi* viene la tropa! ¡*tán* llegando hartos soldados y judiciales! ¡*Ahí* viene el gobierno!

La gente volteó hacia la entrada del valle; numerosos faros de vehículos anunciaban su llegada, abriéndose en abanico al cruzar el acceso natural. En el Jeep de vanguardia, junto al comandante de la zona de Taxco, venía Rosendo Almaraz, asistente del extinto comandante de la policía de Ocuilita, Heriberto Ocampo.

XLVIII – Cem Anáhuac Tenochca Tlalli.

Retrotraído por el camino de sus genes mnémicos, constituidos en delicadísimas cadenas de ácidos nucleicos, heredadas y transportadas desde las generaciones de sus ancestros, Martín evocaba los pasajes de la “Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España” de Bernal Díaz del Castillo, quien al recordar su paso por la gran calzada que unía la tierra firme de la ribereña Iztapalapa, con la isla de Tenochtitlan a través del gran lago, escribió admirado:

“...Y otro día por la mañana llegamos a la calzada ancha y vamos camino de Estapalapa. Y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha y por nivel cómo iba a México, nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís...”

La mente del viajero absorbía con ansia todo aquel caudal de imágenes, aromas y sonidos que procedían de una naturaleza en franca armonía con todos los habitantes humanos, animales y vegetales de la región. Trataba de grabarse los colores de las viviendas, la vestimenta de los pobladores, el tipo de animales; y en esa forma logró identificar diversas percepciones de sus sentidos, con reminiscencias perfectamente definibles: El aroma del carbón de maderas resinosas que emitían las chozas, igual al que alguna vez percibió en el anafre de una vendedora ambulante de antojitos mexicanos; las alfombras de lirio acuático que cubrían algunas porciones de la superficie del lago, tal como se puede ver en las aguas de Xochimilco, mecidos por las trajineras que surcan por entre canales y chinampas.

Y vio mujeres con su piel morena y su serena belleza autóctona, bogando a remo

en sus canoas cargadas de verduras, flores y frutos, al igual que las marchantas de voz cantarina que se acercan para ofrecer un ramo de flores o un manojo de Flor de Calabaza. Llenó sus ojos con la majestuosidad de los templos y el semblante hierático de los guerreros que los custodiaban erguidos en sus cornisas y descansos.

La avenida se ensanchó al cruzar un gran puente; estaban arribando a la tierra firme del islote, y su corazón empezó a latir con más fuerza al impulso de sus emociones. La silueta ominosa del Templo Mayor, se agrandaba a cada paso que daban y un escalofrío le recorrió la espalda al enfrentar la gran mole de piedra. Sentía como si la enorme pirámide truncada fuese a cobrar vida para levantarse de sus cimientos y aplastarle irremisiblemente.

Sin embargo, nada sucedió; por lo contrario, la comitiva dio vuelta hacia su izquierda siguiendo el costado sur de la gran plaza, donde la tradición señalaba que el águila de la profecía se posó en una planta de nopal para devorar una serpiente. Iban con rumbo al palacio de Moctezuma, al que debían arribar los pochtecas espías para rendir cuentas de la información recabada y presentar las pruebas tangibles de sus contactos con los teúles: Dibujos de caballos, espadas, cañones; prendas de vestir europeas de mediana y gran gala, un crucifijo tallado en madera; y un ejemplar para la colección real de hombres y mujeres deformes, enviado como obsequio del gran capitán blanco.

El amplio recinto de la casa real llamado Tlacxitlan, donde en breve se reuniría el gran consejo de tlaltecutlis y tlacatecutlis en asuntos civiles, militares y religiosos del imperio, estaba siendo sahumado por numerosos calpixques y sirvientes con grandes trozos de copalli, arrojados en los ornamentados braseros colocados de trecho en trecho junto a los muros. Flotaba un tenue efluvio azulado, de ese aroma dulce tan grato a los dioses nahoas, según antiquísimas tradiciones celosamente conservadas en el Calmécac.

Varios hachones empotrados en las paredes iluminaban el área, aunque buena cantidad de luz entraba por el acceso principal que comunicaba al gran patio central mediante escalinatas de unos ocho o diez peldaños. Martín fue llevado a un costado del estrado principal y ahí fue obligado a postrarse de rodillas bajo la férula de dos efebos telpochques armados e impasibles, de forma que pudo observar con discreción la llegada de los personajes que asistirían a tan trascendental acto.

En primer lugar entró Tilipotonqui el cihuacóatl, jefe que ostentaba el grado de mayor jerarquía de todos los ejércitos, la máxima autoridad en el campo de batalla y por ende, el estratega responsable directo de la victoria o la derrota. Le siguieron los principales jefes guerreros: el tlacochcácatl de nombre Tepeoatzin; el tlacatécatl llamado Atlixcatzin; y el tizocihuácatl Quetzalatzin; arribaron luego otros nobles príncipes: Totomotzin; el huiznahuatlailótlac de nombre Hecatempatlitzin; y Coapiatzin, juez de hombres que tenía a su cargo los asuntos de tierras, pleitos civiles y de haciendas.

Luego hicieron su entrada los dos más altos jerarcas religiosos, habitantes perennes del Templo Mayor: Quetzalcóatl Tótec Tlamacazque, servidor de Huitzilopochtli; y Quetzalcóatl Tláloc Tlamacazque, servidor del dios Tláloc o Tlalocantecuhli, señor de las lluvias.

Siguieron en turno numerosos tecutlatoques del consejo de ancianos y guerreros Quauyácatl, cuyo nombre significa “águila que guía” y son renombrados jefes de los ejércitos que han destacado por su enorme valor en combate. Ingresaron también los jefes de los Calpullis de la ciudad. Martín podía conocerlos porque el calpixque ujier de la puerta principal los iba anunciando por su cargo y nombre al entrar y tomar asiento en esterillas de palma ordenadamente dispuestas en el suelo, con las rodillas recogidas sobre el pecho y cubiertos por la gran tilma sin grandes adornos, como lo sugería el protocolo.

Un sonoro retumbar de conchas y cascabeles armados en collaretes de los tobillos, invadió el recinto. El calpixque portero volvió a hablar para anunciar un nuevo asistente: Cuitlahuacatzin o Cuitláhuac, tlaltecuhtli señor de Iztapalapa, hermano del gran Tlatoani y por ende, príncipe con derecho a la sucesión del trono mexica. Venía acompañado de un joven no mayor de dieciocho o diecinueve años; ambos con gesto adusto y decidido, ataviados con vestimenta similar a los demás congregados, pero portando sendos brazaletes de oro con insignias de guerra.

Cuitláhuac dejó pasear una lenta mirada por la concurrencia, que podría interpretarse como insolente de no ser por su alta investidura, ocupando finalmente su lugar muy al frente del estrado real. El joven se retrasó un poco situándose a corta distancia de Martín, quien casi le podía tocar si estirase el brazo; tenía un aspecto atlético, bien parecido y con el cabello rapado a los lados, dejando sólo un gran mechón atado al vértice de la cabeza, señal de gran valentía y dignidad.

Cuando todos estuvieron reunidos apareció por una puerta situada a un lado del estrado principal, un nuevo mayordomo, a todas luces de mayor jerarquía, quien hizo sonar un gran collarate de cascabeles, al tiempo que desde la distancia, en el templo mayor de Tenochtitlan, se dejaba oír un largo y grave ulular de caracol. Todos se pusieron de pie cuando el Teccalpixque anunció:

– Tlatoani, Notlatocatzin, Huei Tlatoani Tenochca Tlalli: Mothecuzoma Xocoyotzin.

El ambiente se sobrecogió inexplicablemente. No terminaba de pronunciar la última sílaba cuando el canto de una flauta se dejó escuchar llenando el área de notas embriagantes; todo el mundo bajó reverente la cabeza, situando la mirada donde habría posar los pies el gran señor; los cascabeles sonaban cada siete notas de la flauta y el aroma que emanaba de los braseros pareció aumentar, contribuyendo a formar un ambiente surrealista e impresionante.

Primero apareció por la puerta real el tlacohcácatl Itzcuautzin, señor de Tlatelolco, portando un magnífico escudo de armas realizado en oro y plumería con la

insignia real de Moctezuma; llegó al centro del estrado, situándose a la derecha del icpal de mayor altura que obviamente correspondía al señor. Martín experimentó una profunda emoción al mirar el rostro de ese noble indígena lleno de fuerza, dignidad y valor: Era un antepasado suyo en línea directa tras muchas generaciones, cuyo encuentro le hizo captar el significado de las frases reverenciales de los antiguos mexicanos cuando se referían a sus mayores vivos o muertos: «Tus padres, tus abuelos, tus bisabuelos».

Luego hizo su entrada el hombre: Aquél que cargaría en sus hombros una de las responsabilidades de mayor envergadura en la historia de la humanidad: El gran Moctezuma, señor y soberano del imperio mexica, dominador de todas las tierras conocidas entre las grandes aguas, dueño de vidas y de tierras, hijo de Axayácatl, nieto de los antiguos que también gobernaron.

Acudía acompañado en ambos costados por Cacamatzin, señor de Tetzco por voluntad de su padre Nezahualpilli; y Tetelepanquetzaltzin, soberano de Tlacopan; conformando así el triunvirato del máximo poder de la región mesoamericana: La triple alianza Tenochtitlan–Tetzco–Tlacopan.

Martín no podía dar crédito: Ante sus ojos estaba reunida la mayor concentración de influencia y poder en el nuevo continente; obviamente no se trataba de un informe rutinario de lo que los embajadores espías habían observado durante su estancia con los teúles blancos venidos del oriente. Ello no hubiese requerido tanto boato; por el contrario lógicamente se trataba de una sesión mucho más importante y trascendental.

Moctezuma Segundo tomó asiento en el icpal mayor tras Itzcuautzin; el teccalpique mayor le recogió el amplio faldón de la magnífica capa haciéndolo pasar armoniosamente por detrás del respaldo. Venía ataviado a medio lujo, portando en la testa la diadema sencilla de oro que simbolizaba el usufructo del poder, sin la fastuosa gala del enorme abanico de plumas de quetzal. La prenda más notoria era el pectoral hecho a base de minúsculos caracolillos de oro, unidos entre sí por fino hilo de cáñamo y teñido con tinte rojo de chinchilla.

Una piel de Ocelote servía como tapete al pie del icpal real y por la parte posterior, cubriendo el muro, había ricas mantas con pictogramas de la zaga mexica, así como varios postes de los que pendían estandartes con emblemas de las ciudades y señoríos conquistados durante el reinado del tlatoani: Ixtlahuacan, Zacatépetl, Quetzaltépetl, Mictlan, Cuextlan y muchos otros reinos de la comarca. Todos estos emblemas contribuían a formar una escenografía de tal grandeza, que bien se podía comparar con las cortes europeas de la época.

El embajador Tzihuacpopocatzin se levantó en una profunda reverencia; una levísima seña del tlatoani fue la orden para que procediese a rendir su informe acerca de las novedades observadas en el campamento español. Martín le escuchó hablar sin prestarle atención; su mirada estaba concentrada en la figura señorial de

Moctezuma, quien parecía avejentado, ceñudo, taciturno; tenía la mirada fija en un horizonte de nada. No se podía asegurar si estaba escuchando a su mensajero, o si su mente divagaba en otros estratos, quizá presintiendo el inminente enfrentamiento con uno de los hitos históricos que habrían de transformar la historia de la humanidad en forma radical y definitiva. Acaso percibía que a partir de sus decisiones, el destino del gran imperio que le confiaba su suerte, forjaría sus vertientes.

En muy contados hombres ha recaído tan gigantesca responsabilidad histórica y ahora, estaba por ocurrir el verdadero enfrentamiento de las civilizaciones del viejo y el nuevo mundo en el ámbito de sus máximos poderes: La corona española, potencia europea en ese entonces; y el imperio del Anáhuac, la fuerza de mayor influencia continental en *Las Américas*. De cómo se iban a mostrar actitudes, exhibir valor, defender posiciones, plantear las condiciones, se iba a derivar el dominio y el control definitivo de las cosas. Aquél que lo consiguiera, habría de establecer las condiciones.

Moctezuma era vasallo de sus propios preceptos religiosos, de sus ancestrales creencias, costumbres y profecías. La tradición Tolteca proclamaba que el dios Quetzalcóatl habría de retornar para recuperar el trono que él ahora ocupaba, que sería blanco y barbado y que su llegada era presagio de destrucción y aniquilamiento. El soberano de Tenochtitlan tenía un gravísimo dilema, pues incluso la fecha y lugar del avistamiento de los barcos españoles coincidía con esa fatal profecía: Año uno caña de la cuenta náhuatl, en las grandes aguas del oriente, por donde una vez había partido Quetzalcóatl:

¿Es el dios anunciado? ¿No lo es? ¿Se le debe recibir, honrar y luego entregar el poder que según los cantos antiguos le corresponde? ¿Se le debe acaso aniquilar y preservar así el gran poder de Tenochtitlan?

La profunda religiosidad y el respeto por los escritos, que eran la fuente de la sabiduría y moralidad del tlatoani, hacían que éste se debatiera en una enorme incertidumbre, entrampado en un sistema de gobierno absolutista, que casi divinizaba al monarca: Él y nadie más, habría de encauzar el curso de los acontecimientos en los siglos venideros.

Tal vez la diferencia radicaba entre el *saber* y el *no-saber* de cada protagonista; o quizá en tener antiquísimas tradiciones del pasado como única referencia para interpretar el presente y presuponer el futuro. De cualquier forma Moctezuma estaba al frente del mayor imperio americano de su tiempo y no le iba a ser posible evadir la responsabilidad. Fácilmente hubiera podido exterminar cualquier tipo de expedición que pisase sus dominios desde la noticia del primer arribo español, pero su inmenso poder tenía un límite infranqueable, en donde termina lo terrenal y comienza lo divino. Quetzalcóatl el dios, era un distinguido y poderoso miembro de las divinidades nahuatlacas y sus profecías no podían ser ignoradas así como así. Moctezuma no podía adivinar que, aquél que venía por el oriente, en grandes

casas que flotan en el agua, no era el dios representado por la serpiente emplumada, sino un galante y audaz hijodalgo venido a menos, que huyendo de la justicia en su natal Extremadura, vino a dar a la isla Fernandina que más tarde se llamaría Cuba; para luego armar una mísera flota de navíos y lanzarse sin autorización, rodeado de aventureros gañanes, a la conquista del nuevo mundo.

Martín estaba absorto en tales reflexiones, cuando súbitamente fue traído a la realidad, gracias a un exaltado murmullo que resonó ampliamente en el salón: El embajador estaba narrando las distintas batallas que los españoles habían sostenido contra los tlaxcaltecas, ayudados tan sólo por algunos contingentes de indígenas cempoaltecas; y cómo habían aniquilado a los orgullosos ejércitos de Xicoténcatl el Joven. Moctezuma había dejado de mirar hacia la nada y fijaba su vista en el orador.

Martín guardaba la posición protocolaria de vista baja, pero giraba los ojos sin mover la cara para lograr un campo visual más amplio; así pudo percatarse que en el semblante del monarca, había una contenida expresión de terror. En cambio Cuitláhuac, sentado entre los principales, mostraba un adusto gesto de desprecio que no podía disimular.

Tzihuacpopocatzin iba narrando los distintos sucesos acaecidos en Tlaxcala, al tiempo de ir mostrando los objetos que se relacionaban con cada pasaje. El tlatoani los tomaba palpándolos con displicencia, a excepción del crucifijo de ébano que fue examinado con particular detenimiento, maravillándose de la exquisitez del tallado y la minuciosidad de los rasgos faciales del Cristo inmolado. Llamó con la mano al sacerdote mayor de Huitzilopochtli, al parecer preguntándole si encontraba alguna relación entre el personaje de la estatuilla y el panteón azteca.

Ninguno de los dos podía adivinar que tenían en la mano el arma más poderosa traída jamás por los españoles, que a la larga, haría posible la verdadera conquista del nuevo mundo. Si realmente Quetzalcóatl venía a reclamar su reino, no se trataba seguramente de Hernán Cortés, sino de esa figurilla doliente enclavada en la cruz de madera.

La consulta duró breves instantes, entonces Martín sintió un agudo dolor en la espalda producido por la lanza de uno de los telpochques para hacerle levantar, ya que él era la próxima presentación. El embajador retomó el hilo de su discurso:

– También te pide, ¡oh, señor! el tecuhtli blanco que recibas en prenda de su gran voluntad, a uno que parece hombre pero que no saben si lo es. Tiene piel blanca sin ser teúle, y tiene la cara de los hombres de la tierra sin pertenecer a los pueblos de la tierra, porque es fuerte y sabe pelear como guerrero, a la vez que no puede hablar y tiene que ser defendido por las mujeres.

El ceño de Moctezuma se arrugó más de lo habitual y Martín sintió el peso de su mirada sobre su persona; el tlatoani pronunció las primeras palabras que se le escucharon:

– ¿Defendido por mujeres? ¿Es acaso posible, si no hay miedo que empañe su

cara?

– Derribó a un teúle de su venado, – replicó el embajador – ...lo tenía vencido para ser cautivo y otros teúles le apresaron... y la Lengua que se dice que es Malintzin le salvó que le fuera sacrificado. Dijo que tú ¡Gran señor! le tendrías por aprecio para la casa de los contrahechos, locos y deformes que regocijan tu vista.

A una seña del monarca, Martín fue llevado al centro y obligado a girar para exhibir su cuerpo desde todos los ángulos, sintiéndose mono de zoológico, sin percatarse de que precisamente eso era en tal momento. Al terminar la inspección fue regresado a su sitio, de tal suerte que pudo darse cuenta de que el joven acólito del príncipe Cuitláhuac, le veía con una mirada de intriga e interés. Era un tiacauh, capitán de guerreros destacado por su valor; varias cicatrices en su torso desnudo lo corroboraban, aunque muchas de ellas fuesen producto de los sacrificios rituales que se hacían con fines religiosos. Martín deseó conocer el nombre de ese muchacho pero no le era dado hablar, mucho menos preguntar.

El teccalpique mayor levantó una mano ordenando silencio y atención; luego dijo cortante:

– Huei tlatoani ha escuchado lo que se ha visto; ahora desea escuchar lo que no se ve y se verá.

Era el momento de discutir el asunto, plantear puntos de vista, sugerencias, estrategias, siendo por supuesto menester extremo cuidado al hablar, bajo pena de despertar la ira del monarca tan volátil e impredecible, que era capaz de condenar a muerte a cualquiera de los presentes, tan sólo por alguna broma de mal gusto o mal situada. El fuerte cascabeleo se volvió a escuchar cuando Cuitláhuac se irguió decidido para exponer sus puntos de vista:

– ¡Oh, gran señor de los tenochcas, hermano mío, hijo de mi padre Axayácatl!. Debes levantar tu mano poderosa contra quienes ponen en peligro al imperio del gran Mexitli. ¡Que toda la fuerza de tus incontables valientes, caiga sobre quien ha desafiado el poder del gran Motecuhzoma, llamado el Xocoyotzin, heredero de la flecha y el escudo de Itzcoatzin y del Huehue Motecuhzomatzin!

Los rumores cesaron como por encanto y una pesada atmósfera cargada de temores, creencias y supersticiones llenó el salón. Las miradas del soberano y su hermano el guerrero chocaron por alguna interminable fracción de tiempo; parecían echar chispas. Entonces, una voz cavernosa rompió el momento; era el gran sacerdote de Tláloc, quien desafiante increpó a Cuitláhuac:

– Sea tu voz acallada por la sabiduría del gran tlatoani... ¡Que jamás levante la punta de su lanza contra la preciosa serpiente! ¡Que su flecha nunca llegue a hender el corazón de Quetzalcóatl, señor de la noche y de los vientos, el que dio vida al macegual por la fuerza de su sangre! ¡Que su corazón nunca olvide las enseñanzas de sus abuelos pintadas en el ámate y narradas en los cantos!.

Moctezuma se reacomodó inquieto en su asiento. Los altos jefes guerreros, repre-

sentantes de la fuerza efectiva del imperio, tenían el rostro demudado: Si la decisión era la guerra, ellos tendrían el supremo encargo de ejecutar las disposiciones de esa nerviosa cúpula, lo cual implicaba que, si realmente los visitantes eran divinidades, menuda responsabilidad les iban a endilgar de combatir y aniquilar a la deidad más antigua e importante de la Toltecáyotl. ¡Quién sabe que desgracias acarrearía tamañio sacrilegio! Moctezuma giró su vista hasta posarla en el cihuacóatl Tlilpotonqui; éste se irguió ágilmente, y tras él se levantaron el tlacochcácatl y el tlacatécatl, formando un sólido frente cuajado de resolución y fiera. Habló el primero:

– Tlatoani, notlatocatzin, huei tlatoani: Todos los guerreros tenochcas, tetcucanos, tepanecas, xochimilcas, tlalulcas, tlahuicas quaunahuacas; están ansiosos esperando tu sabia voz, para hacer sonar el teponaxtle de guerra y levantar la flecha y el escudo contra el teúle, ¡Oh gran guía del camino de Mexitli el Huitzilopochtli!

Cuitláhuac se levantó transfigurado como Quauyácatl – caballero águila – con todos los músculos tensos y la piel brillante. Daba la impresión de que iba a emitir el autoritario grito del águila al cruzar los cielos del Anáhuac; se situó al lado del Cihuacóatl en actitud de tomar partido. Ahí levantó la voz reforzando lo dicho:

– ¡Todos los guerreros, todos los hombres, las mujeres, los ancianos, los niños!, han de dejar sus casas... han de dejar sus tierras... han de dejar su milpa y sus canoas, si tienen que defender a su señor, a su ciudad, a los antiguos dioses que veneraron nuestros abuelos que ya moran en el Tlalocan y en Mictlan.

Tzihuacpopocatzin el embajador, intervino:

– Pero hemos visto ¡Valiente señor Cuitlahuacatzin, poderoso tlaltecuhtli de Iztapalapa!, cómo los teúles tienen palos de fuego. Escuchamos el gran trueno que rompe cerros y derriba árboles... Hemos visto a uno de ellos pelear contra muchos tlaxcaltecas y salir vencedor. Y hemos sabido que el gran teúle blanco, jefe de los hombres con barbas, es el guerrero más osado y valiente como lo fue Tlahuicole el tlaxcalteca... Y hemos visto como su dios, que tiene los brazos abiertos y espinas en la cabeza, los ayuda y levanta y da fuerza.

– ¡Es la cruz de Quetzalcóatl! – tronó el sacerdote de Tláloc, mientras que el otro, el de Huitzilopochtli, permanecía impassible ocultando el rostro en su capuchón negro. Cuitláhuac rebatió airado:

– ¡No puede ser un dios aquel que gime y llora y huye ante un guerrero valiente! Tzihuacpopoca ha dicho que también esos que dicen teúles sangran y mueren! ¡Los dioses no mueren! ¡Los dioses no gimen ni huyen ni dejan en la tierra las inmundicias de su cuerpo! – señaló a Martín – ¡Este, que defienden las mujeres, derribó y venció a uno de los teúles! ¡Los dioses no pueden ser vencidos sino por otro dios, y este engendro que trajo Tzihuacpopoca ni siquiera es hombre!

– ¡Quetzalcóatl murió junto a los otros dioses para dar vida al sol que mantuviese a los maceguals! – respondió airadamente el sacerdote – ¡Ahora viene a cumplir la

profecía que nos dejaron nuestros abuelos, nuestros sabios: ¡Llegaron en el año uno caña! ¡Vinieron de donde el sol nace! ¡Surgieron de las aguas donde se inmoló el gran tolteca! ¡Su llegada ha sido anunciada a nuestro gran tlatoani!... ¡Es él: Quetzalcóatl, la divina serpiente, señor de la noche y el viento... Ehécatl Moyocoyani!

Moctezuma apoyó el rostro en la mano cuyo codo descansaba en el icpal real, tal como si fuera presa de una fuerte jaqueca. La realidad es que trataba de ocultar sus dudas de la indiscreción del auditorio, ya que el protocolo inicial fue roto al permitir el tlatoani una discusión general. Los asistentes ya no debían mantener la vista baja; bastaba con evitar mirar directamente al rostro del rey y sostenerle la mirada.

Cacamatzin el señor de Texcoco, había recibido previamente el encargo de informar a los asistentes acerca de la estrategia que proyectaba Moctezuma desarrollar en el espinoso asunto de los teúles. Levantó la mano imponiendo silencio, para exponer con voz gutural y autoritaria los aspectos principales:

Serían enviadas las misiones necesarias para regalar a los teúles con todas las riquezas que les apeteciesen. Se les abastecería generosamente con los alimentos y suministros necesarios para aligerar las penalidades de su estancia en la tierra; pero también serían discretamente obstaculizados en su marcha hacia la gran Tenochtitlan y diplomáticamente invitados a regresar por donde vinieron, toda vez que los regalos hubiesen satisfecho su dignidad divina o su ambición humana. El tlatoani contaba con ejércitos de guerreros que debían maniobrar en las cercanías de los campamentos españoles a fin de intimidarlos; disponía de ejércitos de maceguals para sembrar de escollos los caminos haciéndolos intransitables.

Había también planeado exponer al sacrificio a los guerreros súbditos de Chollollan, quienes los atacarían por sorpresa. De este modo, si triunfaban sobre los blancos, el rey mexica saldría beneficiado con la feliz conclusión del problema, pero si los teúles blancos salían victoriosos, Moctezuma podría alegar que los cholultecas actuaron por su cuenta y sin su conocimiento, además de contar con otra prueba de la invencibilidad divina de los llegados.

Sin embargo, la carta mayor aún estaba guardada en la mente del poderoso señor tenochca: Un selecto grupo de hechiceros, adivinadores y santones del templo mayor, había sido puesto a su disposición por los jefes tlamacazques. Ellos aseguraban que con distintos sortilegios y embrujos que sólo ellos eran capaces de realizar, los visitantes huirían despavoridos. Sólo en el caso de que realmente fuesen dioses enviados como emisarios de Quetzalcóatl, los hechizos carecerían de efecto alguno. Si esta remota posibilidad se cumplía, no habría ya lugar a duda alguna, ni opinión que prevaleciese contra su decisión de rendirse ante el poder extraterrenal del teúle blanco.

Martín luchaba intensamente contra el deseo imperioso de inmiscuirse en ese tan delicado asunto. Le hubiese gustado poder gritar que los invasores eran tan falibles y mortales como el más humilde gusano. Que sus principales armas no eran las

espadas, los cañones ni los caballos, sino la intriga, el soborno, las promesas inagotables de redención o enriquecimiento, la manipulación religiosa y las enfermedades venéreas. Hubiese sido feliz de poder anunciar que el monarca señor del Anáhuac sería traicionado y vejado hasta la muerte.

Pero comprendió que debía sujetarse al precepto de no intervenir y respetar el curso de los hechos, ya fuera que su presencia en ese recinto se tratase de una pura reconstrucción mental a través de la exploración de los genes mnémicos; o que realmente hubiese retrocedido en el tiempo con el poder de influir en el devenir de la historia; aunque ello significara su propia negación, porque él mismo era producto de lo que en ese momento se estaba dilucidando.

Moteczuhzomatzin le miró en silencio y en esa mirada pudo el viajero recoger lo que tal vez era una muda e inútil solicitud de indulgencia, de comprensión por ser víctima irrenunciable de sus prejuicios religiosos. Por ser excesivamente pusilánime ante lo desconocido; por ser el tlatoani responsable de la decisión, en vez de Cuitlahuacatzin su hermano, el valiente, el arrojado, el guerrero imbatible que no hubiese dudado un instante en lanzar toda su fuerza de guerra en aniquilación contra el invasor; pero era solamente Moctezuma Xocoyotzin, no como Itzcóatl, no como el Ilhuicamina, no como Ahuizotl.

Cuitláhuac presintió que perdía terreno ante la irrefutable lógica del Tláloc Tlamacazque y la tibieza de las medidas que se pensaban adoptar, según lo que anunció Cacamatzin. También intuía con preocupación que el silencio del Tótec Tlamacazque, sólo podía obedecer a alguna táctica parlamentaria que indudablemente reservaba para el momento propicio, por lo que decidió jugar fuerte: Sujetó por la muñeca al joven tiacauh con el cual llegó y le hizo erguir de un tirón para llevarlo al frente de Moctezuma:

– Toma ¡Oh gran señor! a este valeroso guerrero y llévalo a la téchcatl del templo para que ofrezca su sangre y su corazón a Quetzalcóatl. Es un valiente apresador de tlaxcaltecas y huexotzincas, es un hijo predilecto del Calmécac, es príncipe de Tlatelolco... ¡Que sea tu pedernal el que rompa sus carnes!.. Y que tus emisarios pregunten al teúle blanco: “Señor: ¿Es de tu gusto la ofrenda de mi señor?”... Si son dioses dirán: “Es de mi agrado la sangre del joven guerrero tlatelolca”... Pero si son hombres de otras tierras, su rostro será nublado y no sabrán de tu ofrenda, porque no les es dado mirar desde el treceavo cielo.

El joven, puesto en pie frente a Moctezuma, fijó la vista hacia un punto infinito por encima de la testa real y con un sólo movimiento de la mano, desprendió la túnica blanca que vestía, dejando el torso descubierto; luego posó su mano abierta a la altura del corazón en actitud de aceptación. Cuitláhuac exclamó:

– ¡Esa será la señal!.. ¡Toma, oh tlatoani, la vida del más querido de tus sobrinos, hijos y nietos! ¡Él merece dar la vida por su pueblo y por su señor! ¡Abre el pecho del valiente Cuauhtemotzin, el águila que desciende!

Martín captó de repente y su atención viajó como la luz hacia ese muchacho. Los

músculos de su garganta se atenazaron por la emoción de estar frente al héroe más grande de la mexicanidad, que desde ahora ofrecía la vida por su pueblo. Sus párpados se congestionaron al mirar la resuelta serenidad del Joven Abuelo en su florida juventud que nunca llegó a terminar. Martín sabía todo lo que el destino deparaba a esa gigantesca personalidad que traspondría las barreras del tiempo en aras de la inmortalidad: Cuauhtémoc, el último guerrero que fue vencido por el presagio de su propio nombre: El águila que cayó frente al invasor español.

De hecho estaban ahí presentes los protagonistas de mayor relevancia con relación a los hechos que culminaron con la caída de Tenochtitlan; los tres grandes y últimos tlatoanis del final del Pueblo del Sol: Moctezuma Xocoyotzin, Cuitláhuac y Cuauhtémoc, en un gran concilio donde se iba a decidir que compuertas serían abiertas y cuales cerradas en el caudaloso devenir del destino. Martín, arrobado, apenas alcanzó a escuchar que el joven Cuauhtémoc decía en tono respetuoso pero no exento de dignidad y valor:

– Cem Anáhuac, Tenochca Tlalli.

Martín entendió el significado de la frase: “Todo lugar entre las aguas, es tierra de los tenochcas”; frase que reunía en sus pocas palabras, el sentir ideológico de una sociedad militarista, conquistadora y exactora de impuestos, encargada tan sólo del más alto deber: Alimentar al dios con la sangre de guerreros cautivos. Todos los cabos empezaban a atarse, todas las piezas iban encajando. Cuitláhuac secundó al joven mirando esta vez hacia los presentes:

– ¡Cem Anáhuac, Tenochca Tlalli!

– ¡Cem Anáhuac, Tenochca Tlalli!

Los jefes militares, los capitanes quauhyácatl, y progresivamente los demás asistentes, al conjuro de la actitud de Cuauhtémoc y la fuerza avasalladora de Cuitláhuac, comenzaron a corear cada vez con mayor insistencia:

– ¡Cem Anáhuac, Tenochca Tlalli!

– ¡Cem Anáhuac, Tenochca Tlalli!

– ¡Cem Anáhuac, Tenochca Tlalli!

El clamor se tornó estruendoso; la cúpula del imperio mexica daba su voto a la guerra. Todos se fueron poniendo de pie al tiempo de insistir en un coro ensordecedor:

– ¡Cem Anáhuac, Tenochca Tlalli!

– ¡Cem Anáhuac, Tenochca Tlalli!

Moctezuma empezó a levantar el rostro; Cacamatzin y Ttlepanquetzaltzin se pusieron de pie en muda señal de acuerdo con la opinión mayoritaria: Guerra al invasor, muerte a los españoles. Grandes ejércitos estaban dispuestos a partir rumbo a Cholula para interceptarles y acabar con ellos. Así lo hubiera hecho Itzcóatl, así hubiere obrado Huehue Moctezuma, así hubiese sido el consejo de Tlacaélel y así lo hubiese opinado Nezahualcoyotzin.

– ¡Cem Anáhuac, Tenochca Tlalli!

– ¡Cem Anáhuac, Tenochca Tlalli!

– ¡Cem Anáhuac, Tenochca Tlalli!

El soberano levantó la mano para imponer silencio; el teccalpique mayor apareció portando el enorme copilli real que sólo era usado en las grandes celebraciones o cuando el rey debía sentenciar asuntos de mucha gravedad y trascendencia para el estado; Moctezuma tenía el rostro transfigurado, su mirada se llenó de valor, del coraje guerrero que hizo del pueblo Mexica el más importante de mesoamérica. Cuitláhuac sintió la proximidad de la victoria; todo el consejo clamaba línea dura, y el soberano estaba a punto de formular la palabra de la decisión final: ¡Guerra!

El mayordomo iba a retirar la diadema de protocolo menor para instalar en la testa del señor el copilli de las grandes plumas de quetzal. Si tal insignia era enhiesta en la cabeza del tlatoani, nadie podría entonces interrumpir ni alterar el curso de los acontecimientos, bajo pena de incurrir en graves faltas a la judicatura de la corte mexica. Justo en el último instante, un fuerte chillido, agudo y continuo, brotó de labios del Tótec Tlamacazque, al tiempo que se desplomó aparatosamente:

– ¡Yaiiiiyaaiiiiiiiiiieaiiiii... ahyeeiiiiiiiiieaiiiiiiii!

Moctezuma volteó con una expresión de gran espanto hacia el sacerdote caído. Este empezó a contorsionar en el suelo sin interrumpir su lamento que, por el contrario, cada vez era más aparatoso. Los asistentes miraron estupefactos y el rostro del tlatoani palideció cuando una enorme culebra reptó por entre las mangas del Tótec, buscando escapar de los pesados y malolientes ropajes. Los más cercanos retrocedieron casi atropellándose, pero Martín se percató inmediatamente de la estratagema: Él mismo había visto antes a esa misma culebra brotar en los espacios de la oscuridad; y esa misma culebra tenía a Moctezuma aterrorizado en la suposición de que, el sólo hecho de haber pensado en autorizar la guerra, constituía una herejía suficiente para despertar la ira de los dioses manifestados en aquel reptil, cuya actuación no era más que producto de la teatralidad del sacerdote. Teatralidad muy común entre los religiosos de todos los credos, de todos los tiempos y de todos los pueblos.

Repentinamente Moctezuma se levantó caminando sin concierto rumbo a la puerta de donde provino. La decisión no alcanzó a producirse y la palabra de guerra nunca fue pronunciada. El teccalpique mayordomo levantó su mano despidiendo a la concurrencia para seguir inmediatamente a su señor.

Al poco rato, Tzihuacpopocatzin fue nuevamente llamado a presentarse en las cámaras reales con los objetos que había traído para el tlatoani. El embajador tomó del brazo a Martín para conducirlo al interior tras el teccalpique, hasta un recinto donde Moctezuma reposaba con los ojos húmedos. Nuevamente palpó y acarició detenidamente cada una de las prendas europeas, así como todos los objetos que Cortés le envió; de repente miró a Martín con una mirada lánguida y dijo, sin dirigirse a nadie en particular:

– El rostro de un hombre tiene nubes de humo hasta que sus padres le otorgan la dicha de un nombre. El rostro del que no es, es en otro tiempo en los ojos de mi rostro, pero no hay un nombre. ¿Cuál es el nombre, acaso?

El embajador Tzihuacpopocatzin palideció ostensiblemente y temblando se dirigió a Martín:

– Di al señor ¡Gran señor! tu nombre... El señor ¡Mi señor! debe saber cómo te llaman tus padres y tíos.

Los dos telpochques se acercaron y Martín disfrutó por un instante del dominio de la situación; miró a su interlocutor como si no le comprendiese, aun cuando entendió perfectamente la pregunta de Moctezuma y el desasosiego de Tzihuacpopocatzin. De pronto habló impulsado por una fuerza oculta, con voz clara y fuerte:

– El nombre es el de mi abuelo y de mi bisabuelo, que también fueron grandes príncipes y tlacatecuhtlis señores de hombres: Mi nombre es... ¡Tecayehuatzin!

Cacámac, Cuitláhuac y Cuauhtémoc se miraron desconcertados. Martín percibió de ellos alguna expresión muda de repudio, pero Itzcuahtzin le miró con una profunda curiosidad y un cierto velo de solidaridad, posiblemente motivada por el sutil cuan poderoso mensaje de la sangre, genéticamente conectada a través de las generaciones. El Tláloc Tlamacazque se irguió como un fantasma surgido de la nada y con los brazos en todo lo alto, diciendo con voz sentenciosa:

– ¡Honor al huexotzinca!.. ¡Nieto del poeta!.. ¡Preferido de Mexitli que se dice Huitzilopochtli!.. Debe ser llevado al templo... ¡Él es el que es señalado de Quetzalcóatl!

XLIX – Adiós Amigo Mío

¡Acá... Rápido; auxilio...! – gritó Jéssica desde atrás de lo que fue el jacal de Febronio Miranda. Una gran columna de humo negro impedía la visibilidad y Galicia corrió hacia donde salía la voz de auxilio, hasta llegar a la vieja carreta medio quemada y volcada por la quebradura de uno de los ejes. Abajo del carromato yacía Tarsicio que aferraba contra su cuerpo el pequeño tamborcillo del nagual. Estaba casi inconsciente y con diversas quemaduras en la piel y en el ensortijado cabello, se quejaba y tosía, pero al parecer no sufrió lesiones importantes. Galicia llegó y sin mediar palabra lo levantó en brazos para sacarlo del área inmediata a la conflagración.

Martín yacía en el camión de acampar bajo el cuidado de Torres y Paulina. El psiquiatra recién recobraba el control mental; sabía que la vida del muchacho estaba en franco peligro y que era urgente aplicar medidas de sostén del metabolismo y los signos vitales, así como su traslado inmediato a un centro hospitalario. Desde el

quicio de la portezuela fueron llamados por Argumedo que preguntó imperativo:

– El joven Fernando Ortega se ve muy mal, doctor ¿Podemos moverlo hasta el *camper*?

Torres titubeó. Cualquier movimiento era capaz de agravar la hemorragia interna y desencadenar una descompensación de un pésimo pronóstico. Nadie había previsto la eventualidad de enfrentar heridas por disparo de rifle. Paulina alcanzó a escuchar el requerimiento de Argumedo y no pudo evitar que en su alma se gestara un conflicto entre su preferencia emocional por Martín y el deber moral que la obligaba con Fernando: Sólo había un médico y los dos casos revestían características de emergencia. Galicia, en su calidad de jefe de la expedición, recurrió a toda su autoridad para definir las acciones de auxilio:

– ¡La herida de Ortega es más grave, Jacinto! ¡Atiéndelo de inmediato por favor!.. Martín puede esperar. ¡Yo asumo la responsabilidad!

El médico no objetó más, gritando al licenciado Argumedo:

– ¡Argumedo: Traiga usted el equipo médico y mi maletín! ¡Aprisa!

Luego fue presuroso hasta donde habían colocado a Fernando, junto a Tarsicio que comenzaba a recuperarse de los síntomas de inhalación de humo; el muchacho exclamó angustiado:

– ¡Ándele, *dotorcito*, por su madrecita santa, que el joven Fer' está *resollando* muy feo!

Torres procedió de inmediato a desabrochar la guayabera de Fernando para tratar de contener la hemorragia y valorar la gravedad del daño producido; Ortega balbució entrecortado:

– ¡No... nn... no pue..do respi.. respirar!

– Cálmate muchacho; no hables. Te vas a poner bien.

Torres hablaba mecánicamente; su atención se centraba en los sonidos cardiacos y pulmonares que auscultaba a través del estetoscopio, mientras sus manos sensibles exploraban la herida hecha por el proyectil que Ramón Resendis había disparado contra Paulina. Supo de inmediato que las probabilidades del joven biólogo eran muy escasas; no había sensibilidad ni reflejos en las piernas, lo que significaba una importante lesión de la médula espinal. Además, el fino sudor en la frente y la rapidez del ritmo cardiaco le informaban que Fernando estaba entrando en estado de choque por pérdida de sangre. Paulina acudió para tratar de ayudar en lo que se pudiera.

– ¡Paulina! Ayúdeme a sentarlo un poco; sosténgalo en esa posición.

Paulina obedeció acomodando a Ortega sobre su regazo y limpiando su cara con un paño.

– ¡Argumedo! ¡Pásame de inmediato un frasco de plasma y un equipo de venoclisis!. ¡También el tanque portátil de oxígeno!.. ¡Rápido!.. ¡Galicia!, prepárame varias jeringas para pruebas cruzadas de sangre de todos los que estén enteros; este

muchacho necesita con urgencia una transfusión.

Galicia objetó despojándose de la chamarra para descubrir el brazo derecho:

– No hace falta, Torres; yo tengo sangre tipo universal. Además, soy donador registrado.

Zavala se acercó pálido y desencajado hasta el grupo que atendía a Fernando Ortega, diciendo:

– Doctor, por favor; el licenciado Reyes parece que no respira. ¿Qué hacemos?

Paulina volteó crispada hacia Zavala, con una mirada entre interrogante y suplicante; no podía flaquear ahora, no podía llorar; tampoco podía abandonar a Ortega en esos críticos momentos. Torres buscó con la mirada a Galicia en busca de su opinión; le hizo ver con la expresión de su rostro y un gesto de desaliento, que era prácticamente inútil lo que se hiciese por ayudar a Fernando Ortega. Galicia asintió en silencio y con la misma comunicación facial, le instó a que acudiese con el otro paciente en peligro. Torres resolvió seguro y experto:

– ¿Sabes inyectar en vena?

– Lo he hecho varias veces; no hay problema. – contestó Galicia.

– ¡Entonces instala la solución de plasma sanguíneo a chorro abierto!. Luego instala la mascarilla de oxígeno e inyéctale medio centímetro cúbico de morfina intramuscular. Voy a ver a Reyes.

Torres se fue a toda prisa mientras Paulina disimuladamente emitía un leve suspiro aflojando su enorme tensión, no exenta de remordimiento por el herido que había apostado hasta la vida por rescatarla y ponerla a salvo.

Fernando entreabrió los ojos; intentó sonreír y presentar un gesto tranquilizador de “no es nada serio”, pero sólo consiguió una mueca. Paulina pugnaba por dominar las lágrimas y mostrar presencia de ánimo, en tanto que Galicia armaba rápidamente el equipo de venoclisis y buscaba la vena en el brazo del herido. Fernando habló con gran debilidad:

– Pau..li..na... Quiero que sepa que na..die es culpa..ble de...

– No hables ahora, Fernando. – reprendió con ternura la socióloga – ...Siempre demostraste un gran valor, pero quiero que ahora te concentres en recuperarte y salir de esta... ¡No te dejes vencer!

– Es que... no hay ya.. tie... tiempo. Quiero decirle que.. no me im..por..ta morir.. Porque.. doy gusto..so la vi.. por..que yo.. a us..ted... Pa..Paulina... Yo la...

No hubo más aliento para concluir la postrera confesión. Un hilillo de sangre brotó por su boca en el instante en que la vida le abandonaba, pero los ojos de Fernando Ortega se llenaron hasta el último instante con el bello rostro de la muchacha, quien ahora tenía los suyos arrasados de lágrimas que caían, libres y sin inhibiciones, sobre el rostro inerte que descansaba en su regazo. El doctor Galicia, profundamente consternado cerró los ojos de Fernando con infinita delicadeza. Ella acunó más el cuerpo de Ortega y le meció como quien arrulla a un niño, con el rostro lívido contra

su pecho. Con su mano libre le acarició el cabello diciendo entre sollozos:

– Adiós amigo mío, caballero silencioso, mi enamorado secreto... Sé que la bala que te ha quitado la vida me buscaba a mí, pero te volviste a interponer... ¡Nunca podré olvidarlo!... Nunca olvidaré tu callado amor, tu hombría y la ternura discreta de tu mirada. Adiós, Fernando Ortega... Siempre vivirás en mi corazón...

Galicia escuchaba respetuoso esa sentida oración fúnebre; Paulina descargó amorosamente el cuerpo sobre la tierra; Tarsicio lloraba quedamente ocultando el rostro con sus manos, avergonzado de que le vieran llorar, y en ese instante se acercó Jéssica con los ojos enrojecidos: Había presenciado la escena en silencio sin interrumpir; luego trató de confortar a su prima.

– Dice el doctor que Martín sufrió un paro respiratorio leve e hipoglicemia, pero que ya se recuperó y que por lo pronto está estable.

Paulina miró a Galicia con una enorme intención que el viejo antropólogo comprendió al instante. Con suavidad le autorizó:

– Ve con él, muchacha; yo me hago cargo.

Ella se inclinó hacia Fernando tocando suavemente por última vez sus mejillas; luego acercó sus labios, dejando un tenue beso en esa boca ahora insensible. El rostro de Fernando había perdido con la muerte esa expresión perenne de inseguridad que tanto le caracterizaba; ahora mostraba una profunda tranquilidad y paz. Paulina se levantó ayudada por Jéssica y secamente dijo:

– Vamos.

Torres estaba terminando de inyectar a Martín a través de la cánula de una solución intravenosa que pendía del techo del vehículo; nuevos electrodos se le habían adherido al pecho para registrar la señal eléctrica del corazón, mientras que una sonda verde enviaba oxígeno directamente a las fosas nasales. Zavala se ocupaba de limpiarle el rostro de los restos de pintura que aún quedaban, utilizando pañuelos faciales impregnados de una suave loción con aroma a lavanda; el resto del cuerpo estaba cubierto por varias frazadas, en un intento de mantener la temperatura corporal. Al percatarse de la llegada de las mujeres, Torres indicó sin siquiera mirarlas:

– Jéssica: Encienda la calefacción y revise que todas las ventanillas permanezcan cerradas. Y prepárese que en cualquier momento tendremos que partir a toda velocidad rumbo a Taxco; Paulina... – con la mirada fija preguntó por la suerte de Ortega. La socióloga bajó la vista con tristeza, gesto suficiente para que el médico comprendiera. Continuó un poco turbado:

– Descubra el brazo izquierdo de Reyes, para checar de nuevo la presión arterial...

En el exterior, Galicia y Argumedo dialogaban con los comandantes de la fuerza policial y de la partida militar que acudieron en su auxilio; la gente de Ocuiltila ya se había dispersado, salvo aquellas personas que no pudieron escapar. Hubo muchas detenciones para interrogatorio y fincamiento de responsabilidades; Galicia aceptó

acudir a todas las actuaciones y declaraciones necesarias. El personal militar se ocupaba de peinar el área buscando lesionados; pronto trajeron a Atanasio López, que sangraba profusamente de la cabeza; también rescataron al anciano Edelio Sifuentes, herido de bala en un hombro sin riesgo importante de perder la vida.

Los judiciales alinearon los cuerpos sin vida de Ramón Resendis, con herida en el abdomen por arma blanca no identificada; Fernando Ortega, miembro de la expedición, muerto por herida de bala a la altura del pulmón derecho, con orificio de entrada en la espalda; Heriberto Ocampo, dos impactos por arma de fuego y calcinación; el ciudadano estadounidense Brenton Sidney Potter, muerto por calcinación; así como el piloto del helicóptero, todavía en calidad de desconocido.

Rosendo Almaraz cayó postrado de hinojos ante los restos del que había sido su jefe, su maestro, su protector, su carta de vigencia social. Dos gruesas lágrimas resbalaron por sus mejillas, tal vez por el afecto que le profesaba, tal vez por el temor incierto a su inmediato futuro sin la directriz ofensiva de Ocampo, sin sus eternos insultos. El resto del personal se ocupaba en tratar de controlar los restos del incendio, aunque todo fue inútil: Rápidamente las llamas consumieron casi hasta el basamento de la rústica construcción; no quedó un sólo objeto que resultara indemne del holocausto. De Febronio Miranda, el Nagual de Noria del Fraile, no encontraron siquiera huellas.

En el interior del *camper*, Paulina preguntó a Torres, una vez que le vio más o menos desocupado:

– ¿Cómo lo ve, doctor? ¡Por favor dígame!

– Lo veo mal, Paulina ¡Bastante mal si he de ser preciso!... Ya le empezamos a transfundir soluciones intravenosas para sostener su metabolismo; sin embargo, la frecuencia cardíaca está demasiado baja, la presión diastólica casi no se puede detectar, la temperatura no sube.

– ¿Y eso qué significa, doctor?

– Significa que el organismo de Martín tiende a un estado comatoso profundo que puede provocar un colapso de la función cardiorrespiratoria, capaz de producir lesiones cerebrales por intoxicación y falta de oxigenación, que podrían tornarse irreversibles... ¡Se nos puede morir si no logramos hacerlo reaccionar!

– ¿Se... puede morir? – Torres notó claros indicios de ansiedad en Paulina.

– No en este momento. – comentó intentando tranquilizar a la muchacha – Pero si no se le traslada a un hospital cuanto antes, no sé que pueda pasar... De momento me preocupa más su situación mental que su estado físico.

– ¿Por qué, doctor? ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

– Pues que todas las estructuras, especificaciones, características del experimento han sido rotas y violadas; incluso aquellas que no tienen que ver directamente con cuestiones médicas estrictamente hablando: El pliego que robó Potter, el tamborcillo del viejo nagual, lo de haberlo movido de su sitio... Respecto a este último punto,

no hay que olvidar que la mente también registra sensaciones de ubicación espacial; sensaciones que informan sobre el movimiento corporal y la posición que adopta. Si a ello le aunamos que, en un estado de profunda sugestión hipnótica como en la que se encuentra, la mente registra un traslado del cuerpo, que se contrapone con la idea prefijada de que no debe ser movido por ningún motivo, el resultado puede ser un bloqueo en su psique que impida una correcta regresión hasta el plano consciente. Puede caer en un estado catatónico permanente.

Paulina y Jéssica escuchaban atemorizadas, tratando de seguir el hilo de la disertación de Torres, quien por momentos parecía reflexionar consigo mismo, estudiando alternativas, posibles efectos y cuáles medidas se podrían aplicar para prevenir mayores daños. Jéssica interrogó con temor:

– Quiere decir... que.. Marty.. Es decir, el licenciado Reyes...

Paulina clavó los ojos en el galeno con la exigencia de una respuesta a la vez de clara, lo más alentadora posible.

– Sí... – contestó desalentado – puede quedar así por quién sabe cuánto tiempo.

Argumedo entró al camión para informar:

– Doctor: Dice el profesor Galicia que ya van a trasladar a los heridos a Taxco. Que prepare a Martín para que se lo lleven.

Tarsicio salió de su mutismo al escuchar el mensaje; se levantó como un resorte y corrió hasta el interior del camión, agitando el tamborcillo para que todos lo vieran y diciendo suplicante:

– ¡No, *datora!* ¡Que no se lo lleven!.. Se va a *pasmarse* si lo sacan de aquí. El viejo dijo que si se lo llevaban su alma se iba a perder pa' siempre sin poder encontrar su zalea. ¡No deje que se lo lleven por lo que más quiera! Cuando quise sacar a Febronio del jacal, me aventó con tanta *juerza* que me apagó la luz del guamazo... Y *aluego* que se me pasó el *pasmo*, vi que me `bía dejado su tambor: ¡Por algo habrá sido que quiso salvar el tamborcito, *datora!* ¡Mírelo!

Paulina parecía estar al borde de la crisis nerviosa. Su ser racional luchaba entre lo razonable de trasladar a Martín para una atención mejor que la que se podría brindar en Noria del Fraile, y la intuición, corazonada o presentimiento de que Tarsicio tenía razón, de que el desaparecido Febronio Miranda tenía razón: Recordó las últimas palabras que le escuchó decir en vida al nagual: «Sólo tú puedes ahora traerlo de regreso, niña». Se levantó para enfrentar a Torres cara a cara:

– Doctor: ¡Haga usted el favor de mandar decir al maestro Galicia, que Martín no puede ser movido bajo ninguna circunstancia! ¡De aquí sólo lo podrán sacar pasando sobre mi cadáver!

Torres meneó la cabeza negativamente mientras su cerebro formulaba rápidas valoraciones y conclusiones; finalmente volteó hacia Argumedo y dijo:

– Dígale a Galicia que, bajo mi responsabilidad, Reyes será trasladado hasta más tarde. – Luego se volvió hacia Paulina:

– Si en una hora no reacciona, lo voy a sentir mucho, Paulina; tendremos que

llevarlo a un hospital.

– ¿Una hora?

– ¡Una hora!

– ¡De acuerdo, doctor! Se hará como usted diga.

LIBRO SEXTO

IC CHICOACÉTETL ÁMATL

EPÍLOGO

SOÑÉ TU CAMINO

Ahora nadie grita, nadie se queja
nadie se lastima
sólo vamos a donde nadie va
caminamos donde no podemos cami-
nar
nadie puede caminar y queremos ca-
minar
Ahora tomas tu camino y tomo mi ca-
mino
Ahora mi camino lo voy limpiando
porque mucha espina creció
ahí le hiciste crecer y nadie quería ca-
minar
ahora ya caminan
Ahora vive
y déjame que yo limpie mi camino
déjame destruir todo eso
que en mi sueño construí

Ahora desperté
desperté y vi
miré ese camino que yo soñé
y lo observé que ahí jamás podría ca-
minar
Ahora por eso déjame que yo limpie mi
camino
y ayúdame a destruir todo eso
que en mi sueño construí
Y si ya lo destruí
y ya limpié mi camino
entonces ya te podré decir
¡Camina sobre ese camino!
donde yo mismo construí
Entonces todo eso que yo soñé
se derrumbará
y entonces ya nunca soñaré ese camino

Poema extractado de IN YANCUIC NAHUA TLAHTOLLI Relatos y Cantos en Náhuatl; de Sil-
va, Hernández y Ramírez; Instituto de Investigaciones Históricas, U.N.A.M.; México; 1987.



L – Las Plumas de mi Penacho Vencidas por los Siglos.

Un escalofrío repentino e intenso sacudió la espalda de Martín, cuando escuchó las palabras del Tótec Tlamacaxque al reclamarlo para el templo, e impregnó en su ánimo un fuerte sabor a cosa conocida, a experiencia vivida, a recuerdo ingrato. Ni en la escena de la teatral convulsión en el recinto Tlacxitlán del gran consejo, ni en alguna otra oportunidad había podido ver el rostro cubierto de aquél que trastocó el giro de los acontecimientos y que ahora le llamaba “elegido”. Moctezuma levantó sus ojos para fijarlos por última vez en el que decía ser pariente del rey y poeta huexotzinca; en esos ojos café oscuro se podía leer que el destino era inescrutable e inamovible: El hombre que cargaba en sus hombros con el peso de la gran decisión histórica, ya la había tomado; la suerte estaba echada y la historia fatalmente se cumpliría.

Martín fue entregado al siniestro tótec quien lo sacó de recinto y lo llevó a los edificios del templo con la ayuda de los telpochques. Los ojos del joven enfrentaron de lleno la gran mole de piedra que se alzaba retadoramente y la inquietud se fue acrecentando. Después le condujeron a un templo de menor tamaño denominado Pochtlan, dedicado a Yacatecuhtli; y a partir de ese momento no volvió a ver luz de día, conducido por pasadizos de roca maciza oscuros y mal ventilados. El viaje terminó al llegar a un cubículo de regular tamaño y escasamente iluminado por el resplandor de un gran brasero tallado en piedra. Ahí fue obligado a postrarse de rodillas.

Cuando sus pupilas se adaptaron a la semipenumbra, reconoció ese sitio y todo se volvió claro: ¡Era el sitio de sus pesadillas! Paredes, pebetero, todo exactamente igual a las visiones nocturnas en las que era llevado a la temible téchcatl y sacrificado a Huitzilopochtli. Supo que esas pesadillas terebrantes eran presagio de una experiencia espeluznante y sintió la tenaza del miedo, de ese miedo cervical que acomete al hombre ante la inminencia real de la muerte, de su propia muerte que ya no es una curiosidad folclórica; por ello trató de escapar de sus guardias, pero fue reducido a la impotencia. Sólo dejó de forcejear cuando fue obligado a tragar un bebedizo de intenso sabor amargo, hecho a partir de ololiuhqui, que es la semilla de Cōatl Xoxouqui. Finalmente sus músculos se relajaron al ser dejado en el piso dando frente a la pared más oscura.

Entonces pudo ver que, lo que al principio pensó que era una estatua de piedra, se trataba de un extraño personaje postrado en cuclillas frente a él y replegado al pétreo muro. Imperceptiblemente las paredes del recinto se difuminaron poco a poco en la obscuridad hasta desaparecer por completo y, quizá por el efecto del brebaje que le forzaron a beber, los nervios de Martín dejaron de percibir el frío contacto de su piel con el suelo y una reconfortante sensación de flotamiento le invadió sutilmente.

Sólo la figura del santón postrado era claramente percibida por sus sentidos.

El ambiente era muy similar a ese paraje oscuro e inmóvil de la nada psíquica, pero algo importante faltaba: El pausado y tranquilizador ritmo del tambor, que era algo así como el cordón umbilical capaz de regresar al astronauta a la seguridad del vientre de la nave. Tuvo la impresión de que esta vez no habría señales crípticas, códigos que desentrañar, conclusiones o deducciones. Por el contrario, la comunicación se estableció de modo sorprendente y repentino en el propio lenguaje de Martín, rompiendo el silencio reinante en ese infinito negro. El sonido registró matices reverberantes y una tonalidad metálica, donde las vibraciones producidas por la voz, rebotaban en ese espacio lleno de nada.

– Es un honor volver a ver tu rostro ¡Oh, gran Tecayehuani!, heredero de las glorias de los antiguos mexicanos, mensajero de la sangre del nahuatlaca, descendiente de príncipes, reyes y poetas, depositario de la historia interrumpida de la Toltecáyotl.

El largo discurso sorprendió al viajero, quien hasta ese momento no había recibido un sólo mensaje en un lenguaje tan comprensible. Trató de identificar al personaje a través de su voz, pero no pudo conseguirlo.

– Dime, señor ¿Quién eres tú? – preguntó con precaución.

– Yo soy yo... Yo soy tú... Yo soy todos.

Contestó la imagen, levantando el rostro para que la diáfana claridad que sólo a él le iluminaba, revelase sus rasgos faciales. Martín se sobresaltó ante la perspectiva de ver nuevamente la horripilante cabeza de cuencas vacías vomitando excremento, pero esta vez sólo apareció un rostro senil de acusados rasgos indígenas. El viajero no pudo evitar la fuerte sensación de haber visto alguna vez esa oscuro tez morena de infinitas arrugas, hechas de amargura y desesperanza.

– No recuerdo tu rostro ni tu nombre, venerable anciano.

– Porque mi nombre no lo sabes y mi rostro lo viste siendo incapaz aún de reconocer las señales.

Martín se sintió más tranquilo; preguntó animado:

– ¿Sabes señor, el tiempo al que yo pertenezco?

– Tú perteneces al tiempo; porque hay un sólo tiempo.

– ¿Tú sabes la misión que cumplo?

El anciano contestó afable:

– Sé la misión a la que has venido; y que ya has cumplido, noble príncipe nieto de Tecayehuatzin.

– Dime tú, abuelo. Disipa el humo que me impide ver la claridad. – pidió Martín con ansia – ...He visitado lugares, he visto cosas sorprendentes, he sido testigo de grandes actos de mis mayores... He conocido a nuestros más grandes antepasados. ¡Y ni siquiera te puedo reconocer a ti, señor!

– Porque aún ves las partes sin la conjunción del todo... Un todo que explica

y responde a lo que buscas, a los motivos que te animan y te conducen por los insondables arcanos del tiempo. No me reconoces, porque no te has preguntado que significa “Yo soy tú, yo soy todos”. Debes asumir que todo cuanto que se te ha revelado tiene invisibles conexiones, y se reduce a encontrar el *porqué* de las cosas que te duelen. Cosas vedadas que los dioses te han mostrado y permitido intruir en donde a nadie más le ha sido dado.

Martín comenzó a presentir que era la hora conclusiva, no habría más experiencias o vivencias, el viaje había terminado y sólo restaba el regreso. Insistió:

– He venido buscando ese *porqué* que dices. Pero sólo he visto la grandeza de la Toltecáyotl, la gran cultura que alimentó a los pueblos nahoas de quienes descendemos; mas aún no se disipan totalmente mis dudas sobre la mexicanidad; la de mi tiempo, la de todos los tiempos, que yo quisiera fervientemente poder llamar “Mexicáyotl”.

La mueca sonriente del anciano se tornó más definida.

– ¡Puedes y debes llamarle Mexicáyotl!.. Porque es el alma de tu nación: La gran razón, sensibilidad, conciencia y forma de ser de los mexicanos; y que es el producto de lo que ha sucedido desde que llegaron los primitivos emigrantes del gran hielo del norte, hasta lo que tú llamas “tus tiempos” y lo que vendrá con el correr de las ataduras de años. La sabiduría debe iluminar tus ojos para ver el ayer y el mañana de las cosas, porque el hoy en el que te encuentras siempre es un lugar del tiempo igual al cero. Atrás quedan las causas; adelante vienen los efectos.

– ¿Causas... Efectos? – preguntó Martín:

– De la que tú nombras mexicanidad y yo llamo Mexicáyotl.

– De los mexicas... o tenochcas.

– ¡No, joven príncipe! De todos los mexicanos: Desde aquellos que vinieron de Aztlan a poblar el Anáhuac; los de otras tierras, como el chichimeca, el maya, el olmeca y el totonaca; el otomí y el mixteco; las tribus bárbaras del norte y el huichol de donde el sol se oculta. Y también hasta los mexicanos de sangres juntadas que te han enviado en busca de sí mismos.

– Pero entonces: Si la mexicanidad es tal cual yo la he vivido, visto y conocido, – replicó Martín – no merece ser llamada Mexicáyotl, porque...

Fue interrumpido por el tlamatinime, quien levantó una mano en ademán de negación. Luego dijo:

– Haz un alto en el camino, señor: La sabiduría sólo puede anidar en quien ha alcanzado a separar su razón de las emociones. Gozar de ambas y no dejar que la una nuble a la otra. La mexicanidad no es algo que ha concluido para su juicio final. La mexicanidad es un largo recorrer en el tiempo que nunca acaba. Jamás encontrarás un mexicano perfecto, sino sólo aquel que busca el camino de la perfección... La creación no sucedió en un instante; lentamente las cosas fueron tomando su lugar y orden; y unas quedaron y otras desaparecieron: La madre tierra Coatlicue, el

gran señor de las lluvias Tláloc, el dios de la noche y el viento Quetzalcóatl, Tloque Nahuaque, Moyocoyani, Ipalnemohuani, Tonacatecuhtli, Ometéotl, todos nombres del gran creador, han ido perfeccionando su obra sobre la tierra, en cada uno de los cinco soles de la cuenta de los antiguos.

Al escuchar al sabio indígena recorrer libre y seguro todos los estratos de la dimensión temporal, la comprensión fue creciendo rápidamente en Martín. Ese México que él tanto le dolía, no era, ni con mucho, un enfermo sin remedio y desahuciado esperando el final. El tlamatinime continuó:

– Es por ello que la Toltecáyotl, máximo desarrollo de las culturas nahoas, necesitó de largos siglos, generaciones y generaciones de maceguals, que se necesitaron para limpiar, amasar y modelar el barro con el que se formó al tolteca, el que aprendió y enseñó las artes, los movimientos de los astros y las ciencias... Así, la Mexicáyotl debe ir buscando su propio camino; así tú debes decir a los tuyos, que deben mirar con fortaleza hacia lo venidero. Nada ha terminado nunca en la historia del mundo. Dime, joven príncipe: ¿A qué has venido?

Martín respondió seguro:

– He presenciado el holocausto de Quetzalcóatl Hombre. He sabido de las terribles palabras de augurio que pronunció como advenimiento de la gran destrucción... He visto como tal profecía gravitó por siglos en la mente de los habitantes del Anáhuac y fue el juicio que más influyó en la gran decisión de Moctezuma.

Asintió el sabio añadiendo:

– Quetzalcóatl Hombre alcanzó tal grado de sabiduría, que fue capaz de predecir lo que inevitablemente vendría con el tiempo... Más que una profecía, fue un deseo anhelante de alertar a los hombres para que elevasen su espíritu y fortaleza, de modo que pudiesen superar un reto como ese que él mismo no pudo superar en Tula. ¿Quién te dice que la futura destrucción no fue un anuncio, sino una dolorosa deducción?, porque de la caída de Tula aprendió que el hombre es débil en cuanto es solitario y que es fuerte cuando une sus fuerzas. Tula le enseñó que al predicar la unión en la armonía y la convivencia, se tornaron fuertes sus hombres y su ciudad invencible. Y que la orgullosa ciudad sólo fue vencida cuando su pueblo fue dividido y así debilitado, por las humanas pasiones y terrenales apetitos de poder... Y que aun destruida Tula, la cultura Tultecáyotl prevalecería siempre como cosa grande y maravillosa, porque el hombre puede ser aniquilado, pero su pensamiento nunca.

Martín prosiguió:

– También he atestiguado cómo Nezahualcóyotl soñaba cristalizar el cambio que postulaba Quetzalcóatl, hacia una transformación del hombre en el sentido del humanismo y del fortalecimiento, mediante la creación de una verdadera nación, grande y fuerte, capaz de resistir cualquier embate.

El anciano retomó el hilo.

– Y cómo el gran estadista Tlacaélel cerró sus ojos ante una visión de tal magni-

tud, empeñado en la construcción de un imperio militarista, basado en una religión sedienta de sangre y de poder.

– Tal vez era lo único factible en esas circunstancias. – reflexionó Martín – ...Sólo un pueblo de armas fuertes podía sobrevivir en donde la condición imperante era dominar o ser dominado.

– La urdimbre del destino, – fue la respuesta – ...es la única imprevisible e inmodificable: A la llegada del español, había una Tenochtitlan fuerte y poderosa, pero rodeada por incontables pueblos resentidos, llenos de amargura y ansiosos de liberación. Quetzalcóatl y Nezahualcóyotl tuvieron esa visión... y no fueron escuchados.

– Los Tlaxcaltecas, sin quiénes la conquista hubiese sido imposible, nunca fueron traidores, porque no se podía exigir lealtad a una nación que no existía. Ellos fueron tan sólo consecuencia de la soberbia tenochca, que propició la falta de fuerza y cohesión de los pueblos del Anáhuac.

Las mentes de ambos personajes habían hecho sincronía: Una sola voz retumbaba en la oquedad, y ya no se distinguía entre la voz del sabio y la de Martín. El pensamiento fluía sin obstáculos.

– Y la astucia de Cortés, quien descubrió tempranamente todas esas debilidades nuestras.

– Y la falta de un juicio más racional y menos fundado en la superstición de Moctezuma Segundo; quien ya no contó con la sagacidad de Tlacaélel, o la profunda sabiduría de Nezahualpilli, sucesor del gran texcocano Nezahualcóyotl...

– Y el infortunio del fuerte Cuitláhuac, que cayó vencido por el invisible y mortífero aliado de Cortés: La Viruela.

– Y la infausta suerte del más grande héroe de la mexicanidad: Cuauhtémoc, cuyos guerreros tuvieron en sus manos la vida del teúle mayor Cortés, salvada porque le preferían cautivo para el templo que muerto.

– Cuando cayó Tenochtitlan, empezó a morir la Toltecáyotl y a nacer la Mexicáyotl... Nada puede cambiar lo que ha pasado. Sólo lo que ha de venir que no haya llegado, podrá ser cambiado.

La voz del sabio mexica volvió a predominar sobre la de Martín, tornándose retumbante y admonitoria:

– Lo que a ti se te ha dado saber, – se dirigió el viejo a su interlocutor – ...hará posible que puedas entender: ¡Nada se ha de modificar!, el indio será vencido y su mujer doblegada. El blanco la preñará para crear una raza de bastardos sin linaje que serán llamados mestizos, negados por el español y repudiados por el indio... ¡Escoria sin identidad!, huérfanos de padres, abuelos, ancestros... Sin tierra, sin patria, sin raíces; llenos de resentimiento, egoísmo, avaricia y un ansia infinita de *ser*... Ansia que al final, será el gran motivo de la redención, porque esos mestizos bastardos son su propia raíz y el principio de su propia historia. El hijo parido por

la india violada creció y se multiplicó y se apropió de su país y de su derecho ... Y fue la simiente de las generaciones que habrán de alcanzar aquello que ni Tlacaélel ni Cortés fueron capaces de cristalizar: Una nación... ¡Una gran nación!, que encontrará su camino plagado de guerra, odio, llanto y traición. Una nación que sabrá de hambre, de muerte, de injusticia, de infinita ambición... Pero que ciertamente será fuente de orgullo y piedra sólida en el basamento de la raza nueva que habrán de vivir tus nietos.

La conciencia de Martín ahora tomaba una dimensión totalmente transparente: Las cosas de la mexicanidad así estaban dispuestas y ello era inmutable en una estrecha relación de causas y efectos. Ahora podría entender el porqué de la eterna preeminencia de lo personal sobre lo nacional, la indolencia por el futuro ante la inmediatez del presente, la inescrupulosidad del “¡Ahí se va!” y del “¡Me vale madre!”, la amargura del “¿Qué me ve?, la paradoja del “¡Soy muy macho!” y la irracionalidad del “¡Aquí nomás mis chicharrones truenan!”. El dolor compulsivo y atávico del “¡Chinga tu madre!”.

– Entonces, – fue su reflexión – si todo ello es...

El viejo asintió con la cabeza antes de contestar, ya un poco más pausado:

– Es inmodificable el pasado... Recuerda que tu ayer es nuestro mañana, porque ya ha sucedido. Advierte que se te ha permitido mirar al interior del tiempo para que sepas mirar a su exterior... ¡Porque lo único que puede ser modificado es el futuro!, el tiempo que todavía no vives... Y, aun así, acepta que no es modificable por la simple voluntad, el deseo, o el capricho aislados. Cambiar el futuro de uno, significa cambiar uno mismo, y ello siempre requiere de otra clase de temple.

– Mas si se trata del futuro de tu pueblo, que es mi pueblo, sólo puede ser modificado por el cambio de los miles y cientos que forman tu nación... Y ese cambio sea definitivo y duradero en el tiempo, aunque sea un cambio lento e insensible. Cuando los mexicanos que serán nuestros descendientes, como lo eres tú, miren hacia el futuro con entereza y no hacia el pasado con rencor; cuando reconozcan su verdadero linaje de mexicanos libres de ataduras, libres de prejuicios, libres de cadenas. Cuando permitan descansar en paz a Malintzin, que es la chingada y dejen de culparla por haberlos parido bastardos. Sólo entonces, tu país podrá ser libremente amado por sus hijos, que por ello lo habrán de forjar en un pueblo fuerte, como la nación grande y poderosa que soñaron Quetzalcóatl y Nezahualcóyotl, aunque tengan que transcurrir muchos soles para que todas esas dolorosas heridas dejen de supurar rencor, indolencia, vergüenza.

Las líneas de las paredes del recinto empezaron a redefinirse y la voz del anciano perdió un poco de sonoridad al circunscribirse ese espacio cúbico. El débil resplandor de los rescoldos que homenajearon a Huehuetéotl en el brasero, permitió nuevamente distinguir los detalles pétreos del salón. El sacerdote tlamatinime, sabio de la toltecáyotl y oficiante del templo mayor de Tenochtitlan, ocultó su rostro a toda

luz exterior, para dejar su mensaje final y la prueba última a Martín Reyes Tecpa, el mensajero, el viajero del tiempo, el descendiente del rey Tecayehuatzin, que bebía hasta la última gota de aquellas palabras:

– Recuerda mi rostro, joven señor. Yo soy lo que queda de aquellos grandes hombres del Anáhuac. Un residuo de nuestra antigua grandeza en extinción. Yo que alguna vez me acerqué a ti para implorar la piedad de un mendrugo que calmara mi hambre y mi dolor, con las plumas de mi penacho vencidas por los siglos.

Los recuerdos acudieron en tropel: Ese rostro era el de aquél viejo danzante de las calles de Azcapotzalco, cuando un Martín adolescente miraba desde un auto, los colores mustios del desastrado y lamentable disfraz de noble azteca que pedía limosna; y el niño-sacerdote de la playera *Benneton*, que musicaba la patética parodia del conchero. Sintió sus ojos congestionarse al comprender: Aquel decrepito danzante, no era otra cosa que la expresión agónica de una cultura que fue pujante y milenaria, pero que tuvo que morir para dar lugar a la suya.

Levantó la vista hacia el tlamatinime pero ya no le vio. El sitio estaba vacío inexplicablemente. Entonces aparecieron nuevamente los fuertes telpochques seguidos de la comitiva que Martín ya conocía en sus sueños, pero ya no opuso resistencia: Fue ungido con los colores rituales y vestido para la temible piedra. Él se dejó hacer y conducir al exterior de la gran plaza donde sus ojos fueron castigados por la deslumbrante luz solar, al ascender las altas escalinatas del templo hasta la explanada superior. Ahí, en vez de la resistencia aterrizada de sus antiguas pesadillas, contempló con avidez el inenarrable paisaje del valle, la conocida fisonomía del lago, los danzantes en la gran plaza, la silueta lejana del templo de Tlatelolco y los viejos volcanes, eternos guardianes del Anáhuac. Bebió la grandeza de la capital tenochca y la inmensidad azul y transparente de su cielo, y dio gracias por todo ello. Fue sujetado por los cuatro acólitos que lo postraron contra la piedra téchcatl ofreciendo el pecho al siniestro Tótec Tlamacazque. En el momento en que levantó el pavoroso cuchillo de pedernal, dejó ver en su rostro ennegrecido de sangre reseca, las facciones del llamado Febronio Miranda, el Nagual de Noria del Fraile, el otro mensajero de la sangre que nunca pudo identificar en sus pesadillas. El cuchillo viajó violentamente para hundirse en el pecho sereno del príncipe. Hubo un fugaz instante de dolor y después, la nada.

LI – La Otra Gran Fuerza

Diez minutos.

La temperatura corporal de Martín se estabilizó, merced a las medidas adoptadas por Torres. La administración intravenosa de

líquidos, electrolitos y glucosa, empezó a arrojar de buenos resultados; el electrocardiograma podía considerarse normal, aunque la frecuencia cardiaca era apenas perceptible, y el estado neurológico presentaba signos de profundización del estado vegetativo. No se podían echar las campanas al vuelo.

El doctor Galicia fue notificado de que todo el personal expedicionario que no requiriera atención médica de urgencia, tendría que permanecer en el lugar hasta completar las averiguaciones, declaraciones y trámites legales correspondientes a la comisión de los hechos delictuosos. Se incluían lesiones y decesos por causas no naturales, así como otras transgresiones susceptibles de implicar responsabilidad, tal como daños en propiedad pública, de terceros privados, portación y uso ilegal de armas de fuego, así como todo lo que resultase en las averiguaciones. Zavala le hizo un ademán a Tarsicio para que lo siguiera afuera del camión; el muchacho hizo el intento de resistirse para permanecer al lado de Martín, pero la fuerza que imprimió el chofer al insistir, no dejó lugar a dudas.

– ¿Adónde van ustedes? – preguntó el comandante de la Policía Judicial del estado.

– A la camioneta, mi jefe. – contestó Zavala con tranquilidad – Voy a revisarla porque me dijo el doctor Torres que estuviera listo, por si hay que trasladar al licenciado Reyes.

– No se alejen mucho.

En cuanto estuvo seguro de no ser oído, Zavala inquirió a Tarsicio en voz baja:

– ¿Qué fue de mi navaja, Tarsicio? ¿Cómo estuvo la cosa con el hombre que te atacó?

– ¡El solito se *ensartó*, Jaimito! ¡Yo no le hice nadita!.. – besó una señal de la cruz que formó con los dedos – ...¡Por Diosito santo que él se logró solo!

– ¡Ya, ya! No hagas tantos gestos y aspavientos que se van a dar cuenta... ¿Y la navaja?

– Pué' mira tú, paisano: Cuando el difuntito joven Fer' le cayó de arrempujón al amigo ese, ya estaba en puntito así de dispararme pa' mandarme derecho al panteón; pero fue tan fuerte el caballazo, que se me vino encima y se clavó la navaja en la panza. A mí me aturdió el balazo que me pasó rozando la oreja y se me nubló todo cuando el paisano me cayó de costalazo, hasta que volví a agarrar *aigre*. Ahí 'tábamos los dos solitos, ¡bien abrazaditos!, hasta que batallé por quitármelo, porque estaba todo guango y flojito... como muerto pué'. Yo me arrastré pa' salir de abajo d'él como pude, y me di cuenta de que ustedes ya los 'bía agarrado de sus tarugos el otro.

– ¿Y la navaja? – Zavala se frotaba las manos nervioso.

– ¡'Pérate pué', paisano!... Tu navaja la tenía yo en la mano y cuando vi que estaba llena de sangre, que me paro, que apunto pa' lo más lejos que pude y que la aviento como pedrada; oí que cayó en l'agua del arroyo... Si tu quieres luego te la

busco, paisano.

– ¡No, no, olvídate de ella! ¿No ves que si te la encuentran me pueden echar la viga por ser de mi propiedad?... Sólo espero que no vaya a encontrarla alguien... ¿Y luego qué pasó?

– Pos que agarro un garrote tamaño *caguama* y que me le dejo ir al *pelao* que tenía a la *dotorcita*. ¡Bías de ver, paisano, que coraje me dio que la estuviera jalando de sus greñitas! Nomás sentí que la sangre me *jervía*, y que leuelto tamaño chingadazo en la mera tatema, que no sé si se me *haiga* pasado de tueste.

– ¿Y que pasó con tu camiseta llena de sangre?

– Pos con el corredero que se hizo cuando llegó la *chota*, que corro también a quitármela y ponerme esta que traigo. ¡A poco *cres* que soy tan tarugo, paisano! Lo malo es que la deje aquí abajito de tu camioneta.

Zavala se sobresaltó; rápidamente buscó en la cajuela de herramientas un bote de aceite vacío y una garrafa de plástico con gasolina. Se dirigió a abrir el cofre del motor al tiempo que decía:

– ¡Dámela rápido!

Tarsicio se agachó para rescatar la comprometedora prenda y se la entregó al chofer, quien la metió de inmediato en un bote lleno de gasolina; lo exprimió y se dedicó a simular que limpiaba partes de la máquina.

– ¿Qué chingados están haciendo ustedes? – dijo un agente que se acercaba en ese preciso instante.

– ¡Nada oficial! Aquí nada más poniendo en orden esta carcacha.

Veinte minutos.

Para Martín la oscuridad era total, la ausencia de sonidos era total, la soledad era total. Sabía que existía porque tenía conciencia de su ser carente de sensaciones, pero no se podía ver ni tocar ni sentir. Su mente percibió el aleteo frágil y leve del temor; en alguna parte de su psique estaba la persuasión de que ya no quedaban destinos por explorar, que solamente quedaba regresar. «¿Regresar? ¿Adónde? ¿Regresar por dónde?»... No había señales orientadoras, sólo ese insondable silencio de sensaciones.

Paulina y Torres no se despegaban de su lado vigilando constantemente su evolución. Ambos estaban sometidos a una gran tensión agravada por los terribles sucesos habían ocurrido: Paulina no podía despegar de su mente la imagen de Fernando Ortega en el instante de su muerte; el doctor buscaba algún signo de recuperación de las funciones conscientes de Martín: Reflejos pupilares, estimulación dolorosa en distintos puntos de la piel, fricciones en los brazos. Los resultados eran desesperantemente negativos y Paulina exclamó con angustia:

– ¿Qué otra cosa podemos hacer, doctor? ¡No responde a nada!

– Realmente no lo sé, Paulina; he agotado todos los recursos de que disponemos aquí... Inclusive ahora ni siquiera es conveniente movilizarlo, pese a que sus

funciones orgánicas se muestran estables: Ya casi no hay extrasístoles ni trastornos electromecánicos en el corazón, que es lo que más me preocupaba. Ya no hay signos de deshidratación en su piel ni las conjuntivas oculares; no hay cianosis importante por mala oxigenación. No obstante, neurológicamente muestra totalmente abatida la vida de relación, lo que significa que está cayendo en un estado de coma profundo. ¡Es urgente buscar la forma de estimular sus funciones mentales y hacerlo regresar!

– ¡Sí, doctor! ¿Pero cómo? – preguntó nuevamente Paulina.

– Ese es el problema. Parece que sólo Miranda tenía acceso al estrato mental de su estado hipnótico; pero ya no contamos con él.

– El señor Miranda sabía que esto iba a pasar. – refunfuñó Paulina – ...A mí me dijo que sólo yo podría traerlo de regreso... ¡Me lo advertió y yo no le hice caso!.. Le hubiera preguntado al menos que hacer, cómo ayudarlo a que regrese.

– ¿Eso dijo Miranda, Paulina? ¿Está usted segura?

– ¡Sí, doctor! ¿Por qué?

– Porque quizá ahí esté la respuesta... ¡Idiota de mí!... ¡Por supuesto!

Salió precipitadamente hacia la portezuela para asomarse lo suficiente y reque-
rir:

– ¡Argumedo... licenciado Argumedo, venga usted por favor!

El aludido se desprendió del grupo de agentes que conversaban con Galicia y acudió al llamado:

– Dígame, doctor ¿En qué puedo servirle?

– Llame de inmediato a Tarsicio... Dígame que es urgente que traiga el tamborcillo que salvó del incendio en el jacal.

Treinta minutos

Martín flotaba en medio de la oscuridad vacía en busca de indicios, haciendo propuestas mentales de encuentros, de destinos o señales, pero ¡nada!.. Sólo había la nada; únicamente podía percibir esa vaga sensación de temor, de un temor paulatinamente creciente ante la ausencia absoluta de todo... Y de pronto escuchó el viejo y conocido *tam, tam* que le acompañó durante todo su viaje, pero era un sonido sin ruta, sin procedencia, sordo y sin vida. Su mente lo percibía ahora con cierta claridad:

«*Tam.. tam.. tam.. tam*»

Pero no lograba identificar el rumbo que debía seguir para acercarse al tamborcillo, no había conexión. El sonido provenía de ningún lugar y se podía escuchar en todos lugares. De improviso captó otra nueva señal: Un punto luminoso en la inmensa lejanía de lo que podría considerarse como arriba – ¿o quizá fuese abajo? – ... Un pequeño orificio de luz tenue sobre la profunda curvatura en tinieblas del no-espacio. La luz empezó a bajar con lentitud, formando un rayo que poco a poco se ensanchaba, obediente a las inmutables leyes de la perspectiva óptica. Martín pudo

sentir que ese rayo se dirigía hacia él y esperó confiado: Tal vez esa era la señal.

– No responde, doctor. ¿Usted nota alguna mejoría?

Torres no respondió; su mirada estaba fija en la ondulante línea fosforescente del monitor electrocardiográfico: Las extrasístoles habían vuelto a aparecer, lo cual significaba una evidente alteración en los impulsos nerviosos del músculo cardíaco. También la respiración estaba alterada: Las inspiraciones de aire eran profundas, ansiosas y sumamente espaciadas, lo que hablaba de un cierto grado de parálisis en los centros respiratorios del encéfalo. Cuando Tarsicio inició el sonar del tamborcillo, Martín registró un ligerísimo y esperanzador aumento en el pulso, pero la respuesta fue mínima y pronto volvió al estado vegetativo profundo. Al parecer, el tambor no era la respuesta adecuada. Paulina estaba pálida, no necesitaba ya preguntar para darse cuenta cabal de que el organismo del joven estaba en un franco proceso de deterioro, que podría terminar en la descompensación metabólica o el colapso de las funciones vitales. Miró exasperada a Tarsicio, quien hacía sonar el tambor mecánicamente con una expresión de escepticismo e impotencia. Torres preparaba varias ampolletas con fuertes estimulantes cardiorrespiratorios, para tenerlos listos en caso de requerir medidas urgentes y heroicas. Era claro que preveía un pronóstico bastante desfavorable.

El tambor cesó de sonar de repente ante la extrañeza de Paulina y del doctor Torres; Tarsicio tenía los ojos arrasados de lágrimas y la barbilla temblando en un esfuerzo por contener el llanto. Arrojó el tambor y salió corriendo sin mediar palabra. Su atribulada alma infantil no pudo soportar más la imagen del amigo admirado que poco a poco iba perdiendo terreno.

Cuarenta minutos.

Galicia giró instrucciones para que se pusiesen en orden todos los materiales y enseres personales de los expedicionarios. Las autoridades acordaron permitir que se retirara todo objeto que no estuviera relacionado con los hechos acaecidos, inclusive la documentación técnica del proyecto, a excepción del equipaje y propiedades de lesionados y muertos. Manifestaron que era necesario retenerlas a disposición del Ministerio Público, por lo que se pidió a Zavala que juntara lo correspondiente a Fernando Ortega y Brenton Sidney Potter, para proceder a su revisión e inventario. Mientras tanto, Galicia hurgaba meditabundo entre los restos humeantes del helicóptero, con la esperanza de localizar indicios u objetos que fueran útiles en la investigación del siniestro. Uno de los agentes había ya localizado ambas pistolas, los arillos metálicos de los anteojos de Potter y una placa con su identificación militar del ejército de los Estados Unidos. Flexionó las piernas Galicia en cuclillas, agitando con una varita las cenizas del aparato, cuando lo descubrió.

Bajo el armazón alambrado del asiento derecho, prensado contra los hierros retorcidos del piso, estaba cubierto de cenizas un pedazo de papel ámate que se había

negado a morir entre las llamas, tal vez protegido por el cuerpo mismo de Potter durante lo más violento de la conflagración. Era parte, sin lugar a dudas, de una de las hojas del códice; un fragmento triangular que sobrepasaba algo más que el tamaño de la mano del antropólogo y que dejaba ver tan sólo el icono descriptivo de la ciudad de Ixcateopan y el pictograma desteñido de una fecha: Uno Caña, bajo el signo del año del fuego nuevo mexica. Lo guardó celosamente buscando más restos, pero fue todo lo que pudo salvar del malogrado “Códice Galiciano”, que ya nunca lo haría famoso en el mundo de la Arqueología.

Zavala encontró a Tarsicio recargado en la camioneta; tiraba piedrecillas al aire tratando de no dejar ver sus ojos llorosos.

– ¿Y `ora tú? ¿Qué mosca te picó? – preguntó el chofer.

– Na’ pué’, paisano... No pa’a nada.

– Échame una ayudadita, ¿no?... Vete al camión de la *güerita* y saca el equipaje del joven Ortega; el doctor Galicia me lo encargó porque tiene que entregarlo a la policía.

– No, Jaimito; ve tú... Yo no quiero entrar allí pa’ ver morir a Martincito.

– ¿Que, qué? – reprendió Zavala – ¿Te vas a portar como una niña chillona cuando más se te necesita?... ¡No, señor! En los momentos difíciles es cuando uno tiene que mostrar el temple; si no: ¿Pa’ que carajos te pusieron las pelotas que *trais* ahí colgando de *oquis*?

Tarsicio abrió desmesuradamente los ojos ante el intempestivo ataque de Jaime Zavala, quien prosiguió inclemente:

– ¿Para esto te dio su confianza el licenciado Reyes? ¡Para que a la mera hora lo dejaras morir solo, viniéndote a arrugar como un cobarde!

– ¡No, paisano! – se engalló el muchacho – ¡No es lo que usted cree! Pero tiene razón: ¡Ya `staría de Dios!... ¡Van a ver todos quién es Tarsicio Sánchez, pué’!

Cincuenta minutos.

La luz formaba ahora un larguísimo cono de un blanco brillante que, sin llegar a ser cegador; descendía con mayor rapidez hacia Martín, quien de pronto dejó de escuchar el *tam tam* del tamborcillo. Cuando el rayo luminoso alcanzó al viajero, este pudo verse a sí mismo: Su cuerpo, sus brazos, los más mínimos detalles de toda su piel. La luz era confortable, como una especie de túnel por donde se podría transitar flotando; y poco a poco percibió que su ser era sutilmente arrastrado con dirección al origen de la luz, mientras que los blancos haces traspasaban su cuerpo etéreo, como cuando blasfemó a Ometéotl en su primera experiencia; sólo que esta vez, conforme avanzaba por el centro del túnel, los rayos que lo atravesaban le hacían perder sustancia, que él intuía como irrecuperable. Se dio cuenta que era el final; que si llegaba al extremo de la luz, no habría regreso porque era la muerte verdadera. También asumió que nada podía hacer al respecto, abandonado de sus

lazos de conexión con su realidad exterior.

– El pulso está aumentando en forma alarmante. – dijo Torres – Si no lo controlamos, el corazón se va a sobrecargar y podemos llegar al desfallecimiento cardiaco; sus labios están adquiriendo un tono azulado y cada vez jadea más al respirar. Creo que voy pasarle una dosis de digitálicos.

– Debe haber algo que podamos hacer. – expresó Paulina – ...El nagual me lo dijo... ¡Me lo insistió varias veces!

Torres sentenció fatalista:

– Si esto se prolonga más de diez minutos, tal vez doce o quince, sobrevendrá el colapso y seguramente lo perderemos.

El cerebro de Paulina trabajó intensamente; trataba de recordar algo que ayudase a descifrar que quiso decir Febronio Miranda sobre cómo recuperar a Martín. No podía quedarse cruzada de brazos porque el tiempo se estaba agotando; sentía estallar su cabeza por el esfuerzo de repasar todos los momentos, detalles y diálogos que había sostenido con el Nagual de Noria del Fraile desde el inicio de la experiencia: Una oración rebullía con insistencia en su pensamiento; era uno de los mensajes que había escuchado del viejo:

«Si el tambor calla, sólo otra gran fuerza, tan grande como el pequeño tambor, podrá enseñarle el camino de vuelta...»

«¿Otra gran fuerza?»: Probablemente el tambor había fallado porque no estaba siendo ejecutado por el nagual. «Si el tambor calla»... Su rostro se iluminó repentinamente: La frase significaba “Si yo falto y no hago sonar el tambor”

«¡A eso se debía que Martín no reaccionó cuando Tarsicio hizo sonar el tamborcillo! salvo por el brevísimo instante en que se alteró la aguja del registro cardiaco... Pero ¿Y la Otra Gran Fuerza?»

Tarsicio entró en silencio hasta el fondo del camión, dejando tan sólo una mirada en el cuerpo inerte de Martín; localizó la maleta de Fernando Ortega y empezó a desandar el camino. Paulina se permitió un momento para mirarlo con curiosidad; al cruzar por donde ella estaba, le detuvo con suavidad:

– Tarsicio.

– Dígame usté', *dotorcita* chula.

Paulina titubeó un segundo.

– No, no... Nada.

– ¿Se nos va a morir, *datora*?

– No, Tarsicio; no digas eso... Vas a ver como pronto se recupera.

– Usté' lo quiere mucho, ¿verdá', *datora*?

– Sí Tarsicio... mucho... ¿Qué llevas ahí?

– Las cosas del joven Fer'... *quesque* se las tienen que llevar pa'cer las *averiguatas*...

El muchacho prosiguió con paso lento, pero se detuvo un instante para decir a

Paulina:

– Si *deveras* lo quiere mucho, dígaselo, *dоторa*; al cabo que no le ha de hacer más mal... ¡Pero dígaselo con todas sus *juerzas*!

En ese instante Paulina recordó la otra frase del Nagual, que completaba el acertijo:

«Yo soy el tambor... Y tú eres la fuerza»

«Tú eres la fuerza»... «Si *deveras* lo quiere, dígaselo»... ¿Será acaso...? La mente de Paulina trabajaba en forma febril: Un torrente de conclusiones avasallaba su capacidad de comprensión: “Tú eres la fuerza”... «Ya sé cuál es la fuerza» concluyó con una creciente emoción y casi gritó en el momento en que el muchacho estaba a punto de cruzar el umbral de la portezuela del camión:

– ¡Tarsicio! ¡Déjame ver esa maleta!

Tarsicio regresó estupefacto con la mochila de Ortega; Paulina abrió el cierre con ansiedad y empezó a rebuscar frenéticamente en su interior hasta que, triunfante, mostró la grabadora portátil que Fernando había adquirido en el pequeño tianguis de Ocuiltila. Encendió el aparato y accionó el botón de retroceso, haciendo regresar la cinta hasta el principio. «¡Tiene que resultar!» se dijo resuelta para sus adentros; luego se dirigió a Torres y al muchacho:

– Doctor: Creo que tengo una idea que va a resultar, pero tienen ustedes que dejarme a solas con Martín por un momento.

Torres enarcó las cejas extrañado por lo insólito de la solicitud, pero a esas alturas la más extravagante de las ideas podía tener cabida. Paulina insistió:

– Sólo por un minuto, doctor ¡Tiene que confiar en mí!

Torres tomó a Tarsicio por el hombro y dijo:

– Sólo un minuto, ¿eh?. Vamos a ver a Galicia para informarle el estado de Martín.

Paulina cerró la portezuela y apagó las luces interiores. Se produjo un ambiente de silencio iluminado tan sólo con la luz de la luna que se filtraba por los cristales del confortable camión.

Sesenta minutos.

La velocidad de ascenso de Martín era cada vez mayor; también la disolución de su ser. El origen de la luz se hacía cercano y la certidumbre del final también. Sintió un poco de dolor moral por las cosas que no concluyó, por las cosas que no dijo; por el mensaje que portaba y que nunca podría transmitir a quienes quedaron atrás. Como suele suceder en trance de muerte, por su mente empezaron a desfilar los más caros recuerdos de su existencia, las imágenes de los sitios que conoció, el rostro de las personas que habían influido en su vida: Sus padres, Jéssica Guardiola, Rogelio Saavedra, el maestro Galicia, Fernando Ortega, Paulina del Río... Paulina... Paulina... Deseó verla, oírla, tocarla, decirle cosas bonitas.

«Qué chulos ojos...»

Su mente recreó esa frase que le hizo recordar el tiempo cuando atesoraba celosamente un sentimiento que no se atrevía a confesar.

«Los que tiene esa mujer...»

Una extraña atracción se produjo desde el fondo del túnel. A Martín le pareció que ese otro verso no había surgido precisamente de sus recuerdos.

«Bonitos modos...»

¡Sí: Era su propia voz!, pero proveniente por otro lado. Sintió que su ascenso ammoraba por una nueva atracción que tiraba de él en sentido opuesto. Mentalmente dirigió su pensamiento al fondo del túnel, evocando a la vez un rostro de mujer joven con ojos color avellana.

«Los que tiene pa' querer...»

Entonces reconoció: ¡Era la señal que esperaba!; era el faro que estaba marcando el camino de regreso. Las dos enormes fuerzas de atracción empezaron a luchar: El arriba infinito del final definitivo, y el abajo lejano del retorno. Experimentó dolor, un dolor más físico, más producto de la tensión, del esfuerzo, pero su psique misma luchó con vehemencia para vencer la cercana disolución definitiva y su voluntad se aferró a las imágenes que evocaba la música proveniente del fondo:

«Que por ahí dicen... Que a mí me robó el placer... Ay, qué esperanzas... Que la deje de querer...»

Por fin el ascenso de detuvo por completo y su ser tornó a reintegrarse. La luz se hizo más tenue y la energía mental de Martín se esforzó con rumbo a donde surgían las señales que le guiaban al regreso. La música cesó y entonces sus sentidos registraron la voz y el calor de Paulina:

«No sé contra quien estés luchando, Martín... No sé dónde puedas estar... Pero tienes que regresar. ¡No te rindas ahora, Martín Reyes!... Tienes que regresar para que sepas que te amo y te necesito».

La psique de Martín, flotando en la inmensidad del no-espacio, pugnó por ver el sitio de la procedencia de esa voz que le reconstituía, que le impulsaba a nuevamente *ser*, a no *dejar de ser*. Buscó con ansiedad el lugar, luchó contra sus inmateriales párpados para abrir los inmateriales ojos y sus neuronas estuvieron a punto de estallar por sobrecarga. El dolor arreció y él redobló toda su fuerza de voluntad para abrir los ojos. Y sus ojos se llenaron de luz: De una diáfana luz terrenal que bañaba el rostro de Paulina; abrió los ojos con debilidad y vio que la muchacha tenía los suyos llenos de lágrimas, pero lágrimas suaves y confortantes de alivio. En su mano, junto al oído del joven, sostenía la pequeña grabadora que seguía girando sin cesar, aunque ya no emitía sonido alguno.

– Pa... Pau...

– No hables ahora, Martín; tienes que recuperarte primero... Ya terminó la pesadilla.

Torres regresó para encontrarse con la grata sorpresa de la reacción de Martín. Los indicadores de los aparatos de registro médico estaban dentro de límites normales; Paulina oprimía con ternura la mano que unas horas antes, en el jacal, no se atrevió a tocar.

– ¡Enhorabuena, Paulina! ¿Cómo logró usted que este hombre despertara?.. ¿Cómo se siente, amigo mío?

– Te... te...

– ¿Qué?

– Tengo ha... hambre, doctor.

Al saberse la buena nueva, la tensión disminuyó como por arte de magia en todos los miembros del equipo. Tarsicio radiante, quiso preparar personalmente los alimentos que autorizó Torres, una vez que consideró seguro desconectar los aparatos médicos del cuerpo de Martín. Galicia se encargó de narrarle los acontecimientos que sucedieron durante su ausencia: La traición de Potter, el secuestro de Paulina, el rescate y la muerte de Fernando Ortega; la destrucción del código y la inexplicable desaparición del nagual. En este punto, Martín exclamó seguro:

– Él no ha muerto ni se ha ido, maestro. Él es intemporal; él me llevó hasta lo más profundo de la mexicanidad; y me dio su sabiduría... y la dignidad de su pueblo... De nuestro pueblo. ¡De nuestro gran pueblo!

Dieron casi las seis de la mañana.

Desde el exterior del camión uno de los agentes llamó: Las diligencias de ley estaban cumplidas y no existía motivo alguno para permanecer en el lugar. Galicia fue autorizado a trasladarse a Taxco con toda su gente. En esa ciudad se harían los trámites legales para el traslado de los restos de Fernando Ortega. Torres pidió a todos que salieran para permitir la recuperación total de Martín, y así lo hicieron, pero el joven retuvo por la mano a Paulina y le pidió a Tarsicio que permaneciese un momento más. Cuando quedaron a solas los tres, Martín se dirigió al muchacho:

– Tarsicio... Se acabó el viaje.

– Sí, patrón. – una lágrima resbaló por su mejilla morena. La quiso limpiar con el puño, pero sólo consiguió embadurnar su cara.

– ¿Estás llorando, Tarsicio? – dijo Martín tratando de disimular su propia emotividad.

– No es llorar, llorar... Lo que pasa es que se nos murió el joven Fer', Martincito – contestó atribulado Tarsicio, con una voz que apenas le alcanzó para terminar: – Y usté' y la *datora* ya se van'ir, pué...

– ¿Te vas a regresar a tu pueblo?

– No sé... ¡Pa' que quiere que me mate el dueño del carrito de paletas!

– ¿Entonces?

– Pos *ahi* a ver que sale... A ver pa'ónde jalo.

Martín trató de imposter una actitud más enérgica.

– ¿Cómo que “A ver pa’ónde jalo”?.. Escucha bien lo que te voy a decir, porque no te lo voy a repetir.

– Sí, patrón.

– ¡No me digas patrón!.. – replicó Martín haciéndose el fuerte, aunque en su fuero interno, le oprimía la posibilidad de no volver a ver a ese muchacho que tanto significó para toda la expedición y en particular para Paulina y para él mismo

– ¿Quieres irte a México a estudiar?

– ¿A estudiar?.. ¿En una escuela y toda la cosa?

– ¡Pues claro! ¡Ni modo que para seguir de vago sin oficio!

– Pero *pos...* ¿Con qué ojos, divino tuerto?

– Te estoy preguntando si quieres... Podrías vivir conmigo un tiempo... Y si sales bueno para la estudiada, pues hasta puede que acabes de antropólogo.

Paulina miraba enternecida como los ojillos tristes de Tarsicio se iluminaron.

– ¿De *antropologista*?.. ¿Como el *dotor* Galicia? ¡Sí, pué’!

– Entonces lárgate de aquí y dile al maestro Galicia que te irás hasta México en la camioneta, que yo luego le explico.

– Tá’ bien, Martincito – y el muchacho salió gritando alborozado – ...¡*Dotor.. dotor...* Me vo’a’ir con usté’, *dotor...*!

Martín y Paulina sonrieron satisfechos, se miraron a los ojos por largo tiempo y finalmente Martín le tomó las manos para musitar:

– ¡Gracias por salvarme!

Ella le contestó:

– Me gustó salvarte.

Él dijo:

– Te quiero, Paulina: ¡Te quiero para siempre!

Ella no pudo contestar. Su cuerpo y su mente vibraban al influjo avasallador de una poderosa fuerza: La gran fuerza que pudo hacer posible el regreso de los arcanos cielos de la Mexicáyotl.

FIN

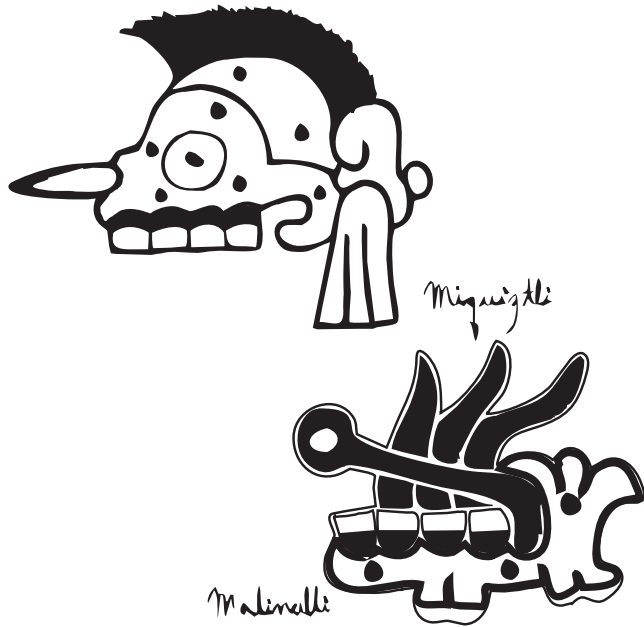
mayo de 1999

Tlalnepantla, Estado de México; México.

INDICE

LIBRO PRIMERO RUMBO A IXCATEOPAN

I	El semáforo de Parque Vía	2
II	Cita en Chapultepec	4
III	Escala en Taxco	6
IV	Conversación en la Cena	8



V	Un Viaje Onírico	12
VI	La Maldición de Eva	16
VII	El Americano y el Paletero	17
VIII	A las Puertas de Ixcateopan	22
IX	Problemas con México	27
X	El Viejo de Ocuilita	29
XI	El Paso del Arroyo	32

LIBRO SEGUNDO EL NAGUAL DE NORIA DEL FRAILE

XII	Discusión en la Cúpula	38
XIII	Camino Rumbo a Noria	42
XIV	La Travesía del Bogavante	46
XV	Febronio Miranda	50
XVI	Una Historia Truncada	54
XVII	El Comandante y el Licenciado	60
XVIII	El Mensajero de la Sangre	66
XIX	La Sonrisa de Yacatecutli	74
XX	El Códice Galiciano	79
XXI	Hay que Tomar Decisiones	83
XXII	Punto de Vista Profesional	88
XXIII	La Noche Serrana	94

LIBRO TERCERO LA MALDICION DE LA SERPIENTE

XXIV	Un Año Ce Ácatl	100
XXV	El Viaje da Comienzo	103
XXVI	Los Moradores de Omeyocan	106
XXVII	Antorchas en la Noche	109
XXVIII	Ceremonia Fúnebre	113
XXIX	Tenso Amanecer de un Día Difícil	116
XXX	El Mensajero de Quetzalcóatl	118
XXXI	Comandante de Policía Heriberto Ocampo	120
XXXII	La Maldición	123

LIBRO CUARTO TLACAELEL Y NEZAHUALCOYOTZIN

XXXIII	Sentimientos a Flor de Piel	128
XXXIV	Al Pie de los Volcanes está Texcoco	131
XXXV	Ocampo Rompe el Cerco	134
XXXVI	Prisionero del Rey Poeta	138
XXXVII	Un Disparo de Advertencia	142
XXXVIII	La Propuesta que no Pudo Ser	145

LIBRO QUINTO EL DILEMA DE MOTECUZOMATZIN

XXXIX	Unas Monedas para Judas	151
XL	Un Encuentro Inesperado	155
XLI	Hay que Conseguir un Rehén	157
XLII	El Aguerido Joven, El Viejo Sabio	160
XLIII	Brigada de Rescate	165
XLIV	Mater Nostrum Mexicanae	168
XLV	Las Pasiones están al Borde	172
XLVI	Camino del Valle	177
XLVII	Arde Noria	181
XLVIII	El Señor, el Sacerdote, el Guerrero	189
XLIX	Hálito de Muerte	197

LIBRO SEXTO EPILOGO

L	Un Antiguo Conocido	202
LI	La Otra Gran Fuerza	207



Impreso en los Talleres Gráficos
de la Dirección de Publicaciones
del Instituto Politécnico Nacional
Tresguerras 27, Centro Histórico, México, D.F.
Octubre de 2001. Edición: 1 000 ejemplares.

CUIDADO EDITORIAL Y CORRECCIÓN:
DISEÑO Y FORMACIÓN: Wilfrido Heredia Díaz
PROCESOS EDITORIALES: Martha Varela
PRODUCCIÓN: Delfino Rivera
DIVISIÓN EDITORIAL: Manuel Toral Azuela
DIRECTOR: Arturo Salcido Beltrán